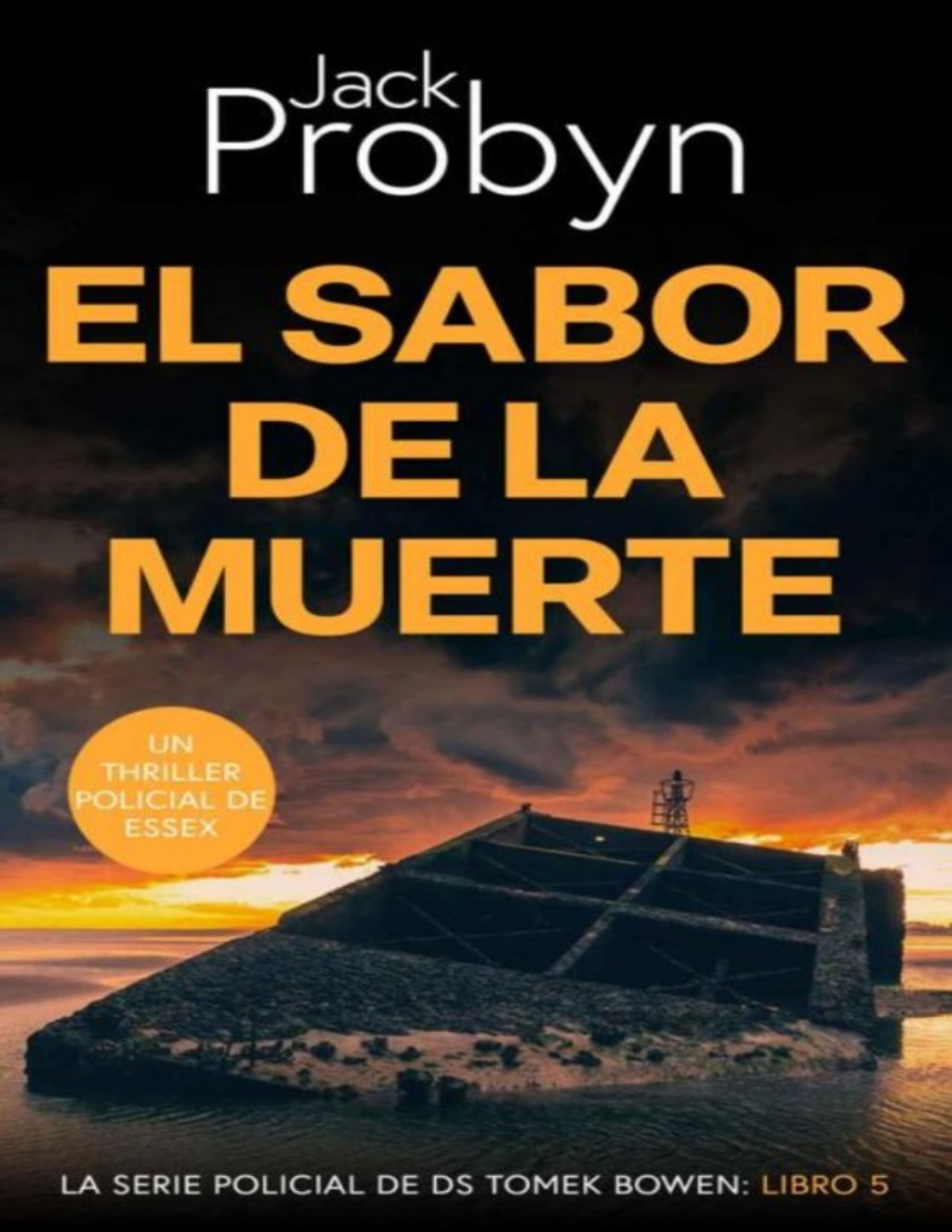
Jack Probyn

EL SABOR DE LA MUERTE



LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 5

EL SABOR DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 5

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-161-8

ISBN: 978-1-80520-162-5

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

SOBRE EL LIBRO

En una mañana ventosa y de un frío abrasador, Morgana Usyk, dueña de uno de los lugares favoritos del DS Tomek Bowen, el Café de Morgana, visita el Puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro.

Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Los primeros informes y testimonios de testigos indican que vieron al asesino huyendo de la escena. Pero cuando la tormenta Alisha llega, arrasando con todas las pruebas, Bowen y el equipo se quedan varados.

Ahora el agua está subiendo.

Y el de Morgana no es el único cuerpo que van a encontrar en ella.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Fin
El Ángel de la Muerte - Vista previa exclusiva

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Sobre El Autor

CAPÍTULO
UNO

A más de un kilómetro y medio de la costa de Southend se alzaba una enorme estructura de hormigón llamada Mulberry Harbour. El cajón Phoenix, que medía ocho metros de ancho y sesenta metros de largo, y pesaba más de 2.500 toneladas, había sido encargado para su uso en los desembarcos del Día D del 6 de junio de 1944. Este, junto con cientos de otros similares, estaba diseñado para ayudar a los tanques y otros vehículos militares pesados a alcanzar las playas de Normandía, pero este eslabón particular de una cadena muy larga había sufrido una fuga en su viaje inaugural y nunca había entrado en acción.

Desde entonces, había permanecido atascado en la misma fatídica posición, encajado en los bancos de arena del estuario del Támesis, como un firme defensor contra la marea.

Aunque generalmente estaba prohibido el acceso, con el paso de los años, el puerto se había convertido en un punto de interés para los turistas. Aquellos lo suficientemente valientes como para aventurarse hacia esa mancha en el horizonte se enfrentaban a una agotadora caminata de 1,2 millas a través del barro, la arena y la prepotente marea entrante. Se sabía que fotógrafos y paseadores de perros habían realizado visitas, en gran parte para ver de qué iba tanto alboroto, mientras que nadadores y amantes de la aventura se aventuraban por sus beneficios históricos y físicos. Incluso había una carrera benéfica en verano a favor de la RNLI.

La mejor época del año para visitarlo, como ocurre con casi todo, era durante los meses de verano, cuando el clima era mucho más agradable y las mareas mucho más indulgentes. Lo único de lo que había que tener cuidado era del viento. Durante los meses de invierno, los vientos huracanados, particularmente a lo largo del estuario del Támesis, pueden cambiar la dirección y velocidad de las mareas con facilidad, y antes de que te des cuenta, una estancia de treinta minutos en el puerto puede convertirse rápidamente en veinte, quince, a veces menos.

Eso, sin embargo, no era suficiente para disuadir a los cientos de personas que lo visitaban durante estos meses.

Andrei incluido.

Se abrazó a sí mismo contra los amargos y brutales vientos de febrero mientras atravesaba la arena y el barro. A estas alturas, el nivel del agua llegaba a las suelas de sus zapatos, y pequeñas salpicaduras de agua rebotaban en el aire, ensuciando los cordones de sus deportivas. No era el calzado más apropiado, pero era todo lo que tenía. Eso, y la fina chaqueta tipo parka y los vaqueros.

El puerto estaba a poco más de cincuenta metros, acercándose rápidamente. La estructura rectangular sobresalía en el horizonte, perdiéndose contra las nubes negras y ominosas del fondo. Estiró el cuello hacia el cielo ante la desolación, ante la lluvia que amenazaba con precipitarse hacia él.

Poco sabía que esa no era la única masa de agua que se dirigía rápidamente hacia él. A noventa grados a su izquierda, la marea estaba subiendo. Rápido. Mientras tanto, a su derecha, a poco más de trescientos metros de distancia, había un pequeño grupo de personas, figuras diminutas en el horizonte, convergiendo en el punto turístico.

Para cuando llegó al borde de la gran masa de agua que rodeaba el puerto hundido, el nivel del agua había aumentado y ya le llegaba a los cordones, con los pies empapados. En cuestión de momentos, sus dedos se habían entumecido, y sus calcetines mojados parecían aferrarse a su piel, envolviéndose alrededor de sus pies y dedos en un agarre como un torno. Cada movimiento era áspero y brusco sobre su carne.

Al llegar al borde de la laguna, se detuvo, congelado. No por el viento. No por la sensación entumecedora que rápidamente subía hasta sus tobillos. Sino por la visión frente a él. Una figura, tendida en el agua helada, un rostro sombrío y vacante mirando al cielo. Una mujer, bien vestida, con un toque de maquillaje aplicado. Aunque no lo pareciera ahora, su pelo había estado bien arreglado, las ondas que se había hecho con la plancha esa mañana aún visibles mientras flotaban en el agua.

Flotando sobre ella, con el agua hasta las rodillas, acunando su cabeza, había otra figura. Un hombre. Vestido con un grueso abrigo negro y una bufanda negra alrededor del cuello, parecía como si debiera estar al borde de un campo de fútbol, no a kilómetro y medio de la civilización en medio del Támesis. El rostro se le llenó de sorpresa en el momento en que vio a Andrei. Inmediatamente soltó la cabeza de la mujer, y el impulso de la caída sumergió su cara bajo el agua antes de que su flotabilidad natural la empujara hacia arriba de nuevo.

—¿Qué...? —dijo el hombre, pero antes de que pudiera continuar, el sonido de voces los asaltó, llevado por el viento que parecía golpearlos desde todos los ángulos.

Andrei se lamió los labios, saboreó la sal, y luego se volvió para enfrentar al grupo. Seis en total, a poco más de cien metros de distancia, todos vestidos como si estuvieran subiendo los Alpes en condiciones bajo cero en lugar de estar en las marismas de Southend.

Cuando Andrei se volvió para enfrentar a la figura, el hombre había desaparecido. Todo lo que quedaba de él era una silueta que desaparecía en la otra dirección, y sus profundas huellas en la arena persiguiéndolo.

CAPÍTULO
DOS

El radiador portátil que irradiaba calor rápidamente le quemaba la pierna a través del pantalón. Podía sentir cómo la tela empezaba a derretirse sobre su piel, pero no había espacio para apartarla; el despacho de su terapeuta estaba en plena reforma, así que se habían visto obligados a continuar su relación profesional en un espacio menos que suficientemente grande, en lo que Tomek solo podía describir como un pequeño armario de escobas. Había entrado en celdas de prisión más grandes que esto, pero no estaba de humor para quejarse o montar un escándalo. No era culpa de ella que el techo tuviera una fuga. No era culpa de ella que las lluvias de las últimas dos semanas hubieran caído en cascada sobre todo lo que había en su despacho. No era culpa de ella que hubiera tardado dos semanas en reprogramar la cita y encontrar tiempo para atenderle.

—Me gusta —mintió—. Es más... intenso.

—Eso es lo contrario del ambiente que quiero —respondió Isabel Fox con sinceridad—. Venir aquí no debería ser intenso. La razón por la que tú, y la misma razón por la que todos los demás vienen a visitarme, es porque algún aspecto de su vida ya es intenso. Se supone que debes venir aquí y sentir lo contrario.

Tomek se encogió de hombros. Supuso que estaba acostumbrado. Toda su vida estaba al borde de la intensidad, viviendo en el límite, a solo una pequeña ráfaga de viento o un suave empujón en la dirección equivocada de descender hacia la

locura. Pero era lo que había conocido durante los últimos treinta años, y no iba a cambiarlo pronto.

—¿No es eso lo que nos hace humanos? ¿Ese miedo primordial a ser cazados y asesinados? Nuestra existencia misma y supervivencia se basan en el hecho de que *debería* ser intenso —dijo.

Isabel frunció los labios.

—Has profundizado bastante temprano para ser una sesión matutina. Esperaba un comienzo más tranquilo para mi día, pero supongo que tienes razón. Sin embargo, lo único a tener en cuenta es que ya no eres la presa. Como especie, hemos evolucionado hasta convertirnos en el depredador. Así que puedes empezar a relajar ese instinto tuyo.

Tomek no estaba de acuerdo con eso. Al menos, no mientras hubiera asesinos y violadores ahí fuera que seguían viviendo ese instinto dentro de ellos.

Isabel estaba a finales de los veinte y tenía un doctorado en comprensión del funcionamiento del cerebro humano y unos ojos acogedores que bastaban para tranquilizar hasta a los individuos más duros. Se la había recomendado su jefe, el DCI Nick Cleaves, y al principio, Tomek se había sentido desanimado por su edad, suponiendo que no tenía suficiente experiencia, tanto profesional como vital, para diagnosticar o ayudarle con sus problemas. Pero después de su segunda consulta, había conectado con ella —quizás habían sido sus ojos— y sus opiniones sobre todo el proceso habían cambiado.

Isabel fue directa al grano.

—Entonces... ¿cómo fue *aquello*?

—Esa es una pregunta bastante amplia —dijo Tomek—. Depende del ángulo desde el que vengas. Si le hicieras *a él* esa pregunta, habría sido la reunión más satisfactoria de toda su vida.

—¿Y para ti?

—Lo contrario.

Hoy estaban discutiendo la reunión que había tenido lugar con el asesino del hermano de Tomek. Cuando tenía nueve años, su hermano había sido asesinado en un parque cerca de su colegio. Le habían apuñalado repetidamente, golpeado con un ladrillo, mutilado

los genitales y vaciado los ojos con ácido de batería. Y Tomek había sido quien descubrió el cuerpo de su hermano. Dos minutos demasiado tarde. Se había encontrado cara a cara con el asesino de su hermano, Nathan Burrows, y habían pasado treinta años desde la última vez que Tomek había visto la cara de ese hombre.

Hasta hace unas semanas.

—¿Cómo es eso?

—No me dijo nada. En realidad, no. Eso es mentira. Me dijo *algo*. Me dijo que todo estaba en mi cabeza. Que no había nadie más allí la noche que Michał murió. Que me lo había imaginado, y que durante los últimos treinta años, he llevado conmigo la posible imagen y esperanza de otro asesino a su lado sin razón alguna. Que he estado pensando en alguien que no existe, que nunca ha existido y que nunca existirá.

Una breve pausa entró en la habitación mientras Isabel tomaba nota mental. La duda se reflejó en su rostro.

—¿Cómo te sentiste respecto a eso?

Tomek se encogió de hombros, indiferente, reforzando las mismas defensas que había mantenido durante los últimos treinta años.

—¿Cómo crees? Ya no sé qué creer.

—¿Le crees *a él*?

Otro encogimiento de hombros. Esta vez, bajó la mirada hacia su rodilla. Comenzó a frotar círculos con las uñas en la tela.

—Una parte de mí lo hizo. Mientras que la otra parte me dice que sé lo que vi. Tengo esas pesadillas por una razón, y vi a Charlie en una de ellas por una razón. Escuché su nombre.

Charlie era el nombre del segundo asesino de su hermano. Aquel cuya existencia Tomek estaba convencido pero no había podido probar. Había descubierto el nombre en una pesadilla una vez; lo había escuchado mientras los dos asesinos huían de la escena.

—¿Mencionaste a Charlie a Nathan?

Tomek respondió que sí.

—¿Y cómo reaccionó?

Tomek pensó en eso por un momento. Rememoró la sala de visitas de la prisión. Rodeado por docenas de otros reclusos y sus

amigos y familiares. Hablando, conversando, algunos discutiendo mientras la mayoría disfrutaba de la compañía de los demás. Y entonces había mencionado el nombre de Charlie.

Con los ojos cerrados, Tomek imaginó la reacción del hombre.

—Los ojos de Nathan se abrieron ligeramente —explicó—. Y sonrió. Más una sonrisa burlona que una sonrisa normal. Una mueca, en realidad. Pero fue sutil, discreta. Un pequeño movimiento de los labios. Una de esas sonrisas presumidas que te haces a ti mismo cuando acabas de arreglar una ventana o abrir un tarro difícil que nadie más podía y no quieres parecer un gilipollas. Nathan parecía como si reconociera el nombre... pero no del todo. Luego negó con la cabeza y me dijo que no había nadie con ese nombre, que me lo había imaginado todo.

—¿Qué quieres decir con "pero no del todo"?

Tomek abrió los ojos y quedó cegado por el brillo. La habitación estaba equipada con algunas de las bombillas más brillantes que jamás había visto. Estaba dispuesto a apostar que la persona que las había instalado era tan presumida como el maldito Nathan Burrows.

—No sé —respondió—. Fue raro. Parecía como si reconociera el nombre pero *no* al mismo tiempo. ¿Sabes a qué me refiero?

La expresión en su rostro sugería que no.

—¿Crees que podrías estar equivocado?

Tomek le ofreció una expresión en blanco como respuesta.

—Te lo he dicho, ya ni siquiera sé qué creer. Un minuto puedo ver la silueta allí, de pie sobre mi hermano junto a Nathan. Al siguiente no puedo. Un minuto puedo oír su nombre tan claro como el agua, luego desaparece. Mi mente no deja de jugar conmigo misma. Vuelve una y otra vez. Y no estoy ni un paso más cerca de responder a nada.

Isabel dejó salir un bufido de aire corto y poderoso por la nariz.

—¿Has tenido más pesadillas desde tu visita?

Negando con la cabeza, Tomek respondió que no. Que las pesadillas, que hasta ese momento habían sido bastante regulares, ahora habían cesado.

—Eso es bueno, ¿no? Eso me parece un progreso. ¿Cómo te sientes después de haber ido a ver a Nathan? ¿Sientes que has

recibido alguna forma de cierre, aunque puede que no haya sido la respuesta que esperabas?

—¿Cierre? ¿De qué estás hablando, cierre? ¿Estás sugiriendo que debería creerle? ¿Que *debería* tomar sus palabras al pie de la letra y creer todo lo que dice? El hombre es un asesino. Está en su ADN mentir. Ha protegido a Charlie todos estos años, no va a delatar ahora.

—Entonces, ¿*todavía* crees que Charlie existe?

Tomek lo consideró un momento. La cabeza le empezaba a doler; le daba vueltas como un tiovivo. Tal como le había ocurrido durante las últimas semanas. Desde la reunión, le había costado dormir por la noche. Le había costado concentrarse en el trabajo. Se había sentido distraído casi cada momento del día, con sus pensamientos desviándose hacia Nathan, la sala, la reunión, la expresión engreída en su cara mientras le mentía a Tomek.

Charlie.

En el fondo, Tomek sabía que tenía razón, que su hermano había sido brutalmente asesinado por dos personas, y que Nathan le estaba mintiendo, tratando de convencerle de lo contrario. La creencia estaba tan firmemente arraigada dentro de él —treinta años presionando profundamente en su psique— que nada iba a desarraigarla. Pero ese día, las palabras de Nathan habían plantado una enfermedad mortal en su mente, una que actualmente estaba pudriéndose y corroyendo las raíces que rodeaban su creencia. ¿Podría haberse imaginado la figura junto a Nathan? ¿Podría haberse imaginado el nombre que había escuchado en sus pesadillas? Cuando sucedió, estaba investigando una serie de asesinatos de vigilantes que se dirigían a prisioneros recién liberados, y un sospechoso llamado Charlie Hampton, el novio de una trabajadora de libertad condicional, había surgido en la investigación. No podría haber sido eso, ¿verdad? ¿Su subconsciente introduciendo un nombre aleatorio que había escuchado como parte de otra investigación completamente no relacionada?

No quería pensar eso.

—Sé que fue mi sugerencia visitarlo —continuó Isabel, después de darse cuenta de que no había respuesta inminente a su pregunta

—. Y me doy cuenta de que puede haber tenido un efecto adverso en ti y en tu viaje hacia la muerte de tu hermano, pero quiero que te alejes de ese mundo por un tiempo. Tanto como sea posible, quiero que lo olvides. Quiero que te sumerjas en otros aspectos de tu vida: tus relaciones, tus amistades, Kasia, el trabajo. Quiero que te centres en las cosas que puedes controlar. Porque ahora mismo no puedes hacer nada sobre la muerte de tu hermano y lo que Nathan te dijo. Y cuanto más intentes concentrarte en ello y preocuparte, más y más te hundirás en una espiral. Encontrarás tus respuestas algún día, te lo prometo, pero la única manera de hacerlo es si le das a tu mente un descanso. Entonces, cuando vuelvas, tu cerebro habrá tenido tiempo de absorber nueva información, procesarla y permitirte ver toda esta situación con una mente clara. A partir de ahí, podrás hacer el progreso que necesitas.

Más fácil decirlo que hacerlo, pensó Tomek mientras le agradecía su tiempo y salía del armario de escobas.

CAPÍTULO
TRES

Tomek estaba sentado en la cafetería, en su sitio habitual, en la esquina de la sala, con el espejo de diamantes brillando sobre su cabeza, con el café en la mano, calentándose los dedos, con un ojo puesto en la puerta, esperando a que entrase el inspector jefe Nick Cleaves. Su superior le había pillado al salir del cuartucho de Isabel y justo antes de entrar él mismo a una reunión, y le había sugerido que se pusiesen al día tomando un café. —Como un par de madres —había dicho Nick justo antes de cerrar la puerta.

Afortunadamente, Tomek tenía el lugar perfecto en mente. Un sitio agradable que conocía muy bien. Estaba concurrido, lo suficientemente grande y ruidoso para que ambos pudieran mantener una conversación discreta, y la comida era divina. El estímulo perfecto para superar el miércoles.

La cafetería se llamaba Morgana's y rápidamente se había convertido en uno de los lugares favoritos de Tomek. Se consideraba cliente habitual desde que su novia, Abigail, le presentó el lugar. Se habían reunido allí una vez por motivos profesionales, y Tomek incluso la había convencido de que había sido el escenario de su segunda cita. Desde entonces había ido casi una vez por semana. La cafetería había elevado sus expectativas sobre todo lo que esperaría encontrar en un establecimiento similar. La comida —grasienta, sabrosa, con la cantidad justa de sal (con solo pensar en ella se le hacía la boca agua)— iba acompañada de un servicio casi impecable. Morgana, la propietaria y quien daba nombre al negocio, era una

mujer orquesta que atendía a toda la clientela bajo su cuidado en el restaurante, que cambiaba con tanta frecuencia como un semáforo. Hacía un trabajo fantástico gestionando todo el restaurante, liderando desde el frente, y Tomek la admiraba enormemente.

Mientras estaba sentado allí, contó otras diez mesas con al menos una persona ocupándolas. Un auténtico ambiente de Essex: trabajadores con gruesas y pesadas botas del desierto, con sus chándales sucios y un caro reloj de diseño adornando sus muñecas, que venían a desayunar tarde; una pareja de ancianos, todavía con sus gruesos abrigos de invierno puestos mientras devoraban carne roja y judías; un hombre de mediana edad con un estómago del tamaño de un balón saltarín sentado con las piernas separadas para compensar el espacio extra que requería su barriga; una joven madre con su hijo aún más joven (que debería haber estado en el colegio) jugando con una tableta mientras ella intentaba meter comida en la boca de su recién nacido, que estaba encajado en su carrito, sin poder moverse. No había juicios allí. Nadie era mejor que los demás. Eran iguales. Solo estaban allí por la buena comida, el buen ambiente y un buen precio: un lema que, hasta hace poco, había estado impreso en letras rosas brillantes de diamantes y pegado a las paredes con cola.

Antes de que Tomek pudiera mirar alrededor del resto de la cafetería, sonó la campanilla de la entrada y entró el inspector jefe Cleaves, con cara de quien busca pelea.

La expresión intimidante se relajó un poco cuando hizo contacto visual con Tomek. Se dieron la mano y se sentaron a la mesa, luego pidieron café y algo de comer. Huevos revueltos para Tomek. Bocadillo doble de bacon, doble de salchicha y doble de huevo para Nick; el especial doble ataque cardíaco, como lo llamaba Tomek.

—Huevos revueltos... —comenzó Nick en su defensa—. Eso es bastante seco. ¿Te encuentras bien?

Tomek se dio unas palmaditas en el estómago, sintiendo cómo se agitaba su interior.

—Vigilando la cintura.

—¿A tu edad? Todavía te quedan unos años antes de llegar a mi talla.

Tomek se giró y señaló discretamente al hombre con el estómago de balón saltarín. —¿Y cuántos años calculas que te quedan a ti para llegar a *eso*?

Antes de que Nick pudiera responder, la camarera les interrumpió, llevando sus cafés en una bandeja. Mientras colocaba las bebidas en la mesa, Tomek preguntó: —¿Hoy no está Morgana?

—No, no ha venido esta mañana —respondió la mujer con un fuerte acento de Europa del Este. Tomek la reconoció, pero no pudo identificar su acento—. Y el encargado adjunto tampoco está, así que estoy a cargo yo.

—Bueno, no creo que nadie lo haya notado, así que debes estar haciendo algo bien.

La camarera arrugó la nariz ante sus comentarios y se marchó apresuradamente, ofendida.

—¿Qué he dicho? —preguntó mientras se volvía hacia Nick.

—Básicamente, que está haciendo un trabajo de mierda pero que todo el mundo está demasiado ocupado o disfrutando de la comida para darse cuenta. Enhorabuena —continuó Nick—, has molestado a alguien que probablemente no cobra lo suficiente para sobrevivir mientras la insultas por hacer su trabajo. Muy bonito. Seguro que ahora te sientes *muy* bien contigo mismo.

—Mira quién habla —se burló Tomek—. He visto cómo le hablas a algunos miembros del equipo.

—Que te den.

—Justo a eso me refiero.

—Eso es diferente. Es cosa del trabajo.

—Lo que te ayude a dormir por las noches.

Tomek había considerado a menudo a Nick como una figura paterna. Una figura estricta, severa y ligeramente con sobrepeso. Y Tomek correspondía a ese vínculo familiar. Después de que el hijo de Nick y su esposa se hubiera alistado inesperadamente en las fuerzas armadas, Tomek casi asumió ese papel, llenando el vacío que la desaparición de su hijo había dejado en sus vidas. Discutían, se gritaban el uno al otro, pero al final había admiración, respeto mutuo entre ellos. Sin embargo, no podía decirse lo mismo de muchos de los compañeros de Tomek.

—¿Cómo estaba Isabel? —preguntó Nick.

—Bien. ¿Y tú?

—Sí, bien también.

—Genial. Buena charla. Me alegro de que me hayas traído aquí para eso. ¿Vas a pagar esto como gastos o tengo que hacerme cargo yo?

Nick frunció el ceño. —Iba a pagarlo por la bondad de mi corazón, pero ahora que te pones borde no me apetece.

Tomek no discutió. Había algo en el rostro del hombre, algo que quería decir, algo que le pesaba considerablemente. Y Tomek conocía al hombre lo suficiente como para saber que solo necesitaba darle el tiempo y el espacio para hacerlo.

Pasaron unos momentos más antes de que Nick volviera a hablar.

—Es sobre Lucy...

Tomek hizo una pausa, escuchó y comenzó a temer lo peor.

—Está empeorando. No mejora. Todavía le cuesta mantenerse en pie y caminar correctamente. Sigue sin parecer que esté al cien por cien. A veces tarda en responder, y cuando lo hace, sus respuestas no son coherentes. Simplemente está... *existiendo*. Pensé que a estas alturas habría mostrado *alguna* mejoría...

Unos meses atrás, justo antes de Navidad, la hija de Tomek, Kasia, y la hija de Nick, Lucy, se habían reunido con un grupo de amigos para beber alcohol siendo menores de edad en la playa de Bell Wharf en Leigh-on-Sea. Mientras Lucy tiraba una botella de vodka robada a su padre a la basura, fue atacada y su cuerpo lanzado al suelo, dejándola en un charco de sangre y con un enorme bulto arrancado de un lado de su cabeza. Desde su alta, después de una estancia de dos semanas en el hospital, los médicos habían dicho que podría haber daño cerebral permanente. Que no podían asegurarlo con certeza.

Que solo el tiempo lo diría.

Parecía que el tiempo les estaba dando todos los indicadores equivocados. Aunque todavía había esperanza, y Tomek quería recordárselo.

—No mejorar no es lo mismo que empeorar —le recordó a Nick —. De hecho, es mejor. Solo tienes que recordar que estas cosas

llevan tiempo.

—No tenemos tiempo.

Se formó un nudo en la garganta de Tomek. Estaba a punto de preguntar cuál era la prisa, pero contuvo la respiración mientras esperaba a que las palabras salieran de la boca de Nick.

—Maggie quiere el divorcio.

Por un momento había temido que Nick iba a decirle que se estaba muriendo, que tenía alguna enfermedad incurable que en pocas semanas acabaría con él. Pero esto era mucho peor. Perder a Maggie sería igual que la muerte para Nick. Tomek sabía que ella se llevaría a las niñas. Que él no podría luchar contra eso en los tribunales. Ya casi nunca estaba en casa. ¿Cómo pensaba que podría cuidar de sus hijas adolescentes mientras gestionaba un trabajo a tiempo completo como jefe de la división de Southend? No tendría nada a lo que volver a casa, nada por lo que trabajar y nadie para quien trabajar. El cerebro y el corazón de su existencia serían arrancados. ¿Y entonces adónde iría?

Tomek ya empezaba a visualizarlo. La espiral descendente. El completo colapso de la vida de su jefe. Y estaba seguro de que Nick también había pasado muchas noches pensando en ello.

—¿Por qué? —preguntó Tomek, tratando de mantener el miedo fuera de su voz.

—Por lo que le ha pasado a Lucy. Ella lo está pasando mal. Yo lo estoy pasando mal. Nos está afectando. Y no sabemos qué hacer al respecto.

—Separarse no va a ayudar.

—Intenta decírselo a ella. Se le ha metido en la cabeza que esa es la solución. —Nick se dio golpecitos en la sien con vehemencia.

—¿Qué dijo Isabel?

Al mencionar el nombre de la joven terapeuta, los ojos de Nick se abrieron de par en par. —Ni siquiera me hagas empezar con *eso*. No se nos permite mencionar su nombre en nuestra casa. Ni siquiera se me permite hablar de mis sesiones con ella: cuándo las tengo, cómo fueron y cuándo la veré de nuevo.

—¿Por qué no? —preguntó Tomek, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta.

—Porque cree que estoy teniendo una aventura con ella. —Más golpes en la sien, esta vez con una agresividad que preocupó brevemente a Tomek por la seguridad de Maggie—. Es la cosa más ridícula que he oído en mi vida. ¡Es lo bastante joven para ser mi hija!

A Tomek se le habían acabado las cosas que decir. Parecía que Nick necesitaba desesperadamente ayuda, y Tomek era la persona menos indicada para ofrecérsela. No tenía ni idea de cómo era un matrimonio; apenas llevaba una semana en una relación de novios. Todavía era novato en todo esto. Y si eso no fuera suficiente, su historial de ex novias, de las que solo había dos, y ambas estaban en prisión, hablaba por sí solo. Ni siquiera podía elegir una pareja decente con la que establecerse. Siempre había algo malo en ellas: primero, el tráfico de drogas y la posterior adicción; y segundo, los asesinatos en serie como vigilante. Ninguna de las cuales, le gustaba pensar, había sido directamente responsabilidad suya. Sin embargo, con Abigail era diferente. Ella parecía, en comparación directa con las dos anteriores, tan normal como podía serlo. Casi insulsa. Que era exactamente lo que él necesitaba ahora mismo. Menos drama de los que podrían encontrarse en la primera página de la revista *¡Hola!* y más de los asuntos que nunca llegaban a imprimirse.

Afortunadamente, la comida le salvó del silencio. El aroma celestial flotó desde su plato hasta su nariz, aliviando inmediatamente el estrés que había sentido durante la hora anterior. La comida tuvo el mismo impacto en Nick. Mientras le daba un mordisco a su desayuno, sin decir una palabra más a Tomek, parecía que todas sus preocupaciones y miedos —sobre el divorcio, sobre su hija discapacitada— desaparecían tan rápido como las volutas de vapor que subían al aire desde su taza.

—Joder, qué bueno está —dijo.

—Preferiría no hacer eso, si te da igual. Pero sí. Sí que lo está. Absolutamente delicioso, si me preguntas.

—¿Cómo consiguen que sepa *tan* bien?

—Me imagino que ese sonido chisporroteante que se oye de fondo no es el ruido de los cocineros probando los charles de su batería. Creo que es el sonido de la grasa cocinándose. Y mucha.

—O quizás el ingrediente secreto es el delito —respondió Nick.

—¿Perdona?

—Es una referencia a *Peep Show*. Super Hans...

La referencia se perdió en Tomek, a quien le habían echado para atrás los ángulos de cámara en primera persona de la serie. Por alguna razón, le había puesto nervioso y nunca había conseguido engancharse.

—Supongo que eras demasiado joven para ver eso cuando salió —continuó Nick.

—O quizás simplemente tenía mejor gusto para la televisión. O, pensándolo bien, estaba por ahí haciendo cosas, viviendo mi vida en lugar de quedarme en casa viendo comedias.

Continuaron comiendo el resto de su comida en un silencio aturdido, ninguno dispuesto a sacrificar el detenerse para continuar la conversación que ya había llegado a un cierre natural. Después de terminar, se recostaron en sus sillas acolchadas, con las manos en el estómago, y durante los siguientes diez minutos observaron cómo el flujo constante de clientes seguía entrando y saliendo por la puerta.

Esperando que no surgieran más temas sobre esposas, hijas, divorcios y depresión entre ellos, Tomek preguntó sin valor: —¿Vamos a la oficina?

CAPÍTULO
CUATRO

Era casi mediodía cuando llegaron a la sede central de la Brigada de Investigación Criminal de Southend, en pleno centro de la ciudad. El paseo marítimo que conducía a la entrada de la comisaría estaba inusualmente concurrido, con hordas de periodistas hambrientos rondando fuera, apiñados como fumadores en invierno; con la diferencia de que estos no tenían la ayuda de un cigarrillo de nicotina y alquitrán para mantenerlos calientes, solo se tenían unos a otros y la sangre de sus víctimas.

Tomek no reconoció a ninguno de ellos. Entonces miró su móvil y vio que tenía dos llamadas perdidas de Abigail. Como una de las reporteras principales del *Southend Echo*, que en las últimas semanas había luchado por sobrevivir tras la detención de su propietario por delitos de trata sexual, era su responsabilidad mantener el dedo en el pulso y exprimir cualquier pista hasta el fondo. Era tenaz, audaz e implacable, atributos que la hacían excepcional en su trabajo. También ayudaba que estuviera saliendo con Tomek, por lo que sabía cómo sonsacarle información pertinente para su propio beneficio. Como ahora: le estaba esperando en la entrada trasera de la comisaría, donde normalmente se prohibía el acceso a reporteros y prensa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él.

—He venido a averiguar qué está pasando.

—Nosotros también.

Nick estaba a pocos centímetros detrás de él, y mientras Tomek permanecía allí, podía sentir la penetrante mirada de su jefe quemándole la nuca, instándole a darse prisa.

—Te acuerdas de mi jefe, ¿verdad?

Nick no dijo nada. En su lugar, suspiró profundamente, gruñó y pasó empujando a Tomek para entrar. Tomek le siguió poco después, disculpándose silenciosamente con Abigail mientras se marchaba. Ella sabía que no debería estar allí, y ahora la habían pillado... los habían pillado a los *dos*.

Ya se imaginaba la bronca que le esperaba después.

Arriba, en la segunda planta, la sede de la Brigada de Investigación Criminal de Southend se había convertido en un hervidero de actividad. Un enjambre de cuerpos apresurándose frenéticamente dentro y fuera de la sala de incidentes graves, una orquesta de voces hablando unas por encima de otras.

La primera persona que se detuvo para dirigirse a ellos fue la Detective de Primera Nadia Chakrabarti. Con ocho meses de embarazo, parecía a punto de reventar. Caminaba con una mano en el vientre mientras con la otra se sujetaba la parte baja de la espalda. Las bolsas bajo sus ojos sugerían que no había dormido en semanas, aunque el maquillaje de su rostro hacía un trabajo medianamente decente intentando ocultarlo. Tomek no la habría culpado si hubiera querido venir a la oficina todos los días en chándal y con una gruesa sudadera de Primark, como si llegara tarde a su primer día en la universidad. De hecho, lo habría animado.

—Buenos días, sargento, inspector jefe —dijo lentamente, en marcado contraste con la velocidad a la que sucedía todo lo demás a su alrededor.

—Nadia —respondió Nick, interviniendo antes de que Tomek pudiera siquiera registrar su nombre—. ¿Qué coño está pasando aquí? Parece que hay algo de lo que no se me ha informado.

En cuanto lo dijo, el ambiente en la sala se calmó rápidamente, como si el equipo finalmente se hubiera dado cuenta de su presencia.

—Han encontrado un cadáver, jefe —respondió Nadia—. Hace unas horas, en el estuario del Támesis. Cerca de Mulberry Harbour.

—¿Mulberry Harbour? ¿Esa cosa antigua que es un memorial de la Segunda Guerra Mundial?

—No creo que se pueda llamar exactamente un memorial, señor. Pero sí...

—¿Y dices que esto ocurrió hace unas horas?

Nadia asintió.

—¿Por qué cojones no se me llamó? Deberían haberme notificado en el momento en que entró el aviso.

—Yo... creo que Rachel miró su agenda y vio que tenía permiso personal esta mañana, señor.

Eso calló a Nick rápidamente. Tanto que pasó junto a Nadia y entró como una tromba en la sala de incidentes, buscando inmediatamente a alguien más a quien gritar.

—¿Dónde está?

—¿Quién?

El individuo desprevenido que tuvo la desgracia de responder a la pregunta de Nick fue el Detective de Primera Chey Carter, o Cheyenne Pepper como a Tomek le gustaba llamarle. La cara del joven agente se descompuso en cuanto se dio cuenta de que estaba hablando con Nick.

—Victoria. ¿Dónde está?

—*Ella* está aquí.

Aquí, siendo detrás de él, de pie en la puerta.

—¿Hay algún problema, inspector jefe?

—Puedes apostar tu maldito culo a que lo hay. ¿Por qué me entero de esta muerte cuando llego a la oficina, y no en el minuto en que se produjo el aviso?

—Porque, como Nadia le ha dicho hace dos segundos, pensábamos que estaba usted de permiso personal esta mañana y no querríamos molestarle. Sean y yo lo hemos tenido todo bajo control aquí, señor. No ha habido nada de lo que preocuparse.

Nick cruzó media habitación a zancadas y sostuvo su dedo frente a la cara de Victoria, al borde de decir algo de lo que luego podría arrepentirse. Tomek había visto esa cara antes; meses de frustración

y agresión contenidas, de angustia y sufrimiento, listos para ser desatados sobre la primera persona que le cabreara. Mientras tanto, Victoria permaneció inmóvil, con la espalda rígida y los brazos cruzados sobre el pecho, la personificación del acero y la determinación frente a un dictador aterrador.

—No me digas tú de qué puedo y no puedo preocuparme, Victoria. Eso lo hago yo solito, muchas gracias.

Tomek sintió la repentina necesidad de intervenir, de evitar que Nick cruzara la línea y se metiera en un torbellino de problemas difíciles que no necesitaba.

—¡Cuéntame lo que ha estado pasando y cuéntamelo ahora mismo!

Sin decir nada, Victoria levantó el brazo y señaló la serie de pizarras blancas a lo largo de la pared más larga. Allí, colgada en el centro de la pizarra del medio, había una imagen de su víctima. Encima estaba el nombre "Jane Doe".

Excepto que esta no era una Jane Doe. Tomek sabía exactamente quién era. La reconoció casi al instante.

—La encontraron en Mulberry Harbour. La causa probable de muerte es ahogamiento. La autopsia se realizará esta tarde. Los testigos vieron a alguien huyendo de la escena, así que asumimos que fue asesinada. No se encontró teléfono ni identificación en la escena del crimen. Estamos intentando identificarla mientras hablamos.

—No hace falta que hagáis nada de eso —dijo Tomek mientras pasaba junto a Victoria y entraba en la sala—. Sé exactamente quién es.

—¿No será una de tus antiguas amantes, verdad?

—No.

—¿Te importaría entonces iluminarnos?

Tomek notó la súplica en su rostro. Solo era sutil —un pequeño ensanchamiento de los ojos, un breve destello de esperanza en su semblante—, pero fue suficiente.

—Acabamos de venir de allí... —comenzó—. Eso explica por qué no se presentó a trabajar hoy. Aunque no explica por qué el subdirector tampoco apareció...

—¡Tomek! —gritó Nick, seguido de un suspiro—. Ve al grano, por favor.

—Sí. Disculpe, señor. Su nombre es Morgana. Es la dueña del café de Hadleigh al que voy siempre. Se llama Morgana's. Una chica maravillosa y comida excelente. Parecía muy simpática y amable. No puedo imaginar por qué alguien le haría eso.

CAPÍTULO
CINCO

Tomek sentía como si lo estuvieran interrogando, como si lo acusaran a él mismo del asesinato de Morgana. Durante los últimos cinco minutos, se había visto obligado a explicar todo lo que sabía sobre ella. Aunque no tenía mucho que contarles, salvo que había hablado con ella un par de veces, había flirteado de vez en cuando (antes de comenzar su relación con Abigail, se apresuró a añadir), y que sabía que era de Ucrania. Esa era toda la extensión de su relación personal.

—Lo único que sé es que ella era la dueña del local. No sé desde cuándo ni si había alguien más —explicó.

—¿Tenía pareja, novio, marido? —preguntó Victoria. A estas alturas, todos los miembros del equipo, los ocho, habían sido convocados a la sala de incidencias, y Tomek empezaba a sentir como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento.

—Por lo que pude notar, no. Como he dicho, flirteamos un par de veces, y estoy bastante seguro de que lo hacía con otros clientes, aunque me sentiré un poco ofendido si eso es cierto. Dicho esto, probablemente acabé gastándome un par de libras más sin darme cuenta, así que no la culpo, sinceramente. Los tiempos son duros ahí fuera. Y no sé cómo mantienen sus precios tan bajos, pero...

Imágenes de sus huevos revueltos y del especial doble infarto de Nick aparecieron en su mente, distrayéndolo.

Nick chasqueó los dedos frente a la cara de Tomek y le dijo que se concentrara. Tomek volvió en sí y se disculpó.

—Eso es todo lo que sé, lo siento. Pero la pregunta es, ¿qué sabéis *vosotros*? —dijo, dirigiendo el interrogatorio hacia Victoria—. ¿Qué le pasó?

Junto a ella estaba el DS Sean Campbell, un gigante enorme de un metro noventa y tres. Los dos salían juntos desde antes de Navidad, y eso había causado una pequeña fractura en la estructura del equipo. No solo la relación entre Tomek y Sean se estaba resintiendo como resultado, sino que la composición del equipo se había dividido en dos bandos claramente diferenciados. Por un lado, estaban Tomek y Nick, que llevaban más tiempo conociéndose dentro del equipo y eran colectivamente los de mayor antigüedad. Luego, por otro lado, estaban Sean y Victoria, cuya relación embrionaria había creado una pequeña burbuja para conversar y coincidir entre ellos, dejando al resto del equipo elegir el bando que prefirieran. Como elegir entre papá y mamá en el divorcio.

A Tomek le entristecía presenciarlo y formar parte de ello, pero Sean era un hombre adulto que podía tomar sus propias decisiones.

—El cuerpo fue descubierto exactamente a las 09:52 de esta mañana —comenzó Sean, saltando en defensa de Victoria—. Encontrado por un hombre llamado Andrei Pirlog.

—¿Pirlo? ¿Andrea Pirlo? ¿La leyenda italiana del fútbol? —preguntó Tomek.

—No. No es ni futbolista ni leyenda. Ni siquiera italiano. Es rumano. Pero así es como se pronuncia su nombre, sí.

—¿Cómo la encontró? —preguntó Nick esta vez.

—Tendida boca arriba en el agua en Mulberry Harbour.

—Sí, sí, eso ya lo sé. Pero, ¿qué estaba haciendo él allí? ¿Cuáles fueron las circunstancias que rodearon su muerte?

—Iba a llegar a eso, pero...

Antes de que Sean pudiera terminar, alguien llamó a la puerta y dos figuras entraron sin esperar aprobación. Tomek no las reconoció, nunca las había visto antes. Pero la expresión en el rostro de Nick sugería que él sí, y daba a entender que sabía exactamente por qué estaban allí.

—Buenos días a todos —dijo el primero en entrar—. Disculpad la interrupción, Inspector Jefe, pero me preguntaba si podría hablar un

minuto con usted.

—Sí. Por supuesto —dijo Nick, con desesperación y derrota impregnando sus palabras, mientras salía con la cabeza y los hombros encorvados hacia adelante. Al cerrar la puerta tras él, le lanzó a Tomek una mirada que decía: "Averigua todo lo que puedas para mí, no dejes que te oculten nada".

Tomek entendió y luego se volvió hacia Sean.

—¿Decías? —continuó mientras se buscaba un asiento y esperaba a que Sean y Victoria se desplazaran hacia el frente de la sala. Actuó como si nada hubiera pasado y quería que todos los demás hicieran lo mismo. Rápidamente lo hicieron. Ahora era el turno de Sean y Victoria de sentir que estaban siendo interrogados.

—Andrei Pirlog caminaba por el estuario —comenzó Sean—, durante la marea baja. Estaba allí para tomar algunas fotografías del puerto cuando encontró a una figura acunando la cabeza de Morgana.

—No sabemos con certeza que sea Morgana —interrumpió Victoria.

—Tomek confirmó que era ella...

—No exactamente. La reconoce, eso es todo. Todavía vamos a necesitar una confirmación positiva de un pariente que la conociera un poco mejor que alguien que la vio un par de veces en un restaurante.

—*Su* restaurante —corrigió Tomek.

Victoria ignoró el comentario y se retiró detrás de Sean para permitirle continuar, flotando sobre su hombro demoniacamente como un diagnóstico hospitalario.

—Andrei se acercó a la figura masculina y a la fallecida, pero antes de que pudiera hacer nada, la figura huyó. Unos momentos después, un grupo de turistas también llegó al puerto.

Tomek asintió. —Así que, ¿ya estaba muerta cuando Andrei llegó a ella?

—Sí.

—¿Y qué hacía el grupo de turistas allí?

—Una visita turística. ¿Qué más iban a estar haciendo?

Tomek esperó a que Sean respondiera correctamente a su pregunta. La respuesta llegó un momento después.

—Es un pequeño negocio dirigido por un hombre llamado Warren Thomas. La gente paga por hacer un recorrido por el puerto. Lleva haciéndolo durante los últimos cinco años. Dice que conoce el agua como la palma de su mano.

Tomek reconoció el nombre del colegio y se preguntó si sería la misma persona o si era solo una coincidencia afortunada.

—¿Cuántas personas había en el grupo de turistas? —preguntó.

—Cinco. Seis, incluyendo a Warren —respondió el DC Martin Brown. Hoy, su hermoso cabello a la altura de los hombros estaba atado en un apretado moño en la parte posterior de su cabeza. Tan apretado, de hecho, que parecía estirar toda su cara hacia atrás en una especie de extraño lifting facial—. Salieron poco después de las nueve de esta mañana.

—¿Y les llevó casi una hora llegar allí?

—Es un camino largo. Y es traicionero. Las mareas son temperamentales, y el barro es increíblemente peligroso. Muchas personas quedan atrapadas cada año.

—Sin mencionar que se retrasaron porque algunos miembros del grupo se quedaban atascados —añadió la DC Rachel Hamilton—. Te olvidaste de mencionar esa parte. Para cuando llegaron allí, la marea estaba subiendo y solo les quedaban unos minutos antes de quedar completamente atrapados ellos mismos.

—¿Qué ocurrió después de que todos llegaran?

—Llamaron a la policía, pero no íbamos a llegar a tiempo, así que la unidad marítima y los guardacostas enviaron a algunas personas. Todos tuvieron que ser rescatados del puerto.

Tomek asintió mientras absorbía lentamente la información. Se imaginó a los siete, ocho incluyendo a Morgana, atrapados en el agua, posados en el borde del puerto de hormigón, esperando el rescate del RNLI como si acabaran de quedar varados en la cima del Himalaya. Solo podía imaginar el frío que debían de tener todos.

—¿Dónde está el cuerpo ahora?

—Entrando en calor en la morgue —respondió Chey—. Está programada para esta tarde, aunque no creo que encontremos

mucho en ella. Al parecer, entre los siete estuvieron manoseándola e intentando sacarla del agua para reanimarla.

—¿Cómo lo sabes?

—Los hemos entrevistado a todos.

—¿Ya? —Tomek silbó entre dientes—. Hoy no estáis perdiendo el tiempo, ¿eh? Sois como los conservadores organizando fiestas en cuanto se establecieron las restricciones.

—Hacemos lo que podemos.

—¿Alguna idea sobre la hora de la muerte? —preguntó Tomek a la sala, y esperó para ver quién era lo suficientemente valiente como para responder.

—Difícil de decir —respondió Victoria—. No lo sabremos con certeza hasta que tengamos el resultado de la autopsia, pero Warren Thomas calcula que hubo un intervalo de cuatro a cinco horas entre marea baja y marea alta.

—¿Así que ese es el intervalo con el que trabajamos?

—Posiblemente. Pero también hubo marea baja anoche alrededor de las diez, así que es posible que la mataran entonces.

Eso complicaría las cosas. Ampliaría un intervalo de cinco horas a trece para el asesinato, y si la habían asesinado durante la noche anterior, las posibilidades de encontrar a su asesino disminuirían exponencialmente. El cerebro de Tomek ya empezaba a preguntarse dónde podría haber ido el asesino después de dejar el cuerpo de Morgana en el agua. Si había ocurrido a la luz del día, poco antes de que llegaran Andrei Pirlog y el grupo de turistas, como sospechaba el equipo, entonces tendrían la oportunidad de localizar al asesino en las cámaras de CCTV o mediante testimonios de testigos. Pero si fue en medio de la noche, bien podrían estar buscando una "l" minúscula en una fila infinita de unos.

—¿Sospechosos? —preguntó Tomek, aunque ya conocía la respuesta.

—Probablemente el tipo que huyó de la escena del crimen —dijo Rachel con un toque de picardía en su voz—. Ese suele ser un buen lugar para empezar.

Tomek se tocó el lado de la cabeza y dijo: —Las grandes mentes piensan igual, Rach. Las grandes mentes.

Tomek apreciaba mucho a Rachel Hamilton. Era trabajadora, experimentada, se ocupaba de su trabajo, y gradualmente comenzaba a encariñarse con él. Cuando se conocieron, ella había sido reservada —y comprensiblemente, dado que había trasladado toda su vida de Londres a Southend—, pero después de unas semanas, se había adaptado al equipo y había comenzado a tolerar el sarcasmo y el sentido del humor a veces insoportables de Tomek. Ahora, casi había completado un giro de ciento ochenta grados y hasta sonaba como él.

—¿Qué hay de sus pertenencias? ¿Su teléfono?

—No se encontró nada en ella —respondió Victoria—. Nuestra teoría es que, o bien lo perdió en un forcejeo, se le cayó de camino al puerto, o el sospechoso se lo llevó.

—Esas son tres teorías —murmuró Tomek—. Pero no importa. ¿Qué es lo siguiente?

—Yo como oficial investigadora principal, y el DS Campbell como adjunto, necesitamos establecer primero nuestras prioridades y luego nos encargaremos de la delegación de tareas a través de Nadia, ¿de acuerdo? Y quiero que todos aceptéis vuestras responsabilidades sin cuestionamiento ni interrogación. ¿Entendido?

CAPÍTULO
SEIS

Apenas Tomek salió de la sala de incidencias, giró a la derecha, directamente hacia el despacho de la DCI Cleaves en la esquina más alejada del edificio. Por el camino, pasó junto a los dos individuos que habían venido a hablar con la inspectora jefe y les ofreció una sonrisa educada, a pesar de que intuía que no la merecían. Algo en sus modales y en la forma en que el ambiente se había enfriado con su llegada le sugería que no estaban allí para ponerse al día y recibir unas palmaditas amistosas en la espalda.

Un momento después, Tomek llamó a la puerta. Entró sin esperar respuesta y encontró a Nick paralizado, suspendido en una posición a medio camino de levantarse de su silla, con una expresión de asombro en el rostro.

—Tomek, ¿qué estás...?

—He venido a pagar el desayuno de esta mañana —anunció en voz alta, para asegurarse de que todos en la oficina le oyeran. Cerró la puerta suavemente tras él.

—¿Pagar el desayuno? ¿De qué hablas?

Tomek sacó la silla frente a Nick y se apoyó contra el respaldo.

—He venido a hablar.

—¿Así que no me vas a devolver lo del desayuno?

—Ni de coña. Solo lo he dicho por si alguien estaba escuchando.

—¿"Alguien" refiriéndote a cierta inspectora?

—Y a su media naranja.

—Bueno, si te preguntan algo o empiezan a dar la lata, los mandas a hablar conmigo. Con el humor que tengo, estaré encantado de lidiar con ellos.

Tomek se mordió el labio inferior.

—¿Qué ha pasado?

Nick colocó las manos en el respaldo de su silla de escritorio, imitando a Tomek. Sus nudillos se blanquearon mientras hundía las uñas en el material.

—Me han suspendido.

Esas tres palabras dejaron a Tomek atónito. No tenía ningún sentido. ¿Suspendido? ¿Por qué? Nick no había hecho nada malo. Pasaban casi todas las horas de trabajo juntos día tras día, así que, ¿qué podría haber hecho que justificara semejante medida?

—Es por mis vínculos con Brendan Door. La IOPC dice que, como él y yo hemos trabajado estrechamente durante años, mi integridad está en entredicho, y me suspenden mientras me investigan.

—¿Todo eso solo porque trabajaste con él y os sentasteis en la misma sala un par de veces?

Nick bajó la cabeza.

—Sí... pero eso no es todo. Hay... ¿cómo lo diría? Algunos correos electrónicos... de hace tiempo.

¿Correos? Eso no sonaba bien.

—Fue algo completamente inocuo por lo que recuerdo —continuó —. Pero me incluyeron en copia en varios correos de Brendan al alcalde y a Herbert Tucker.

—Oh, Nick... ¿De qué trataban?

—Como digo, eran cosas inocuas, mundanas. Relacionadas con el trabajo, pero sé que esos cabrones los examinarán durante semanas solo para hacerme sudar.

—¿Sabías que esto iba a pasar?

Nick no respondió a la pregunta, lo que le dijo a Tomek todo lo que necesitaba saber. Unos meses antes, el miembro del Parlamento por Southend Este, Herbert Tucker, había sido secuestrado cuando regresaba a casa del trabajo de madrugada, y asesinado. La investigación había destapado una red de tráfico sexual que operaba en el corazón de Southend, dirigida por los escalones más altos de la

élite política. Brendan Door, el Comisario de Policía, Bomberos y Delitos (PFCC) del Sur de Essex había sido implicado y, como resultado, se había iniciado una exhaustiva investigación sobre todos los que habían trabajado con Brendan.

—Encontré los correos mientras revisábamos todo lo relacionado con Tucker —dijo Nick finalmente—. No dije nada en ese momento, pero sabía que en algún momento me joderían bien.

—Bueno, si son tan inocuos e inocentes como dices, entonces no tienes nada de qué preocuparte.

Nick soltó su agarre de la silla, dejando las marcas de las huellas de sus dedos en el tejido, y después rodeó su escritorio.

—No lo entiendes. Estas cosas son brutales. A la IOPC no le importa quién seas. No les importa cuál sea tu rango, lo que hayas hecho por este cuerpo. Hurgarán en todo, en cada aspecto de nuestras miserables y jodidas vidas hasta que encuentren algo.

Había un miedo genuino en los ojos de Nick. Un miedo que no había estado ahí unos momentos antes. Un miedo que inquietaba a Tomek.

—Ellos... —hizo una pausa, inseguro de cómo plantear su pregunta—. No encontrarán nada más, ¿verdad?

Nick miró a Tomek profundamente a los ojos, dudó.

—No —dijo—. No encontrarán nada.

Eso fue suficiente para Tomek.

—Genial —respondió, un poco demasiado alto—. A mí me parece que no tienes nada de qué preocuparte. Puedes poner los pies en alto durante esta mini-jubilación y pasar algo de tiempo de calidad con Maggie, Lucy y Daniela.

Nick ofreció una sonrisa tensa a medias. Era evidente que la perspectiva de pasar el futuro previsible en casa con su familia no había sido recibida tan bien como Tomek esperaba. Para un hombre al borde del divorcio, algo de tiempo alejado de su trabajo era posiblemente lo mejor para él, pero no parecía que Nick compartiera ese sentimiento.

—Joder, Nick. Has mantenido esto más callado que un convento en misa —añadió Tomek negando con la cabeza.

—¿Me culpas? Me he estado cagando de miedo desde que todo estalló. Y hablando de cosas que estallan...

—No me digas que tienes algo más que contarme. ¿Conexiones con Oriente Medio?

—No, idiota. Claro que no. Estoy hablando de *aquí*. Con Orange y Campbell. Sabes que harán la vida imposible sin mí alrededor. Tendrás que estar atento.

—Soy mayorcito, puedo cuidarme solo.

De hecho, era algo que se le había ocurrido a Tomek en el mismo momento en que Nick le explicó que estaba siendo suspendido. Sabía que no tendría al inspector jefe de su lado, luchando por él. Que estaba completamente solo por el momento. Que, si no quería ser apartado y relegado a los márgenes de la investigación —y arruinar las escasas posibilidades de promoción a inspector por las que había estado trabajando lentamente— tendría que ser inteligente al respecto.

—Y tú pensabas que *yo* te ponía las cosas difíciles —dijo Nick.

—Lo hacías.

—Espera a ver lo que Victoria tiene preparado para ti. Puede parecer un ratón, pero puede ser un león cuando es necesario.

Tomek agradeció a Nick la advertencia y se dirigió hacia la salida. Cuando puso la mano en el pomo, Nick añadió:

—Ten cuidado, chaval, ahí fuera es una selva.

Tomek sonrió con ironía.

—Creo que estaré bien. La última vez que lo comprobé, los leones no viven en la selva.

CAPÍTULO
SIETE

Cuando Tomek salió del despacho de Nick, entró en una sala vacía; una sala vacía, excepto por una persona.

Chey Carter.

El veinteañero de veinticinco años que cada día le recordaba más a Tomek a sí mismo.

—¿Cuánto tiempo he estado ahí dentro? —preguntó, señalando hacia el despacho de Nick.

Justo cuando Chey estaba a punto de responder, Nick abrió lentamente la puerta y asomó la cabeza.

—Están todos trabajando en el terreno —respondió Chey.

—¿Incluida Nadia?

—Bueno, no. Ella no. Está en el servicio. Ya sabes cómo es, tiene la vejiga de un erizo.

—Se llama estar embarazada, muchas gracias.

En ese momento, Nadia pasó junto a ellos arrastrando los pies. Su repentina aparición hizo que Tomek diera un respingo.

—Entonces, si todos están en el terreno, ¿por qué sigues tú aquí? —preguntó Tomek a Chey.

—Creo, Sargento, que la pregunta que deberías hacer es por qué sigues *tú* aquí.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Qué? ¡No! Yo-yo-yo solo estaba diciendo que... —Sus mejillas se sonrojaron y sus ojos se movieron frenéticamente entre Nadia y

Tomek, como si suplicara a la mujer embarazada que lo salvara—. Solo quería decir que vamos a trabajar juntos...

—¿Cómo?

—Bueno, Victoria me dijo que a nosotros dos nos encargarán encontrar al principal sospechoso —dijo Chey con una sonrisa de satisfacción. El joven parecía positivamente entusiasmado ante la perspectiva de trabajar con Tomek y de sentarse frente a una pantalla de ordenador durante horas interminables observando la misma imagen, esperando el más mínimo movimiento.

—Entonces necesitan que encontremos una gota de agua en el océano —respondió Tomek con sarcasmo—. Genial. ¿Adónde han ido los demás?

Chey dudó antes de responder, casi como si estuviera reteniendo la información.

—Ahora que tienen un nombre para la desconocida, han ido a la cafetería para hablar con los empleados y encontrar posiblemente a un marido o pareja, si es que tiene. Les pedí que me trajeran algo, un bocadillo de beicon y huevo, pero dudo que alguno lo haga.

Tomek ignoró el último comentario de Chey y se dirigió a Nick. Susurró, fuera del alcance del oído de Chey: —Solo consiguieron ese jodido nombre gracias a mí. Si no fuera por mí, todavía estarían preguntándose de qué color es el sol.

—Ya ha empezado —dijo Nick con solemnidad, y después puso una mano en el hombro de Tomek—. No esperaba que fuera tan rápido, pero vas a tener que acostumbrarte. O lo aceptas y lidias con ello, o lo combates lo mejor que puedas.

CAPÍTULO
OCHO

Tomek no tardó mucho en aburrirse. Poco más de una hora, de hecho. E incluso entonces llevaba tiempo resistiéndose a admitirlo. Estaban con la mirada fija en la pantalla del ordenador, esperando a que apareciera una figura que coincidiera con la descripción obtenida de las declaraciones de los testigos. Como había señalado varias veces a Chey, se habían embarcado en algo equivalente a intentar encontrar a Wally en el paseo marítimo de Southend. Buscaban a un hombre de complexión media, con pelo negro corto, que llevaba un abrigo negro, pantalones oscuros y una bufanda, lo que con este tiempo describía a casi todos los hombres de Essex. Tomek había bromeado diciendo que podrían incluso verle a él mismo, ya que esa mañana había ido a la oficina con su chaqueta acolchada negra.

Para hacer las cosas más difíciles —como si buscar a un hombre sin rostro entre un mar de figuras anónimas en horas y horas de grabaciones de CCTV no fuera ya bastante malo— habían calculado entre los dos que tenían un área de búsqueda de unos diez kilómetros, desde un extremo de la costa de Essex Sur en Shoeburyness al este hasta Westcliff-on-Sea al oeste.

En un mapa que habían impreso y pegado a una de las pizarras blancas en la sala de incidencias, habían rodeado toda el área de Southend con un rotulador permanente negro. Mulberry Harbour estaba en la parte inferior derecha de la impresión, y unos centímetros a la izquierda se encontraba el muelle de Southend que,

según los informes de los testigos, era la dirección hacia la que había huido su principal sospechoso. En lugar de dirigirse hacia el norte, directamente hacia la orilla y la seguridad, la figura se había dirigido hacia el muelle de recreo más largo del mundo. Una decisión que no tenía sentido para él. Basándose en esa información, sin embargo, Tomek intuía que el sospechoso había subido de alguna manera al muelle y se había mezclado de inmediato con la amalgama de la sociedad en la plataforma. Pero, como habían mostrado las grabaciones de seguridad de las tiendas y las salas de juegos al final del muelle, nadie había saltado el borde ni había intentado nada remotamente parecido a algo de una película de James Bond. Eso significaba que el sospechoso había vuelto a la civilización en algún punto del paseo marítimo —a lo largo de sus diez kilómetros—.

No sabían dónde.

Y tampoco sabían cuándo.

Podría haber sido veinte minutos después de que le vieran. O dos horas. Y examinar cada ángulo de cámara de toda la extensión de la costa del sureste de Essex era una tarea enorme. Y una que a Tomek no le interesaba. Había mejores formas de emplear su tiempo y recursos.

Se levantó de su asiento y alzó las manos, estirando todo el cuerpo en un medio bostezo.

—Venga, vamos a salir.

—¿Adónde?

—Fuera.

—¿Por qué?

—Porque me siento como una ardilla en un cubo de basura. Me estoy volviendo loco encerrado aquí. Necesito salir.

—¿Puedes decirme a dónde vamos?

—Al Club Náutico de Thorpe Bay.

—¿Te refieres a... *la playa*?

—Sí. Pero no te preocupes. Esta vez no te haré acercarte a la arena. A menos que me saques de quicio. ¿Lo pillas? ¡Como el viento!

Chey puso los ojos en blanco, le hizo un corte de mangas a Tomek y luego gruñó mientras se levantaba de su asiento. Unas semanas antes, durante una tormenta moderada, Tomek y Chey se habían aventurado en la playa de Thorpe Bay para hablar con un instructor de kayak y windsurf en relación con el asesinato de Herbert Tucker. Estando allí, Chey se había ofrecido a sujetar una vela para el instructor y acabó de espaldas, inmovilizado por la vela. Había sido hilarante, y algo que insistía en recordar a Chey en cada oportunidad disponible, y Tomek estaba ansioso por presenciar algo similar esta vez.

Llegaron al club náutico poco más de diez minutos después. La sede del club estaba a cincuenta metros de la orilla y, al salir del coche, Tomek bromeó diciendo que no había viento lo suficientemente fuerte como para tirar al agente de sus pies y hacerle rodar hacia la arena. Al menos no en este continente.

Justo enfrente del club había un aparcamiento lleno de veleros de todas las formas y tamaños. No fue hasta que Tomek vio la altura que realmente apreció lo grandes que eran, y cuánto del casco quedaba sumergido bajo el agua.

—¿Has navegado alguna vez, Sarge?

—Solo en videojuegos, creo, Chey.

—A mí no me gusta el agua, así que no creo que pudiera intentarlo. Teníamos un par de personas en nuestro curso que lo hacían los fines de semana. Algunos tenían sus propios barcos.

—Muy pijos.

—No realmente. Uno de ellos se ahogó en las marismas cerca de Maldon.

—Oh.

—Sí. Fue muy triste, la verdad. Le conocía bastante bien. Me senté a su lado en matemáticas durante un par de años en secundaria. Luego le subieron de nivel —Chey hizo una pausa—. Lástima que no pudiera calcular cómo salir del problema que le mató.

—Y con esa nota tan alegre... —dijo Tomek mientras se acercaba al edificio. Luego susurró—: Guárdate esos pensamientos para ti, ¿vale? No quiero que deprimas a todos con los que hablemos.

—A sus órdenes, Capitán —dijo Chey, con un falso saludo de dos dedos.

Entraron en una sala sencilla. Las alfombras azules estaban sucias, blanqueadas por años de luz solar penetrando a través de las puertas correderas, y años de agua salada traída por las pisadas. Al fondo de la entrada había un mostrador, con una mujer sentada detrás. Estaba leyendo un libro cuando Tomek se le acercó.

—Buenos días —comenzó—. ¿No está demasiado ocupada, verdad?

—Siempre estoy ocupada, cariño. Pero para dos jóvenes como vosotros, absolutamente ninguna. ¿En qué puedo ayudaros, guapo?

—Somos de la policía —dijo, sacando su placa como cortesía—. Estamos investigando un incidente que tuvo lugar en Mulberry Harbour esta mañana.

—¿Qué tipo de incidente? —La cara de la mujer se iluminó, e inmediatamente Tomek supo que había empezado a hablar con el peor tipo de persona. La menos discreta de cualquier grupo, la de la boca más grande, la cotilla.

—Se encontró un cuerpo —respondió Chey, adelantándose a Tomek.

—¿Un cuerpo?

Tomek quiso darse la vuelta y darle una bofetada al agente en la barbilla, pero se dio cuenta de que la violencia no era la respuesta y que era poco profesional en la compañía actual.

—Estamos investigando las circunstancias que rodean la muerte —dijo Tomek rápidamente, con tono severo—. Esperábamos que pudiera responder a algunas preguntas.

—Yo... puedo intentarlo. No sé cuánta ayuda puedo ser. ¿Debería llamar a James?

—¿Quién es James?

—Es el gerente aquí. El presidente del club.

—¿Está aquí ahora mismo?

—No.

—¿Ha estado aquí en algún momento esta mañana?

—No.

—¿Pero usted sí?

—Sí.

—Entonces no necesitaremos a James. Aunque sería agradable conocer su nombre...

—Lucinda —murmuró, casi con timidez.

—Un placer conocerla. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Once años ya. Doce el mes que viene.

Tomek sonrió con ironía. —Eso es mucho tiempo. ¿Y cuánto tiempo lleva aquí *hoy*? ¿Desde esta mañana?

Ella confirmó que había llegado poco después de las siete, y que llegaba a la misma hora todas las mañanas, cinco días a la semana, a veces terminando tan tarde como las diez si había eventos y funciones para los miembros del club o escuelas de la zona. Como una de los únicos tres empleados a tiempo completo, se encargaba de muchas de las tareas administrativas y manuales del lugar. Le gustaba pensar en él como su segundo hogar, y había habido algunas ocasiones en que se había convertido en su primer hogar; cuando había terminado tan tarde que estaba demasiado cansada (o a veces demasiado borracha, les recordó sensatamente) para ir a casa, así que se había improvisado una pequeña cama en la oficina de arriba.

—¿Qué puede decirnos sobre el puerto? —preguntó Tomek—. Tenemos entendido que a veces hay grupos turísticos que van allí. ¿Tienen alguno que organicen como club?

—Solo en el agua —respondió Lucinda—. Llevamos a algunos escolares y a nuestros miembros en sus veleros o kayaks como parte de una excursión educativa. La marea suele subir durante el mediodía o por las tardes, así que es mucho mejor hacerlo en el agua. De esa manera los niños pueden acercarse mucho más.

—Qué encantador —dijo Tomek, haciendo todo lo posible por no sonar condescendiente—. ¿Y todos zarpan desde la rampa?

Ella asintió. —El mejor y único lugar para hacerlo.

—¿Sabe algo sobre estos grupos de excursiones privadas? ¿Alguno de ellos viene aquí y se dirige hacia el puerto desde el mismo lugar?

—Muchos lo hacen, sí. Es la forma más directa y posiblemente la más fácil de llegar allí. Hay muchas rutas, pero solo aquellos con

experiencia y conocimiento pueden llevarte allí con seguridad. Se oyen tantas historias sobre personas que quedan atrapadas. Sobre personas que se ahogan solo porque son tan inexpertas y no saben lo suficiente sobre las mareas. Es una pena.

El pensamiento se quedó en la cabeza de Tomek. Que quizás esto no era un asesinato en absoluto. Que tal vez Morgana se había aventurado al puerto por su propia voluntad —para hacer algo, para tachar algo de su lista de deseos, para tener un momento para sí misma— cuando se había quedado atrapada y varada allí. Quizás había intentado nadar de vuelta pero, lastrada por sus ropas empapadas y congelada por las gélidas aguas, había sucumbido y fallecido.

El pensamiento permaneció en su cabeza durante tan solo dos segundos antes de desaparecer nuevamente.

—¿Vio algún grupo turístico salir al agua esta mañana?

—Vi a unos cinco o seis salir con Warren. Es un amigo del club y suele bajar aquí por las mañanas con gente nueva, siempre que el tiempo esté bien, claro está. Si es un día despejado y no hay mucho viento, los lleva. Pero si llueve o hay vientos fuertes, no quiere arriesgarse. Ha hecho eso antes y prometió que nunca lo volvería a hacer.

Tomek tomó nota mental de averiguar exactamente a qué se refería.

—Eso es muy útil —le dijo—. Una última cosa, antes de irnos. ¿Vio algo sospechoso esta mañana? ¿A alguien bajando por la rampa solo, o pareciendo un poco... sospechoso?

—¿Sospechoso?

—Sí. Ya sabe. Como si estuvieran haciendo algo que no deberían.

—No sé a qué se refiere —dijo fríamente.

—¿Con qué parte está teniendo dificultades? Déjeme reformularlo: ¿vio a alguien más aventurarse en la playa esta mañana que no fuera parte de un grupo dirigido por Warren o cualquier otra persona que típicamente dirige excursiones?

Lucinda reflexionó, como si tener la pregunta explicada le hubiera desbloqueado una parte clave de su cerebro que le permitía funcionar correctamente.

—Ahora que lo menciona, alguien aparcó su coche aquí esta mañana, y no creo que hayan vuelto a recogerlo todavía.

El pulso de Tomek se aceleró. —¿Tienen alguna grabación de CCTV del coche que podamos ver?

CAPÍTULO
NUEVE

Las grabaciones de las cámaras de seguridad del club náutico habían acotado drásticamente los plazos de su investigación. Mostraban a Morgana entrando en el aparcamiento, tal como había explicado Lucinda, poco después de las ocho. Había salido del coche, sola, y luego se había dirigido hacia la playa, bajando por la rampa, hasta que desapareció al volverse más pequeña de lo que la resolución de la grabación podía captar. Tomek había sentido escalofríos al verla difuminarse en el fondo, avanzando hacia su muerte. Se movía con cautela, cuidadosamente, con miedo. Casi petrificada. Contrastaba radicalmente con el ritmo, la fuerza y la confianza que le había visto demostrar en su cafetería.

Pero, lo más importante, había demostrado que estaba viva por la mañana y que había partido hacia el puerto poco después de las ocho y había muerto poco antes de las diez. Eso significaba que ahora tenían una ventana de dos horas para acotar el asesinato y encontrar al asesino.

Fuera del club náutico, Chey había realizado una rápida búsqueda en línea de la matrícula y confirmado que pertenecía a Morgana. Luego había llamado a un equipo especializado para recuperar el vehículo para su inspección. Habían llegado poco después y se habían llevado el vehículo en la parte trasera de un camión articulado. Mientras veía cómo el Mercedes de Morgana se reducía a un pequeño punto, Tomek recordó a la propia Morgana, desapareciendo hacia su muerte. Se preguntó si ella habría sabido

que iba a suceder. Se preguntó para qué había ido allí. Si había quedado con alguien, o si se había aventurado hasta allí para quitarse la vida, para lanzarse a las gélidas aguas y dejar que su alma abandonara la tierra.

En este momento, tal como estaban las cosas, no sabía qué pensar.

Su incertidumbre no se veía ayudada por el hecho de que Lucinda no había visto a nadie más siguiendo a Morgana. Según ella, nadie había entrado en el agua desde entonces, excepto Warren Thomas y su grupo de turistas.

—¿Cómo lo hiciste?

La pregunta de Chey tomó a Tomek por sorpresa y lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo hice qué? ¿Despertarme con una dosis extra de genialidad esta mañana?

Chey puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. —Olvida que te lo pregunté. Tu ego podría inflarse demasiado.

—Si se trata de mi ego, entonces realmente quiero saberlo. Venga. Suéltalo. Es una orden.

—¿Estás usando tu rango para esto?

—Solo lo hago un par de veces al año, y acabas de hacer que gaste uno de mis recursos limitados así que... suéltalo.

Chey metió las manos en los bolsillos y hundió la barbilla en la parte superior de su abrigo hasta que su boca quedó sumergida bajo la tela. Mientras tanto, Tomek, gracias a su herencia polaca, no sentía el frío tanto como sus equivalentes británicos. De niño, estaba acostumbrado a inviernos de diez grados bajo cero en una casa que solo tenía una chimenea para calentarse y una cama individual para que tres niños pequeños se acurrucaran buscando calor.

—Me preguntaba cómo... —empezó el joven, pero el resto salió amortiguado bajo su abrigo.

—Perdona, ¿qué has dicho? Solo he oído "cómo sabías que iba a llover hoy".

Chey rápidamente sacó la barbilla de su agujero como una suricata, hizo la pregunta y volvió a hundirla.

—¿Que cómo supe que este era el lugar correcto para venir? —repitió Tomek. Se volvió hacia el paseo marítimo. A través de las filas de veleros y el bosque de mástiles, vio los dos rectángulos de Lego del puerto Mulberry sobresaliendo del agua—. Seré sincero contigo, Chey, porque te respeto, y porque sé que no le dirás nada a nadie más —y si la información se filtra, sabré exactamente a quién culpar —, pero esto fue pura casualidad. A veces necesitas un poco de suerte en la vida para salir adelante. De hecho, gran parte de la vida es suerte, impulsada predominantemente por el trabajo duro. Si tuviera que ponerlo en cifras, diría que tu veinte por ciento de trabajo representa el ochenta por ciento de tu suerte.

—Acabas de plagiar el principio del ochenta-veinte.

—¿Ah, sí? Todo el mundo lo hace, ¿por qué no podría hacerlo yo? Como decía, la vida se trata de suerte, trabajo duro y dedicación.

—¿Dónde encaja eso en el cien por cien?

—No encaja. Está fuera, observando.

—¡Ahora te lo estás inventando!

—Y ahí tienes tu segunda lección importante de vida para esta mañana, joven Chey. Todo el mundo se lo va inventando sobre la marcha. Nadie sabe lo que está haciendo en la vida, así que no tengas miedo de admitírtelo a ti mismo y de cometer errores. Simplemente tuve suerte con esto.

Chey negó con la cabeza, el sonido de sus dientes castañeteando audible detrás del abrigo. —¿Cómo coño hemos acabado hablando de filosofía y lecciones de vida?

—Porque todos nos lo vamos inventando sobre la marcha. Y además, si alguien pregunta cómo se nos ocurrió venir a este lugar, diles que pasé tanto tiempo mirando ese maldito mapa en la pared de la sala de incidentes que literalmente me llamó.

—Vale. ¿Podemos volver ya? Quiero un café.

—Excelente. Conozco el mejor sitio para tomarlo.

CAPÍTULO
DIEZ

Tomek no sabía qué esperar del primer sorbo del café que le habían dado, pero definitivamente no era lo que había tocado sus labios. Quemado, como si lo hubieran tratado con un soplete antes de añadirlo al agua hirviendo. Y estaba seguro de que también podía saborear productos químicos en su boca. O quizás era sal; el olor y sabor estaban por todas partes en la casa de Warren Thomas, como si la hubieran restregado en las paredes y los muebles, y estuviera dentro de cada uno de los difusores que había repartidos por todo el lugar.

Tomek agradeció educadamente al hombre por la bebida, luego la dejó sobre la mesa al otro lado de la habitación, lo más lejos posible.

Warren Thomas era un hombre grande. No con sobrepeso, aunque probablemente alguna escala inexacta de IMC o nueva moda dietética habría determinado arbitrariamente que entraba en la categoría de "obeso". Más bien, tenía hombros anchos, era musculoso y más alto que Tomek por unos centímetros. Parecía como si hubiera jugado al rugby profesionalmente en una vida anterior. O al menos seguía disfrutando del deporte los fines de semana. Y también tenía las cicatrices en la cara para demostrarlo. Las orejas de coliflor, la nariz rota que nunca había terminado de curarse. Tomek recordaba el día en que había ocurrido ese incidente en particular. Murray Coalfield había placado a Warren contra el suelo en una clase de educación física y su profesor, el señor

Johnson, tras examinar la sangre que corría por la cara del joven, le había dicho a Warren que continuara jugando. Su camiseta blanca de educación física nunca se había recuperado del incidente, y tampoco lo había hecho el hueso de Warren, para el caso.

—Es bueno verte de nuevo, Tomek.

—Lo mismo digo. Me da miedo pensar cuántos años han pasado.

—Cuanto menos se hable de eso, mejor. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

Tomek se señaló a sí mismo y luego a Chey. —*Esto*. Prácticamente los últimos veinte años de mi vida. ¿Y tú?

—Nada tan emocionante. Un par de trabajos ocasionales por aquí y por allá. Jugué semiprofesionalmente a mediados de los veinte. Tuve que retirarme por un hombro problemático. Hice algunos trabajos más aquí y allá, y después de todo eso comencé mi negocio de guía turístico.

—Eso he oído. ¿Va bien el negocio?

—Los negocios son como son.

Tomek no tenía ni idea de qué significaba eso, pero supuso que el hombre estaba siendo cauteloso por alguna razón. Tal vez no quería dejar entrever a Tomek que estaba pasando apuros económicos. Que no tenía el trabajo perfecto con la esposa perfecta y la vida perfecta. Tomek siempre había odiado encontrarse con gente que conocía del colegio. Siempre se convertía en una competición con muchos de sus antiguos compañeros. "Oh, ¿estás trabajando en la ciudad? ¿Cuánto ganas al año? Oh, acabamos de comprar nuestra segunda casa, una de cinco habitaciones, y tenemos otra en el sur de España".

"¿Aún vives en Essex? Yo me mudé hace mucho tiempo. Tuve que alejarme de todo aquello. Ahora soy mucho más feliz".

"¿No estás casado? No pasa nada, aún hay tiempo".

Gilipollas condescendientes a los que deseaba que se fueran todos a tomar por culo.

Esa era otra razón por la que se mantenía alejado de Facebook, aparte del hecho de que no sabía cómo funcionaba y no tenía ni el tiempo ni las ganas de aprender; porque no le apetecía ver adónde se iban de vacaciones las personas mientras estaban diez mil libras

endeudadas, contemplando un 60% de TAE en todas sus compras, repartido en los próximos cuarenta años. Mientras parecieran guays en las redes sociales, eso era todo lo que importaba. No importaba que sus casas y posesiones estuvieran a punto de ser embargadas. Nada de eso era importante cuando tenías quince "me gusta" y veinte corazones en una de tus publicaciones de Facebook. Eso era todo lo que importaba en las vidas de algunos de sus antiguos compañeros de colegio.

—Parece que te va muy bien —dijo Tomek—. Una lástima lo del rugby. Siempre pensé que tenías mucho potencial, que podrías haber llegado lejos. Mucha gente no se habría recuperado después de lo que le pasó a tu hombro, pero te has levantado y, por lo que veo, estás en un buen momento.

La cara de sorpresa de Warren sugería que esa no era la respuesta que esperaba.

—Una pena que no sepas hacer un café decente, eso sí.

Los tres se rieron. —A decir verdad, no lo bebo mucho. De hecho, creo que el producto está caducado, así que espero no haberte envenenado.

Se rieron.

—Dame una botella de agua cualquier día de la semana —continuó Warren.

—Siempre y cuando tenga sal.

Más risas. —Lo siento por eso —respondió Warren—. Es parte de quién soy ahora. Creo que está en mi sangre y simplemente se secreta por mis poros. —Warren pasó la mano arriba y abajo por sus fornidos antebrazos de pelo claro.

Luego llevaron la conversación al tema de la mañana, sobre cómo Warren había tropezado con el cadáver.

—Cuéntanos qué pasó. Debe haber sido muy traumático para ti.

—Me gustaría decir que lo fue. Pero... —se detuvo, bajando la mirada a sus rodillas peludas—. No es la primera vez que paso por algo así. Y tampoco es la primera vez que veo un cadáver allí fuera.

Tomek rebuscó en su banco de memoria, tratando de recordar si alguna vez había asistido o escuchado sobre una escena del crimen en el puerto antes.

—Hace unos seis años, estaba llevando a una pareja allí una mañana. Habían vivido en la zona durante años pero nunca habían bajado al puerto y solo querían ver cómo era. Llegaron tarde esa mañana, y el viento había arreciado enormemente mientras los esperaba. Era mucho más fuerte de lo que me habría gustado. No estaba contento de llevarlos, pero al final cedí. Cuando llegamos a mitad de camino, la marea ya había empezado a subir y casi quedamos atrapados allí.

—¿Pero no os quedasteis?

—Afortunadamente, lo conseguimos, pero estuvimos vadeando el agua durante un buen cuarto de milla.

Tomek asintió lentamente, asimilándolo todo. —Y... ¿dijiste que no es la primera vez que ves un cadáver?

Warren bajó la mirada. —Sí... —dijo, con un nudo en la garganta —. Era un buen amigo mío. No del colegio. Lo conocí jugando al rugby. Salió allí una mañana y no regresó. Se suicidó allí.

Tomek le concedió al hombre un breve momento de reflexión.

—Siento oír eso.

—Estaba pasando por algunas cosas. Muchas cosas, en realidad. Había luchado durante años después de verse obligado a retirarse del deporte como yo; yo tomé un camino, él tomó otro. Intentó mantenerse ocupado, pero simplemente no sabía qué hacer con su vida. Lo encontré en mi carrera matutina.

—¿Tu carrera matutina?

Warren asintió. —Cada mañana durante la marea baja corro hasta el puerto y de vuelta. Es la llamada de despertar perfecta, y me pone de humor para el día.

—¿Llueva o haga sol?

—Todos los climas, todas las condiciones.

—¿Con los mismos pantalones cortos que llevas ahora? Valiente.

—¿Pero por qué? —preguntó Chey de repente—. Vas allí todos los días como parte de tu trabajo...

Tomek estuvo de acuerdo. Era como si él corriera hasta la estación y volviera en un trote matutino, solo para conducir hasta allí después de ducharse y afeitarse. No tenía sentido para él.

—Lo sé, pero también lo uso como una oportunidad para explorar el clima y la marea. He aprendido, después de lo que pasó antes, que si no tengo un buen presentimiento, cancelaré mis reservas del día.

Tomek se volvió hacia los ventanales panorámicos que daban al camino de entrada de Warren. Estaba mirando una espesa pared gris oscuro. La lluvia acababa de comenzar a caer, y el repiqueteo de las gotas que caían sobre la moldura de plástico resonaba por toda la habitación.

—Ahí está —dijo Warren—. Más tarde de lo previsto.

—¿Qué sensación tenías sobre el grupo de hoy? —preguntó Tomek.

—No me sentía cómodo llevándolos esta mañana. El tiempo amenazaba, y el viento estaba arreciando. Pero insistieron.

—¿Por qué?

—Porque están de vacaciones desde América. Grandes fanáticos del Reino Unido, por alguna razón. Aficionados a la historia, también, al parecer. Pero se van mañana, y no podían permitirse perdérselo. Así que finalmente cedí.

—¿Qué te hizo ceder, si conocías los peligros de salir con este tiempo?

Warren agachó la cabeza avergonzado. —Dinero —respondió—. Me ofrecieron el doble. No iba a rechazarlo. Además, en mi carrera las condiciones no estaban tan mal. Eran manejables. Justo al límite de lo que consideraría tolerable.

—¿Es por eso que tardasteis casi una hora en llegar al puerto?

—Sí. No paraban de atascarse en la arena y caerse. Además, teníamos que parar cada dos minutos para que recuperaran el aliento. Fue una pesadilla. Cuando llegamos allí, solo nos quedaban unos minutos más antes de que subiera la marea. Normalmente paso de treinta a cuarenta y cinco minutos en el puerto, explicando la historia detrás de él, dándoles algunos datos interesantes, pero eso no ocurrió... por razones obvias.

Razones obvias que Tomek estaba deseoso de abordar.

—¿Qué pasó después de que encontraras el cuerpo?

—Tomé el control —admitió Warren con orgullo—. Como dije, lo había visto antes, así que sabía qué hacer. Llevo una pequeña radio conmigo cada vez que salgo allí que está conectada con la guardia costera. Les avisé por radio y les dije lo que había sucedido. Pero como el agua estaba entrando tan rápido, no habrían podido desplegarse tan rápido como nos hubiera gustado, así que nos dijeron a todos que subiéramos al puerto y esperáramos el rescate.

—¿Quién levantó el cuerpo?

—Lo hicimos todos. Tuve que ayudar a todos a subir. Es más alto de lo que parece, y hay un truco para ello. La gente salta continuamente y se lastima porque no se da cuenta de lo alto que es, y el agua debajo tampoco es tan profunda. Algunas personas pueden ser muy estúpidas.

Tomek continuó asintiendo lentamente, absorbiendo la información. Por el rabillo del ojo, vio que Chey daba un último sorbo a su bebida y dejaba la taza sobre la mesa de centro.

—¿Y luego os rescataron poco después?

—Sí.

—Mientras esperabais, ¿intentaste reanimar el cuerpo?

La angustia se apoderó del rostro de Warren. —Lo intenté, pero fue una lucha. Ellos... los americanos... estaban histéricos. Intenté concentrarme, pero seguían gritando y distrayéndome. Cuando la encontré por primera vez, busqué el pulso pero no estaba.

—¿Y qué puedes decirnos sobre la persona que huyó?

Warren inclinó la cabeza hacia un lado. —No lo vi con claridad. Ese tipo, Andrei, tuvo una mejor vista. Todo lo que sé es que se dirigió hacia el embarcadero.

—¿Por qué habría ido por ese camino?

—Porque era el único camino posible —respondió Warren—. No podría haber pasado corriendo por delante de nosotros, de lo contrario lo habría derribado al suelo.

—¿Por qué no fuiste tras él? Estás acostumbrado a correr en ese terreno, lo haces todos los días, podrías haberlo alcanzado fácilmente, ¿no?

Warren vaciló y comenzó a juguetear con sus uñas, que ya se había mordido hasta la raíz. —No se me ocurrió. Mi respuesta

inmediata fue atender a la mujer que yacía en el agua. No se me ocurrió perseguirlo. ¿Qué estás insinuando?

—Nada. Nada en absoluto. Es mi trabajo hacer estas preguntas.

—Bueno, tus colegas no me preguntaron nada parecido antes.

—Eso es porque ellos no son yo. ¿Te preguntaron si viste a la mujer esta mañana durante tu carrera?

—¿Qué? —Warren cruzó una pierna sobre la otra.

—Esta mañana. Tu carrera. ¿A qué hora saliste?

—La marea baja era a las nueve. El agua ya estaba retrocediendo cuando salí, así que creo que fue alrededor de las siete. —La cara de Warren se contorsionó mientras hacía el cálculo en su cabeza.

—Y bajaste por la rampa, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces, ¿no viste a la víctima de regreso? Tenemos imágenes de ella bajando por la rampa poco después de las ocho esta mañana. ¿No se habrían cruzado vuestros caminos?

Warren vaciló. —No necesariamente —respondió, con voz cautelosa—. Podría haber ido por un camino diferente. Podría haber intentado evitar algunos de los charcos más profundos. A juzgar por su ropa, no estaba bien preparada para el agua y el barro. Pero a mí no me importa. Correré directamente a través de ellos. Además, todavía estaba ligeramente oscuro en ese momento. Si no hubiera estado mirándola directamente, dudo que la hubiera visto.

Tomek volvió a asentir lentamente, sin revelar nada en su expresión.

—¿Qué haces mañana? —preguntó.

—Nada especial. ¿Por qué?

—Me gustaría que me llevaras al puerto, si te parece bien. Me gustaría ver la escena del crimen. Chey vendrá conmigo también.

—¿Lo haré?

Tomek se volvió hacia el joven agente. —Lo harás. —Luego de nuevo a Warren—: Es un gran fan de la playa, ¿sabes? Tanto es así que lo he visto comer arena. Estamos tratando de destetarlo, sin embargo. No es muy bueno para su salud.

Warren se rió incómodamente. —No creo que eso sea un problema. Tendría... tendría que comprobar cuándo es la marea

baja. Y necesitaríamos salir con bastante antelación. Pero, sí, puedo llevaros al puerto. Solo hay que esperar que no haya un segundo cuerpo allí abajo.

CAPÍTULO
ONCE

—Absolutamente no.

Tomek se erizó de ira pero se la tragó. No quería causar una escena, al menos no todavía, pero estaba más que dispuesto a dejar que su resentimiento se reflejara en su rostro, para que Victoria viera que no estaba en absoluto satisfecho con su decisión.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque es un uso irresponsable e ineficiente de recursos y tiempo.

Tomek se dio unos golpecitos bajo la barbilla.

—Explíqueme eso —comenzó—. Esto es una escena del crimen, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y qué hacemos en las escenas del crimen?

Ella podía ver adónde quería llegar, pero su terquedad le impidió responder a la pregunta de inmediato.

—Reunimos toda la información y evidencia que podamos.

—Bingo. ¿Y qué es Mulberry Harbour?

—Una escena del crimen —respondió ella, con la voz cargada de derrota.

—¡Diez puntos! —dijo con sarcasmo—. Alguien murió allí, Victoria. Y más concretamente, alguien posiblemente fue asesinado allí. Lo que lo convierte en una escena del crimen. La única diferencia entre esta y las demás es que está a más de un kilómetro

y medio mar adentro y es un fastidio llegar hasta allí. ¿Por qué la tratamos de manera diferente?

Victoria consideró su respuesta cuidadosamente. Se giró hacia la pantalla de su ordenador, como si esperara encontrar la respuesta allí. Desafortunadamente, la encontró. Sin decir nada, agarró el monitor con ambas manos y giró el dispositivo hacia él. Estaba en la página principal del sitio web del BBC Weather. En la parte superior había un mapa del Reino Unido cubierto por dos manchas de color amarillo y naranja. Naranja en el norte, amarillo en el sur.

—Se acerca una tormenta, Tomek —dijo Victoria con un ligero acento de West Country—. Y será mejor que todos estemos preparados cuando llegue.

Tomek la miró inexpresivamente.

—¿Me acaba de citar *Harry Potter*?

—Sí. Y yo soy Dumbledore, usted es Snape. Yo soy la jefa y usted hará lo que se le diga.

—¿No hay una escena en la que Snape mata a Dumbledore?

—En cualquier caso —comenzó ella con una sacudida de cabeza —. Se esperan fuertes vientos de hasta ciento treinta kilómetros por hora que azotarán el país mañana, con lluvias previstas desde primeras horas de la mañana hasta el día siguiente, con algunas zonas alcanzando los treinta centímetros. La Oficina Meteorológica ha emitido una alerta severa por inundaciones en varias partes del país.

—Muy bien, Carol Kirkwood. ¿Así que está diciendo que es una cuestión de seguridad y precaución?

Victoria respondió con un breve asentimiento de cabeza.

—Estaremos bien. Nunca nos golpea tan fuerte como predicen. Todo es un montón de alarmismo. Pero si está realmente preocupada por nosotros, entonces podemos ir todos al día siguiente —respondió Tomek, sonriendo con descaro—. Me gustaría llevar a Chey conmigo también. Es un apasionado de la historia, particularmente de la Segunda Guerra Mundial, y una vez me dijo que es un bebé acuático. Además, creo que sería bueno alejarlo de su pantalla un rato y sacarlo de la oficina. Dejarlo correr libre por un tiempo.

—¿Como un perro, quiere decir?

Tomek levantó las manos en señal de falsa rendición.

—Oiga, usted es quien lo ha dicho.

Mientras se levantaba de su silla, interrumpiendo abruptamente la reunión, Victoria chasqueó los dedos hacia él y le señaló que volviera. A Tomek no le gustó eso. Solo Nick le había tratado así, un hombre que podía salirse con la suya debido a su estrecha relación. Pero no Victoria. No le gustaba la idea de que ella pensara que podía hacerle eso regularmente.

—¿Cómo le fue con el resto de sus investigaciones esta mañana? —preguntó lentamente—. ¿Encontró algo?

Tomek sabía exactamente lo que ella estaba tratando de conseguir con una pregunta como esa. Lo estaba poniendo a prueba, desafiándole. Iluminándolo con una luz tan brillante como el sol para ver si se derretía bajo la presión.

Pues bien, tenía noticias para ella.

—Habríamos estado allí durante horas si yo no hubiera sugerido visitar el club náutico. Ahora sabemos a qué hora llegó Morgana a la playa y por dónde entró al agua. También tenemos su coche, que está siendo examinado por los forenses. Todo lo que tenemos que hacer ahora es averiguar quién más se unió a ella y desde qué punto a lo largo de la costa, y entonces deberíamos tener a nuestro asesino. Le alegrará saber que Chey ya está trabajando en ello mientras hablamos.

Victoria frunció los labios y alcanzó su taza de té. Había estado allí, casi llena, desde el comienzo de su reunión unos veinte minutos atrás, y todavía continuaba flotando vapor desde la parte superior de la taza. Le gustaban sus bebidas calientes extra, extra calientes, y la había sorprendido varias veces hirviendo la tetera dos veces para asegurarse de que había alcanzado su temperatura máxima... de nuevo. Aún no se le había ocurrido un nuevo apodo para ella.

—¿No cree que su antiguo amigo del colegio pueda estar implicado de alguna manera?

Tomek negó con la cabeza. Casi demasiado rápido.

—No —dijo—. Las cronologías no encajan. Además, no sé por qué querría hacerlo. No creo que hubiera ninguna conexión entre

ellos dos.

—Haré que Martin investigue. A ver qué puede descubrir.

Tomek levantó una mano en el aire.

—Eso me recuerda: ¿qué descubrieron ustedes?

Durante un largo momento, Victoria lo miró fijamente, como si no hubiera oído la pregunta. Luego, durante un momento aún más largo, se mantuvo en silencio, eligiendo no responderle.

—Necesito procesar los hallazgos una vez que el equipo haya redactado todo —dijo, y rápidamente lo despidió de su oficina—. Y mientras me acuerdo, cuando llegue el momento, quiero que asista a la autopsia con Lorna.

—¿En serio? ¿Tengo *gilipollas* en el título de mi trabajo?

Victoria volvió a fruncir los labios, molesta por su tono.

—Todos los demás están ocupados.

—Entonces haga que dejen de estarlo.

—Lamentablemente, no puedo.

Más bien, era más una cuestión de *no quiero*. Y lo peor era que ni siquiera intentaba ocultar el hecho.

Tomek salió de la oficina de Victoria hirviendo de rabia. Odiaba que lo apartaran. Y si ella insistía en mantenerlo fuera de la luz, entonces tendría que encontrar formas divertidas y creativas para asegurarse de permanecer en ella.

Tras salir de su oficina, Tomek se dirigió hacia el escritorio de Rachel Hamilton. Era una de las pocas personas, aparte de Chey, Nadia y muy recientemente Oscar, en quienes sentía que podía confiar.

—Victoria me ha dicho que venga a charlar contigo —mintió—. Dice que eres quien más sabe sobre lo que está pasando.

—Me halaga —respondió Rachel.

—Pero sabes algo, ¿verdad?

—Sé muchas cosas. El agua moja. Los osos cagan en el bosque. Todo ese rollo.

—Creo que me robaste esa frase, ¿no?

Ella no dijo nada.

—La próxima vez búscate tus propias bromas. Ahora, dime, ¿con quién hablasteis en el local de Morgana?

Para ayudar a su memoria, Rachel alcanzó su cuaderno y pasó a la última página.

—Hablamos con todo el personal que trabaja allí —comenzó—. Siete en total, sin incluir a Morgana, y sin incluir a su subdirector, Vlad, quien dirige el lugar cuando ella no está. Aunque él tampoco estaba cuando llegamos, apareció unos veinte minutos después.

—¿Dónde estaba?

—Nos dijo que se había quedado dormido.

—¿Y no que acababa de volver de matar a Morgana? —preguntó Tomek, haciendo la conexión más obvia.

—No creo que lo admitiera tan libremente. Oscar está investigándolo ahora.

Tomek esperó a que ella continuara. Una vez que dio un sorbo a su bebida, le contó que todos los empleados de Morgana habían dicho lo mismo sobre ella. Que era una de las personas más trabajadoras y generosas que habían conocido. Todos habían trabajado con ella durante varios años, y la mayoría había disfrutado de su estilo de gestión relajado y reconfortante desde que comenzó la empresa. Ella hacía que la cafetería fuera un lugar divertido al que acudir, y todos estaban impresionados por lo duro que trabajaba, lo que les inspiraba a querer seguir su ejemplo. Igualmente, todos estaban devastados al enterarse de la noticia de su muerte, y cuando se les preguntó si querían cerrar la cafetería, decidieron mantenerla abierta. Era lo que ella habría querido, dijeron.

—Muy admirable —respondió Tomek—. ¿Alguien tomó declaración al subdirector?

—Sí —contestó Rachel—. Resulta que Morgana tiene marido. Anton Usyk. También ucraniano. Anna está intentando encontrarlo ahora. Al parecer, es dueño de otro restaurante similar en Southend.

—¿Otra cafetería?

Ella asintió.

—Apuesto a que eso creó una competencia poco saludable.

—Lo averiguaremos. Anna va a hacerle venir para una identificación antes de que pueda comenzar la autopsia. Luego hablaremos con él.

—¿Qué más dijeron los empleados de Morgana sobre su carácter? ¿Alguien notó algo extraño, alguien que viniera más de lo habitual? ¿Alguien amenazándola de alguna manera?

Rachel consultó sus notas.

—Nada de eso. Lo más interesante que dijeron fue que era una coqueta empedernida. Siento decirlo, pero al parecer siempre estaba flirteando con los tipos que entraban, haciendo que volvieran para verla. De hecho, mientras estábamos allí, no te miento, había al menos cinco tíos diferentes suspirando por Morgana. Te lo juro. Creo que estaban más devastados por la noticia que sus compañeros.

—Me pregunto si su marido sabía de eso.

Rachel se encogió de hombros.

—Ella tenía que hacer lo que tenía que hacer para salir adelante. Y por lo que vi, no le costaba mucho. Claramente tenía un tipo: alto, pelo negro corto, barba. Y había un montón de ellos allí, todos sentados, sonriendo para sí mismos, esperando a que ella viniera a tomar su pedido. Ahora que lo pienso, todos se parecían a ti.

—¿Gracias?

Tomek no estaba seguro de si eso era un cumplido o un insulto.

—Aunque, pensándolo bien, todos los tíos de Essex os parecéis hoy en día. Nada que os diferencie.

—Menos mal que eres lesbiana, ¿no? No querrías confundirme con Martin...

—Martin es la excepción. Solo porque tiene mejor pelo que yo.

—¿Y si me dejara crecer el mío a su longitud?

—Yo seguiría siendo gay, tú seguirías en una relación, y te quedaría fatal. A menos, claro, que a Abigail le gusten ese tipo de cosas, entonces quizás la segunda parte de mi declaración tendría que cambiar.

—¿Pero no la primera?

—Lamentablemente no. Aún no han inventado un interruptor que apague instantáneamente mi lesbianismo. Aunque probablemente hay personas por ahí tratando frenéticamente de crear uno.

CAPÍTULO
DOCE

Menos de una hora después, Tomek se encontraba en el depósito de cadáveres del Hospital de Southend con Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior, preparándose para la autopsia. Antes de que comenzara cualquier destripamiento, medición y fotografía, se había invitado al marido de Morgana a bajar para confirmar su identidad. Anton Usyk era un hombre corpulento y robusto de estatura media, con poros profundos en su nariz aguileña y cejas negras y espesas. Su pelo era típicamente de Europa Oriental —rapado casi al punto de estar calvo, salvo por un pequeño mechón de pelo negro en la parte superior de la cabeza— y estaba cubierto por una gruesa capa de gel. Vestía ropa de diseñador —camiseta de Gucci, cinturón de Versace, pantalones de Giorgio Armani— y olía tan fuertemente a perfume masculino que Tomek lo olió antes de verlo u oírlo.

El proceso de identificación había sido llevado a cabo por Tomek con la ayuda de un agente de policía y la inspectora Anna Kaczmarek, la oficial de enlace familiar. El cuerpo de Morgana había sido colocado bajo una sábana blanca, y Anton había pasado una fracción de segundo mirándola antes de confirmar su identidad. No había dicho nada, ni había revelado nada en su expresión. Una barrera idiomática quizás, supuso Tomek. Pero tan pronto como él y Anna le hablaron en polaco, Anton se volvió más lúcido, más libre con sus palabras. Los dos idiomas no eran demasiado diferentes entre sí, y Tomek encontraba que siempre venía bien cuando quería

escuchar a escondidas una conversación con un país vecino a su Polonia natal.

—Mi colega será su principal punto de contacto —había dicho Tomek, señalando hacia Anna—. Ella le ayudará con cualquier cosa que necesite y le mantendrá informado sobre el progreso de la investigación.

—Entiendo —respondió lentamente en ucraniano.

—Mientras tanto, vamos a necesitar hacerle algunas preguntas en la comisaría. Sobre su esposa, sus movimientos, si sabía algo sobre su paradero esta mañana. Por supuesto, encontraremos un traductor para que sea lo más cómodo posible para usted.

El rostro de Anton se contorsionó con confusión. —¿Por qué es eso necesario? —preguntó, esta vez en inglés.

—Es rutinario —respondió Tomek, más brusco de lo que había pretendido—. Su esposa ha fallecido, señor Usyk. Creemos que puede haber sido asesinada. Puede que no se dé cuenta ahora, ya que todavía está en estado de shock, pero podría saber quién lo hizo. Quizás su esposa ha sido seguida durante las últimas semanas. Quizás tenía algunos enemigos que usted desconocía.

Y siempre existía la tercera opción: que supiera exactamente lo que le había ocurrido a ella. Que quizás él había sido quien la mató. De qué manera, precisamente, Tomek estaba a punto de descubrirlo. Pero, nueve de cada diez veces, las víctimas de asesinato eran matadas por sus familiares o por alguien que conocían. Y para Anton Usyk, esa no era una estadística agradable.

Tomek no deseaba nada más que interrogar al hombre allí mismo. Averiguar todo lo que sabía. Cuestionar sus respuestas. Encontrar agujeros en todo lo que tenía que decir. Pero ahora no era el momento. Ni el lugar.

Al final del proceso de identificación, Tomek se sintió orgulloso de haber hablado polaco casi perfecto durante su interacción. Claro, hubo un par de errores aquí y allá, pero ¿quién los contaba? Para alguien que no había hablado el idioma con fluidez desde que tenía quince años, hace unos veinticinco años (aunque intentaba mantener *ese* número fuera de su cabeza), estaba impresionado.

Unos momentos después, entró en la sala del depósito de cadáveres, un lugar deprimente y desmoralizador, con una inusual sonrisa en su rostro.

—Alguien tiene motivos para sonreír —dijo Lorna mientras se acercaba—. La pobre mujer aquí ya no los tiene...

—Los tendrá cuando encontremos a su asesino.

Y con eso, comenzaron. En las horas transcurridas desde su muerte, el cuerpo de Morgana había entrado en livor mortis, donde la sangre de su cuerpo había sucumbido a los efectos de la gravedad y se había acumulado a lo largo de su espalda, isquiotibiales y pantorrillas, dejando manchas moradas. El efecto que tenía en su piel le recordaba a Tomek una pintura que había dibujado en la escuela primaria. Le habían pedido que pintara una escena de playa, pero se había emocionado y había añadido un tono de rojo al mar, que luego se había convertido en un océano púrpura, pareciendo algo sacado de una película de Wes Anderson.

Primero, Lorna comenzó examinando la cabeza de Morgana. Acarició el rostro de la mujer delicadamente, colocando sus dedos enguantados en su nariz y barbilla, moviéndola de lado a lado, anotando sus hallazgos mientras avanzaba. Luego centró su atención en el cuello de Morgana. Una cadena moteada de azul y morado se había formado en la parte delantera de su cuello, envuelta alrededor de su laringe.

—Bingo —dijo Lorna.

—¿Has encontrado algo?

La patóloga señaló los moretones. —Estos indicarían que fue estrangulada, posiblemente sujetada bajo el agua, con fuerza.

—¿Esa es nuestra causa de muerte?

—Nada se te escapa —dijo con un medio guiño.

Tomek respondió con una sonrisa forzada, luego volvió su atención a la autopsia. Mientras Lorna continuaba con el proceso, tuvieron una breve puesta al día. Discutieron sobre sus respectivas hijas. Cómo le iba a Carla, la hija de Lorna, en la escuela. Luego sobre cómo le iba a Kasia en la suya. Ambas chicas estaban teniendo dificultades. GCSE, exámenes, simulacros de exámenes, novios, amigos, profesores, escuela, redes sociales, socialización, ansiedad,

pubertad —sus mundos enteros, y ni hablar de las hormonas, se estaban expandiendo, y les costaba mantenerse al día. Tanto Tomek como Lorna esperaban con ansias las vacaciones de febrero, aunque el único inconveniente era que caían durante el Día de San Valentín.

—Carla acaba de salir de una relación seria —explicó Lorna mientras despegaba un lado de las costillas de Morgana.

—¿Ah, sí?

—Johnny se llamaba. Un chico bastante agradable. Inofensivo, en realidad. Pero estuvieron juntos cuatro meses.

—¿Y eso se considera serio?

—A esa edad lo es.

Para ser justos, era más serio que cualquier relación que Tomek hubiera tenido jamás. No podía recordar la última vez que había tenido una que hubiera durado más de cuatro semanas, y mucho menos cuatro meses.

—Está bastante afectada por ello —continuó Lorna, doblando la otra caja torácica—. Llorando sin parar. Ha dejado de comer. No quiere salir a encontrarse con sus amigas. Le ha afectado de una manera muy negativa.

—¿Y dices que tiene dieciséis?

Lorna asintió.

—Espero experimentar todo esto pronto entonces.

—Hay que tener cuidado con las chicas. Nos ilusionamos demasiado. Pensamos demasiado las cosas. Además, todas sabemos cómo son los hombres, y a pesar de todo seguimos cayendo por vosotros cada vez. Especialmente a esa edad. Cometí algunos errores en aquel entonces.

—¿No los cometimos todos? Ese es el punto de crecer.

Tomek pensó en Kasia. En Billy "El Luchador de Vacas" Turpin, un chico de catorce años de su escuela que una vez pensó que podía pelear con una vaca... y ganar. Su relación no había durado. De hecho, apenas había comenzado. Pero estaba seguro de que habría otros chicos en el horizonte. Otros chicos con los que ella estaba hablando y conociendo a un nivel más profundo, menos superficial. Otros chicos que no serían lo suficientemente buenos para ella. Otros chicos de los que él no aprobaría. Sabía cómo eran —él había

sido uno en su momento— y si no hubiera confiado en sí mismo, ciertamente no iba a confiar en nadie más.

—Todo lo que tienes que hacer es estar ahí para ellas cuando pasan por este tipo de cosas —continuó Lorna—. Darles un hombro para llorar y fingir que sabes de qué estás hablando cuando les ofreces consejos. A veces, a esa edad, realmente te creen cuando les dices que todo estará bien.

Tomek reflexionó sobre eso un momento más, pero fue un momento de reflexión que se vio interrumpido por su teléfono vibrando contra su pierna. Metió la mano en el bolsillo y, alejándose del cuerpo, sacó el dispositivo.

—¿Diga?

—¿Papá?

—Sí, Kasia. Estoy en el trabajo. ¿Qué ocurre? ¿Es urgente?

—Hay una carta para ti.

—Vale... Eso puede esperar hasta que llegue a casa. Gracias por...

—Parece que viene de una prisión.

Eso obligó a Tomek a detenerse.

—¿De cuál?

Una pausa mientras ella examinaba la carta.

—HMP Wakefield.

CAPÍTULO
TRECE

Tomek corrió a casa directamente después de que terminara la autopsia. No tenía tiempo para resumir los hallazgos de Lorna y las actividades de su día y compartirlos con Victoria. Su informe diario tendría que esperar hasta la mañana. Ahora mismo, necesitaba ir a casa. La carta le preocupaba. Pero lo que le inquietaba aún más era Kasia. Ella tenía la costumbre de abrir cualquier carta o paquete con su nombre y siempre le enviaba una foto antes de que llegara a casa, pensando que le ayudaría de alguna manera. Normalmente, solo eran facturas o extractos, cosas bastante inocuas, aburridas, mundanas, cosas de *adultos*. Pero algo en esta carta la había detenido de abrirla. Algo le había dicho que era más importante que las demás, una que debía dejar sin abrir. Y así, le había dicho urgentemente que la dejara sobre la mesa, que se lavara las manos y que se mantuviera bien alejada.

No había forma de saber qué contenía. Si había venido de HMP Wakefield, hogar de algunos de los prisioneros más notorios y violentos del país, podría estar impregnada de spice, drogas o algún otro tipo de veneno. El contenido podría ser gráfico y obsceno. Pornografía, una foto de un cadáver, un trozo de tela o ADN de una escena del crimen o de la celda de alguien. Nada que una niña de trece años debiera ver.

Tomek quería abrirla por su cuenta.

Solo.

Sujetando la carta con los dedos, manteniéndola a distancia del brazo, se desplazó con cuidado hacia su dormitorio, por temor a que cualquier movimiento brusco pudiera hacer explotar el fino sobre. Con cuidado, cerró la puerta tras él y se sentó en el borde de su cama.

Ahí estaba, justo frente a él. Su nombre y dirección, escritos con una caligrafía apenas legible y garabateada. En la esquina superior derecha había un sello de HMP Wakefield, con la dirección de devolución de la prisión debajo. El corazón de Tomek comenzó a latir más y más rápido cuanto más tiempo la miraba, sus dedos volviéndose pegajosos por el sudor.

Solo podía venir de una persona.

Nathan Burrows.

¿Cómo sabía su dirección? ¿Cómo había podido enviarle una carta? Normalmente, el proceso dictaba que Tomek habría necesitado estar de acuerdo en recibirla primero antes de que se enviara cualquier cosa. Pero eso no había ocurrido. Las reglas habituales habían saltado por la ventana. Lo que planteaba la pregunta: ¿*cómo*?

Conteniendo la respiración, Tomek volteó el sobre y rasgó el borde. Luego metió su dedo por debajo y comenzó a rasgar el papel. Cuando su dedo alcanzó la otra esquina, exhaló profundamente, sus dedos sudorosos. Pellizcando su pulgar e índice juntos como si estuviera tratando de quitarse una astilla de la piel, sacó la carta y la sostuvo por las uñas. Antes de leerla, la olió. En circunstancias normales, los sobres que salen de cualquier prisión del Reino Unido habrían sido revisados para detectar drogas (al igual que los que entran), pero esta no era una circunstancia habitual. No se había seguido el procedimiento en algún punto, así que no estaba dispuesto a correr riesgos.

Para su gran alivio, no olía nada sospechoso. Entonces Tomek dio vuelta a la hoja.

En la parte superior de la página estaba la dirección de Tomek, garabateada con letra infantil a lápiz. Debajo estaba la carta:

Querido Tomek:

Siento que tuvieramos que acortar nuestra reunion la semana pasada. Y tambien siento haber tardado tanto en poneme en contacto. Me llevó algo de tiempo convencer a los guardias para que me dieran un lapiz y papel. Espero que puedas perdonarme.

Solo quería hacerte saber que disfruté nuestra charla. Fue bueno verte de nuevo. ¿Cómo has estado desde entonces? ¿Cómo le ha ido a Kasia en la escuela? Espero que le vaya bien con todas sus clases.

Si está bien para ti, y realmente espero que lo esté, me gustaría seguir escribiéndote, abrir un dialogo. Te estaría agradecido si pudieras responder. Los guardias y la gente de aquí me están dando lecciones de escritura. Me están enseñando a escribir despacio, pero a veces no presto atención y hago el resto en mi celda. Tengo problemas para escuchar.

Es una lástima que no me creyeras sobre tu hermano. Quizás algún día podamos convertirnos en amigos y pueda contarte lo que le pasó. ¿Te gustaría eso? Pienso en él mucho. Tampoco te dije eso, ¿verdad? A menudo pienso en la forma en que murió esa noche. A veces cuando estoy acostado en la cama lo veo en el suelo, cubierto de sangre.

Hablando de irse a la cama, espero que duermas bien la noche que leas esto. Realmente espero que tus pesadillas paren. Deben haberte causado tanto dolor y malestar a lo largo de los años. ¿Alguna vez viste la película sobre los corderos? Espero que los tuyos se duerman pronto, Tomek.

¿Crees que podemos ser amigos? Por favor respondeme. Si no por ti mismo, hazlo por Michal. Él querría que hicieras amigos y practicaras el perdón.

Espero tener noticias tuyas pronto (Me dijeron que escribiera esa parte. Aparentemente suena profesional).

Nathan Burrows, HMP Wakefield

P.D. - tu novia es muy guapa, por cierto. Tienes buen gusto para las mujeres.

Tomek no sabía si romperla, quemarla o gritar.

Al final, no hizo nada de eso. En cambio, por primera vez en mucho tiempo, lloró, sollozó y vertió lágrimas en sus manos, incapaz de controlar el repentino desbordamiento de emociones que lo ahogaba. En su desahogo, dejó caer la carta al suelo, con las lágrimas corriendo por sus mejillas hasta sus palmas.

Pero el llanto se detuvo cuando la tristeza de Tomek pronto se convirtió en rabia.

El bastardo lo estaba atormentando, provocándolo. Peor aún, sabía dónde vivía Tomek. Y Kasia... sabía de Kasia. Y de Abigail. Conocía toda su vida. ¿Cómo? ¿Tenía contactos criminales vigilándolo? ¿Amigos? ¿Familiares? ¿Cómo tenía Nathan acceso a toda esa información, incluyendo las pesadillas? Era imposible que tuviera acceso a su diario, o incluso a las notas de sus reuniones con su terapeuta. Era aún más imposible que hubiera obtenido la información de alguien dentro del equipo. Confiaba en todos ellos hasta la muerte, incluso en Sean y Victoria. Todos sabían lo que le había sucedido a su hermano y cuánto le había afectado. No había manera de que hubieran filtrado información sobre su vida a Nathan Burrows, ¿verdad? Tomek no quería ir por ese camino.

Entonces consideró una alternativa.

El segundo asesino.

Charlie.

La figura anónima, imposible de tocar, que había ayudado a matar a su hermano. ¿Y si todavía estaba por ahí, acechando a Tomek, observando desde lejos? ¿Vigilando a Kasia, a Abigail? ¿Monitoreando sus movimientos?

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Al retirar las cortinas, sus ojos examinaron los coches a lo largo de la calle. A estas alturas, ya había aprendido cuáles pertenecían a sus vecinos y cuáles no. Los que estaban frente a él eran todos propiedad de gente de su calle. No había nada preocupante ahí fuera. Entonces intentó pensar si había visto a alguien recientemente, si había pasado junto a alguien en el camino a casa. Alguna figura particular a la que hubiera prestado poca atención, parada desprevenidamente

en la acera. O si había habido el mismo coche que siempre le seguía a casa.

No encontró nada en ambos casos. Nada. Su mente estaba vacía.

Después de unos momentos más mirando fijamente a la oscuridad, apartó la mirada de la calle y miró hacia el cielo. El viento había aumentado, agitando los árboles de la calle de un lado a otro. Las hojas corrían a través del cielo, con lluvias inminentes apareciendo a lo lejos entre la oscuridad. Una sensación ominosa se había asentado en la calle, y podía sentirla en su piel. No podía decir con certeza si alguien le había estado siguiendo o vigilando su casa. Pero de una cosa estaba seguro: si la tormenta de la que Victoria le había hablado se acercaba, entonces no estarían parados allí esta noche. Al menos durante las próximas horas, su hogar estaba a salvo de la amenaza que ni siquiera sabía si era real.

CAPÍTULO
CATORCE

Plumones de vapor de agua explotaban de su boca de forma constante y rítmica. Inspiraba por la nariz, espiraba por la boca. Lento, controlado, medido, sin importar cuánto le gritara su sistema cardiovascular que acelerara.

Sus piernas y brazos se movían del mismo modo, de forma constante y rítmica. Sus pies golpeando el suelo, el sonido inaudible por encima del duro viento que silbaba junto a sus oídos, destrozándole los tímpanos. El viento era tan fuerte que durante los primeros cientos de metros de su carrera, había sentido como si no se estuviera moviendo en absoluto, como si se hubiera topado con un objeto inamovible, como si algo tirara de su camiseta impidiéndole avanzar. Afortunadamente, tenía a Warren Thomas a su lado, y aquel gigante de hombre avanzaba decididamente en la dirección correcta. Aunque a Tomek le ofendía la facilidad con la que se movía. Suave, grácil, casi como si se deslizara a través del viento y la lluvia, y como si pudiera deslizarse a través de cualquier clima. Parecía hacerlo sin esfuerzo y, a juzgar por la velocidad a la que las nubes de vapor de agua brotaban de su boca, así era.

Esa misma mañana, Tomek había enviado un mensaje a Warren para confirmar si podían aventurarse hasta el puerto, pero la respuesta había sido negativa. Debido a la tormenta Alisha, la marea había aumentado y era demasiado fuerte y peligrosa. Los guardacostas y el RNLI llevaban toda la noche advirtiendo a los

civiles que no entraran al agua bajo ninguna circunstancia, y Warren no creía que una visita al Puerto Mulberry mereciera el riesgo.

Tomek había accedido a regañadientes.

En su lugar, había sugerido salir a correr. Su primera carrera en meses. Los dos juntos, a lo largo del paseo marítimo, más allá del club náutico, siguiendo la costa hasta la playa East de Shoebury. A pesar de no haber realizado ningún ejercicio físico adecuado desde que Kasia había entrado en su vida, le sorprendió lo bien que respondía su cuerpo. No se había visto obligado a detenerse. No le costaba respirar ni mantener el ritmo. Lo estaba haciendo bien.

Y lo necesitaba. Su cuerpo lo necesitaba. Su mente lo necesitaba. Una liberación, una vía de escape. Una oportunidad para desahogarse y liberar la tensión de sus huesos. Durante toda la noche, los pensamientos sobre Nathan Burrows le habían atormentado. Pensamientos del hombre sentado en su celda, redactando la carta con una sonrisa irónica en el rostro, posiblemente tocándose mientras la escribía. De él escribiendo la dirección de Tomek con alegría, de sellar el sobre y entregárselo a uno de los guardias de la prisión, incapaz de contener su emoción.

Mientras corría, Tomek se imaginaba al hombre allí de pie, a diez metros por delante. Lo perseguía. Empujando, golpeando, bombeando sus extremidades. Intentando cerrar la distancia. Más cerca. Más cerca. Pero estaba justo fuera de su alcance, a la distancia de un dedo.

A lo largo del paseo marítimo, era visible la evidencia de la tormenta que había azotado el condado durante la noche. El agua había superado las defensas del muro marítimo e inundado los paseos, derramándose sobre las aceras y las carreteras circundantes, dejando grandes extensiones de agua a veces tan profundas como sus tobillos. En otros lugares, Tomek había visto más pruebas: árboles volcados al lado de la carretera, sujetos por una única y poderosa raíz; cubos de basura que habían intentado escapar y solo habían llegado hasta la mitad de la calle, tras chocar con varios coches por el camino. En la radio del coche, habían llegado informes de que las líneas eléctricas se habían caído en las zonas más rurales, y el equipo de la red eléctrica de la zona había

estado trabajando toda la noche para combatir los cortes de electricidad, aunque era probable que los afectados estuvieran sin electricidad hasta que el viento amainara. Alisha había llegado, había causado su destrucción, y se había marchado de nuevo.

Al final de la ruta, se detuvieron junto a los rompeolas de East Beach, dos kilómetros de defensas marítimas construidas con postes de hormigón de aproximadamente dos metros de altura, enterrados en el lecho de arena, sujetos entre sí por acero en ángulo. Utilizados por primera vez como mecanismo de defensa en la Segunda Guerra Mundial para defenderse contra submarinos, minas y otros navíos de superficie, los postes que quedaban habían sido reutilizados y fueron creados en gran parte durante la Guerra Fría contra la amenaza percibida de la Unión Soviética. Ahora, servían como límite del terreno propiedad del Ministerio de Defensa que se utilizaba principalmente para operaciones militares y pruebas de armamento. El acceso a la playa más allá estaba estrictamente prohibido, por lo que era el lugar perfecto para dar la vuelta y dirigirse hacia la casa de Warren.

Llegaron cuarenta minutos —y otra milla y media— más tarde. Cuando llegaron a la puerta de Warren, Tomek estaba agotado, doblado por la mitad, con arcadas secas, su cuerpo amenazando con purgar todo su contenido.

—Te has esforzado demasiado —dijo Warren.

Tomek le ignoró mientras se concentraba en intentar no vomitar en la entrada de su antiguo compañero de escuela. La batalla fue breve. E infructuosa.

El contenido de su estómago —lo poco que quedaba, en realidad — salió disparado sobre los ladrillos, salpicando los zapatos y las piernas de Tomek.

—Lo siento mucho —dijo Tomek, limpiándose la boca con la manga de su camiseta mojada—. Lo limpiaré.

—No tiene sentido. La lluvia se lo llevará pronto —Warren metió su llave en la cerradura y la giró. Cuando Tomek se dirigía hacia el coche, Warren lo llamó—. ¿Adónde coño crees que vas?

—A trabajar...

—Así no vas a ninguna parte.

—No pasa nada. Tenemos duchas allí. Iba a refrescarme en la oficina.

—No después de haber vomitado por toda mi entrada —dijo Warren, y abrió la puerta. Cuando Tomek no se movió hacia ella, se apresuró a cruzar, lo agarró por la manga limpia y lo empujó dentro de la casa—. Necesitas entrar en calor, y también necesitas algo caliente por dentro. Y azúcar. Deja que ponga la tetera.

Tomek esperaba que no fuera otra de las repugnantes tazas de café de Warren, pero era demasiado educado para decir algo. En su lugar, murmuró algo, pero no estaba muy seguro de qué. Pensó que era «gracias», pero podría haber sido cualquier cosa.

—Déjame traerte una toalla —dijo Warren en la cocina. Antes de que Tomek pudiera protestar, su amigo salió de la habitación, subió rápidamente las escaleras y volvió un momento después con una toalla en la mano. Algodón egipcio, azul oscuro—. Sécate con eso. Sé que la casa está un poco desordenada, pero preferiría que no mojaras el sofá.

Tomek tomó la toalla con gratitud y comenzó a secarse la lluvia de los antebrazos, el cuello y la cara. Luego pasó la toalla por su cabeza, recogiendo la mayor parte de la humedad. Una vez preparada la bebida —afortunadamente, un té— Warren condujo a Tomek a la sala de estar. Estaba en la parte trasera de la casa y daba al jardín. Fuera, volcado por el viento, había un kayak para dos personas que ocupaba toda la longitud del jardín.

—¿Podemos ir al puerto en eso? —preguntó Tomek.

—No, a menos que quieras ahogarte.

—Me refería a otro momento.

—Cuando el tiempo mejore, no veo por qué no. ¿Has estado alguna vez en uno?

Tomek asintió, confirmando que lo había hecho. Pero prefirió no explicar cuándo ni por qué. Esa era una conversación para otro día.

—Déjame ver cómo está el tiempo esta tarde —dijo Warren—. La previsión dice que el viento debería amainar bastante. Solo depende de si coincide con la marea alta. Te lo haré saber.

Colocando su toalla sobre el sofá, Tomek se sentó en el borde y envolvió sus manos alrededor de la taza. Era solo una fuente menor

de calor, pero ya podía sentirse entrando en calor. Levantó la pequeña taza hasta su boca y dio un sorbo. El líquido le abrasó la punta de la lengua y le quemó la garganta, pero le llenó con una nutrición que se extendió por todo su cuerpo.

Warren quitó una silla de la mesa del comedor y la acercó a Tomek.

—No es mucho —dijo, señalando los muebles—, pero es suficiente.

—Mejor que las condiciones en las que viven algunas personas. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—He estado alquilando durante unos cinco años. Cumple su función. Pero no necesito mucho. Dame una cama, un baño y un lugar para preparar algo de comida y estaré bien.

Como una celda de prisión, pensó Tomek.

La evidencia del estilo de vida simple de Warren estaba por todas partes en la sala de estar. No había efectos domésticos, ni fotos, ni adornos como los que Kasia y Abigail le habían dicho que comprara para «animar un poco el lugar». Había un televisor, sí, pero era de finales de la década de 2000 y parecía que no se había usado en años. De manera similar, los muebles olían y se sentían como si hubieran venido de un rastro, las últimas posesiones de alguien que había muerto solo. No había libros en la estantería, ni estuches de DVD, ni CD. Ni siquiera un tocadiscos.

—¿Qué haces todo el día? —preguntó Tomek.

Warren se rio entre dientes. —Me gusta leer. Mi colección está arriba. Deberías verla. Consigo muchos de ellos en la tienda benéfica. Son baratos y puedo devolverlos cuando termino con ellos.

Tomek asintió educadamente. No tenía un interés particular en los libros, pero los apreciaba, de todos modos. Dio otro sorbo a su té y continuó con la conversación, esta vez sobre el tema de la escuela. Era lo único que tenían en común en este momento. Eso y su amor mutuo por el rugby. Pero por ahora, ir a la escuela juntos era algo que ambos habían experimentado, algo de lo que ambos tenían buenos recuerdos. A veces juntos, a veces por separado. Pasaron la siguiente media hora compartiendo historias del aula, discutiendo sobre viejos compañeros y preguntándose qué estarían haciendo

hoy en día, aunque ninguno de los dos sabía nada sobre nadie; ambos se habían abstenido de tener cuentas en redes sociales y estaban contentos de mantenerlo así.

—Para ser sincero, me importa una mierda lo que esté haciendo la gente hoy en día —dijo Tomek—. Probablemente todos son miserables, de todos modos. Haciendo un trabajo que odian solo para poder publicarlo en línea y dar la impresión de que todo es perfecto.

—Me preocupa la próxima generación. Han crecido con ello. Piensan que viven en un mundo perfecto, pero no todo es sol y arcoíris. Algo tiene que cambiar.

Tomek gruñó mientras terminaba lo último de su bebida. —Ni que lo digas. Kasia pasa tanto tiempo en eso. Sigue a todas estas modelos, le da me gusta a todas sus fotos. Establece una representación poco realista de cómo debería ser la vida, y no tengo ni puta idea de qué hacer al respecto.

—¿Cuántos años tiene?

—Trece.

—No sabía que eras padre.

—Yo tampoco, hasta hace unos cuatro meses.

La confusión se arrastró por el rostro de Warren. Tomek explicó entonces que Kasia había aparecido en su puerta una tarde mientras cuidaba de sus árboles bonsái.

—¡Me encantan los árboles bonsái! —interrumpió Warren—. Tengo algunos en el cobertizo y unos cuantos en la ventana de mi dormitorio.

—No. Me. Lo. Creo.

—Sí. Ya. Lo. Creo.

Tomek estaba asombrado. Normalmente, cada vez que mencionaba que estaba interesado en cultivar pequeños árboles en macetas, se encontraba con miradas incómodas y confusas, pero ahora había encontrado a alguien más con el mismo interés. Compartían un vínculo. Tomek no dudó en pedir ver la colección de Warren, y el hombre se la mostró con el mismo vigor y emoción que él había mostrado a Abigail cuando le había presentado su propia colección. Había cuatro en el alféizar de la ventana, todos de

diferentes especies y tamaños, con diez más afuera, refugiándose en el cobertizo al final del jardín mientras esperaban a que pasara la tormenta.

—¿Cuánto tiempo hace que los tienes? —preguntó Tomek.

—Desde la escuela. Algunos se han dañado a lo largo de los años y he tenido que reemplazarlos, pero los he estado coleccionando desde que éramos niños.

Tomek sacudió la cabeza mientras miraba a los ojos de Warren. —¿Dónde has estado toda mi vida? Pensaba que era el único.

Warren puso una mano en el hombro de Tomek. —Tú y yo, colega. Tú y yo.

CAPÍTULO
QUINCE

Tomek aún tenía el pelo mojado de la ducha en la oficina cuando lo hicieron entrar en el despacho de Victoria.

—Buenos días, Tomek —dijo ella—. ¿O debería decir buenas tardes?

Tomek miró su reloj. Solo eran las 10:12 de la mañana. —¿Ya deseando que pase el día?

—Algunos de nosotros llevamos aquí desde las siete.

—Esa es su prerrogativa. Yo estaba con Warren Thomas.

—¿Por qué?

—Recabando información —mintió—. Esperaba que me llevara al puerto, pero el tiempo nos ha fallado.

Victoria sonrió con suficiencia. —Te dije que pasaría.

—Dices eso, pero no todo está perdido, ya que me ha prometido llevarme esta tarde.

—Suena como todo un caballero. ¿Adónde te va a llevar? ¿Una cena a la luz de las velas junto a la playa? ¿O algo un poco más emocionante, como minigolf en el paseo marítimo?

—¿Hablas por experiencia? —respondió Tomek—. ¿O aún estás esperando que Sean haga alguna de esas cosas contigo?

Victoria abrió la boca para contestar, pero enseguida se mordió la lengua.

—Muy gracioso —dijo—, muy ingenioso. Ya que hablamos de ser graciosos, ¿dónde está tu informe diario de ayer? ¿Por qué no estaba en mi bandeja de entrada esta mañana?

Tomek se tomó su tiempo para responder. —¿Qué tiene eso de gracioso?

—Tu excusa, supongo. Te he oído inventar auténticas joyas en el pasado.

—¿Jacob's o Ritz?

Victoria hizo un gesto con las manos, señalándolo repetidamente. —Esto es exactamente de lo que estoy hablando. Siempre tienes algo que decir. Siempre tienes una respuesta rápida para salir del apuro, pero...

—No estoy tratando de salir de ningún apuro, señora. Estoy tan preocupado por esto como usted. Y debemos llegar al fondo del asunto.

—Por supuesto que lo estás, joder. El día que te preocupes por este tipo de cosas tanto como yo será el día en que me muera.

Tomek se esforzó por reprimir la sonrisa en su cara. No le deseaba la muerte a nadie. De hecho, sí lo hacía, pero la lista era tan corta que podría escribirla en una uña. Para beneficio de Victoria, ella no estaba en esa lista.

—Esta es la razón por la que nunca llegarás a ser inspector.

Las palabras se sintieron como una bofetada en la cara y una patada en la entrepierna. Al mismo tiempo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tomek, y añadió internamente: *Bruja despiadada*—. ¿Qué sabes? ¿Hay algún puesto o ascenso próximamente?

Sin responder, Victoria desvió su atención de él, súbitamente haciéndose la tímida. —No quise decir nada con eso. Olvida que dije algo.

—Pero *sí* quisiste decir algo. Y quiero saber qué.

—Y yo quiero saber por qué no enviaste el informe anoche. Esta cosa de la honestidad funciona en ambos sentidos, Tomek.

Él hizo una pausa. Habían llegado a un punto muerto. No tenía ninguna intención de decirle el verdadero motivo por el que se había ido directamente a casa desde la autopsia y no había completado su jodido informe. Pero no se le ocurría ninguna excusa. Ninguna aparición se manifestó frente a él como un genio salido de una

botella. Y, decidió, para cuando finalmente se le ocurriera algo, el momento habría pasado y ella habría visto a través de la mentira.

Punto muerto.

—¿Cuándo puedo esperarlo?

—¿En serio?

—Sí, en serio. Todavía tienes que entregarlo. No vas a librarte tan fácilmente. Dios, a veces eres como un niño. Como pedirte que hagas los deberes.

Tomek no dijo nada. En su lugar, le ofreció a Victoria una sonrisa descarada y exagerada.

—Sin Nick aquí para defenderte, necesito ver todo lo que estás haciendo.

—Ya te he dicho lo que tengo planeado para esta tarde. Eres más que bienvenida a unirte si quieres.

—No. Lo que me gustaría es que hicieras varias cosas. —Levantó la mano y comenzó a contar con los dedos—. Uno, me gustaría que me enviaras ese informe tan pronto como te sea posible. Dos, me gustaría que te pusieras en contacto con todos los testigos clave y vieras cómo están, averigües si han recordado algo más. Y tercero, me gustaría que salieras de mi despacho.

Tomek esperó pacientemente, golpeando su pulgar contra su rodilla. Esperó hasta que Victoria se sintió obligada a decir algo.

—¿Qué sigues haciendo aquí?

—Necesito que me digas cuál quieres que haga primero.

Que te jodan. Esa fue la cuarta adición a la lista de cosas que quería que hiciera.

Que te jodan.

Sal de mi despacho.

Envíame el informe.

Y luego visita a los testigos clave.

En ese orden.

Desafortunadamente para ella, Chey había arruinado completamente su plan antes incluso de que comenzara.

—Sargento, hay un problema con uno de los testigos clave —dijo.

—¿Quién?

—Kirsty Redgrave. Ha denunciado que alguien estaba fuera de su Airbnb anoche.

Tomek giró en el sitio, luego señaló la puerta al otro lado de la habitación. —¡Rápido, Robin, al Batmóvil!

Chey lo miró perplejo. —¿Es algún tipo de broma? ¿Vamos a salir en la tele?

—¿Qué? No, idiota. Estoy diciendo que cojas tu abrigo y las llaves, e iremos juntos hasta allí...

—¿Juntos? —Chey cambió el peso de un pie al otro—. Pero pensaba quedarme aquí y terminar lo que estaba haciendo.

Tomek negó con la cabeza. —Acabo de hablar rápidamente con la jefa y me ha dicho que tú y yo tenemos que hablar con todos estos tipos, de todos modos. Es bastante conveniente cómo ha salido todo a nuestro favor, ¿eh?

Muy conveniente, sin duda.

Chey pareció creerlo. Dijo: —Bueno, Batman, ¿a qué estamos esperando?

CAPÍTULO
DIECISÉIS

Kirsty Redgrave tenía cincuenta y tantos años, aunque parecía que se esforzaba al máximo por aparentar cualquier otra cosa. Llevaba el pelo liso, la cara ligeramente retocada con maquillaje, y había una clara definición en los músculos de sus hombros y bíceps que sugería que hacía más ejercicio que comidas. Ella y el resto de su familia estadounidense se alojaban en una casa de cinco dormitorios en South Benfleet. Habían encontrado la propiedad en Airbnb y se quedaban allí mientras los dueños habían desaparecido a su segunda residencia en el sur de España para unas largas vacaciones navideñas. Tomek seguía sin entender por qué alguien, y menos aún un grupo de estadounidenses que tenían algunos de los paisajes más impresionantes del mundo a la vuelta de la esquina, elegía un lugar como Essex para sus viajes. Se le ocurrían muchos lugares más al norte e incluso al sur que eran mejores que este. Lo único que tenía el sur de Essex a su favor eran un par de atracciones históricas, un bache cada pocos metros y un centro comercial que atraía a gente de todo el país (en gran parte porque no había nada más que hacer y era una forma pasable de pasar la tarde). Quizá era porque Tomek había crecido allí y había visto cómo el lugar cambiaba tanto a lo largo de los años, que su visión de la zona se había vuelto hastiada, teñida de un apagado tono grisáceo. Aun así, seguía sin tener sentido para él.

—Southend está empapada de historia —dijo Kirsty, con su fuerte acento neoyorquino mientras entraba en el salón.

—Técnicamente, todos los sitios están empapados de historia —respondió Tomek con sarcasmo—. El planeta lleva aquí miles de millones de años.

Kirsty se volvió hacia Chey y puso los ojos en blanco. —¿Siempre es así?

—Por desgracia —contestó el joven agente.

—Bueno, hay mucho que ver y hacer. Solo hay que saber dónde buscar.

—¿Eres profesora o simplemente tienes un gran interés?

—Soy catedrática —respondió Kirsty—. De Historia en la Universidad de Nueva York. ¡NYU!

La repentina exclamación pilló a Tomek por sorpresa. Para alguien que, según Chey, había estado tan alterada por teléfono que parecía haberse quedado fuera de casa sin pantalones, estaba sorprendentemente animada.

—Llevo años dando clase —continuó—. Entro ahora en mi decimoquinto, y me encanta, no lo cambiaría por nada. —Se giró para mirar por la ventana—. Pensar que alguien, en algún lugar, hace siglos, se le ocurrió la idea de implementar carreteras, sistemas de riego y monedas... ¿dónde estaríamos sin ello?

—Viviendo en nuestra propia porquería —dijo Tomek—. Y no olvidemos las matanzas salvajes como entretenimiento. Aunque me sorprende que eso no haya resistido el paso del tiempo.

Kirsty no vio el lado gracioso de su comentario.

—¿Qué tiene de especial Essex? —preguntó Chey, con la voz cargada de intriga.

—Muchísimas cosas —respondió Kirsty—. ¿Sabíais que aquí se encontraron herramientas de piedra paleolíticas, lo que significa que los humanos han vivido en la zona desde la primera Edad de Hielo?

Tomek respondió que no lo sabía.

—Y que las pruebas del período Neolítico sugieren que el hombre había estado viviendo en Chelmsford hace unos seis mil años. Y que, más recientemente, la Batalla de Benfleet tuvo lugar junto a la estación de tren en el año 894 d.C. Los daneses contra los sajones. ¡Impresionante! ¿Y quién podría olvidar a Boudica?

—Desde luego —dijo Tomek, aunque no tenía ni idea de a quién se refería. Deseoso de hacer avanzar la conversación, consultó su reloj y preguntó—: ¿No se suponía que teníais que volar hoy?

Kirsty volvió a poner los ojos en blanco. —Así era, pero entonces ocurrió esta maldita tormenta. Nuestro vuelo se canceló y ahora no podemos conseguir otro hasta el fin de semana. Afortunadamente, nuestros anfitriones también están atrapados en España, así que no tuvieron problema con ello.

O quizá no tienen prisa por volver a casa.

—Al menos tenéis algunas noches más aquí —dijo Chey—. Debería daros tiempo a tachar algunas cosas más de vuestra lista.

El rostro de Kirsty se iluminó ante la idea de experimentar más ruinas históricas, visitar más yacimientos arqueológicos, pero entonces recordó rápidamente que ella y su familia habían tachado todo de la lista.

—Por cierto, ¿dónde está el resto? —preguntó Tomek.

—Han ido de compras.

—¿Ah, sí?

—A un sitio llamado Lakeside.

La sonrisa se lanzó involuntariamente al rostro de Tomek.

—*Ahí sí* que hay un lugar empapado de historia —dijo, con una sonrisa pícara.

Kirsty ignoró el comentario y continuó. —Para ser sincera, quería que salieran de casa. No creía que fuera seguro aquí.

—Ah, sí. La razón por la que estamos aquí. Por favor, explícanos qué te ocurrió y qué viste.

Kirsty se recompuso antes de empezar, inspirando profundamente, dejando que la tensión en su cuerpo disminuyera. Al comenzar, la alegría y el asombro de su anterior conversación abandonaron su rostro y fueron reemplazados por la angustia, como si volviera a vivir la experiencia mientras la relataba.

—Ocurrió anoche. Durante la tormenta. El viento soplaba con fuerza, y nunca había visto tanta lluvia. Fui a la ventana para cerrar las cortinas del dormitorio, miré afuera, y fue entonces cuando vi una figura ahí parada. Al principio no le di importancia, pero luego,

cuando volví a mirar, seguía ahí de pie. Se lo dije a mi marido, él vino a mirar, pero para cuando subió las escaleras, ya se había ido.

—De acuerdo —dijo Tomek, mirando a Chey, indicándole con la mirada que tomara nota en su libreta—. ¿Y recuerdas cómo era?

—¡Esa no fue la única vez que lo vi! —continuó Kirsty—. Apareció como media hora después.

—¿Ah, sí?

—Esta vez en el jardín. Había saltado la valla y simplemente estaba ahí parado, observando la casa.

Tomek intentó suspender la incredulidad por un momento e imaginar lo que ella había visto. Oscuridad, salvo por el tenue tono anaranjado de las farolas de abajo. Coches, aparcados al lado de la carretera. Lluvia horizontal, distorsionando su vista. Hojas y ramitas brillando de un lado a otro de la ventana. Y una solitaria figura sin rostro, recortada contra la negrura, perfectamente inmóvil, mirándola fijamente.

—¿Estás segura de que era un hombre?

—Sí —siseó ella.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Sé cómo es un hombre. Los he visto antes.

—Nadie lo duda —respondió Tomek, percibiendo que ella se estaba irritando más a medida que sus preguntas continuaban—. ¿Con qué claridad viste la cara del hombre?

—Yo... yo... —vaciló, cerró los ojos—. No lo vi bien. Estaba tan lejos, yo...

—¿Puedes describir qué llevaba puesto?

Kirsty cerró los ojos de nuevo. —Un abrigo negro. Un abrigo negro largo. Con la capucha puesta. Tenía cordones blancos, recuerdo eso, porque estaban ondeando con el viento.

—¿Y en la cara? ¿Una bufanda? ¿El abrigo subido hasta la barbilla? ¿Alguna característica distinguible? ¿Quizá la luz reflejada en unas gafas?

Con los ojos aún cerrados, Kirsty negó con la cabeza. —No creo que llevara gafas. Pero podía ver sus ojos. Como ojos de gato, brillando en la oscuridad.

Por un momento, Tomek se preguntó si lo que había visto era realmente un gato. Pero su limitada experiencia y conocimiento del animal le recordó que era poco probable que uno estuviera merodeando por las calles de South Benfleet en medio de una tormenta, no cuando una cama caliente y comida le esperaban en casa.

—¿Y sus zapatos? —preguntó Chey—. ¿Llevaba deportivas, zapatos? ¿De qué color eran?

Kirsty cerró los ojos con más fuerza, formando líneas en los lados de su cabeza. —Deportivas —respondió—. Oscuras, creo. A juego con su abrigo.

Chey tomó nota en su libreta. —¿Y qué hay de su constitución, su tamaño? ¿Cómo lo describirías?

—Era grande. —Hinchó los hombros al decirlo—. Su complexión parecía llenar el abrigo. Parecía bien formado, sólido, como un jugador de rugby. Y sus piernas también eran robustas. Parecía un portero de discoteca o alguien vigilando la puerta. ¿Es así como los llamáis aquí?

Tomek confirmó que así era. Luego ella abrió los ojos y parpadeó varias veces para dejar entrar la luz. Él metió la mano en su bolsillo y sacó su teléfono, luego accedió a su aplicación de notas. La noche anterior, había anotado la descripción que el grupo de turistas estadounidenses había dado del hombre que había huido del lugar del crimen, su principal sospechoso.

—Abrigo negro —empezó—. Pelo negro... complexión media a grande. ¿Dirías que la descripción del hombre que viste anoche coincide con la del hombre que encontrasteis en la escena del crimen?

Las mejillas de Kirsty se sonrojaron de preocupación. —No lo había pensado hasta que lo mencionaste. Pero... no lo sé. Había algo diferente en esta persona. Amenaza, maldad. Algo ligeramente desequilibrado. El tipo del puerto ayer, él... no sé. Parecía preocupado.

—¿Preocupado?

—En pánico. Como si supiera que todos sospecharían que le había hecho algo a esa pobre chica, así que simplemente huyó.

Después de todo, si no podéis encontrarle, no podéis hacerle nada. —Kirsty se frotó la mejilla—. ¿Y si es el asesino? ¿Y si vuelve para asegurarse de que no decimos nada? ¿O quizá haya venido a matarnos también?

Tomek levantó una mano para calmarla, pero tuvo poco impacto.

—Tenéis que ayudarnos. Tenéis que protegernos. ¿Y si vuelve otra vez esta noche? Necesitamos a alguien que haga guardia. Un policía, alguien. Necesitamos protección.

—No somos el FBI, Kirsty —dijo Tomek sin rodeos—. No tenemos recursos ilimitados para enviar gente a hacer de niñera. Pero investigaremos y haremos todo lo que podamos.

Tomek se levantó del sofá y le entregó una tarjeta de visita. —Ahí está mi número de teléfono. Si ves algo sospechoso, házmelo saber. Estoy a solo un corto trayecto en coche, así que puedo estar aquí en unos minutos, pero primero, debes llamar a la policía y ellos pueden enviar a alguien.

Kirsty estaba en un estado de delirio cuando se levantaron para marcharse, y fue unos momentos después de que salieran del salón cuando se dio cuenta de que se iban. Cerrando la puerta tras ella, corrió tras ellos y los llamó de vuelta. —Por favor, aseguraos de que no nos pase nada.

Si eso fuera posible, pensó, entonces nadie sería nunca víctima de un delito.

Una vez fuera, Tomek y Chey se apresuraron hacia el coche. El viento había vuelto con venganza y pasaba rápidamente junto a Tomek. Mientras tanto, Chey, el más bajo y ligero de los dos, luchaba por enfrentarse a los elementos.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó mientras cerraba la puerta tras de sí, silenciando el viento.

—No tiene sentido para mí que nuestro sospechoso huyera de la escena y luego volviera —dijo Tomek—. Son turistas. Es increíblemente improbable que lo conozcan o tengan alguna conexión con él que le haga sentir la necesidad de venir a aterrorizarlos.

—Pero el asesino no sabía que son turistas. Podría haber pensado que vivían aquí y que corría el riesgo de encontrárselos en

el futuro.

—¿Así que crees que va a matarlos también? —preguntó Tomek.

Chey se encogió de hombros.

Muy útil, pensó Tomek.

—Sin embargo, hay algo que no tiene sentido para mí —dijo, mirando fijamente el salpicadero, sumido en sus pensamientos—. Es cómo encontró su dirección...

—¿Qué quieres decir?

Tomek señaló hacia la casa. —Piénsalo —dijo—. Esta gente lleva una semana, dos, en el país. Han reservado el lugar a través de una empresa privada en una aplicación. No hay ningún registro de que vivan aquí excepto entre el propietario y Kirsty. ¿Cómo cojones iba a saber el sospechoso dónde vivían?

CAPÍTULO
DIECISIETE

Tomek seguía dándole vueltas a esa idea.

¿Cómo sabía dónde encontrarlos la figura que estaba fuera del Airbnb, si era la misma persona que había huido de la escena? En la mente de Tomek, había dos posibilidades: o el asesino era miembro del cuerpo de policía y sabía dónde localizar la información, o, y esta le parecía más probable, después de huir de la escena del crimen, el sospechoso había estado rondando fuera de la comisaría, sabiendo que llevarían a los testigos para interrogarlos. Luego, simplemente los había seguido hasta su refugio en una isla llena de desconocidos.

Si el sospechoso había podido hacer eso, seguir a los Redgrave hasta su casa, entonces era posible que no fueran los únicos objetivos.

Que lo hubiera hecho con el resto de ellos.

Warren...

Andrei...

Poco después de dejar a Kirsty Redgrave, Chey había llamado a Nadia para pedirle la dirección de Andrei Pirlog. Según Google Maps, vivía a poco más de veinte minutos, en pleno Southend-on-Sea. Un pequeño piso de un dormitorio situado en la concurrida London Road. Tomek la utilizaba todas las mañanas para ir y volver del trabajo, y sabía lo transitada que podía estar. Como ahora. El continuo rodar de neumáticos, el suave ronroneo de motores al ralentí, el frecuente sonido de un claxon cuando algún capullo inevitablemente se cruzaba delante de otro conductor. Habían tenido

que esperar tres minutos solo para que alguien les dejara cruzar dos carriles de tráfico.

El piso era el segundo en una fila de cinco. Todos estaban situados encima de varios negocios locales independientes. Una freiduría de pescado y patatas, un quiosco, una panadería, un estudio de tatuajes y un restaurante chino para llevar. Andrei tenía la mala suerte de vivir encima del restaurante chino, con su espeso y empalagoso olor a aceite vegetal y glutamato monosódico flotando en el aire. Tomek sentía como si se le pegara en la garganta al salir del coche.

—Imagínate tener comida china a tu disposición —dijo Chey.

—¿De qué hablas? Tus padres tienen un restaurante indio. Tienes acceso a comida india todo el tiempo, o como tú dices, *a tu disposición*.

Chey cerró la puerta del coche.

—Sí, pero esto es diferente.

—¿En qué sentido?

—Porque es *chino*. No hay nada mejor que un chino.

—No digas eso delante de ellos. No quiero tener que lidiar con otra investigación de asesinato.

El joven agente soltó una risa incómoda.

—Dudo que te permitieran hacer nada al respecto tampoco, si esta es un ejemplo.

Tomek ignoró el comentario al principio, se dirigió hacia el piso de Andrei, se detuvo en unos escalones y luego se volvió hacia el hombre.

—¿Qué quieres decir con eso?

Bajando el tono, Chey respondió:

—Sé lo que está pasando, ¿sabes? Todo el mundo lo sabe. Entre tú y Sean. Sean y Victoria. Es tan obvio. Pero estoy de tu parte, por cierto. Aunque estoy disfrutando el tiempo que pasamos juntos.

Como si fueran pareja.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde que empezamos a hacer todo el trabajo sin que Victoria se lo dijera a Nick. Me imaginé que ese era el comienzo de lo que vendría.

Tomek estaba impresionado. Admitía que Victoria no había sido muy sutil al respecto, sí. Pero era político, y a Tomek le había llevado mucho más tiempo notar ese tipo de problemas cuando tenía la edad de Chey y estaba en esa etapa de su carrera (si es que alguna vez los notó). En lugar de eso, había estado demasiado ocupado flirteando con sus colegas, haciendo lo mínimo y metiéndose en problemas.

—Muy perspicaz —respondió Tomek—. ¿Y dices que todos los demás también lo han notado?

Chey asintió, abriendo mucho los ojos.

De repente, Tomek sintió que podría avecinarse un golpe de estado.

—Estoy impresionado.

—¿Eso significa que ya somos mejores amigos? —preguntó Chey.

Durante los últimos meses, el agente había estado intentando insoportablemente congeniar con Tomek, hacerse más amigo suyo fuera del trabajo, y dentro. Pero Tomek siempre lo había ido posponiendo. Había una gran diferencia de edad entre ellos. Casi dieciséis años. Y Tomek ya había cometido ese error en el pasado, aunque con una persona del sexo opuesto, y no estaba dispuesto a repetirlo. Desde que Sean había prácticamente desaparecido de su vida, Tomek había bromeado diciendo que había quedado vacante un puesto como uno de sus mejores amigos, lo que había dado esperanzas al joven. Chey había estado luchando por la pole position desde entonces.

—Lo siento, campeón —dijo—. Pero la vacante está casi cubierta. A menos que puedas decirme la diferencia entre un bonsái de cerezo en flor y uno de olmo chino.

Chey metió la mano en su bolsillo.

—¡Sin hacer trampas!

La derrota se dibujó en su rostro.

—Entonces, ¿cómo voy a averiguar la respuesta?

—Un verdadero mejor amigo no dejaría que ese tipo de cosas se interpusieran en su camino. Sé creativo. Pregunta por ahí.

Chey juntó las palmas e hizo una reverencia.

—Entendido, sensei.

—Tienes hasta el final del día.

Con eso, se dirigieron hacia el pequeño tramo de escaleras que llevaba al piso de Andrei Pirlog. Chey fue el primero en llegar, y esperó pacientemente a que Tomek le siguiera. Justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta, algo le llamó la atención. Un hueco, no más grande que unos pocos milímetros, pero suficiente para que el cerebro lo reconociera como inusual.

La puerta estaba entreabierta.

¿Habían llegado demasiado tarde? ¿La misteriosa figura ya había llegado hasta Andrei?

Le hizo un ligero gesto a Chey con la cabeza. El agente entendió lo que quería decir y, tensando cada músculo de su cuerpo, Tomek empujó la puerta para abrirla.

El piso estaba frío, silencioso. Como si hubiera estado deshabitado durante semanas, meses, y todo lo que quedaba eran recuerdos y las almas de aquellos que habían pasado por allí. A Tomek se le erizó el vello de la nuca mientras avanzaba por el pasillo.

Pie izquierdo.

Pie derecho.

Izquierdo.

Hasta que se detuvo. A su derecha había un pequeño cuarto de baño. A través del hueco de la puerta, Tomek vio lo que había temido encontrar. Allí, tumbado en la bañera, sumergido bajo el agua, completamente vestido, con el cuerpo inerte, estaba el hombre que Tomek, hasta ahora, solo había visto en fotos. Ojos cerrados, boca entreabierta, muerto. Andrei Pirlog.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

Tomek corrió hacia la bañera, chocó contra el lateral, alcanzó la parte posterior de la cabeza de Andrei y sacó su nariz y boca del agua.

—¡Andrei! —le gritó en la cara—. ¡Andrei! ¡Despierta! ¿Puedes oírme?

Pero el hombre no podía oírle. Y por el peso muerto de su cuerpo en los brazos de Tomek, nunca volvería a oír nada. Frenéticamente, Tomek colocó un dedo en el cuello del hombre, esperando encontrar pulso. Nada.

Pero Tomek no quería aceptar esa respuesta. Apoyando los dedos de los pies contra el borde de la bañera, y con la ayuda de Chey cuando finalmente se dio cuenta de lo que Tomek estaba intentando hacer, Tomek sacó a Andrei de la bañera y lo arrastró hasta el suelo. El agua inundó el linóleo, empapando los calcetines y las piernas de Tomek. Colocó al hombre boca arriba y comenzó con las compresiones torácicas. Golpeando el pecho del hombre con las palmas de sus manos, sintiendo cómo su caja torácica se hundía bajo su peso, moviendo el cuerpo de Andrei como si fuera un muñeco de trapo, sus extremidades temblando con cada compresión. Mirando fijamente a los ojos vacíos y sin vida del hombre.

Finalmente, después de dos minutos intentando reanimarlo sin descanso, Chey intervino y lo apartó del cuerpo.

—Se ha ido —le dijo Chey suavemente, pasando el brazo por delante del pecho de Tomek. Esa barrera fue suficiente para que Tomek reaccionara y se diera cuenta de que era hora de parar. El hombre se había ido, llevaba mucho tiempo así. No había nada más que pudiera hacer.

—Tenemos que llamar a la Científica —dijo Tomek mientras apartaba a Chey, pasando al modo profesional—. Cierra la puerta de entrada. No dejes que nadie ni nada más entre en este edificio. Y no toques nada.

Chey asintió en señal de comprensión y desapareció. Un momento después, llamó desde el pasillo.

—¿Con qué quiere que cierre la puerta, sargento? No quiero contaminarla.

—Con tu ropa. Hazlo por la parte superior también, en algún lugar que nadie más haya tocado.

—A sus órdenes, capitán.

Mientras oía cerrarse la puerta, Tomek dio un paso atrás y examinó su entorno, echando su primera mirada detenida al hombre que tenía delante. Andrei Pirlog era un hombre atractivo, con una melena de pelo negro, largo y abundante que podría darle envidia a Martin. Sus ojos estaban hundidos y tenía una dentadura completa, limpia y bien cuidada. Parecía alguien que dedicaba bastante tiempo a cuidarse, y como si tuviera algo de herencia italiana o mediterránea en su sangre; más de lo que sugería su nombre y nacionalidad rumana.

La bañera con ducha ocupaba la longitud de una pared. En la esquina, junto a su cabeza, había un paquete abierto de paracetamol, arrugado contra la pared. Tomek contó cinco pastillas que faltaban. Sin duda habían encontrado su hogar dentro de los intestinos de Andrei.

Antes de que Tomek pudiera examinar el resto de la habitación, Chey regresó.

—La Científica está en camino —dijo—. Llegarán en diez minutos.

Tomek no había oído al agente hacer la llamada, pero le dio las gracias de todos modos.

—Tío... —dijo Chey.

—¿Qué?

—Nada.

—No. Dímelo.

Chey señaló al lavabo.

—¿Qué pasa con él?

—Estaba pasando por una *mierda* tremenda.

Tomek lo miró sin impresionarse, deseando que se diera prisa. Cuanto más tiempo pasaran allí, más contaminarían la escena del crimen.

—¿A qué conclusión has llegado?

—Porque puedes saber mucho sobre una persona por el estado de su cepillo de dientes.

Tomek lo miró perplejo.

—¿Cómo?

—Bueno, parece que ha estado frotándose los dientes y las encías con fuerza durante un tiempo. Debía estar pasando por un *momento* difícil.

—¿Un *momento* como el suicidio?

Chey se encogió de hombros.

—Supongo.

Suspirando profundamente, Tomek negó con la cabeza y se frotó la cara, liberando algo de la tensión en sus músculos. Luego levantó cautelosamente una pierna por encima del cadáver y salió del baño, dirigiéndose hacia el salón.

—¿Adónde vas? —preguntó Chey—. No deberíamos estar...

—Tenemos que asegurar la zona —dijo—. Asegurarnos de que no hay amenazas presentes.

—¿Amenazas? Pero parece que se ha suicid...

Tomek levantó una mano, callando a Chey. No quería oírlo. Las alarmas sonaban en su cabeza, diciéndole que esto era más que un suicidio. Que alguien había entrado en el piso, había ido allí para hacer lo que necesitaba hacer, y luego se había marchado. Si había sido intencionado dejar la puerta abierta, Tomek no lo sabía. Pero lo averiguaría.

Dejando el cadáver atrás, Tomek entró en la habitación de enfrente. El dormitorio de Andrei. O mejor dicho, lo que quedaba de

él. Todo lo que quedaba en la habitación era un colchón sin sábanas, una mesita de noche con solo una lámpara como compañía, y un armario metido en la esquina. Eso era todo. Nada más. Sin decoraciones, sin marcos de fotos, ni siquiera una pieza de ropa de cama para cubrir el colchón. La habitación parecía haber estado vacía durante un tiempo.

Al igual que el resto del piso.

El salón tenía lo esencial: un sofá, una mesa de comedor, pero nada más, nada menos. En cuanto a la cocina, estaba equipada con todos los electrodomésticos típicos, pero cuando Tomek miró dentro del frigorífico y algunos de los armarios, no encontró nada. Era el peor anuncio de una casa del mundo. A todos los efectos, parecía como si Andrei nunca hubiera vivido allí ni una sola noche, sin embargo, había evidencia de su residencia: restos de comida y basura en el cubo, algo de ropa en la lavadora, esperando a ser limpiada.

Todo el piso era extraño, confuso para él. Y no sabía exactamente qué pensar de ello.

Antes de poder reflexionar más sobre el asunto, sintió una mano en su hombro. Se sobresaltó y giró sobre sí mismo. Chey estaba detrás de él, con aspecto avergonzado, como si acabara de romper algo en el garaje y viniera a contárselo a su padre.

—La Científica está aquí. Es hora de que nos vayamos.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

No llegaron muy lejos.

Tomek llamó a la puerta y esperó, golpeando impacientemente el suelo de hormigón con el pie. Detrás de la puerta, oía música pop que retumbaba a través de unos altavoces. Se sorprendió al darse cuenta de que no la reconocía; desde que Kasia había entrado en su vida, se había puesto al día con todo lo relacionado con la cultura pop —o al menos fingía haberlo hecho— y no le daba vergüenza admitir que sabía quién era el último novio de la estrella favorita de ella en cualquier momento, o cuándo saldría su nuevo álbum. Si el equipo decidía organizar un concurso una noche en el Last Post, su pub habitual a la vuelta de la esquina de la comisaría, él se presentaría voluntario para la ronda de preguntas sobre música pop. No había escándalo de famosos que desconociera, ni estreno reciente que se le hubiera pasado. Kasia le había otorgado el don del conocimiento sobre cosas que no tenían absolutamente ningún impacto en su vida cotidiana. Aun así, era agradable tener aficiones.

Finalmente, después de haber llamado tres veces, la puerta se abrió. Frente a ellos había una mujer de unos treinta años con una bata puesta. Llevaba una toalla blanca envuelta alrededor de la cabeza y una capa de maquillaje aplicada en la cara.

—Hola —dijo Tomek con una sonrisa forzada.

—No quiero na' —espetó ella.

—Eso es bueno. Porque no estamos vendiendo nada.

—Oh. ¿Pa' qué habéis venío entonces?

—Por su vecino.

—¿Quién?

—El señor Pirlog. Del número... —Tomek se inclinó hacia atrás para comprobar el cartel en la puerta de Andrei—. Del número dieciséis.

—No sé quién es ese.

—¿No sabe nada de él?

La mujer se mordió el labio inferior y negó con la cabeza. —No. Nunca he escuchao su nombre ni lo he visto por aquí.

—Si nunca ha oído hablar de él, ¿cómo sabe que nunca lo ha visto? —preguntó Chey.

Tomek deseó que no lo hubiera hecho. Estaban librando una batalla perdida al hablar con esta mujer, y él ya estaba listo para pasar al siguiente vecino. Aunque estaba bastante seguro de cuál sería también el resultado de esa conversación.

—Escuchad —dijo ella, mostrando esta vez un retenedor en la boca—. Llevo viviendo aquí poco más de un año, ¿vale? Y nunca he visto a nadie entrar o salir de ahí. Lo siento, pero no os voy a poder ayudar mucho, sea lo que sea pa' lo que necesitáis ayuda.

—Está muerto —dijo Tomek sin rodeos.

—Joder —respondió ella, de la misma manera.

—En efecto. ¿No habrá visto u oído algo extraño en las últimas veinticuatro horas más o menos?

Ella negó con la cabeza. —¿Hace tanto que está muerto? Pensé que olía algo raro. Ah, no, eso eran solo los cubos de basura fuera. No importa. —Miró hacia las nubes grises sobre ellos y comenzó a golpearse la barbilla con el dedo, como si estuviera sumida en sus pensamientos, aunque su expresión en blanco no engañaba a nadie —. Para seros sincera, chicos, tengo la música puesta día y noche. No oigo mucho más que lo que estoy escuchando.

—Seguro que eres una delicia —murmuró Tomek.

Antes de dejar a la mujer para que volviera a sus tímpanos sangrantes, Tomek le dio una tarjeta de visita y le dijo que se pusiera en contacto si recordaba algo. Luego él y Chey avanzaron por la fila de pisos. Su optimismo de que alguien hubiera conocido o

visto a Andrei se redujo rápidamente a medida que avanzaban. Al final de la fila, no tenían nada. Nadie había conocido a Andrei, nadie lo había visto ni de pasada. Nadie había oído hablar de él. Pero, según resultó, tampoco habían oído hablar unos de otros, a pesar de vivir a centímetros de distancia en todo momento. Nadie en esa fila de alojamientos alquilados se había tomado la molestia de hablar con sus vecinos o presentarse; en su lugar, se encerraban, confinados a sus propias cuatro paredes.

Derrotado y abatido, Tomek dejó a los vecinos en manos de una agente, que había estado más que encantada de tomar declaraciones. —Esta será la parte más fácil de mi día —había dicho después de escuchar la parte de la conversación que Tomek había tenido con ellos. Él se sintió inclinado a estar de acuerdo.

Mientras dejaba a los vecinos en las capaces manos de la agente, él y Chey se dirigieron de vuelta a la sala de incidencias. No quedaba nada más por hacer allí: el cuerpo de Andrei había sido trasladado para la autopsia; la Policía Científica estaba en medio del examen de las pruebas; y el jefe de la escena del crimen estaba ansioso por terminar lo antes posible.

—No sé tú, colega —dijo Tomek mientras encendía el motor del coche—. Pero creo que hoy no vas a tener tiempo para averiguar la diferencia entre un cerezo en flor y un olmo chino. Preferiría que dedicaras tu tiempo a descubrir quién mató a Andrei. Lo de los bonsáis y el mejor amigo puede esperar.

CAPÍTULO
VEINTE

La noticia de la muerte de Andrei se extendió rápidamente. Para cuando él y Chey habían regresado a la sala de investigación, la información de que el testigo clave más importante de la investigación había fallecido ya había llegado antes que ellos. Y Tomek había pasado la mayor parte de unos segundos intentando explicárselo al equipo antes de que lo llamaran al despacho de Victoria. Ella cerró la puerta con firmeza tras él, haciéndole saber que iban a tener algún tipo de problema.

—Todavía no tengo ese informe —dijo mientras rodeaba el otro lado de su escritorio, manteniendo la mesa como espacio para respirar entre ellos.

—He estado ocupado.

—Eso tengo entendido. ¿De quién fue la idea de apartar a Chey de sus obligaciones?

Tomek frunció el ceño.

—Creo que fue de Kirsty Redgrave cuando dijo que alguien había estado de pie fuera de su alojamiento.

—¿Kirsty Redgrave? ¿Una de las testigos clave? —Claramente esto era una novedad para Victoria, y Tomek disfrutó de este momento de ventaja sobre ella—. Pensaba que iban a volar de vuelta a Estados Unidos.

Tomek señaló la ventana detrás de ella.

—Hubo algo de viento y lluvia que los retrasó ligeramente. No sé si viste o escuchaste algo al respecto.

En ese momento, Victoria canalizó a su Nick interior y suspiró profundamente.

—¿Cuándo se marchan? —preguntó.

—Mañana. Creo que deberíamos traerlos aquí o quizás protegerlos de alguna manera.

Victoria se tomó un momento para procesar lo que había dicho.

—¿Por qué?

—Porque creen que vieron a alguien de pie fuera de su casa durante la tormenta, en la calle y luego más tarde en el jardín. Ahora están preocupados de que pueda volver. Y después de lo que le ha pasado a Andrei, estoy inclinado a estar de acuerdo.

—¿Y estás seguro de que había alguien allí?

—¿Cómo podría estar *yo* seguro? —respondió Tomek, señalándose a sí mismo—. *Yo* no estaba allí. La única manera en que eso sería posible es si tuviera un dispositivo de viaje en el tiempo, o al menos acceso a uno. Pero tristemente, no lo tengo, así que solo puedo tomar su palabra. Y según ella, alguien que coincide con la descripción de nuestro principal sospechoso fue visto de pie fuera de la casa. Tenemos que asegurarnos de que no vuelva y les haga a ellos lo que le hizo a Andrei.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Victoria. Estaba tratando de ocultar la confusión y el desconcierto en su voz, pero Tomek lo vio claramente. Ella no tenía ni idea de lo que estaba pasando, y necesitaba que él se lo explicara como si fuera una niña.

—Pensé que era obvio.

—¿Crees que Andrei fue asesinado? —Habló con sorpresa, como si no pudiera creer que esas palabras hubieran salido de su boca.

—Tengo motivos para creerlo, sí.

—Los informes que llegan dicen que es un suicidio.

—Claro. Los informes pueden estar equivocados. Por eso no te he dado el mío de ayer.

—¿Es eso una admisión de ineptitud, sargento?

Todavía no lo era.

Cuando Tomek no respondió, Victoria preguntó:

—¿Por qué intentaste salvarlo?

—¿Perdón?

—A Andrei. ¿Por qué elegiste salvarlo? Las estimaciones que llegan indican que lleva muerto casi veinticuatro horas.

Tomek sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿En serio me estás preguntando eso?

—Sí.

Tomek suspiró.

—Porque la puerta principal estaba abierta. Después de escuchar lo que le había pasado a Kirsty Redgrave y a su familia, estaba un poco nervioso, y cuando vi la puerta, pensé que podría haberle pasado algo. Perdóname por intentar salvar la vida de alguien.

—No hagas eso —siseó ella—. No me hagas parecer la mala de la película.

—Es difícil no hacerlo cuando estás cuestionando mi decisión de reanimar a alguien.

—Podrías haber contaminado la escena del crimen. Sabes que eso no se hace.

—También sé que intentar salvar una vida es mejor que preservar cualquier tipo de prueba, prueba que, por lo que parece, tú no crees que exista.

Victoria se apartó de él nuevamente, mirando fijamente a la pared.

—Tendremos que esperar a ver qué sugieren la autopsia y los informes forenses, pero hasta entonces, quiero que toda nuestra atención se centre en tratar de encontrar al asesino de Morgana. Sabemos con certeza que alguien la mató. No sabemos con ningún grado de certeza que Andrei Pirlog haya sido asesinado, a pesar de que el alarmismo de los americanos indique que podría haberlo sido. Y no estoy dispuesta a ir persiguiendo a personas que no existen.

Tomek se impulsó desde la silla, salió de su despacho atónito y se dirigió hacia la cocina, donde cogió una botella de agua y una barrita de galleta Rocky de caramelo (una de sus favoritas de todos los tiempos) de la nevera. Mientras se apoyaba contra la encimera de la cocina, bebió el agua de un trago. Tan pronto como terminó, comenzó a desenvolver la galleta de chocolate. Estaba hambriento y necesitaba algo de azúcar. Sus niveles estaban bajos, y estaban a punto de bajar aún más cuando sintió que la adrenalina recorría su

cuerpo. Entonces Sean entró en la cocina y Tomek cogió otra galleta en preparación. Sean no lo reconoció. Simplemente entró, se dirigió directamente al armario y sacó una taza. No fue hasta que Tomek cerró la puerta de golpe que Sean lo notó.

—Oh, ¿estás bien, colega? —preguntó, forzando cualquier amabilidad que tenía en su voz a niveles sin precedentes.

—Bien —respondió Tomek.

—¿Cómo está Kasia?

—Sí, está bien.

—¿Y Abigail?

—También bien.

—Guay.

—Genial.

Sean abrió la boca para hablar, pero Tomek se le adelantó.

—Hablando de novias, ¿no podrías tener una palabra con la tuya?

—¿Sobre qué?

—Andrei. Su "suicidio". Ella parece pensar que el colega se ha quitado la vida en la bañera.

—Estoy seguro de que tendrá sus razones.

—¿Incluso cuando están equivocadas?

Sean gruñó.

—Algo le pasó y ella lo sabe. Solo es demasiado idiota para hacer algo...

Levantando un dedo hacia él, Sean respondió:

—No hables así de ella.

Tomek levantó las manos en señal de rendición burlona.

—No estoy diciendo nada que no sea cierto, colega.

Sean cubrió el espacio entre ellos en un instante, el impulso de su abrumadora masa corporal y su metro noventa casi lo hizo chocar contra Tomek. Pero se contuvo y se mantuvo firme. Se miraron fijamente durante un largo momento. Tomek observó las facciones del hombre, viendo las pupilas de sus ojos rebotar de izquierda a derecha. Sintiendo el calor del aliento de Sean en su piel. Viendo las cicatrices de acné en sus mejillas de las que siempre había sido consciente.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera decir algo, la puerta se abrió. El agente Oscar Pérez entró en la habitación, paralizado en la entrada.

—Lo siento, caballeros —dijo, tímido—. ¿Estoy interrumpiendo algo?

—No —respondió Tomek—. Sean acaba de decirme que necesitaba un abrazo. Pero no soy muy de dar abrazos. ¿Te importaría?

El rostro de Oscar se iluminó bajo las luces LED. Juntó las manos y se lanzó hacia Sean.

—Sería un placer. Todos necesitamos un arrumaco de vez en cuando. Un pequeño abrazo de hermanos para asegurarnos de que todo está bien.

Un segundo después, Oscar estaba listo para envolver sus brazos alrededor de Sean, quien de repente parecía como si estuviera conteniendo una urgente e incómoda visita al baño.

Cuando Tomek iba a marcharse, Oscar chasqueó los dedos y lo agarró por el hombro. Tirando de él hacia atrás, dijo:

—Ah, ah, ah. ¿Adónde crees que vas?

—A mi escritorio.

—No. No tan rápido. Vamos, métete aquí.

Tomek aparentemente no tenía elección en el asunto. Oscar lo agarró por la manga y lo atrajo hacia sí. Lo siguiente que supo fue que tenía sus brazos envueltos alrededor de dos hombres, ambos en los extremos opuestos del espectro de altura, tocando sus michelines, sintiendo sus músculos. Tomek quería salir de allí lo antes posible, pero cada vez que se alejaba sentía a Oscar atrayéndolo de nuevo. Esto era definitivamente según los términos de Oscar y no se les permitía terminar hasta que él dijera que podían.

Su momento juntos se vio interrumpido por Nadia entrando en la habitación, con una mano descansando sobre su barriga de embarazada.

—Sabéis que, si esperáis hacer un niño de esa manera, lo estáis haciendo completamente mal.

En ese momento, Tomek ya había tenido suficiente y se apartó. Mientras Nadia se ocupaba con el microondas, Tomek dio un paso atrás y miró ceñudo a Oscar.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad, Tomek?

—No. Pero estoy cien por cien seguro de que sentí algo *duro* de uno de vosotros contra mi pierna.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

La noche de ese mismo día, Tomek y Abigail estaban tumbados en la cama, medio desnudos bajo el edredón. Fuera hacía dos grados, pero Tomek tenía calor, así que tenía una pierna fuera de las sábanas. Yacía con el brazo detrás de la cabeza, mirando al techo. Los acontecimientos del día le habían dejado agotado y necesitaba desahogarse, descomprimirse. Pensamientos sobre Morgana, Andrei, la bañera y, hasta cierto punto, Sean y Victoria, atormentaban su mente. Pero esta noche, había algo más que le preocupaba.

Kasia. La adolescente que continuaba confundiéndole y enfureciéndole, y la que sin duda le confundiría y enfurecería durante muchos años más, si no por el resto de su vida. Había estado callada los últimos días, distante, distraída por algo. Cuando le había preguntado sobre el instituto, ella había respondido con monosílabos. Cuando le había preguntado sobre sus amigos y clases favoritas, su expresión había permanecido impasible. Algo la estaba preocupando. Y él no sabía qué. Probablemente las presiones sociales de ser una adolescente: el instituto, crecer, los novios, el aspecto físico, la atención. Era un maldito campo de minas, y él no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

En el corto espacio de tiempo que llevaban siendo padre e hija, ya habían batallado con el consumo de alcohol siendo menor, el vapeo y los novios; la trifecta de ella intentando impresionar a sus compañeros. Sin mencionar el incidente donde casi muere por un shock anafiláctico, que todavía tenía un efecto visible en ella. Pero a

él le gustaba pensar que conocía a su hija lo suficientemente bien como para saber que esto era por algo más, algo no relacionado con aquella noche en particular. Ella había sido resiliente en superar eso, determinada, y su salud mental había mejorado como resultado de las sesiones de terapia a las que acudían juntos. Pero este era un problema completamente distinto, intuía. Uno que no se había discutido en un pequeño armario con un profesional capacitado.

Necesitaba ayuda. Esperaba poder encontrarla a su lado. Abigail solía ser una buena confidente, y confiaba en ella con la información que le daba. Ahora mismo, estaba sentada a su lado, con su portátil, escribiendo otro artículo más.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Cuánto es pi con diez decimales?

—¿Qué?

—Nada. Solo algo en lo que estaba pensando antes.

—Vale —Tomek miró al espacio vacío en la cama—. No. Es algo ligeramente más importante que pi.

—Todavía no estoy lista para el matrimonio.

Tomek se giró hacia ella, con los ojos como platos. —¿Es eso otra cosa en la que estabas pensando antes? —No pudo ocultar la preocupación en su voz.

Ella le dio unas palmaditas en la barriga de forma condescendiente. —No te preocupes, cielo. Estás lejos de eso. Primero tienes que ganarte las estrellas. Pero tienes potencial...

—Puede que no quiera si sigues dándome palmaditas como si fuera tu jodido chihuahua.

Esta no era la dirección que Tomek esperaba que tomara la conversación. De hecho, no era la dirección que esperaba que tomara *ninguna* de sus conversaciones. Al menos no por unos meses más. Solo llevaban saliendo unas semanas, bajo el título oficial de novio-novia poco más de una de esas semanas, ¿y ya estaba planteando la cuestión del matrimonio? Si alguna vez quería una razón para espantarle —o a cualquier hombre de cuarenta años acostumbrado a su propia compañía durante treinta años— iba por buen camino.

—Continúa —dijo ella, percibiendo que estaba angustiado por el tema de conversación—. ¿Qué querías preguntarme?

—Es sobre Kasia. ¿Te ha parecido... *decaída* últimamente?

Abigail se recogió el pelo en un moño, bajó su portátil a la mesita de noche y se tumbó junto a él. —¿Decaída cómo?

—No sé. Más callada de lo normal. Creo que está pasando algo, pero no me lo quiere contar.

—¿Podría ser el instituto?

—Tal vez.

—¿Chicos?

—Ya hemos pasado por eso. Creo que quizás se ha mantenido alejada después de lo que pasó la última vez.

—¿Qué pasó? —preguntó Abigail, de repente intrigada.

—Nada grave. Aunque si te preguntara si crees que podrías pelear con una vaca adulta, ¿qué dirías?

—Diría que eres jodidamente idiota por hacer esa pregunta en primer lugar.

—Exactamente. Y eso es todo lo que necesitas saber sobre Billy "El Luchador de Vacas" Turpin.

Abigail pareció entender lo que quería decir porque le dio un asentimiento y luego le acarició el hombro.

—¿Podría ser el incidente? —preguntó ella, volviendo al tema de Kasia.

—No creo. Normalmente es bastante abierta conmigo sobre *eso*. Además, las pesadillas se han calmado desde que empezó a ir con Isabel.

—¿Y las tuyas?

—Sí, están bien.

—¿Qué hay de sus clases? Quizás está teniendo dificultades en algunas y eso la está deprimiendo. ¿Cuáles son sus asignaturas favoritas?

—Tecnología de los alimentos e historia.

—Bien. Bueno, realmente no puedes suspender tecnología de los alimentos, a menos que uses sal en lugar de azúcar para algo. Aparte de eso, es muy difícil equivocarse. En cuanto a historia, ya ha sucedido, todo lo que tienes que hacer es relatar los hechos, así que

no creo que pueda ser eso. —Abigail murmuró mientras reflexionaba —. ¿Es posible que esté sufriendo acoso escolar?

—Espero que no. De nuevo, la última vez que sucedió, me aseguré de que no volviera a ocurrir.

A Tomek le vino a la mente la vez que había conducido hasta Canvey Island, su lugar menos favorito para visitar, y le había explicado a la familia de una chica joven que hacer circular una imagen de él desnudo en la cama y acosar a Kasia como resultado se consideraba porno de venganza, y que si continuaba, volvería con una orden de arresto. Eso pareció funcionar, ya que desde entonces, ni Tomek ni Kasia habían vuelto a saber de ella.

A menos que estuviera siendo acosada por algo más.

—¿Podrían ser "cosas de chicas"? —le preguntó a Abigail, usando sus dedos como comillas aéreas.

—No tienes que decirlo así —le dijo ella—. Somos personas reales. No somos producto de tu imaginación.

Él le dio una palmada juguetona en el brazo. —Sabes a lo que me refiero. ¿Podría ser algo relacionado con la regla? ¿O...?

—Es posible. La vida de una adolescente está llena de una cornucopia de hormonas que te joden la cabeza. Hay tanto pasando ahí dentro incluso en los momentos más tranquilos, cosas así no ayudan. Podrían ser "*problemas de chicas*" —dijo, usando sus dedos como comillas para burlarse de él—, pero si quieres, puedo hablar con ella para ver si está dispuesta a contarme algo. Sería bueno que tuviéramos un pequeño cara a cara, de todos modos. No hemos tenido realmente una oportunidad así desde que tú y yo empezamos a salir. Me gustaría conocerla.

Tomek de repente se sintió muy protector con su hija. —Creo que es una buena idea, pero déjame discutirlo con ella primero. Si no me lo cuenta, entonces puedes intervenir y hacer lo que necesites.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro de Abigail. Breve, discreta. —Me gustaría eso —dijo, y luego cogió su portátil de nuevo.

—¿Nunca paras? —preguntó él.

—Podría preguntarte lo mismo. Ambos somos adictos al trabajo. Es lo que nos hace funcionar como pareja.

En muchos aspectos, ella tenía razón. Siempre estaban demasiado ocupados para verse, pero durante el poco tiempo que podían compartir, aprovechaban al máximo la compañía del otro. Si el trabajo se convertía en una prioridad para uno, el otro lo entendía completamente y le daba el espacio y el tiempo que necesitaban porque sabían cómo era. Era un acto de equilibrio, pero lo estaban haciendo funcionar. Sin embargo, una parte de él había comenzado a admitir silenciosamente que no era saludable. Para ninguno de los dos. Y se preguntaba cuánto tiempo más duraría la luna de miel.

—¿Qué hay de nuevo sobre el asesinato del puerto? —preguntó Abigail.

—No lo estarás llamando así, ¿verdad?

—No. Aunque sería un buen título para un libro. Un poco obvio para mi gusto, sin embargo. ¿Cómo va?

Fue entonces cuando Tomek desahogó la otra parte de su cerebro que le había mantenido despierto. Andrei Pirlog. Su suicidio. Su *asesinato*. Los Redgrave. El hombre fuera de la casa. El sospechoso que había huido de la escena del crimen. Le contó todo, sin tener en cuenta el conflicto de intereses que debería haberlo prohibido. Como era de esperar, Abigail escuchó con atención, recuperando su portátil con una mano mientras su atención completa estaba en él. Al final, la sonrisa había vuelto a su rostro.

—Puedo publicar algo si quieres.

Tomek se tomó un momento para considerar la propuesta. Un artículo detallando el incidente y poniendo la descripción del principal sospechoso en el dominio público sería una gran ayuda. Aunque su preocupación era que la descripción era demasiado vaga, demasiado amplia. Esperar que la gente de Essex encontrara a un hombre con pelo negro corto y barba negra era como pedirle a un panadero que encontrara una barra de pan en un supermercado: encontrarían uno en todas partes donde miraran. No obstante, todavía podría servir para un propósito y posiblemente ayudarles a resolver el caso. Por lo tanto, en su mente, las ventajas superaban a los inconvenientes, así que le dio luz verde para escribir algo.

—Pero primero, a dormir —le dijo, antes de darle un beso de buenas noches y girarse hacia el otro lado de la cama.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

Tomek se despertó a la mañana siguiente con el sonido de su móvil vibrando violentamente junto a su cabeza. Con los ojos entreabiertos, alcanzó el dispositivo y miró la pantalla, cuya luz intensa casi le cegó. Era Victoria llamando y, según las cuatro llamadas perdidas que tenía de ella, llevaba algún tiempo intentando contactarle. Tomek dejó que esta llamada pasara al buzón de voz y luego revisó sus notificaciones.

Cuatro llamadas perdidas. Seis mensajes de texto. Todo en la última media hora.

Tomek, llámame.

Necesito que me contestes. Es urgente.

¿Tomek?

¿¿??

¿¿¿???

¿¿¿¿¿??????

Un nudo comenzó a formarse en su estómago. Instintivamente, se dio la vuelta y encontró a Abigail sentada en la cama con el portátil en el regazo, tecleando.

La sensación en su estómago se intensificó.

—¿Por casualidad sabes por qué Victoria ha estado intentando llamarme?

—Podría tener algo que ver con esto.

Abigail giró el dispositivo. En la pantalla, en la parte superior de la página, estaba el logotipo del *Southend Echo*, con una

impresionante imagen del Puerto Mulberry tomada por el fotógrafo local Dawid Glawdzin debajo. El título del artículo decía: *La policía revela detalles del sospechoso del asesinato en el puerto de Southend*.

—Sí —dijo él—. Eso lo explica todo.

—Pareces molesto.

—No esperaba que lo hubieras hecho *tan* rápido. ¿Has dormido algo?

—He dormido un par de horas. No te preocupes, no me ha llevado toda la noche escribirlo.

Evidentemente no, ya que la hora de publicación en la web indicaba las 03:57. También notó que ella había sido lo suficientemente inteligente como para enviar el artículo a otra persona del equipo para que lo publicara y así pudieran llevarse todo el mérito —y las críticas—. Eso significaba que Victoria no tendría ningún argumento cuando, sin duda, llegaran las acusaciones de que él había filtrado la información a la prensa. Si se hubiera publicado bajo el nombre de Abigail, el mayor error que podría haber cometido, sería una historia diferente.

Tomek se levantó de la cama, sintiendo el cuerpo fatigado. Las piernas y el core estaban destrozados por la carrera de ayer. Vaya, estaba fuera de forma. Necesitaba volver a ponerse en marcha. En serio, esta vez. Hacerlo de verdad. No solo pensarlo y postergar creyendo que el problema era un par de zapatillas inadecuadas y apretadas. No, necesitaba ponérselas, salir de casa y poner el pie en el asfalto.

Un pie delante del otro.

Con esto en mente, Tomek se dirigió a la ducha, se lavó y se preparó para el día. Era sábado, fin de semana. Y, sin embargo, tenía que trabajar. Pasar tiempo lejos de su familia. No era justo, pero formaba parte del trabajo. Y con una investigación de asesinato tan confusa y abierta como esta, no podía permitirse tiempo libre.

Excepto esta mañana. Podía llegar tarde al trabajo esta mañana, decidió. Para retrasar el inevitable vendaval de mierda que se le vendría encima. Victoria había intentado llamarle dos veces más

mientras se duchaba, y no esperaba que las llamadas perdidas cesaran pronto. Sin embargo, ella tendría que esperar.

Ahora mismo, tenía una hija que necesitaba su atención y orientación.

Poco después de las ocho de la mañana, Tomek llamó a la puerta de Kasia. Nada. Ni siquiera el sonido de movimiento en la cama. De repente, comenzó a temer lo peor. Que se hubiera escapado, huido, como había hecho en el pasado, así que volvió a llamar pero entró sin esperar respuesta. Agarró el pomo de la puerta con fuerza, preparándose para gritar su nombre. Cuando la vio acurrucada en posición fetal, envuelta bajo el edredón, profundamente dormida, soltó un gran y profundo suspiro.

—Arriba, arriba —gritó, un poco exagerado.

Kasia se movió, le miró con enfado y luego se dio la vuelta hacia el otro lado de la cama.

—Tengo una sorpresa para ti esta mañana, Kash —dijo.

—No la quiero.

—Aún no sabes lo que es.

—Bah —fue el gruñido inequívoco de una adolescente suplicando por más sueño.

—Arriba, que ya es de día —dijo, mientras se acercaba a la ventana y abría las persianas—. Vamos a desayunar fuera.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

Tomek nunca había visto el café de Morgana tan vacío. Era como si la noticia de su muerte se hubiera extendido y de repente ir allí se hubiese convertido en tabú. Era extraño, casi inquietante. Tomek había estado allí en varios momentos del día —los sábados por la mañana temprano, las tardes de domingo, incluso a las siete de un martes— y, sin embargo, cada vez había tanta gente como la anterior. Ahora solo había otros dos grupos con ellos, y el ambiente había decaído para adaptarse a la situación. Tomek no podía evitar pensar que el lugar era incapaz de funcionar correctamente sin Morgana al timón, dirigiendo desde el frente, atrayendo clientes con su sonrisa coqueta y su personalidad burbujeante.

Su camarera esta mañana se llamaba Helena. Ucraniana, como Morgana. Igual de guapa, igual de aspecto inocente. Excepto que, en cuanto a su personalidad y su capacidad para interactuar con los clientes, estaba en el extremo opuesto del espectro. Los nervios plagaban su habla cuando se dirigió a ambos y les pidió su pedido de bebidas. En dos ocasiones le había pedido a Kasia que repitiera su pedido de zumo de naranja, y mientras se giraba hacia la cocina abierta en la parte trasera, chocó con una mesa y sillas cercanas.

—Espero que este sitio no cierre —dijo él, posando la mirada en la hilera de flores y ositos de peluche que habían dejado fuera, en la entrada del café.

—Sí... —respondió Kasia, desanimada. Sacó su móvil y comenzó a desplazarse por la pantalla.

—¿Sabes lo que quieres comer?

—Huevo.

—Buen comienzo. ¿Algo para acompañarlo?

—Tostadas.

—¿Y cómo lo quieres?

—¿A qué te refieres?

Maldita sea, esto era doloroso.

—¿Revuelto? ¿Escalfado? ¿Frito? ¿Batido hasta convertirlo en mantequilla y luego lanzado por todas las paredes?

—Ah. Claro. Mmm... Revuelto. Por favor.

Ni una sola vez levantó la mirada hacia él. Ni una sola vez pestañeó o arqueó una ceja ante su última opción de huevo. Estaba distraída más allá de toda comprensión, y a pesar de sus mejores esfuerzos por restarle importancia y levantar su ánimo, no estaba funcionando.

—¿Qué te pasa, Kash? —preguntó. Antes de que pudiera responder, Helena regresó con las bebidas en la mano. Mientras las colocaba en la mesa, Tomek le dirigió una sonrisa forzada, le dio las gracias y luego hizo sus pedidos. Huevos revueltos para Kasia, especial doble infarto para él. Una vez que Helena tomó el pedido y se retiró lo suficientemente lejos como para no oírles, Tomek volvió a hacerle la pregunta a Kasia.

—No me pasa nada —respondió ella suavemente, con la cabeza aún sumergida en su teléfono.

—¿Es el colegio? ¿Tus clases van bien?

—Las clases están bien. El colegio está bien.

—¿Y tecnología de alimentos? La señora Shaw no se ha estado llevando a casa más de tu deliciosa comida, ¿verdad?

—No cuando usé sal en vez de azúcar...

Le tomó un momento registrar el comentario. Sal, azúcar. Y entonces recordó. La noche anterior. Su conversación con Abigail.

—¿Oíste eso?

—Sí.

Tomek pensaba que ella estaba dormida, pero lo había oído todo. Intentó recordar qué más había dicho. Qué otra cosa podría haberla ofendido. Lo que era más preocupante, sin embargo, era que si

había escuchado esa conversación mientras hablaban abiertamente y bastante alto, entonces posiblemente significaba que había oído otras cosas provenientes de su habitación. Cosas de adultos. Sonidos para los que se construyen paredes gruesas.

—¿Así es como hablas de mí cuando no estoy presente? —preguntó con veneno—. ¿Dices ese tipo de cosas sobre mí a la gente en el trabajo?

Oh, joder.

—Absolutamente no. Para nada. Pensaba que estabas dormida anoche. Y no estaba diciendo que fueras *mala* en tecnología de alimentos ni nada por el estilo. Creo que te va muy bien en el colegio y estoy muy orgulloso de ti. Solo estaba diciendo que...

Tomek dudó mientras intentaba recordar cómo lo había expresado. Pero se quedó en blanco.

—No sabes cómo me va en el colegio —espetó ella—. No lo sabes porque nunca preguntas.

—Venga, vamos. Eso no es...

El plato de comida aterrizando frente a él lo interrumpió. Dio las gracias a Helena, luego la fulminó con la mirada para que los dejara solos sin demora. Afortunadamente, ella estaba distraída por otro grupo de clientes que acababa de entrar, y se escabulló como un perro conociendo a gente nueva.

—Eso no es justo —continuó Tomek una vez que ella estuvo fuera del alcance del oído—. Siempre te pregunto cómo te ha ido el día en el colegio. Tú siempre dices que bien.

—Sí, y ahí lo dejas. Podrías al menos hacer algunas preguntas de seguimiento. Tal vez preguntar qué clases tuve, qué pasó a la hora de comer...

Tomek asintió, la comprensión repentinamente abofeteándolo en la cara con tanta fuerza que sintió como si acabaran de inscribirlo en los Campeonatos Mundiales.

—Vale. Entendido. Anotado. De acuerdo. Captado. —Inhaló profundamente, lo retuvo, y luego dejó salir el aire de sus pulmones lentamente—. Lo siento. Debería mostrar más interés. Eso es culpa mía. Pero todo esto todavía es muy nuevo para mí, ser padre.

—No puedes seguir usando esa excusa para siempre, *papá*.

A Tomek no le gustó la forma en que había dicho su título. Había mucha vehemencia y animosidad detrás.

—Como digo. Lo siento. El trabajo ha estado ocupado. Y las cosas con Abigail han...

Tomek se detuvo tan pronto como notó el cambio en la expresión de Kasia. Había puesto los ojos en blanco, sacudido la cabeza y comenzado a jugar con su comida. Con unos pocos movimientos sutiles, dejó claras sus opiniones sobre Abigail. Bastante sofisticado para una chica de trece años, tenía que admitirlo.

—¿Es *eso* de lo que se trata? —preguntó, mientras su mente leía entre líneas—. ¿Es por eso que has estado disgustada los últimos días? ¿Sientes que te he descuidado porque he pasado más tiempo con Abi?

Kasia no dijo nada.

—Porque si es así, necesitas decirlo. Necesitas contarme estas cosas. No soy un lector de mentes. Y a pesar de mis mejores esfuerzos tratando de convencer a los chicos de informática para que creen uno, todavía no han ideado una forma de que pueda leer tus pensamientos, ni los de nadie más, dicho sea de paso. Así que tengo que hacer mucho trabajo por mi cuenta. Y te seré sincero, Kash, mi cerebro no está hecho para eso. Ojalá lo estuviera. Y apuesto a que tú también.

Gruñó, lo que significaba que sí.

—Así que tal vez tenga que funcionar en ambas direcciones. Si algo te ha molestado o te ha deprimido, tienes que decírmelo. Tienes que ser honesta y abierta conmigo y yo haré lo mismo contigo. ¿De acuerdo?

Lentamente, ella tomó su cuchillo y tenedor y lo miró a los ojos. —De acuerdo —dijo, y luego comenzó a cortar su desayuno.

Una tenue sonrisa cruzó el rostro de Tomek. —Por curiosidad, ¿cómo fueron tus clases ayer? ¿Qué pasó a la hora de comer?

Kasia dejó su cuchillo y tenedor. Por la expresión de su cara, agradecía que finalmente le hubiera hecho esas preguntas en particular, aunque llegaran con dieciocho horas de retraso. —Las clases estuvieron bien. En matemáticas estábamos aprendiendo sobre coseno, seno y tangente.

—Recuerdo haber hecho eso —dijo mientras masticaba algo de bacon—. Recuerdo que pensé en ese momento que nunca necesitaría saber eso en el futuro.

—Eso es lo que dijo Hayden.

—Bueno, puedes decirle que está equivocado. Lo usé el otro día.

—¿De verdad?

Tomek soltó una risita. —Absolutamente no —dijo—. Nadie en la historia del sistema educativo inglés ha usado esa ecuación. No te beneficiará de ninguna manera.

—No creo que se suponga que debas decirme cosas así. A la señorita Hendry no le gustaría mucho si oyera que me estás diciendo que no me preocupe por ello.

Tomek dejó su cuchillo y tenedor y le agitó el dedo frente a la cara. —No, me malinterpretas. No estoy diciendo que no lo aprendas. *Debes* aprenderlo. Lo necesitas para aprobar el GCSE. Todo lo que digo es que no te emociones demasiado por usarlo más adelante en la vida. Si la señorita Hendry te pregunta si sabes la diferencia entre coseno, seno y tangente, quiero que puedas decirle que sí, pero que también sabes que nunca tendrás que usarlo en tu vida. Hazme saber cuál es su reacción.

Riéndose, Kasia respondió que lo haría. Ahora la angustia había desaparecido de su rostro y había sido reemplazada por una sonrisa que Tomek no había visto en semanas. Era una adolescente feliz de nuevo.

O tan feliz como podía ser una adolescente.

—¿Y qué hay de las horas de comer? —preguntó Tomek—. ¿Todos os sentáis alrededor con vuestros móviles, sin hablar entre vosotros?

—Mucha gente lo hace. A mí solo me gusta observarlos. Creo que es fascinante.

—Interesante. Tal vez serías una buena detective.

—No quiero meterme en el negocio familiar, gracias —dijo rápidamente. Demasiado rápido para el gusto de Tomek.

—Todavía tienes tiempo para cambiar de opinión —respondió, esperanzado—. ¿Qué quieres hacer en su lugar?

—Tener mi propio café —dijo aún más rápido.

Estaba impresionado. Su hija siendo una emprendedora. Podría presumir de ello con sus colegas y alardear de lo orgulloso que estaba de ella.

Por supuesto, eso era un requisito previo, algo dado, no negociable por ser su padre. Pero aun así... una emprendedora.

¡Y pensar en los pasteles!

—No me importaría probar todos los nuevos dulces y delicias que decidas crear. Sé de lo que hablo.

Kasia de repente se volvió tímida, dirigiendo su atención a la comida una vez más. Él decidió volver la conversación a su camino original antes de llevársela por una tangente.

—¿Con quién pasas tiempo en el almuerzo? —preguntó—. ¿Cómo le va a Sophia?

—Sí, está bien —respondió Kasia, con vacilación en su voz—. Ahora paso muchos de mis almuerzos con Yasmin.

—Vale. Pero ¿sigues siendo amiga de Sophia?

—Sí. Por supuesto que lo somos. No ha pasado nada entre nosotras, si es eso lo que te preocupa.

Estaba preocupado, pero no quería decir nada. En cambio, quería dejar que la situación se desarrollara naturalmente y estar allí para recoger los pedazos si era necesario.

Deja que cometa sus propios errores, Tomek, se dijo a sí mismo.

Durante los siguientes cinco minutos, se dedicaron a comer en silencio. Kasia seguía comiendo cuando Tomek terminó. Excepto que ahora había dejado de comer y comenzaba a jugar con la comida, moviéndola por el plato. Tomek la observó por un momento. Pero ella era ajena a eso, al silencio, a su dura mirada.

—Oye —dijo, tomándola por sorpresa—. ¿Estás bien? ¿Seguro que no hay nada más que vaya mal?

—Estoy segura —dijo, demasiado rápido otra vez. La reticencia en su voz desmentía su elección de palabras.

—Kash. ¿De qué acabamos de hablar? Cuéntame.

Durante un largo momento, su hija luchó internamente, reuniendo el coraje para decir lo que tenía en mente. Finalmente, lo hizo. —Es algo que he querido preguntar desde hace tiempo, pero estaba un poco avergonzada. Es una tontería realmente, pero...

—Nada de lo que digas es una tontería, y no tienes nada de qué avergonzarte conmigo —dijo, extendiendo la mano hacia la suya.

—Es solo que... en el colegio, todos tienen uno, y creo que se ven muy guays, pero son muy caros, y sé que acabamos de tener Navidad y todo eso, y no quería pedir uno, pero...

—¿Todos tienen uno qué?

—Una taza.

—¿Perdona, qué?

—Una taza. Una taza especial. Es como un termo gigante.

No digas lo que realmente estás pensando.

—Vale.

—Mantiene las cosas frías durante mucho tiempo y también, mantiene las bebidas muy calientes durante aún más tiempo.

—¿Entonces es un termo?

No lo hagas.

—Sí. Bueno, no. No realmente. Este se hizo viral porque quedó atrapado en un incendio de una casa y fue lo único que sobrevivió, ¡con la bebida todavía dentro, y *aún* estaba caliente!

—El fuego podría haber tenido algo que ver con eso...

Tomek se tomó un momento para procesar lo que ella estaba diciendo. Le estaba pidiendo que le comprara una taza, presumiblemente porque todos los demás tenían una (incluidos todos los que eran alguien), y si ella no tenía una, entonces eso sería visto como un desaire social y se convertiría en una especie de paria social.

Por una puñetera taza.

—¿Cuánto cuesta?

—Cien libras —dijo.

Vale, ahora puedes decirlo.

—Me cago en la leche —respondió—. ¿Esta taza también cura el cáncer? Porque por ese dinero, debería hacerlo. Si no, creo que tal vez deberías hacer de *eso* el negocio familiar.

Kasia no vio el lado gracioso. Bajó la cabeza y comenzó a jugar con su comida de nuevo. Sintiendo que la había perdido, Tomek le dio un golpecito en la mano y dijo que investigaría sobre la taza, a ver qué podía hacer.

—¿Seguro que eso es todo lo que te preocupa? —preguntó por última vez.

Asintió, pero por el brillo apagado en sus ojos, sabía que no era así. Había algo más, algo más importante que una taza a prueba de fuego. Pero estaba bien. Ella le había abierto la puerta. Puede que no fuera lo que él quería oír, pero le había confesado un problema y había dejado las cosas un poco abiertas para más. Y por ahora, estaba contento con eso.

Con suerte, el resto vendría pronto.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

Antes de entrar en la sala de incidentes, Tomek decidió que ya había tenido suficiente. No estaba de humor para otra discusión con Victoria, Sean o cualquier otra persona.

Lamentablemente, ellos no sentían lo mismo.

Eran poco más de las diez cuando cruzó la puerta y Victoria estaba en medio de una reunión. Sorprendentemente, ella había dejado de llamarle y enviarle mensajes después de que él y Kasia se marcharan a Morgana's, casi como si hubiera sabido que necesitaba ese tiempo a solas con su hija. O quizás solo estaba guardando toda la frustración acumulada para su llegada.

Que resultó ser el caso. Mientras se deslizaba en la sala, sacó una silla en la parte trasera, esperando que nadie se diera cuenta. Pero su plan se vio frustrado por el chirrido del asiento sobre el suelo.

—Aquí está —dijo Victoria, deteniéndose—. Por fin, joder.

—Señora.

—¿Le importaría explicar por qué no ha contestado a ninguna de mis llamadas ni ha respondido a ninguno de mis mensajes?

Tomek paseó la mirada por la sala. Todos los ojos estaban fijos en él, algunos escrutadores, mientras que otros (Chey y Rachel en particular) sonreían, ansiosos por ver cómo se desarrollaban los acontecimientos frente a ellos.

—¿Vamos a hacer esto aquí? —preguntó.

—Sí.

—De acuerdo. Estaba desayunando con mi hija.

—¿Y cree que eso es un uso aceptable del tiempo en medio de una investigación de asesinato?

—Estábamos en Morgana's, señora. Estaba investigando.

Fino, casi hasta el punto de que no existía, pero era investigación, a fin de cuentas.

Fiel a su naturaleza, Victoria le pidió un informe de sus hallazgos.

—La camarera sustituta, Helena, parecía cansada. Al igual que el resto del local. Estaba vacío. Solo había tres grupos de clientes en total. Nadie quiere ir ahora que saben lo que ha pasado. Para mí eso era extraño. Habría pensado que, si la cantidad de flores y tarjetas fuera de la ventana era indicativa, la gente mostraría su apoyo entrando y manteniendo el negocio a flote.

Victoria asintió lentamente mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—El servicio en la cocina era lento —continuó Tomek—. Nuestra comida tardó más en llegar, lo que me preocupa sobre cuánto tiempo puede sobrevivir el negocio.

—¿Cómo nos ayuda eso a encontrar al sospechoso del asesinato?

Tomek consideró por un momento, esperando que la respuesta apareciera en su mente. Pero no ocurrió. No tenía nada.

Hasta que intervino el agente Martin Brown. —¿No estaba allí el subdirector?

—No creo. Recuérdeme cómo es.

Como si estuviera trabajando secretamente para *Blue Peter*, Chey mostró una foto del subdirector, Vlad Boyko, que había preparado previamente en su portátil. Tomek observó la foto del hombre y cerró los ojos, tratando de imaginarlo en el restaurante.

—Ahora que lo pienso —dijo Tomek—, no recuerdo haberlo visto en absoluto.

—Interesante —respondió Victoria. Luego se volvió hacia Nadia —. Añádelo a la lista de tareas, por favor. Necesitamos vigilarlo. Podría ser un riesgo de fuga.

Tan pronto como Nadia comenzó a tomar nota en su bloc, Tomek bajó los hombros y se agachó más en su silla, esperando esconderse de la mirada de la inspectora.

No funcionó.

—Has llegado en el momento justo, Tomek —dijo ella emocionada, como si se le acabara de ocurrir la idea—. Estábamos en medio de una discusión sobre la filtración.

—¿Filtración? Oh, eso no es bueno. Hay una farmacia calle abajo. Creo que venden compresas para la incontinencia.

Una leve, casi inaudible risita recorrió la sala, pero fue silenciada con una mirada penetrante de Victoria.

—Sabes a qué filtración me refiero. La del *Southend Echo*. La que publicó toda la información que tenemos sobre nuestro principal sospechoso. La que anunció la muerte de Andrei Pirlog al público. ¿No sabrás algo sobre eso, verdad?

Tomek inclinó la cabeza. —Sí, lo sé.

Los ojos de Victoria se ensancharon de placer. —¿Lo sabes?

—Sí. Ahora sé todo lo que usted acaba de contarme.

La sorpresa por su repentina "confesión" se esfumó rápidamente de su expresión.

—No es eso lo que quería decir. Y lo sabes.

Tomek lo sabía. Por supuesto que sí. No era estúpido. Pero no iba a admitir nada a menos que Victoria tuviera pruebas que pudieran acorralarlo.

—No sé nada de ningún artículo —dijo.

—¿Nada que ver con tu novia periodista?

Tomek negó con la cabeza y habló sin emoción. —No. Y no me gusta la acusación. A menos que tenga pruebas que sugieran lo contrario, preferiría que no insinuara que he estado enturbiando las aguas entre lo personal y lo profesional.

El silencio se instaló en la oficina. Por el rabillo del ojo, Tomek vio las cabezas de sus colegas rebotar entre ellos como si estuvieran viendo un culebrón.

—Bien —dijo ella—. Solo sentía curiosidad. Pero si acabo encontrando pruebas que respalden mi teoría, te juro por Dios que haré de tu vida un infierno durante las próximas semanas.

—Lo espero con ansias —respondió él, sonriendo.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

En las horas posteriores a la reunión, Tomek había estado confinado en su escritorio. Por fin había empezado a escribir el informe que Victoria le había estado pidiendo. Era una tarea larga y laboriosa, condensar el progreso que habían logrado en fragmentos manejables y digeribles de información. Primero, había comenzado con sus conclusiones de la autopsia. Esta había demostrado, sin lugar a dudas, que Morgana se había ahogado. Los moretones alrededor de su cuello indicaban que la habían sujetado bajo el agua. Sin embargo, había muy pocas o ninguna huella digital o prueba de ADN en ella que no fuera de los Redgraves, Andrei Pirlog o Warren Thomas. En sus intentos por sacar el cuerpo al puerto, habían contaminado cualquier evidencia que podría haberlos conducido hacia el asesino.

Aparte de los moretones alrededor de su cuello y el agua en sus pulmones, no había nada más anormal en el cuerpo de Morgana. Había gozado de buena salud. No era bebedora ni fumadora, ni se permitía disfrutar de las delicias culinarias de su propio restaurante. A pesar de eso, su ropa y calzado habían sido enviados para un examen externo. Sin embargo, había un retraso y pasaría una semana o dos antes de que recibieran los resultados. Afortunadamente, todo esto dio lugar a un informe breve, y lo había terminado en media hora.

Mientras cerraba el documento en su ordenador, observó la oficina. Estaba poco concurrida. Solo él, Chey y Nadia, a quienes se

les había dicho que continuaran su trabajo en la oficina. Mientras tanto, todos los demás estaban en el campo, recogiendo más declaraciones de testigos y hablando con los empleados de Morgana y sus clientes. Chey, por su parte, todavía tenía la ingrata tarea de intentar encontrar grabaciones de CCTV del sospechoso, además de responder a las llamadas que habían llegado del público tras el artículo en línea de Abigail. Desde que el artículo se había publicado, el equipo había recibido cientos de llamadas a través de la centralita, cada una afirmando tener información relacionada con la identidad del asesino de Morgana. Como suele ocurrir, gran número de ellas habían sido de bromistas. Sin embargo, había habido una llamada a la centralita que había sido de interés. Una mujer de Southend había visto a un hombre saliendo del agua la mañana de la muerte de Morgana, completamente vestido y cubierto de arena, coincidiendo vagamente con la descripción del sospechoso. Como Tomek y Chey habían sospechado, la figura se había fundido con la civilización a unos cientos de metros del muelle de Southend. A Sean, el afortunado cabrón, lo habían enviado a hablar con ella.

Eso le convenía a Tomek. Pensaba que el equipo estaba perdiendo el tiempo hablando con más testigos clave. Su atención estaba en Andrei Pirlog. En su mente, el hombre aún había sido asesinado, aunque Victoria no estuviera de acuerdo y ya hubiera concluido que su muerte había sido un suicidio. Todavía estaban esperando la autopsia y los resultados de ADN, pero algo sobre la muerte del hombre le inquietaba. ¿Por qué se habría suicidado? ¿Había sido la visión de un cadáver demasiado fuerte para él? ¿O había sido silenciado, asesinado por lo que —y a quién— había visto esa mañana?

Tomek se apartó de su escritorio y se dirigió hacia la cocina. Al entrar, su teléfono emitió un pitido. Era un mensaje de texto de Nick.

¿Estás en la oficina? Veo tu coche. Estoy fuera.

Una ráfaga ártica de viento le golpeó en la cara en el instante en que abrió la puerta del aparcamiento. Los restos de la tormenta Alisha persistían, mientras las hojas se esparcían de un lado a otro.

Tomek vio a Nick un momento después, sentado en su coche, con la cara apenas visible tras el reflejo del cielo opaco en el parabrisas. Se dirigió hacia el vehículo y subió. La calefacción estaba a tope, como entrar en una sauna.

—No creo que la tengas lo suficientemente caliente —dijo Tomek, arrepintiéndose inmediatamente de haberse llevado el abrigo.

—Se siente mucho más el frío cuando llegas a mi edad.

—Eso y la vejiga débil.

—Vale. Ya basta. Cabrón. —Nick señaló hacia el edificio—. ¿Cómo es la vida sin mí?

—Depende a quién le preguntes. Algunos dirían que es mejor y que están pasándolo en grande. Otros dirían que es lo peor que ha pasado nunca.

—¿En qué bando estás tú?

—En el segundo.

—¿Tan mal?

Entonces Tomek le explicó a Nick todo lo que había sucedido desde su suspensión. Las grabaciones de las cámaras de seguridad, el incidente fuera de la casa de los Redgraves, la muerte de Andrei y la filtración al periódico.

—¿Puedo suponer que estabas detrás de esa pequeña fiesta de meados? —preguntó Nick.

—Como un niño gordo con una magdalena.

—¿Y ella lo sabe?

—Bueno, lo sospecha. No *sabe* nada.

Nick suspiró, largo y profundo.

—No te acerques demasiado al fuego, tío. Puedes meterte en muchos más problemas cuando no estoy ahí para defenderte.

Ese era el problema. Tomek no quería que Nick le defendiera. Ya no. Era lo suficientemente mayor para cuidar de sí mismo y afrontar las consecuencias de sus acciones —hasta que fueran demasiado lejos, claro, entonces podría necesitar una mano amiga. Pero llegado ese punto, le gustaba pensar que sabría dónde estaba el límite.

—¿Cómo va la jubilación anticipada? —preguntó Tomek.

—Aburrida de cojones. No me malinterpretes, me encanta poder pasar todo el día con Lucy, Maggie y Nella, pero hay un límite en la atención que Lucy necesita. Todo lo que hace es sentarse y ver la tele. Solo tenemos que asegurarnos de estar disponibles cuando nos necesita. El resto del tiempo solo estamos Maggie y yo en casa mientras Daniela está en el colegio.

—¿Cómo va todo eso? —preguntó Tomek.

—Una mierda. Peor, quizás. Definitivamente no mejor que antes.

—Solo han pasado un par de días.

—Exacto. Eso es lo que me preocupa. Si estoy tan aburrido, si ya tengo pavor de volver a casa después de menos de media semana, ¿qué dice eso de nuestro matrimonio? ¿Qué significa para nuestro futuro?

Tomek no tenía respuesta para esa pregunta.

—Dale tiempo. ¿Has hablado con Isabel al respecto?

Nick negó con la cabeza y suspiró de nuevo, esta vez más profundamente.

—Tiene la agenda completa. Todavía tiene que trabajar con su lista de espera. Por eso he venido a verte. Para distraerme. Desahogarme con un viejo amigo.

Mierda.

—No sé cuánto puedo ayudar. Tengo mis propios problemas: Kasia me está ocultando algo y no consigo averiguar qué es.

—¿Has probado a preguntarle?

—Sí. Obviamente. ¿Has probado *tú* a hablar con *tu* mujer?

Nick miró al vacío. Su voz sonaba apagada, casi vacía.

—No mucho. Salgo a dar muchos paseos para despejarme, procesar mis pensamientos. Aunque durante la tormenta no pude hacerlo, así que me vi obligado a quedarme en casa. Tuvimos un buen día entonces.

—¿Porque estabas obligado y no tenías otro sitio al que ir?

Nick asintió. No pintaba bien. Charlar sobre sus problemas personales estaba bien, incluso podría ser terapéutico, pero Tomek quería cambiar de tema.

—¿Qué piensas sobre la muerte de Andrei? —preguntó Tomek.

Si Nick se ofendió por el repentino cambio de conversación, no lo demostró. En cambio, pareció casi aliviado. Eran tíos, después de todo. Dos hombres incapaces de expresarse y enfrentarse a sus emociones.

—Parece muy conveniente que se suicidara el día después de ser el testigo clave en un asesinato —dijo Nick—. Y además fue lo bastante amable como para dejarte la puerta abierta.

—¿Alguna vez has conocido un suicida que haga eso?

Nick buscó en su memoria.

—He tratado con un par que eran similares en ese aspecto. Personas que no tenían a nadie en su vida. Esperando que los encontraran en algún momento. Facilitándoselo a quien lo hiciera. Pero no es común. Especialmente cuando se trata de un testigo clave, como he dicho. Y aún más raro cuando otros testigos clave han reportado una figura parada fuera de su ventana.

—Precisamente lo que pienso, pero Victoria parece creer que es demasiado pronto para determinar una línea de investigación sobre su muerte. Quiere esperar hasta que tengamos el ADN y la autopsia terminada.

—Siempre podrías adelantarte a ella. Ir un paso por delante. Mi teoría sería que lo silenciaron. Que quien mató a Morgana volvió a por él. La pregunta que debes hacerte es *cómo* y *por qué*, y si hay algo más que vincule a los dos.

Tomek cerró los ojos mientras consideraba lo que Nick había dicho. Pero antes de que pudiera concentrarse en esas ideas por mucho tiempo, una figura llamó su atención, paseando por el aparcamiento, vestido con un abrigo oscuro, con pelo negro, una fina barba negra y una bufanda envuelta alrededor del cuello. Nubes de vapor salían rápidamente de su boca, aunque no estaba corriendo. O estaba seriamente desentrenado, o estaba nervioso por algo; su ritmo cardíaco había aumentado por alguna razón.

—Discúlpame —dijo Tomek mientras agarraba la manija de la puerta.

—¿Adónde vas?

Tomek señaló al hombre.

—Alguien que se parece muchísimo a nuestro principal sospechoso acaba de entrar en la comisaría.

CAPÍTULO
VEINTISÉIS

El hombre se llamaba Mariusz Stanciu. Treinta y cuatro años, rumano, con pelo negro corto y una fina barba negra. Poco después de localizarlo desde el asiento del copiloto del coche de Nick, Tomek había corrido a través del aparcamiento y abordado al hombre, ofreciéndole ayuda, suponiendo que estaba perdido.

El hombre había respondido: —He venido para entregarme.

Aquello había acelerado su pulso. El posible sospechoso haciendo su trabajo por él. Ahora, veinte minutos después, estaban juntos en una pequeña sala. Anodina, vacía, salvo por una mesa y dos sillas apoyadas contra la pared. En las esquinas superiores del lado izquierdo de Tomek había dos cámaras, observando y grabando todos sus movimientos. Mariusz había optado por una entrevista voluntaria, sin apoyo profesional, y Tomek estaba más que contento de complacerle.

—Gracias por venir hoy —comenzó—. Aunque debo recordarle que, aunque esta sea una entrevista voluntaria, tengo derecho a detenerle. También tiene derecho a asesoramiento legal durante este proceso, aunque ya lo ha rechazado. ¿Es algo que desea continuar sin tener?

Mariusz le ofreció una mirada inexpresiva. Sus ojos parecían vidriosos, como si estuviera profundamente pensando en algo allá en Rumanía.

—No deseo tener ningún apoyo legal presente —respondió, con un marcado acento.

La frase sonaba pulida, casi ensayada, como si la estuviera extrayendo de la memoria en lugar de hablar de forma natural y en el presente.

—Muy bien. Entonces me gustaría que empezase —dijo Tomek—. ¿Por qué ha venido hoy aquí, Mariusz?

—Vi... vi... —Hizo una pausa para tranquilizarse. Bajó la mirada hacia sus dedos y comenzó a entrelazarlos—. Vi en la televisión. Las noticias. Sobre la mujer que murió en el puerto. Vi... vi la descripción de a quién estaban buscando.

—¿Por qué ha venido entonces? ¿Porque estuvo realmente allí, o porque coincide con la descripción de alguien que estaba allí?

—Porque yo estaba allí y coincido con la descripción.

—¿Y solo ha venido ahora porque ha comprendido que la policía le está buscando?

—Yo... yo... —Mariusz volvió a mirar sus manos y continuó jugando con ellas—. Perdóneme, mi inglés...

—No se preocupe —dijo Tomek con calma—. Tómese todo el tiempo que necesite.

No estaba dispuesto a echar a perder esto tan rápido.

—Yo estaba allí —dijo Mariusz lentamente, casi como un robot—. Pero no tuve nada que ver con su muerte.

Tomek asintió y se recostó en su asiento. Ahora era el momento de dejar que Mariusz hablara. De callarse y escuchar. De encontrar agujeros en su historia, cosas que pudiera explotar y explorar más adelante.

—Cuéntemelo todo —dijo, y luego agarró sus palomitas imaginarias y las colocó junto a su bolígrafo y papel.

Antes de comenzar, Mariusz se aclaró la garganta. —Verá, sí, yo estaba en el puerto esa mañana. Sí, encontré el cuerpo de la mujer, ¿cómo se llamaba, Morgana? Sí, eso es. Pero no tuve nada que ver con matarla. Solo la encontré. Cuando las otras personas llegaron al puerto, entré en pánico, la dejé caer al suelo y luego salí corriendo. No sé qué me pasó. No quería que pensaran que yo tenía algo que ver con su muerte. Entré en pánico.

Mariusz llegó a un punto natural de pausa y miró a Tomek expectante, esperando que respondiera, pero cuando no llegó nada,

el hombre se sintió obligado a continuar.

—Me equivoqué de dirección. No veía hacia dónde iba. Y entonces subió la marea. Fue muy rápido. Más rápido de lo que esperaba, y entonces llegué cerca del embarcadero. Ya sabe, el embarcadero de Southend. Después de eso corrí hacia la orilla, cubierto de arena, barro y agua. Luego regresé a casa donde me lavé y limpié mi ropa. No sabía qué hacer, así que me quedé dentro el resto del día.

Otra pausa natural. Otra mirada expectante. Esta vez, Tomek decidió complacerlo. Hasta ahora, todo lo que había escuchado encajaba. Pero sonaba ensayado. Algunos de los detalles que Mariusz había mencionado, como el embarcadero, como el lavado de la arena y el barro de su ropa, sonaban fabricados. Como si le hubieran dicho que los dijera o los hubiera ensayado repetidamente. Tomek quería llevar la conversación por un camino que Mariusz no esperaba.

—¿A qué se dedica, Mariusz?

—¿Dedicarme? ¿Qué quiere decir?

—¿Cuál es su trabajo? ¿A qué se dedica?

—Ah. Ya veo. Yo... soy camionero. Trabajo para una empresa de transporte.

Tomek sonrió ante la mala pronunciación de la palabra "transporte". Había salido como "trrrans-poorr-te". Si no hubiera vivido en el país durante treinta y cinco años, Tomek creía que habría cometido el mismo error.

—¿Puedo conocer el nombre de la empresa? —dijo, más como una afirmación que como una pregunta.

—Por supuesto. Se llama... —Una breve pausa mientras se removía en su asiento, inseguro—. Se llama DWG Logistics.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando allí?

—Tres meses. Todavía estoy en, ¿cómo se dice, período de prueba?

—Período de prueba, sí. ¿Qué ha estado haciendo en los días desde que encontró el cuerpo?

—Trabajando. He tenido que conducir por todo el país. Entregando pedidos a mis clientes.

—¿Porque todavía está en período de prueba?

—Sí. Mi trabajo es muy importante para mí. Necesito mantenerlo el mayor tiempo posible, comprende. Tengo algo importante planeado.

¿Como el asesinato de alguien más?

Tomek vio la zanahoria de esa declaración balanceándose frente a él y mordió el anzuelo. —¿El qué?

—Voy a pedirle matrimonio a mi novia.

Tomek miró la mano derecha del hombre. En Rumanía, como en Polonia y otros países europeos, el anillo de boda se llevaba en la mano derecha, no en la izquierda.

—Si no me equivoco, parece que ya está casado.

Mariusz miró sus dedos, los cubrió y comenzó a masajearlos. —Esto no es una alianza. Me lo dio mi abuelo antes de morir. Lo llevo aquí para recordarlo.

Tomek apreció el sentimiento. Nunca había conocido realmente a sus abuelos. Su abuela paterna había fallecido antes de que él naciera, mientras que su abuelo materno había muerto unos meses después de su nacimiento. Sus hermanos, Michał y Dawid, habían pasado más tiempo con su abuela polaca antes de dejarla finalmente en Polonia cuando emigraron al Reino Unido. Solo la había visto unas pocas veces desde entonces, en vacaciones, aniversarios y funerales. En cuanto a su abuelo británico restante, se había mudado a Escocia por amor. Se había descubierto que, mientras su abuela estaba muriendo, su abuelo se había estado acostando con otra mujer y estaba esperando a que falleciera antes de mudarse a Escocia con su nueva amante. Naturalmente, había causado muchas discusiones en la familia, y Tomek no lo había visto ni sabido nada de él desde entonces. Dudaba que el hombre siguiera vivo.

—¿Dónde está su novia ahora? —preguntó Tomek.

—Ella... ella está... en casa en Rumanía. Tuvo que volver por algunos asuntos... asuntos familiares.

—De acuerdo. ¿Y ella sabe lo que ha pasado?

Mariusz negó con la cabeza inocentemente. —No quería preocuparla —explicó—. ¿No va a preguntarme por qué estaba en el puerto?

La pregunta de Mariusz tomó a Tomek por sorpresa.

—Tenía pensado hacerlo —respondió—. ¿Va a decírmelo?

—Por supuesto. Quiero ayudar a la investigación lo máximo posible. Es importante para mí. ¡Necesitan atrapar al asesino!

Tomek mantuvo su expresión impasible mientras esperaba a que la ansiedad psicológica del hombre tomara el control.

—Visité el puerto porque voy a proponerle matrimonio allí, como he dicho. Quería, ¿cómo se dice, *explorar* el lugar. Quería hacer una prueba y ver cómo es para mí y mi novia ir allí cuando le proponga matrimonio. Necesitaba ver si estaba embarrado o mojado, y cómo es la marea. No esperaba encontrar un cadáver allí.

—Desde luego que no —respondió Tomek sin emoción—. ¿Puede recordar a qué hora llegó al lugar del crimen?

Mariusz miró hacia la mesa como si esperara encontrar allí la respuesta. Luego dijo: —Las nueve y media de la mañana. Justo después. Creo que volví a la playa después de las once.

—¿Más de una hora después? Es mucho tiempo para regresar...

Las pequeñas bombillas dentro de la cabeza de Tomek comenzaron a parpadear.

—Tuve que correr y evitar los charcos. Además, me equivoqué de camino. Ya le dije esto.

—Tiene razón. Lo hizo. Mis disculpas. ¿Vio a alguien actuando de forma extraña o algo fuera de lo común durante su viaje inicial al puerto esa mañana? ¿Vio a alguien huyendo de la escena del crimen? ¿Vio cómo ocurría el asesinato?

Mariusz negó con la cabeza. Lentamente. —Lo siento —dijo—, pero no vi nada. Era solo yo. Ojalá pudiera ser de más ayuda.

—Realmente quiere ayudar a la investigación de cualquier forma posible, ¿verdad?

Mariusz se inclinó hacia adelante en su asiento, enderezando ligeramente la espalda. —Por supuesto que sí. Es importante para mí. Lo que necesite.

Tomek había oído suficiente.

—En ese caso, Mariusz Stanciu, queda detenido como sospechoso del asesinato de Morgana Usyk. No tiene obligación de decir nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona, al ser

interrogado, algo que luego utilice en el juicio. Cualquier cosa que diga podrá ser presentada como prueba.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Tomek no había tenido más remedio que arrestar a Mariusz y colocarlo en una celda de detención. Este había confesado estar en la escena del crimen y ser el único en la zona en el momento de la muerte de Morgana. Durante las próximas veinticuatro horas, como mínimo, Tomek y el equipo tenían el lujo de poder investigar su conexión con la muerte de Morgana sin el riesgo de que escapara o destruyera cualquier prueba. El único problema que quedaba ahora, sin embargo, era confirmar su paradero, su trabajo y sus movimientos tras la muerte de ella. Era una carrera contra el tiempo, pero afortunadamente, Tomek pensaba que tenían el equipo adecuado para hacerlo.

Poco después de ser arrestado, Mariusz había sido llevado al mostrador de registro —o como a Tomek le gustaba llamarlo, el mostrador de detenciones— donde había entregado sus pertenencias, le habían dado un chándal para cambiarse y le habían tomado sus huellas dactilares y muestras de ADN. Tomek también se había asegurado de conservar una copia de la foto policial del hombre. Para su fastidio, Mariusz se veía notablemente atractivo en ella. No había nada de ese aspecto demacrado, ninguna de esas expresiones marchitas y desgastadas en el rostro del hombre. En cambio, parecía juvenil y vibrante, como si supiera que no tenía nada de qué preocuparse.

Tomek pasaba la fotografía entre sus dedos mientras esperaba a que se abriera la puerta principal. A su lado estaba Rachel, que hoy

había optado por llevar el pelo suelto. Un momento después, la puerta se abrió y fueron recibidos por el hombre corpulento. Era tan grande que su cuerpo apenas cabía por ella. Esta mañana, vestía unos pantalones cortos de rugby más apretados que el culo de un pato y que abultaban en todos los lugares equivocados. En la parte superior, llevaba una camiseta de rugby vieja, rota y maltrecha que parecía no haberle quedado bien en veinte años.

—Tomek... —dijo Warren con timidez—. ¿Y tú eres...?

—DC Rachel Hamilton —respondió ella.

—No pareces ser de por aquí.

—Eso es porque no lo soy. Aunque llevo ese distintivo con orgullo. Soy una chica del norte de Londres.

—¿Qué te trae por aquí? Seguro que no fueron las habilidades de liderazgo de Tomek, de eso estoy seguro. Le he visto en un campo de rugby en el colegio. No sabía distinguir su culo de su codo.

Warren colocó la mano en la parte superior del marco de la puerta y se apoyó en el lateral, exhibiendo sus grandes músculos tríceps y dorsales, los músculos de la espalda que hacían parecer que tenía alas. El evidente coqueteo e intento de desplegar sus plumas como un pavo real era encomiable, pero inútil. A menos que Rachel hubiera tenido un cambio repentino y bastante drástico de opinión en las últimas semanas, seguía siendo lesbiana y jugando para el mismo equipo que ambos. Pero Tomek no quería decírselo. Estaba disfrutando viendo cómo el coche se dirigía hacia el árbol infranqueable.

—En realidad, sí lo fueron —dijo Rachel—. Había oído cosas tan maravillosas sobre él, y luego me decepcioné amargamente cuando finalmente le conocí en persona.

—Dicen que nunca debes conocer a tus héroes —intervino Tomek.

Rachel puso los ojos en blanco y luego se volvió hacia Warren, preguntándole si podían entrar. El hombre se apartó para dejarlos pasar. Mientras Tomek se deslizaba junto a él, apretándose como un zorro intentando pasar por la madriguera de un tejón, Warren dijo:

—¿Por qué no dejas las bromas para mí, colega?

—¿Pensabas que eso era mi intento de ligar?

—¿No lo era?

—Por supuesto. Lo siento, sí. Terrible, tienes razón. De hecho, creo que te lo dejaré a ti. Y si necesitas algún consejo, le encantan las bromas que critican absolutamente a ABBA.

—¿ABBA?

Su grupo favorito.

Tomek asintió, reprimiendo la sonrisa que estaba a punto de saltar a su rostro.

—Los odia. No los soporta. Piensa que ese espectáculo virtual que tienen ahora mismo es el mayor desperdicio de dinero conocido por el hombre.

La cara de Warren se iluminó como la de un alcohólico al que le regalan una copa.

—¡Genial, gracias! ¡Yo también odio a ABBA!

Un momento después, Tomek y Warren se unieron a Rachel en la sala de estar. Ella ya se había sentido como en casa encontrando un espacio en el sofá frente al televisor. Warren ofreció algo para beber, pero ambos rechazaron.

—Suena serio —dijo mientras se desplazaba hacia el centro de la habitación.

—Esta mañana, hemos arrestado a alguien sospechoso de asesinar a la mujer del puerto —dijo Rachel, directa y sin rodeos.

—¿Ya habéis detenido a alguien? ¿A quién?

—Por eso estamos aquí —dijo Tomek, metiendo la mano en su bolsillo.

Tan pronto como Tomek hizo el movimiento, Warren retrocedió, extendiendo la mano frente a él como si estuviera defendiéndose de un placaje de rugby de un oponente. Sus ojos estaban desorbitados por el miedo.

—¿Yo? ¿Es esta alguna forma retorcida de decirme que habéis venido a detenerme?

Tomek y Rachel se miraron el uno al otro. Luego estallaron en carcajadas.

—Creo que harían falta más de dos de nosotros para hacer eso —dijo ella.

—Aunque si te das a la fuga, puede que sea el único capaz de atraparte —añadió Tomek.

Eso pareció disipar los temores de Warren. Bajó las manos y relajó los hombros unos centímetros.

—Queríamos ver si puedes confirmar la identidad de la persona que hemos detenido, si coincide con la descripción de la persona que viste esa mañana.

—¿Habéis ido a ver a los americanos?

—Acabamos de venir de allí.

—¿Y?

—No voy a decírtelo. Quiero que primero eches un vistazo a esta foto y me digas si coincide con la descripción que diste.

Tomek metió la mano en su bolsillo y sacó la foto policial de Mariusz Stanciu. Se la pasó a Warren, que la cogió con cautela y observó el rostro desde lejos, entrecerrando los ojos. Luego se dio cuenta de que no estaba engañando a nadie y se apresuró a ir a la cocina a buscar unas gafas de lectura. Cuando regresó, examinó la fotografía. Le llevó tan solo tres segundos llegar a una conclusión.

—No puedo decirlo con certeza —dijo—. No vi la cara del tipo lo suficientemente bien. La única persona que tuvo la mejor vista de él fue el tipo que estaba allí antes que nosotros. Deberíais mostrársela a él.

—Nos encantaría —respondió Tomek mientras recuperaba la foto policial de manos de Warren—. Pero está muerto.

—¿Muerto?

—Desgraciadamente.

—¿Cómo?

—Suicidio. Supuestamente. Pero lo estamos investigando.

La mirada de Warren se dirigió hacia los ventanales.

—Si fue asesinado... ¿significa eso que podría haber sido asesinado porque vio la cara del hombre?

—Si ese es el caso, entonces tú y el resto del grupo turístico no tenéis nada de qué preocuparos —respondió Rachel.

—¿Ellos tampoco le vieron con suficiente claridad?

Rachel negó con la cabeza.

—Parece que la única persona que puede confirmar indudablemente si este es el tipo que huyó de la escena del crimen está muerta.

—Lo siento —respondió Warren.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó Tomek.

Señalando el documento en la mano de Tomek, dijo:

—Por *eso*. Ojalá pudiera confirmar si era él. Pero simplemente no vi su cara. Todo lo que vi fue su abrigo. Estaba demasiado ocupado ayudando al marido de Kirsty en la parte trasera del grupo. El gordo cabrón no dejaba de quedarse atascado en el barro.

—No pasa nada —respondió Rachel con frialdad—. De todos modos, has sido de gran ayuda en esta investigación hasta ahora.

—Por supuesto. —Warren chasqueó los dedos, como si algo acabara de ocurrírsele—. Oye, ¿habéis considerado que esto podría ser obra de un asesino obsesionado con ABBA? Porque, si es así, está pasándolo en grande.

Silencio. La cara de Rachel se desencajó. Tomek apenas podía contener la risa.

—¿Qué? —preguntó Rachel.

—¿Qué?

—¿Qué? —dijo Tomek, uniéndose.

De repente, el gigantesco jugador de rugby se encogió a la mitad de su tamaño y parecía un niño que acababa de ser avergonzado en el patio de recreo.

—ABBA... "Dancing Queen"... ¿No?

—No. En realidad no.

Rachel le lanzó una mirada desdeñosa, luego se volvió hacia Tomek, fulminándole con la mirada. Fue en ese momento cuando Tomek perdió el control y estalló en un ataque de risa, doblándose, sujetándose al lado del sofá como apoyo.

—Lo siento. Le dije que lo hiciera. Pensé que te gustaría una broma sobre ABBA que no viniera de mí para variar...

—¿Me has tendido una trampa? —balbuceó Warren—. ¿Me has tendido una trampa? Gilipollas.

—Sí, comparto ese sentimiento —dijo Rachel, acercándose al lado de Warren para que los dos se aliaran contra él—.

Probablemente el gilipollas más grande que conozco. Si no el más grande del mundo.

Recuperando la compostura, Tomek les sonrió con suficiencia, luego hizo una reverencia burlona. Rachel dio por terminada rápidamente la visita. Tomek estaba más que feliz de quedarse y escuchar más de las bromas de calidad de Warren sobre ABBA, pero según Rachel, no había tiempo. Su ventana para encontrar pruebas contra Mariusz Stanciu se estaba cerrando rápidamente.

—Todavía tienes que llevarme al lugar del crimen —le dijo Tomek a Warren mientras se dirigían a la puerta principal.

—No después de esa pequeña trampa, no tengo por qué.

—Estupendo. ¿Quedamos mañana, a la misma hora que nuestra carrera?

—¿Quieres volver a salir a correr?

—Si te parece bien. Mi cuerpo lo sintió al día siguiente, pero una vez que me acostumbre de nuevo, estoy seguro de que estaré bien.

La cara de Warren se iluminó ante la perspectiva de tener un compañero de carrera. A largo plazo.

—Vamos, Mo Farah —dijo Rachel, dando un golpecito en el hombro a Tomek—, tenemos que volver a la oficina. Hay una investigación de asesinato que dirigir, ¿recuerdas?

CAPÍTULO
VEINTIOCHO

Tomek apartó la silla de debajo de la mesa y se sentó. A su lado estaba Chey, quien, en el espacio de unas pocas horas, parecía haberse convertido en padre de cinco hijos, todos ellos menores de diez años. Tenía los ojos hundidos, había perdido algo de color en las mejillas, y ya no lucía esa sonrisa pícara a la que Tomek estaba acostumbrado. Parecía destrozado, derrotado.

—¿Día largo? —preguntó Tomek.

—No te puedes ni imaginar la puta mierda de día.

—Parece que te vendría bien algo de Adderall.

—¿Qué es eso?

—Ni idea —respondió Tomek—. Es una de esas cosas que dicen los americanos cuando ven a alguien que parece cansado.

—Si es americano, no lo quiero. He visto los documentales de Netflix.

Tomek estaba a punto de pedirle que elaborara, pero Victoria acababa de entrar en la sala, así que se contuvo. Mientras ella pasaba a su lado, Tomek sintió que el ambiente se enfriaba.

—Bien, todos —comenzó ella—, quiero que esto sea breve y conciso. Quiero actualizaciones de todos vosotros, y quiero confirmar si podemos acusar formalmente a Mariusz Stanciu del asesinato de Morgana Usyk.

Golpeó una carpeta de documentos sobre la mesa con una fuerza innecesaria, y luego se volvió hacia la pizarra blanca en la cabecera de la sala. De pie junto a ella estaba su fiel perro, Sean, con el collar

de adiestramiento aún colocado en el cuello y un rotulador de borrado en seco en la mano.

—Chey —comenzó Rachel—. ¿Te gustaría empezar?

Todas las miradas se volvieron hacia Chey.

—No creo que tenga elección —murmuró entre dientes. Hizo ruido con unos papeles para disimularlo, pero aun así fue audible. Si Victoria lo escuchó, no lo dejó entrever—. ¿Por dónde quieres que empiece?

—Por los datos principales.

—Vale. Bien. Pues he hecho todo lo que he podido en cuanto a revisar las grabaciones de CCTV del muelle y del paseo marítimo circundante. Ahora que sabemos dónde y cuándo dice Mariusz que volvió a tierra firme, eso ha ayudado a reducir el campo, pero aún no puedo encontrar ninguna imagen suya a lo largo del paseo marítimo. No hay nada que apunte a esa sección de agua a esa hora del día. Así que podría haber salido del agua en ese momento concreto, pero no puedo verlo en ninguna parte.

—O estaba mintiendo —comentó Tomek.

Su comentario fue ignorado.

—¿Martin? ¿Qué tienes?

Ahora era el turno del DC Martin Brown. Él, en completo contraste con Chey, parecía fresco, como si fuera su primer día en el trabajo y solo llevara allí diez minutos. Lo cual, comparado con el resto del equipo, era cierto; junto con Victoria, se había incorporado desde Colchester hacía unos meses. Todavía estaba integrándose en el equipo, pero aún se podían ver claramente los estrechos vínculos que mantenía con la inspectora.

Antes de hablar, se apartó un mechón de pelo detrás de la oreja. —He hablado con su empleador, DWG Logistics, y han confirmado que Mariusz trabaja para ellos. Han enviado su permiso de trabajo, una copia de su pasaporte... todo. Incluso han confirmado que estuvo trabajando estos últimos días, y han enviado las notas de entrega de sus viajes por todo el país.

—Chey... —comenzó Victoria—. ¿Puedes verificar eso con el ANPR y las cámaras de CCTV, por favor?

—¿No podría hacerlo otra persona? —respondió, con su voz más educada—. Es que estoy desbordado con las otras grabaciones que necesitas que encuentre.

—Pero ya has determinado que no puedes encontrarlo. Ahora te estoy pidiendo que lo busques en otra ocasión diferente.

El agente bajó la cabeza, asintiendo distraídamente y anotando algo en su libreta.

—Tomek... —continuó Victoria, volviéndose hacia él con un atisbo de desdén en su voz.

—¿Sí, señora?

—¿Qué dijeron los testigos clave sobre Mariusz?

—No le conocen de nada —respondió—. O, en este caso, de Andrei.

—¿Qué? —preguntó Sean bruscamente, tomando por sorpresa a Tomek y a todos los demás en la sala.

—No pudieron afirmar definitivamente que sea el mismo hombre. La única persona que lo vio mejor fue Andrei Pirlog.

—Y ahora está muerto... —dijo Victoria suavemente, como si hablara consigo misma.

—¿Todavía cree que es un suicidio, señora? —preguntó Tomek, pero su pregunta fue recibida con silencio—. Ah, y antes de que sigamos, les dije a los Redgrave que usted había autorizado otra semana de estancia en su Airbnb.

—¿Por qué coño has hecho eso?

—Bueno, pensé que podríamos necesitarlos para la investigación, y tenían previsto volver a Estados Unidos mañana. No creí que pudiéramos permitirnos perderlos.

—Así que, ¿les has dicho que podían quedarse otra semana?

—Todos los gastos pagados. Comida, alojamiento, seguridad. Están muy agradecidos.

Los ojos de Victoria se entrecerraron mientras apretaba la mandíbula. —No me lo puedo creer. ¿Qué esperas que haga?

—Espero que cumpla su palabra, señora.

—Yo nunca accedí a esto.

—¿Quiere ser usted quien les decepcione, o prefiere que yo les transmita el mensaje?

—No tengo otra puta opción que aprobar el gasto ahora, ¿verdad?

Victoria necesitó un momento para controlar su ira antes de continuar con el resto de la reunión. Su cara se había hinchado de furia. Se dirigió a la DC Anna Kaczmarek, la oficial de enlace familiar.

—¿Puedes ocuparte de esto, por favor? Dales un presupuesto. No quiero que vivan como si estuvieran en el corredor de la muerte.

Anna confirmó que lo haría. Luego Victoria se dirigió al DC Oscar Pérez. El Capitán, como le llamaban cariñosamente en la oficina, debido a su constante corrección de cualquier cosa que alguien dijera, había permanecido callado durante toda la conversación. No era propio de él. Siempre encontraba algo que decir. Era un buen detective, y Tomek le tenía en alta estima. Sabía de lo que hablaba. Era minucioso, sensato y eficiente. Todo lo que el equipo podía pedir.

—He rastreado las redes sociales de Mariusz, y parece que llegó al país hace poco. Por lo que he podido averiguar, llegó hace poco más de tres meses. No publica mucho, pero hay suficiente para obtener una idea de su vida. Nada más, tristemente. Nada que indique que estuviera allí la mañana del asesinato.

—¿Algo que sugiera una conexión con Morgana?

—Todavía no. Pero sigo buscando.

—Genial. ¿Qué hay de su novia? —preguntó Victoria—. ¿Qué sabemos de ella?

—Es más prolífica en las redes sociales. Publica mucho contenido. Mejor dicho, lo hacía. Hasta que llegaron al país publicaba casi todos los días. Ahora, no tanto.

—¿Puedes hablar con ella? Averigua si sabe algo sobre el paradero de su novio.

Martin asintió. —Intentaré ponerme en contacto con ella.

Victoria dio una palmada. —Excelente. Gran trabajo, equipo. De verdad, gran trabajo. Estoy orgullosa de todos vosotros. Pero todavía hay mucho por hacer. Muchas cosas que hacer en las próximas diecinueve horas. Se espera mucho trabajo, con las cabezas agachadas y dedicación por parte de todos. Y quiero poder acusar a Mariusz Stanciu del asesinato de Morgana antes de que termine la cuenta atrás.

Tomek pensó que el discurso motivador de Victoria se parecía más a Boris Johnson que a Winston Churchill. Presuntuoso, aburrido y poco inspirador. Quizás era simplemente su forma de ser. O quizás era su rápido creciente desdén hacia ella.

Mientras se escabullía por la puerta, siendo uno de los últimos en salir, sintió una mano en su espalda.

Sean.

—¿Te... —hizo una pausa—. ¿Te importaría que habláramos?

—Vale... —respondió Tomek, deteniéndose en el umbral—. Suena ominoso.

Sean le indicó a Tomek que se apartara, luego cerró la puerta tras él como si estuviera en una película de espías.

—¿No te estás muriendo, verdad? —preguntó Tomek.

—No. Bueno, todos lo estamos. Solo que a ritmos diferentes.

—Brillante.

—Pero no, no me estoy muriendo. Al menos no pronto. Solo... —Sean metió las manos en sus bolsillos y miró al suelo. Tomek sintió como si le fueran a invitar al baile de graduación—. Han estado pasando algunas cosas en casa.

—¿Ah?

—Sí. Nada importante. Me he... me he saltado unos cuantos pagos del alquiler y ahora el casero me está echando. Además, también está buscando vender el lugar, lo que no ayuda.

—Probablemente ayudaría pagar el alquiler a tiempo —comentó Tomek. Tal era su relación —mejor dicho, lo que una vez había sido su amistad— que podían hablarse tan abiertamente, sin necesidad de adulaciones ni mimos. Todo lo que se decían el uno al otro carecía de seriedad, incluso las partes serias. Como debía ser—. ¿Qué ha pasado?

—Solo me vi atrapado en algunos problemas financieros —respondió Sean.

—No habrás comprado una máquina expendedora, ¿verdad?

Tomek se refería a su amigo común, el propietario de un pub que solían frecuentar, que había sido víctima de un negocio potencialmente lucrativo que involucraba una máquina expendedora dentro del pub, mercancía que supuestamente se reponía sola (y se vendía en primer lugar), y unos ingresos pasivos que nunca se detenían. Desde la última vez que Tomek había hablado con él, solo se había cumplido el primer punto, con un caro coste inicial.

Una sonrisa apareció fugazmente en la cara de Sean. La primera que Tomek había visto en mucho tiempo.

—No —respondió—, no soy tan estúpido.

—Yo seré el juez de eso, dependiendo de cómo perdiste tu dinero.

—Simplemente lo perdí. Demasiados gastos. Demasiadas salidas. Demasiadas compras innecesarias.

—¿Como cuáles?

Tomek no se dio cuenta de que estaba interrogando a su amigo, pero Sean no hacía nada para detenerle.

—Compré un ordenador que no uso. Unos auriculares nuevos. Un reloj nuevo. Un coche nuevo.

¿Un coche nuevo? Ahora Tomek realmente se sentía fuera de onda. Ese era el tipo de cosas que habrían compartido entre ellos. Aunque Tomek tenía muy poco interés en el transporte motorizado, aún habría pedido dar una vuelta con él. Dentro de los límites de la ley, por supuesto.

—¿Qué compraste?

—Un Tesla. Completamente nuevo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo tienes?

—Unas seis semanas. Regalo anticipado de Navidad.

—¿Financiado?

Sean bajó aún más la cabeza. —Todo estaba financiado.

—Así que te saltaste un pago.

—Hubo un problema con mi banco. La cagaron.

Siempre ocurría en situaciones como esta. Siempre era culpa del banco. O de otra persona. Pero nunca de la víctima, nunca de aquel cuyo nombre aparecía en los contratos de financiación.

—¿Y ahora te echan de casa?

—Eso, y el casero va a vender.

¿Cómo podía olvidarlo?

—¿Qué te impulsó a comprar toda esa mierda? —preguntó Tomek.

—¡No lo sé! Pensé que lo quería.

—¿Lo quisiste todo en el espacio de unas pocas semanas?

El cerebro humano, y la manera en que había sido condicionado hacia lo último, lo más caliente, lo más brillante, seguía desconcertándole. Al crecer, él y sus hermanos nunca tuvieron el dinero para comprar lo que quisieran. En cambio, siempre se vieron obligados a mirar escaparates, a esperar, a desear que un día las cosas pudieran cambiar. E incluso cuando eso había empezado a cambiar para ellos como familia, cuando sus padres habían establecido sus respectivos negocios en el Reino Unido, siguieron manteniendo el dinero ajustado, siguieron ocultándoselo. Solo lo esencial. No sabían qué agitación se avecinaba en el horizonte, y por eso fueron cautelosos con él. Fueron inteligentes, conservadores, y eso le ayudó a apreciar lo que era no tener nada.

Curiosamente, lo mismo se había aplicado también a Sean. De niño, Sean también había sabido lo que era no tener nada, especialmente cuando su padre había fallecido, y por eso se había visto obligado a convertirse en emprendedor en la escuela, vendiendo dulces y aperitivos con un margen de beneficio significativo. Luego había utilizado las ganancias para lo esencial. Comida. Agua. Calefacción. Alquiler. Como los padres de Tomek, Sean había sido sensato. Pero ahora algo había cambiado. Los receptores de dopamina en su cerebro se habían estropeado. Y Tomek creía saber por qué.

Victoria. O lo estaba haciendo para impresionarla o ella era la fuerza motriz detrás de todo.

—¿Ella lo sabe?

Sean negó con la cabeza. —Y me gustaría que siguiera así. Es vergonzoso.

—¿Vergonzoso para quién? ¿Para ti o para ella?

Sean abrió la boca pero no pudo responder a la pregunta.

—¿Has hablado con Recursos Humanos? —preguntó Tomek—. Probablemente necesiten saberlo, para que no haya sorpresas desagradables más adelante. No queremos encontrarte muerto en una zanja porque no pudiste pagar a un prestamista.

—No, no. Solo los cobradores de deudas.

—Brillante.

Un momento de silencio se extendió entre ellos. Sean se masajeó la cara mientras luchaba por encontrar las palabras. El sonido de su piel rozando su barba incipiente era ensordecedor en la habitación casi silenciosa. Pasaron treinta segundos antes de que finalmente dijera lo que necesitaba.

—Me preguntaba si podría quedarme en tu casa un par de noches, tal vez semanas. Solo necesitaría un sofá...

—Bien, porque eso es todo lo que vas a conseguir.

—Y puedo pagar mi propia comida y todo. No ocuparé mucho espacio.

Tomek lo miró de arriba abajo. —Has visto el tamaño que tienes, ¿verdad? Tendrás suerte si la mitad de ti cabe en el sofá. Déjalo en mis manos. Tendré que consultarlo con Kasia, ver si está de acuerdo.

—Por supuesto.

—Y con Abigail.

—¿Abigail? —Había dolor en su voz, como si se sintiera relegado a un segundo plano—. ¿Por qué necesitas preguntarle a ella?

—Se queda a dormir bastante a menudo. Podría resultarle incómodo.

—Solo la conoces desde hace dos segundos.

Tomek dio un paso atrás, levantó una mano hacia Sean. —¿Quieres el sofá o no?

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

El olor a beicon y aceite vegetal era el mismo, familiar, pero al mismo tiempo diferente, ajeno. Como meterse en la misma marca y modelo de cama, solo para descubrir que no era la tuya.

Como Ricitos de Oro allanando la casa de los Tres Osos, algo no estaba bien en la Cafetería Iliana. El ambiente no cuadraba. Había menos clientes, y los espacios entre las mesas eran demasiado estrechos, lo que significaba que casi estabas encima de los demás, escuchando todo lo que se decía a tu alrededor. Y por si fuera poco, el café sabía horrible.

Mientras Victoria y el equipo concentraban todos sus esfuerzos en tratar de encontrar pruebas para acusar a Mariusz Stanciu del asesinato de Morgana Usyk, Tomek tenía otras ideas. Para empezar, no creía que el hombre tuviera nada que ver con su asesinato (solo lo había detenido para iniciar el reloj de custodia y asegurarse de que no se convirtiera en un riesgo de fuga). Había agujeros en la historia de Mariusz, sin mencionar que Chey no podía confirmar su paradero y que ninguno de los testigos clave podía identificarlo positivamente. Incluso si Andrei siguiera vivo, Tomek estaba casi seguro de que el testigo clave no lo habría reconocido.

En cambio, Tomek sospechaba que había algo más en juego. Que alguien había puesto a Mariusz en la tarea. Sus respuestas y monólogo sonaban demasiado pulidos, demasiado ensayados. Y el pequeño agujero en su historia donde había dicho que había dejado caer a Morgana al suelo, cuando las declaraciones de los testigos

decían que la había dejado caer en el agua. Por no mencionar su afán por complacer y ayudar en su investigación, lo que sugería a Tomek que era algo que alguien le había dicho que dijera. Por qué y quién, no lo sabía. Pero tenía la intención de averiguarlo.

Y así, había llegado a la Cafetería Iliana a lo largo del paseo marítimo de Southend, en medio de un pequeño paseo comercial con vistas al agua, a pocos kilómetros de su hermana, Morgana's, en Hadleigh. El restaurante era propiedad de su marido, Anton Usyk, un hombre con quien Tomek estaba interesado en reunirse por segunda vez. Se habían hecho muy pocos avances con él y, por lo que Tomek sabía, era necesario hacerlos. El primer lugar donde normalmente buscaban en una investigación como esta era el pariente más cercano de la víctima, particularmente el marido. Y hasta ahora, Victoria le había dejado escapar.

Tomek tenía ganas de conocer al hombre. Y a menudo descubría que un entorno familiar producía los mejores resultados.

—Buenas... tardes —dijo la camarera—. ¿Puedo... servirle... algo?

Su manera de hablar estaba totalmente desacompasada. Discordante, nerviosa. No había confianza en su expresión, ni en su sonrisa. Al menos Helena, la camarera de Morgana's, parecía feliz de estar allí. Esta, cuya placa en el pecho decía Gina, estaba miserable. Aunque cuando repitió la pregunta, Tomek decidió ser comprensivo con ella. Era polaca, y su inglés era menos que suficiente. Así que, para ponerla a gusto, habló en su lengua materna.

—*Dzień dobry* —dijo. Buenas tardes.

—¿Habla usted polaco?

—*Soy* polaco, así que eso espero.

Aquello provocó una risa. Aunque no duró mucho. Tan pronto como el sonido brotó de su boca, ella giró bruscamente la cabeza hacia la parte trasera del restaurante.

Iliana's tenía casi exactamente la misma distribución que Morgana's, con las mesas a los lados de la sala, la caja registradora en el extremo derecho y la cocina abierta en la parte trasera con los chefs visibles por encima de una encimera metálica. Curioso, Tomek

giró en su asiento, esperando vislumbrar lo que ella estaba mirando, pero ella lo distrajo.

—¿De qué parte de Polonia es usted? —preguntó.

—De Katowice. ¿Y usted?

Otra mirada a la cocina. —Gdańsk.

—Qué bien. Nunca he estado. ¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Tres meses.

—Bien. ¿Qué tal le va?

Gina dudó, miró hacia la cocina, y luego se encogió de hombros. —Está bien... —Esta vez habló en inglés.

—¿Qué le hizo dejar su hogar? —preguntó él.

Pero antes de que pudiera responder, una figura se acercó a ella, poniendo una mano sobre su hombro.

—¿Está todo bien por aquí? —preguntó el hombre bruscamente. Entonces, tan pronto como Anton Usyk reconoció a Tomek, dijo—: Ah, Detective. Es un placer verle de nuevo.

Hablaba con sencillez, desprovisto de emoción. Su rostro estaba vacío, inexpresivo. Difícil de leer. Tomek odiaba hablar con gente de su parte del mundo. Nunca revelaban nada. Nunca dejaban que la otra persona supiera lo que estaban pensando o sintiendo. Era como si todos fueran espías rusos enfrentándose a un juicio.

—Un placer verte a ti también —dijo Tomek.

—Espero que esté usted aquí en mejores circunstancias que la última vez.

—No estoy aquí para decirte que otro ser querido ha muerto, si es eso lo que quieres decir.

—Esas son mejores noticias que ninguna. —Anton se volvió hacia la camarera, luego volvió a mirar a Tomek—. Qué descortés por mi parte. Estabais en medio de un pedido. Disculpa. ¿Qué podemos ofrecerte?

—Un café flat white está bien.

—Perfecto. ¿Algo para comer?

Tomek rechazó la oferta. Anton se volvió hacia Gina y le susurró en ucraniano. Luego ella se marchó apresuradamente al fondo de la cafetería, donde inmediatamente comenzó a ocuparse de sus tareas.

Sin decir nada, Anton se acomodó en la silla de enfrente, sus músculos pectorales flexionándose bajo la ajustada camiseta de diseño Hugo Boss. —¿No le importa la compañía?

—No, a menos que tragues muy ruidosamente.

Anton se rió. —Solo cuando estoy hablando con alguien con quien no quiero hacerlo.

Un momento después, llegaron sus bebidas. Gina las colocó en la mesa con cautela, tentativamente, casi derramando el café de Tomek sobre la superficie. Manteniendo su mirada firmemente centrada en Tomek, Anton Usyk sostuvo la taza en su boca y bebió. El sonido fue inaudible.

—Te lo dije —afirmó—. No mentí sobre eso, ¿verdad?

—No —respondió Tomek, pero se preguntó si habría algo sobre lo que *sí* hubiera mentido.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Anton—. No he oído nada.

—Lenta. Pero estamos haciendo buenos progresos.

—¿Habéis hecho alguna detención?

—Todavía no —mintió—. Seguimos trabajando en ello. La zona por la que huyó el asesino es tan grande que está resultando más difícil de lo que anticipábamos. Hasta ahora tenemos una idea de que el asesino pudo haber salido al paseo marítimo cerca del muelle. Actualmente estamos revisando las cámaras de CCTV y cualquier testimonio de testigos oculares en ese momento y área. Nuestro equipo cree que pueden haber captado una captura de pantalla de él en una de las cámaras. El plan es posiblemente hacer pública esta información pronto.

El rostro de Anton estaba inexpresivo, vacío. Todavía sin revelar nada. Tomek había intentado provocarlo para que dejara escapar algo, pero el hombre tenía un rostro de póker como un profesional.

—Confío en que tú y tu equipo estáis haciendo todo lo posible. Si hay algo en lo que pueda ayudar, por favor, debes hacérmelo saber.

Una señal de alarma comenzó a sonar en la cabeza de Tomek.

—De hecho, podrías ayudar —dijo, mientras metía la mano en su bolsillo para sacar su cuaderno—. Me preguntaba si podrías

contarme qué estabas haciendo la mañana del asesinato de tu esposa.

Por primera vez, la cabeza de Anton se estremeció. Sutil, casi invisible para el ojo desnudo e inexperto. Pero no para el de Tomek.

—Ya he dado una declaración como testigo. Ya os he dicho dónde estaba.

—El paso del tiempo a veces nos permite reflexionar de manera diferente sobre las situaciones y verlas bajo una nueva luz —explicó Tomek, siendo deliberadamente filosófico y obtuso—. Además, se lo dijiste a mis *colegas*. No me lo dijiste a *mí*.

—Ya veo... —Anton bebió un sorbo de su bebida—. ¿Qué es lo que desea saber?

—Todo. Pero primero, comencemos con tu historia, la historia de tu esposa.

—¿Podría ser más específico?

—¿Cuánto tiempo llevas en el Reino Unido?

—Trece años —respondió sin dudar. Cuando se enfrentaba a esa pregunta sobre sí mismo, Tomek siempre tenía que pensar y calcular su edad antes de dar una respuesta. Mientras que, para Anton, la respuesta había llegado en un abrir y cerrar de ojos. O conocía la información de memoria. O era una mentira—. Morgana y yo vinimos cuando teníamos veintipocos años. Southend ha sido nuestro hogar desde entonces.

—Y los dos habéis establecido algunos negocios muy exitosos, por lo que parece.

Anton dio una ligera inclinación de cabeza. —Hemos trabajado duro para llegar a donde estamos.

—Estoy seguro de que así ha sido. —Tomek bebió un poco de su café, lamiéndose el labio para quitarse la espuma—. Dime —continuó—, ¿por qué tenéis dos restaurantes?

—Porque, como dices, somos exitosos.

—¿Los dos negocios operan individualmente o os veis como parte de una cadena?

—Por separado. Morgana gestiona Morgana's. Yo gestiono Iliana's. Son dos negocios separados.

—¿Eso causaba alguna fricción entre vosotros, alguna discusión, competencia, desacuerdos? Si uno estaba teniendo mucho más éxito que el otro, ciertamente puedo ver cómo podría ocurrir. Si soy sincero, solo he estado en Morgana's. No sabía que este lugar existía hasta el otro día. Y creo que es lo mismo para mucha gente.

—Lamento que no hicieras el descubrimiento antes.

—Yo no. Morgana's era mucho mejor.

Otra inclinación de cabeza. Un momento para que Anton considerara su respuesta. —Esa es tu opinión.

Y la de varios miles de personas más, si las reseñas de Google y Tripadvisor eran una indicación.

—¿Has venido aquí a insultarme, Detective? No me gusta ser insultado. Especialmente por un hombre de tu profesión. —De repente, la mirada de Anton se estrechó, su ceño se frunció. Ahora estaba revelando mucho en su expresión. Una emoción en particular: rabia.

—No he venido a hacer tal cosa —respondió Tomek—. Solo tengo curiosidad, ¿nunca discutisteis sobre la naturaleza competitiva de vuestro negocio?

—No. Somos un equipo.

—Entonces, ¿el estado de los negocios nunca se interpuso entre vosotros?

—No.

—¿Qué hay del lado coqueto de Morgana? Me han dicho que era muy amistosa con muchos de sus clientes.

—Por eso su restaurante era mucho más exitoso. Ella sabía cómo ser amable con sus clientes. Yo, prefiero ser más gracioso.

Porque has sido una fuente de risas hasta ahora.

—El sexo vende, como dicen —añadió Anton.

Así era. Y Tomek se avergonzaba de decir que había caído un poco en eso. Los bonitos ojos, la sonrisa. De principio a fin. Si no hubiera sido el lugar donde conoció a Abigail en un contexto semi-profesional, habrían sido sus únicas razones para volver.

—Los dos debéis estar muy ocupados —dijo, haciendo avanzar la conversación.

—Sí. Empiezo a las siete de la mañana y me voy después de las ocho o nueve de la noche algunos días. Para Morgana, era muy parecido. A veces nos quedábamos incluso más tiempo. Hay muchas cosas que gestionar.

—Imagino que pasabais muy poco tiempo juntos.

—Este es el sacrificio que hay que hacer si quieres un negocio exitoso.

—Puedo imaginarlo. Los dos llegando tarde a casa, cansados del día. Debe haber ejercido una presión real en vuestro matrimonio. Frustrándoos el uno con el otro. Las pequeñas cosas empezando a molestaros. Pero ninguno dice nada porque estáis cansados y estresados. Entonces esas pequeñas cosas comienzan a irritaros más y más. Y aun así, no decís nada porque sabéis cómo es. Hasta que un día esa pequeña cosa se convierte en una grande. Y algo se rompe.

—No, Detective. Está usted equivocado. Nosotros sabemos lo que es no tener nada excepto el uno al otro. Sabemos lo que es estar en el fondo. Y ahora que estamos en la cima, eso nunca ha cambiado entre nosotros. Somos humildes, sencillos. Nada se ha interpuesto entre nosotros. Nada de lo que dice es cierto.

Tomek no lo creía. Todavía había un germen de duda en su mente sobre los movimientos y el comportamiento de Anton. Era un tipo musculoso, bien formado, que claramente hacía ejercicio. Los hombros redondeados, los bíceps abultados. Tomek bajó la mirada a las manos de Anton. No lo había notado, pero engullían la taza con facilidad. Fuertes y poderosas, pero había un toque delicado en ellas. Habría sido muy fácil para él estrangular a su esposa hasta la muerte con esas manos.

—Todavía no has respondido a mi pregunta —dijo Tomek, terminando el último sorbo de su bebida—. ¿Qué estabas haciendo la mañana de la muerte de tu esposa?

El lado de la boca de Anton se elevó. —Esa no es la pregunta que originalmente me hiciste. Me preguntaste *dónde* estaba yo la mañana de su muerte. Pero te responderé ambas al mismo tiempo. Estaba aquí, trabajando, en la oficina. Como he dicho, empiezo a las

siete, y no salgo de la oficina hasta tarde. Hay administración importante de la que debo ocuparme.

—¿Todas las mañanas?

—Todas las mañanas.

—¿Sin excepción?

—Sin excepción.

—Entonces, ¿quién salió de casa primero esa mañana?

—Yo.

—¿Y no sabes adónde fue tu esposa?

—No.

—¿Y no sabes por qué estaba allí?

—No. No sé por qué estaba allí.

Tomek se volvió para mirar a Gina, y luego comenzó a admirar el paisaje, observando a los clientes. Para entonces, el número había crecido a cinco.

—Una cosa más —dijo—, antes de que se me olvide.

—Sí.

—¿De dónde viene el nombre Iliana?

—Es el nombre de nuestra hija. Murió durante el embarazo de Morgana hace diez años. Ella es la razón por la que comenzamos este restaurante. Iliana's fue el primero, luego Morgana's.

Tomek ofreció sus condolencias. Anton bajó la cabeza. Podía ver dolor en el rostro del hombre, una emoción por primera vez. Y un poco de vergüenza también. Quizás era porque el restaurante con su nombre no era tan exitoso. Que de alguna manera había decepcionado su memoria.

Entonces le alcanzó el pensamiento de Morgana perdiendo al bebé durante su embarazo. Qué horrible debió de haber sido. Qué traumático. Hace tres meses, estos pensamientos no habrían pasado por su mente; ahora que Kasia estaba en su vida, las cosas habían cambiado.

Con eso, Tomek sacó su cartera y puso un billete de diez libras sobre la mesa. Anton lo recogió y se lo devolvió. Invitaba la casa, dijo. Un favor especial, por todo su arduo trabajo. Tomek agradeció al hombre, luego salió de la cafetería.

El equipo lo esperaba poco después, pero había otro lugar que quería visitar primero.

Alguien que él sabía con certeza que no estaba en el trabajo cuando se suponía que debía estar la mañana de la muerte de Morgana.

CAPÍTULO
TREINTA

Vlad Boyko vivía en un piso bajo de un dormitorio cerca del cementerio de Leigh. Tomek sabía muy poco sobre el hombre que vivía allí. El informe de Sean sobre él, que estaba fácilmente disponible en el PNC, había sido vago, y la búsqueda rápida que le había pedido a Nadia había arrojado poca información.

Tomek llamó a la puerta y esperó. Desde el piso de arriba se escuchaba música fuerte y graves profundos.

Un momento después, la puerta se abrió y allí estaba Vlad, vestido con una camiseta blanca lisa varias tallas más pequeña y un pantalón de chándal gris.

Tomek se había arriesgado a que Vlad estuviera en casa. Aunque no sabía qué hacía en casa el subdirector de un café cuya propietaria y gerente había desaparecido.

Quería averiguarlo.

—DS Tomek Bowen —dijo, mostrando su placa policial frente a la cara del hombre—. ¿Puedo pasar?

—¿Ocurre algo?

—Aún no. Solo tengo algunas preguntas más sobre la mañana de la muerte de Morgana. Hace bastante frío fuera, y no me gustaría que perdiera todo el calor. ¿Podría entrar?

De mala gana, Vlad se apartó. No tenía poder en esta situación, a menos que quisiera parecer sospechoso negándose a dejarlo entrar.

Cuando Tomek entró, el ruido de la música de arriba aumentó. El techo y las paredes vibraban con fuerza, y sintió que su piel se erizaba al ritmo de la música.

—Qué considerados son sus vecinos.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo suele durar?

—Todo el día. A veces toda la noche.

—Debería quejarse —dijo Tomek.

—Estoy acostumbrado.

Tomek no lo dudaba, pero seguía siendo un inconveniente. Afortunadamente, él había sido bendecido con una vecina maravillosa en forma de una pensionista de unos setenta años que mantenía el ruido al mínimo y toleraba mucho de él y de Kasia, incluidos sus pies de plomo pisando fuerte sobre las tablas del suelo en la madrugada cuando no podía dormir.

Vlad llevó a Tomek a la zona de la cocina, donde le ofreció té o agua. Tomek rechazó ambas cosas.

—Si tomo más cafeína, estaré corriendo arriba y abajo del paseo marítimo toda la noche.

—Claro —dijo Vlad, mostrando poco interés mientras se ocupaba del hervidor para prepararse una bebida.

—¿Alguna vez lo ha hecho? Correr por el paseo marítimo, quiero decir.

—No.

—Debería probarlo. Es fantástico. Estimulante. ¿Le gusta correr?

—No. No puedo decir que me guste.

—Sin embargo, noté que tiene unas buenas zapatillas Hoka junto a la puerta. Perdone...

—Son solo para comodidad. Muchas de las reseñas que leí en internet decían que es como caminar sobre nubes.

—Llevo tiempo queriendo comprarme unas, pero no puedo justificar el coste. Son realmente caras.

Vlad se encogió de hombros, dando a entender que, aunque el coste pudiera ser elevado para Tomek, ciertamente no lo era para él. Poco después, el hervidor terminó de hervir y el subdirector se preparó su taza de té.

—¿Cómo ha estado sobrellevando la noticia estos últimos días? —preguntó Tomek.

—Ha sido un shock. Duro.

—¿Cómo es que no está en el restaurante?

—Es mi día libre.

—¿Y cómo lo está llevando todo el mundo en el restaurante? ¿También están sufriendo?

—Por supuesto que sí. Todos queríamos a Morgana. No podemos creer que se haya ido.

A la derecha de Tomek había una pequeña mesa circular de madera. Señaló hacia ella y preguntó si era seguro sentarse. Vlad lo confirmó.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a Morgana? —preguntó Tomek.

—Desde que teníamos siete años.

Interesante.

—¿Y cuánto tiempo lleva trabajando con ella?

—Varios años. Me dio el trabajo cuando me mudé aquí. Me ayudó cuando más lo necesitaba. Nunca habría hecho nada para hacerle daño.

—Nadie está diciendo que lo hiciera —respondió Tomek.

Respuestas como esa siempre eran más alarmantes que la mayoría. Reveladoras, de hecho. Siempre había un significado oculto detrás de ellas.

—Dice que eran amigos desde la infancia —continuó—. ¿Siempre han sido cercanos?

—Sí.

—¿Sin discusiones o desacuerdos entre ustedes?

Vlad negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Imagino que confiaban el uno en el otro, ¿verdad? Es decir, se conocen desde los siete años. Apuesto a que probablemente ella le contaba cosas que usted prometía no compartir con nadie más, y probablemente usted compartía algunas cosas con ella que no quería que nadie más supiera.

Tomek tenía un pico en la mano y estaba cavando en el muro de piedra de la expresión de Vlad. Había un diamante bajo su duro

exterior, Tomek podía percibirlo, y lo iba a conseguir.

—Confiábamos el uno en el otro, sí.

—¿Alguna vez le contó sobre algún desacuerdo que hubiera tenido con Anton? ¿Momentos en los que él pudiera haberla golpeado o cuando la violencia hubiera escalado?

Vlad sonrió con suficiencia, dejando escapar una pequeña risita. —Cree que es muy listo —dijo—. Pero está completamente equivocado. Anton nunca la golpeó, nunca golpeó a nadie.

—Quizás ella no confiaba tanto en usted como cree.

Una mezcla de preocupación y confusión cruzó el rostro de Vlad. —¿De qué está hablando? Conozco a Morgana mejor que la mayoría. Es como una hermana para mí.

—¿No una amante? —preguntó Tomek, continuando con sus golpes, tratando de encontrar el ángulo correcto para abrir la piedra.

—¿Perdone? ¿Qué está insinuando?

—¿Sus sentimientos progresaron alguna vez de la amistad a algo más? ¿Está seguro de que nunca la vio como algo más que una amiga?

Tomek recordó su relación de infancia con Saskia Albright. Ella había sido la única persona que se le acercó en el patio el primer día de escuela en Inglaterra. Después de eso, se habían convertido en mejores amigos. Aunque su relación se había distanciado con los años, Saskia ahora había vuelto a su vida y Tomek estaba decidido a mantenerla ahí. Si bien su amistad había sido fuerte, Tomek siempre se había preguntado si había algo más, algo que ambos pudieran explorar, pero siempre había estado preocupado por poner en peligro su relación. Era una línea difícil y delicada de seguir. Una de la que no estaba seguro si quería conocer el resultado.

—Yo... no sé a qué se refiere —dijo Vlad. Excepto que la entonación de su voz y su expresión temblorosa contaban una historia diferente.

—¿Nunca en ningún momento quiso pedirle que fuera su novia o salir con ella?

—No...

—¿Nunca lo intentó y ella lo rechazó?

—No...

—Apuesto a que eso dolió, ¿verdad? Imagínese, viéndola todos los días, sabiendo que estaba con otro hombre, posiblemente otro hombre del que usted no aprueba. Apuesto a que piensa que ella podría encontrar algo mucho mejor que él, ¿no? ¿Desea que fuera usted con quien ella estuviera casada?

—No entiendo de qué está hablando...

—¿Qué pasó antes de su muerte? —preguntó Tomek—. ¿Le pidió que dejara a su marido? ¿Le prometió que sería más feliz con usted, que los dos podrían vivir la vida juntos en el restaurante? Pero entonces ella dijo que no...

—Está equivocado —espetó Vlad.

—Y no le gustó eso, ¿verdad? Así que quiso asegurarse de que, si usted no podía tenerla, entonces nadie podría.

—¡Basta! —La voz de Vlad retumbó por todo el piso bajo, ahogando el sonido de la música de arriba. Golpeó con el puño su pierna, su cuerpo tenso, su pecho subiendo y bajando profundamente.

Tomek sonrió para sus adentros. Acababa de encontrar el diamante que había estado buscando.

—¿Por qué llegó tarde al trabajo la mañana del asesinato de Morgana, Vlad?

—Porque me quedé dormido —siseó el hombre entre dientes apretados—. Ya se lo he dicho antes.

—A mí no me lo ha dicho. ¿Puede recordar exactamente cuándo se despertó?

—Fue después de las once.

—Eso es dormir bastante. ¿A qué hora se suele despertar para ir a trabajar?

—A las seis.

—¿A qué hora se supone que debe empezar?

—A las ocho.

—¿Le ha pasado alguna vez antes?

—No.

—Pero no llegó al restaurante hasta la hora de comer.

—¿Qué le llevó tanto tiempo?

—Me toma un tiempo prepararme.

Dos horas. Era bastante tiempo.

—¿Qué estuvo haciendo la noche anterior?

—¿Por qué?

—Solo quiero saber por qué, para alguien que nunca llega tarde, de repente apareció en el trabajo tres horas más tarde de lo que debía.

—Estaba cansado —respondió—. Trabajar en el restaurante es agotador. Me deja exhausto. Al final del día, estoy cansado. Lo único que hago es ir a trabajar, volver a casa y dormir. No como. No me ducho. Pero aun así lo hago. ¿Sabe por qué? Porque me encanta.

Y porque amas a Morgana.

—No tuve nada que ver con su asesinato y no sé nada al respecto. Así que puede dejar de hacerme todas estas preguntas.

Tomek tomó eso como su señal para marcharse; con el diamante que había excavado anidado delicadamente en su bolsillo. Estrechó la mano de Vlad y luego le dijo que podía salir por sí mismo. De manera bastante sospechosa (y Tomek no podía culparlo por esto), Vlad ignoró la oferta y siguió a Tomek hasta la puerta. Mientras deambulaba por el pasillo, con la música aún reverberando a través de las paredes, algo llamó su atención. Una mancha de barro en el suelo junto a un pequeño armario, y las pequeñas pero distinguibles marcas de huellas.

—¿Qué es eso? —preguntó Tomek.

—Barro —fue la respuesta inexpresiva. Al igual que Anton Usyk, Vlad no revelaba nada en su expresión.

Sin pedir permiso, Tomek abrió el armario. Dentro había una selección de abrigos —desde finos hasta gruesos, impermeables hasta elegantes— y una pequeña colección de zapatos. Los más notables eran un par de zapatillas rojas con puntas de plástico sobresaliendo de las punteras.

—¿Qué cojones son estas?

—Christian Louboutin. Son de diseñador.

—¿Está intentando contactar con extraterrestres con estas?

—No.

—¿Le importa si me las llevo?

—¿Para qué?

—Evidencia. Hacer algunas pruebas.

Vlad dudó. —Supongo que no tengo elección, ¿verdad?

—Por supuesto que la tiene. Podría negarse y permitirme marchar sospechando por qué no quería entregarlas. O podría entregármelas y no tener nada de qué preocuparse.

De cualquier manera, no era un buen panorama para Vlad.

Finalmente, después de algunos gruñidos y miradas despectivas, Vlad cedió y permitió a Tomek llevarse los zapatos. Afortunadamente, tenía una bolsa grande para pruebas en la parte trasera de su coche para estas ocasiones.

Mientras Tomek se alejaba, lucía una sonrisa en la cara. Éxito. No solo se había ido con un diamante en forma del amor eterno de Vlad por Morgana, sino que también se había marchado con uno físico y tangible. Y actualmente estaba sentado a su lado en el asiento del pasajero, asegurado con el cinturón de seguridad.

CAPÍTULO
TREINTA Y UNO

El último destino en la lista de Tomek para el día era Red Birch Farm, en South Woodham Ferrers. La granja estaba a poco más de veinte minutos, pero era hora punta, y por tanto el trayecto se hizo frustradamente más largo. Cuando Tomek llegó, estaba empezando a oscurecer.

Red Birch Farm era propiedad de Stanley Hutchinson, quien también la dirigía. Esa misma mañana, Tomek había examinado la lista de sospechosos y encontrado su nombre justo al final. Él, con mucha ayuda de los animales de su granja, abastecía a Morgana y Anton de carne y otros productos para su negocio. Normalmente, estos se importaban desde el extranjero a un precio más económico, pero de alguna manera, Stanley y su ganado podían cobrarles a Morgana y Anton a un precio ridículamente bajo. Tomek no sabía cuáles eran sus márgenes de beneficio, pero si la pareja podía cobrar cinco libras por un desayuno inglés completo, alguien estaba siendo estafado en alguna parte, y no parecía ser el cliente.

Tomek pensó que merecía la pena hablar con el hombre que mantenía estrechas relaciones comerciales con el matrimonio. Su visión de la relación sería más subjetiva. Podría haber cosas —comentarios encubiertos, decisiones que el otro desconocía— que hubiese captado y guardado para sí mismo. Podría poseer información valiosa que Victoria y el equipo hubiesen pasado por alto.

Tomek giró el coche hacia la entrada de la granja. Un enorme cartel que decía "Red Birch Farm and Petting Zoo" dominaba una pequeña hilera de setos a la izquierda. Al entrar en una gran extensión de grava que se utilizaba como aparcamiento, atravesó un bache. Su cuerpo rebotó y se sacudió de un lado a otro, y se estremeció al pensar en los daños causados a los bajos de su coche. Sonaba caro, pero no era diferente a los numerosos baches que había por todo el condado. (Había pasado por más de una docena solo de camino hacia allí).

Lo primero que Tomek notó al salir del coche fue el olor. Estiércol, mezclado con el aroma de hierba recién cortada. Una mezcla única, aunque curiosamente bastante agradable. La granja constaba de cuatro grandes estructuras del tamaño de hangares y algunos edificios más pequeños de ladrillo situados a corta distancia entre sí. Tractores y otra maquinaria pesada salpicaban la explanada. Más allá se extendían vastas extensiones verdes, salpicadas de animales del tamaño de hormigas. En la distancia, el perímetro del terreno estaba bordeado por densas hileras de árboles.

Mientras Tomek cerraba la puerta del coche, un hombre con botas de agua y un fino forro polar cruzó la explanada de un edificio a otro.

—¿Todo bien, colega? —le gritó a Tomek con un marcado acento de Essex—. La granja de mascotas ya está cerrada por hoy, tío.

—Menos mal que no he venido por eso —respondió, mientras una ráfaga de viento le golpeaba por un lado—. Estoy buscando al propietario.

El hombre se tocó el bolsillo del pecho de su forro polar. —Me estás mirando a él. ¿Hay algún problema?

Stanley Hutchinson tenía un aspecto completamente distinto a lo que Tomek había esperado. En su mente, se había imaginado a un hombre obeso y pomposo, con una barriga más grande que su cartera y una presión arterial que sugería que nunca hacía ningún trabajo pesado. Sin embargo, el hombre frente a él era todo lo contrario: alto, delgado pero musculoso en la parte superior del cuerpo, y mucho más joven. Tomek le calculó poco más de treinta años, y el apretón de manos del hombre también le sorprendió. Sin

duda, eso era lo que te hacía cargar docenas de fardos de heno todo el día.

—No, no hay ningún problema —respondió—. Soy de la Policía de Essex.

—¿Es por lo de Morgana?

Tomek asintió ligeramente.

—Será mejor que pase.

Stanley se refería a su oficina, un espacio moderno y de última generación, con un escritorio para trabajar de pie, un ordenador iMac y mobiliario elegante por todas partes. En una esquina de la habitación, junto a una máquina de café, había una pequeña zona de estar equipada con dos sofás de cuero negro y una mesita.

—Aquí es donde tenemos nuestras reuniones matutinas —dijo Stanley—. No hay nada como un poco de cafeína para despertarme en las primeras horas de la mañana.

—O para mantenerte activo durante toda la noche.

—Exactamente. El verano es nuestra época más ajetreada con toda la cosecha, por eso tenemos la granja de mascotas como fuente de ingresos adicional que está abierta todo el año. A los niños les encanta venir aquí al barro y ver a todos los animales. A los padres, no tanto.

A Tomek le vino a la memoria la vez que había ido a Marsh Farm en una excursión escolar durante la primaria. Su recuerdo era vago, pero el olor era vívido y era lo que se le había quedado grabado en la mente después de todos estos años.

En la pared a la izquierda de Tomek había una pequeña fila de premios y placas dirigidos a Stanley y a la granja. Tomek se acercó para verlos mejor. Eran de varias organizaciones benéficas de todo el país, felicitando y agradeciendo a Stanley por su patrocinio y esquemas de recaudación de fondos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Tomek.

—Solo mi forma de devolver algo a la gente —dijo.

—El negocio debe ir bien.

—No está mal. Hemos tenido dificultades desde el Brexit, pero no quieren que se hable de eso.

Stanley le ofreció una taza de café, pero Tomek la rechazó. Ya había tomado suficiente por un día.

—Tengo entendido que uno de mis colegas ha venido a verle desde la muerte de Morgana a principios de esta semana, ¿verdad?

—Sí. Una mujer agradable. Rachel, creo que se llamaba. Es terrible lo que le pasó. Todos seguimos un poco conmocionados, pero no hemos tenido tiempo para llorar o procesarlo ya que las cosas no se detienen por aquí. Me gustaría que lo hicieran, pero usted debe de saber cómo es. Constante, constante, constante. Como un hámster en una rueda de entrenamiento.

—O una gallina poniendo huevos —añadió Tomek, lo que provocó una sonrisa apreciativa de Stanley—. ¿Conocía bien a Morgana?

Stanley se encogió de hombros. —Yo diría que sí. Hemos sido su proveedor y el de Anton durante más de diez años, desde que iniciaron el negocio. Anton se encarga de toda la logística, mientras que Morgana está a cargo de las finanzas.

—¿En serio? ¿Entonces ella es la jefa del negocio?

Stanley asintió. —El estereotipo se invierte con ella. Es una auténtica mujer de negocios, una verdadera emprendedora. Sabe cómo regatear, negociar y conseguir lo que quiere. Probablemente por eso a muchos de los chicos de por aquí les gustaba tanto. Siempre viene a ver cómo se prepara su carne, cómo van los huevos, cómo van las cosas.

—¿Es así como conseguía pagar tan poco por sus productos? —preguntó Tomek—. ¿Porque le pestañeaba?

A Stanley no le gustó el comentario insinuante. —Como he dicho, hacemos muchos negocios con ella —dijo, con un tono de desdén en su voz—. Fue una de mis primeras clientas cuando me hice cargo del negocio después de que mi padre falleciera, y desde entonces nunca he visto razón para cobrarle más de lo necesario. Les enviamos unas dos toneladas de productos cada año, la mayoría de nuestros mejores cortes de carne. No me malinterprete, seguimos obteniendo beneficios de su negocio con nosotros, pero los márgenes son muy ajustados.

—¿Cómo se puede permitir mantener este lugar entonces?

—Tenemos otros clientes. Hacemos mucha venta al por mayor a las tiendas de comestibles y otras cadenas de restaurantes, ahí es donde ganamos la mayor parte de nuestro dinero, pero simplemente ofrecemos nuestros mejores precios a nuestros mejores clientes. Así es como siempre ha funcionado.

—¿Ve que eso cambie en el futuro? —preguntó Tomek.

—Todo depende de lo que Anton decida hacer con el negocio. Podría cerrar Morgana's, podría mantenerlo abierto. Creo que incluso hubo conversaciones sobre abrir un tercero.

—¿Quién dirigiría ese?

Stanley dudó, se encogió de hombros, sin comprometerse. —Intenté mantenerme al margen de esas conversaciones. No tenía nada que ver conmigo, y cada vez que oía que las cosas se calentaban entre ellos, me apartaba.

Interesante, pensó Tomek. Algo que Anton había omitido mencionar. Quizás ese había sido el desacuerdo que los había llevado al límite. Quizás fue el desacuerdo que había llevado a Anton a matarla. Tomek tomó nota.

—¿Y qué hay de su relación personal con Morgana? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo entendido que era bastante coqueta. Usted mismo acaba de decir que todos los chicos de por aquí la adoraban. ¿Alguna vez intentó algo con ella?

La ofensa de Stanley se transformó en rabia. —¡Por supuesto que no! ¿Por qué pondría en peligro nuestro negocio por algo tan estúpido?

—Porque algunas cosas son más importantes que los negocios.

Negó con la cabeza violentamente, casi hasta el punto de que a Tomek le daba náuseas solo de mirarlo. —Nunca. Jamás haría algo tan inmoral y engreído como eso.

—Supongo entonces que no hay una señora Hutchinson.

Negó con la cabeza. —La hubo. Decidió que ya no soportaba el olor a mierda. Eso y las largas horas. Me acusó de estar más casado con la granja que con ella, aunque eso ayudó a pagar su Range Rover y sus joyas, ¿no? No le hizo mucha gracia oír nada de eso. En fin, eso ya pasó, *ella* ya pasó, y he seguido adelante.

Tomek asintió y luego continuó con la conversación.

—¿Mi colega le preguntó sobre su paradero el otro día?

—Sí. Y le dije que estaba aquí. Temprano. Probablemente antes de que usted estuviera despierto —el tono de Stanley había bajado repentinamente, sin duda ayudado por la acusación de Tomek de que el hombre también se había enamorado de Morgana.

—¿Alguien que lo corrobore?

—¿Qué tal las quince personas que trabajan para mí? —Stanley señaló hacia la puerta. Entonces, casi como si estuviera ensayado, una figura pasó por delante de la ventana de cristal que llegaba del suelo al techo—. Y no olvide las veinticinco vacas, las ciento cincuenta ovejas, las treinta y siete gallinas, y los nueve cerdos... perdón, *ocho*, acabamos de tener que llevar uno al matadero.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Tomek.

—¿Por la granja? ¿Es porque quiere ver a los animales o porque quiere interrogarlos sobre mi paradero?

—Ambas cosas.

Tomek estaba empezando a simpatizar con Stanley. El hombre tenía sentido del humor, y era agradable tratar con alguien que no parecía que acabara de enterarse de que el precio de su leche había subido un veinte por ciento más. Quizás era porque era un chico de Essex de los pies a la cabeza —desde su forma de hablar hasta su forma de vestir, incluso su pelo peinado hacia atrás— que Tomek sentía cierta afinidad con él.

La caminata hasta los animales fue breve. Los primeros con los que se encontraron fueron los cerdos. Ocho en total, todos en varios estados de suciedad, todos casi tan grandes como el coche de Tomek. Cuando se acercó al borde de su corral, se precipitaron hacia él, gruñendo y resoplando como demonios. Allí, Stanley explicó que se comportaban así porque probablemente tenían hambre, ya que habían comido por última vez hacía unos días. Estaba tratando de mantenerlos lo más delgados posible, ya que era bueno para la carne cuando finalmente iban al matadero, añadió Stanley.

A continuación, fueron las gallinas, a las que Tomek no les dedicó mucho tiempo. No sabía por qué, pero siempre le habían dado miedo. Su cuerpo se tensaba y los pelos de sus brazos

hormigueaban cada vez que veía una. Tal vez era la forma en que caminaban o la manera en que sus cabezas se bamboleaban de adelante hacia atrás con cada paso, pero había algo en ellas que le ponía nervioso. Estaba deseando salir de allí lo antes posible, aunque no antes de que Stanley le preguntara que imaginara cómo sería morir picoteado. Y, con esa horrible imagen en la cabeza, se dirigieron hacia las vacas. Esa noche, las habían metido dentro y estaban todas en fila, conectadas a máquinas de ordeño. El sonido de la maquinaria pesada era ensordecedor y sorprendió a Tomek. Cuando salieron, con el sonido todavía resonando en los oídos de Tomek, cruzaron directamente un pequeño campo hasta una serie de corrales. El verdadero zoo de mascotas, lo había llamado Stanley. Allí encontraron un pequeño rebaño de ovejas, corderos, burros, llamas, cabras, conejos y un puercoespín, lo que desconcertó un poco a Tomek. Durante la visita, Tomek escuchó cortésmente, pero su cerebro estaba ocupado examinando y escudriñando las caras de quienes trabajaban en la granja, comparándolas con la descripción de su principal sospechoso. Aunque Stanley podría no tener nada que ver con el asesinato de Morgana, si sus colegas realmente podían corroborar su paradero, nada decía que otra persona de la granja no hubiera cometido el crimen. Y hasta ahora no había visto a ninguno.

—Gracias por mostrarme el lugar y responder a mis preguntas —le dijo a Stanley justo antes de irse—. Quizás tenga que traer a mi hija cuando el zoo vuelva a estar abierto.

—Oh, ¿es pequeña?

—Tiene trece años. Así que no tan pequeña. Pero no me refería a que viniera a verlos —respondió—. Me refería como trabajo. Algo que hacer. No puedo evitar pensar que palear un poco de mierda podría entretenerla y emocionarla tanto como a los niños. Sé que a mí me haría feliz que dejara el móvil. Le vendría bien una distracción.

CAPÍTULO
TREINTA Y DOS

Tomek ya no sonreía cuando llegó a casa. Durante los veinte minutos de trayecto de vuelta, había recibido una llamada de su madre, la primera en mucho tiempo, invitándole a él, a Abigail y a Kasia a cenar al día siguiente. Tomek había dado largas tanto como pudo hasta que su madre le acosó para obtener una respuesta. Al final de la llamada, había accedido a comunicárselo esa misma noche.

No era que no quisiera ver a sus padres; era simplemente que las últimas veces no habían terminado bien. Sin mencionar que su relación había estado distorsionada durante casi treinta años. Desde la muerte de su hermano, sus padres (en particular, su madre) le habían excluido de la familia, pero últimamente todos habían empezado a reconciliarse. Tomek les había presentado a Kasia, lo que les había sorprendido. No podía culparles por ello. «Hola, mamá, esta es una hija adolescente de la que no sabía nada hasta hace unas semanas». Ese tipo de noticia necesitaba cierta preparación previa y una dosis poco saludable de alcohol.

Antes de eso, Tomek había llevado a una antigua pareja a una comida una vez, para honrar el aniversario de la muerte de su hermano. Había terminado con una enorme discusión y Tomek marchándose indignado durante el plato principal.

Y era *eso* lo que preocupaba a Tomek. Llevar a Abigail. Su nueva novia. Presentarla a la familia.

Era un gran paso en su relación. Significaba un compromiso a largo plazo, que iba en serio. Tomek solo recordaba a otras dos novias que había presentado a la familia. Una resultó ser la madre de su hija, la otra una asesina en serie. No era una decisión que tomara a la ligera. Y durante el camino a casa, se había embarcado en un vuelo hacia el Suburbio de las Segundas Reflexiones, donde había analizado hasta el último detalle de su relación con Abigail. ¿La amaba, o era demasiado pronto? ¿Veía un futuro con ella, o solo era una diversión por ahora? ¿Quería estar con ella a largo plazo? Ella era unos años más joven que él, y aunque no lo habían hablado, sabía que ella quería tener hijos. ¿Sería Kasia suficiente, o querría más? ¿Estaba preparado para traer al mundo a otro retoño de Tomek Bowen? Tenía cuarenta años, estaba en un momento cómodo de su carrera. ¿Tendría energía para ello?

No lo sabía. Y no estaba preparado para enfrentarse a ese tipo de preguntas todavía. Así que, como siempre hacía, apartó las preguntas —y las respuestas— al fondo de su mente, donde las abordaría más tarde.

Cuando fuera que eso sucediera.

Afortunadamente, cuando llegó a casa, Kasia le distrajo. Su hija se había cambiado a ropa informal y estaba en medio del visionado de la televisión, desparramada en el sofá, con la cara sumergida en su móvil, cuando él entró por la puerta principal.

—¿Qué tal el colegio?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Me lo dirías si no fuera así?

—Sí.

Mentirosa. Le había costado un gran esfuerzo sacarle la información en la cafetería el otro día, y ni siquiera entonces había sido sincera con él.

—Nunca adivinarás dónde he estado hoy —dijo él.

—Vale.

—¿Quieres saber dónde?

—Sí.

—Entonces adivina.

Ella gruñó y puso los ojos en blanco, con la cara aún fundida en su teléfono móvil.

—No lo sé. ¿No puedes simplemente decírmelo?

—No. Tienes que adivinarlo.

—No lo sé. ¿Al trabajo?

—Sí. Fui al trabajo, tienes razón. Pero no es de eso de lo que estoy hablando. Hoy fui a una granja con animales para acariciar. Cerca de la casa de los abuelos.

—¿Por qué?

—Por trabajo. Está abierta al público. Pensé que quizá te gustaría ir.

—¿A la granja? No tengo cinco años, papá.

Tomek sonrió con suficiencia.

—No me refería a que fueras a divertirte allí. Me refería a que fueras a trabajar: ordeñar vacas, alimentar a las gallinas, limpiar los corrales de los cerdos.

—¡Puaj, no! —Se incorporó de golpe, apartando las piernas del sofá con disgusto—. ¿Por qué querría hacer eso? Suena horrible.

La sugerencia cayó tal como él esperaba.

—Además —continuó ella—, tengo trece años. Todavía no puedo trabajar. Es ilegal.

—Yo soy la ley.

Kasia volvió a poner los ojos en blanco.

—A veces eres tan molesto —dijo, y rápidamente perdió interés y volvió su atención al teléfono.

—¿Qué te parece si vamos mañana a casa de tus abuelos a comer en su lugar? —preguntó él mientras se dirigía a la mesa del comedor.

—¿Todos nosotros?

—Aún no se lo he preguntado a Abigail. Quería ver primero si tú estabas dispuesta a ir y si te parece bien que ella esté allí.

Kasia se bajó el teléfono hasta el pecho.

—¿Por qué no iba a querer que viniera?

—Solo preguntaba.

Había tomado la salida cobarde. Poniendo la decisión en ella. De esta manera no tendría que enfrentarse a la incómoda conversación posterior; Abigail no podría discutir o pelear con Kasia por no querer que se uniera. Ella sería la mala persona.

—No tengo ningún problema con que venga —respondió Kasia. La decisión estaba tomada—. Y no tengo ningún plan con mis amigos, así que podemos ir.

Pero Tomek había dejado de escuchar. Su atención estaba centrada en el montón de cartas sobre la mesa del comedor que habían sido colocadas apresuradamente allí, esparcidas por la superficie. Sus ojos buscaban su nombre en la letra manuscrita, el sello de HMP Wakefield en la parte superior del documento.

Pero no había nada.

No hoy.

—¿Papá? —La voz de Kasia le sacó de sus pensamientos.

—¿Sí? —respondió con desgana.

—¿Me has oído?

—Sí, cariño —dijo, todavía mirando las cartas, por si su mente hubiera pasado algo por alto.

—¿Qué he dicho?

—Que... que no tienes amigos.

—¿Qué? ¡No! Dije que no estoy haciendo nada con mis amigos, así que podemos ir. No puedo creer que hayas dicho que no tengo amigos.

Joder.

Ahora no tenía otra opción que invitar a Abigail. Solo esperaba que ella estuviera demasiado ocupada.

CAPÍTULO
TREINTA Y TRES

Estaba completamente oscuro cuando Tomek se reunió con Warren en la rampa de lanzamiento poco antes de las seis de la mañana. El hombre había venido bien equipado para el viaje: un chubasquero que le llegaba por debajo de las rodillas, unos pantalones cortos gruesos con una capa térmica debajo y una linterna frontal que cegó a Tomek cuando la dirigió hacia sus ojos.

Tomek, por el contrario, iba tremendamente mal preparado y poco abrigado. Su única salvación, sin embargo, fue la linterna frontal que había encontrado en el armario debajo del fregadero. Aparte de eso, llevaba sus mejores zapatillas deportivas, una sudadera fina y unos pantalones cortos de running, sin la capa térmica. Un descuido debido a las prisas y al cansancio.

—Espero que no pretendas que esas zapatillas sigan siendo funcionales cuando volvamos —comentó Warren.

—Si no lo son, le cobraré a tu empresa turística por un par nuevo.

Warren se rio y luego les indicó que empezaran. Cuando Tomek salió de detrás del rompeolas y pisó la arena, una ráfaga de viento le golpeó en la cara. Las últimas rachas de la tormenta habían estado azotando su ventana durante toda la noche anterior y le habían robado el sueño. Eso, y la emoción de finalmente llegar hasta el puerto.

Al pie de la rampa, Tomek se detuvo y observó sus alrededores. Oscuridad por todas partes. Sin importar hacia dónde mirara. Las

nubes sobre sus cabezas formaban una gruesa capa, no había señal del sol en el horizonte, y las únicas luces que podía ver en la distancia eran los pequeños puntos brillantes de las farolas que venían de Kent, al otro lado del estuario.

Sin embargo, había una luz en particular que llamó la atención de Tomek. Roja, parpadeando rítmicamente en la distancia.

—¿Es ahí donde vamos?

—Exactamente.

—Menos mal que tenemos las linternas frontales.

—Créeme —respondió Warren—. No querrías estar sin ellas.

Tenía razón en eso. Los primeros cientos de metros fueron inestables e inquietantes. Tomek miraba constantemente a sus pies mientras caminaba pesadamente por los riachuelos y surcos en la arena, para evitar tropezar y torcerse el tobillo. Cuanto más dejaban atrás la seguridad de la orilla, más oscuro se volvía todo, y Tomek agradeció tener a un amigo con él, alguien que sabía lo que hacía. Warren, mientras tanto, parecía relajado, como pez en el agua. Trotaba a su ritmo habitual, con la cabeza erguida, iluminando el camino unos metros por delante en todo momento. Sus pies golpeaban la arena metódicamente. Se había adaptado al ritmo de la carrera con facilidad, mientras que Tomek trataba de luchar contra él a cada paso.

Le costó otros cientos de metros entrar en el ritmo, y a mitad del camino, finalmente encontró su cadencia. A partir de ese momento, fue capaz de seguir el ritmo de Warren, y corrieron hombro con hombro, salpicándose mutuamente las piernas con los restos de la marea. Trotaron en silencio, concentrándose en su destino y en el ritmo de su respiración.

Poco más de treinta minutos después, llegaron. Las profundas zanjas en la playa les habían obligado a serpentear alrededor, añadiendo otra milla a su recorrido. Cuando la silueta del puerto finalmente apareció a la vista contra el fondo negro, las rodillas de Tomek parecían de gelatina. Andar pesadamente por la arena blanda y el barro había sido más duro para sus músculos de lo que había esperado. Necesitaba sentarse. Pero no había tiempo. Antes de partir, Warren le había recalcado la importancia de ser lo más rápido

y eficiente posible. Según sus cálculos, tenían poco más de treinta minutos antes de que tuvieran que regresar y evitar la presencia inminente de la marea. Normalmente, les daba menos tiempo a sus clientes. Pero, gracias a la justificación de Tomek para estar allí, se le había concedido más.

Jadeando fuertemente, Tomek se dobló y apoyó las manos en las rodillas.

—Me alegro mucho de que estuvieras conmigo para esto —dijo —. No habría tenido ni idea de adónde iba.

—Empiezo a tener dudas sobre cobrarte —respondió Warren mientras se acercaba, agarraba la mano de Tomek y lo levantaba—. Necesitas ponerte de pie y abrir el pecho si quieres recuperar el aliento. —Luego le dio una palmada en el estómago, más rechoncho de lo normal—. Y respira desde el estómago. Llenarás más tus pulmones.

Tomek hizo lo que le dijeron, y en pocos minutos, se sintió normal de nuevo. Los hombres de cuarenta años no debían hacer ese tipo de ejercicio, especialmente considerando que no lo habían hecho en meses. (Y la carrera que habían dado el día anterior había hecho poco para prepararlo).

Poniendo las manos en las caderas, Tomek examinó el puerto. Era más grande de lo que esperaba, pero con ese nivel de luz, era casi imposible buscar por el lugar. Y la linterna frontal solo podía hacer tanto.

Mientras esperaban a que el sol asomara por el horizonte, Tomek imaginó los acontecimientos que habían llevado a la muerte de Morgana. Warren había señalado el lugar donde habían encontrado su cuerpo, y Tomek se la había imaginado de pie allí, esperando en el frío, encogida contra el viento y la lluvia. Luego había aparecido una figura. Los dos habían comenzado a hablar, en voz baja, amistosamente al principio. Entonces algo había cambiado. Las cosas se habían acalorado. Alguien había lanzado un puñetazo, fallando. Luego Morgana había sido empujada a la arena. Se había producido una pelea. Ella se había defendido de su atacante, pero había sido inútil. Él la había dominado, era más fuerte que ella, y había usado todo su peso para empujarla hacia abajo. Para

ahogarla. Tomek imaginó la lucha de Morgana: cara sumergida bajo la línea del agua, burbujas escapando de su boca mientras gritaba a su asesino que se detuviera, sus manos golpeando la cara del atacante, *fallando*, también, ya que no se encontró evidencia de ADN bajo sus uñas.

Quien la había matado lo había hecho rápida y eficientemente, sin dejar rastro alguno.

Veinte minutos después, el sol finalmente hizo acto de presencia, dando vida a los alrededores. Ahora Tomek podía ver claramente el puerto y todas sus complejidades. El único problema era que solo les quedaban diez minutos para explorarlo.

Tomek no sabía qué esperaba encontrar, si es que encontraba algo. Existía la posibilidad muy real y preocupante de que fuera demasiado tarde. Que cualquier cosa que hubiera sido dejada inadvertidamente por el asesino ya hubiera caído víctima de la tormenta y la marea furiosa, incluido el teléfono de Morgana.

Tomek vadeó el pequeño foso de agua hasta que le llegó a las rodillas. Luego alcanzó por encima de su cabeza, sus dedos buscando una ranura o un remache, algo para asegurar su agarre en el hormigón. Cuando lo encontró, apoyó el pie en el muro y se impulsó hasta la parte superior del puerto. No podía imaginar la fuerza necesaria para subir a otra persona allí, y mucho menos un cuerpo sin vida. Andrei y los Redgrave, e incluso la propia Morgana, habían tenido suerte de tener a Warren allí con ellos.

Tan pronto como Tomek trepó a la cima, se encontró con una abrumadora sensación de decepción. El interior del puerto estaba dividido en gigantescos cuadrados huecos, tres por cuatro como una nueva versión del Sudoku. Miró hacia abajo. El agua lamía suavemente el interior de la estructura.

Pero no había nada. Nada flotando allí, nada encajado en ninguno de los recovecos y agujeros que se habían formado a lo largo de las décadas.

Toda esperanza de encontrar algo había desaparecido por completo.

—¿Y dices que aquí es donde subisteis su cuerpo? —gritó Tomek a Warren, que estaba abajo.

—Justo donde estás de pie.

—¿Y luego qué?

—Los chavales estaban gritando, lo que dificultaba la concentración. Intentamos reanimarla, pero Andrei ya lo había intentado. Luego llamé a la guardia costera porque tenía mi walkie-talkie conmigo, y esperamos. Al principio abajo, pero luego, cuando subió la marea, nos movimos más hacia arriba. Después de unos diez minutos de espera, Andrei y yo subimos a ese pilón y empezamos a agitar los brazos para que nos vieran.

Tomek se volvió hacia el pilón. Su luz roja brillante seguía parpadeando cada pocos segundos. Mientras se dirigía hacia él, su teléfono vibró en el bolsillo de sus pantalones cortos.

Era Rachel.

Contestó.

—Buenos días, sargento —dijo ella—. Espero no haberte despertado.

—En absoluto.

Una ráfaga de viento sopló a través del teléfono.

—¡Joder! ¿Dónde estás?

—Al pie del Puerto Mulberry. Congelándome las piernas y el culo. —Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había sentido la mitad inferior de su cuerpo desde que habían llegado—. ¿Qué ocurre? ¿Qué es tan importante que has tenido que llamarme durante mi período de meditación?

—Algunos hemos estado trabajando toda la noche para reunir pruebas contra Mariusz —explicó Rachel, con un toque de sarcasmo —. Mientras tú meditabas, Lorna acaba de informar que ha encontrado pruebas de ADN bajo las uñas de Andrei Pirlog.

—¿De quién?

—Andrei Pirlog —dijo ella—. El tipo que encontraste en la bañera.

—No, él no. Sé quién es. Me refiero a, ¿de quién es el ADN?

Una suave risita.

—Sé a qué te referías. Estaba bromeando. Creo que necesitas volver a meditar, todavía tienes la cabeza embotada.

Tomek suspiró. La sensación en sus piernas empeoró mientras el viento seguía azotándolo.

—¡Dímelo ya! —gritó al auricular.
—El ADN bajo las uñas de Andrei Pirlog pertenece a Mariusz.

CAPÍTULO
TREINTA Y CUATRO

La sonrisa de satisfacción en el rostro de Tomek mientras deambulaba por la sala de investigación era de pura reivindicación. Y por la expresión de Victoria, ella no deseaba otra cosa en ese momento que borrársela de un plumazo.

Sus primeras palabras hacia ella no hicieron nada para disminuir ese deseo.

—¿Qué decías sobre que la muerte de Andrei fue un suicidio? Me dio la impresión de que estabas lo suficientemente segura como para apostar tu casa a ello.

—¿Qué decías *tú* sobre que Mariusz no tenía nada que ver con el asesinato de Morgana? —replicó Victoria.

—Todavía no sabemos eso con certeza.

—Las causas de muerte son las mismas.

Tomek se encogió de hombros.

—Eso no demuestra nada. El ADN prueba que mi teoría era correcta. La tuya sigue siendo solo una teoría.

—Basta ya.

—Solo digo lo que pienso.

—Pues no lo hagas. A nadie le interesa lo que tengas que decir.

Tomek había escuchado eso tantas veces en su vida que estaba empezando a creer que podría ser cierto. Pero cuando acababa de ser demostrado que tenía razón de esa forma, ¿cómo iba a callarse?

—¿Dónde está Mariusz ahora? —preguntó Tomek, de repente consciente de que había otras personas en la sala.

Martin Brown respondió señalando la pantalla plana de televisión en la pared adyacente. Tomek había estado tan absorto provocando a Victoria que ni siquiera había notado al hombre en la pantalla, sentado en una sala de interrogatorio, con un abogado presente. Frente a él estaban Sean y Oscar.

—Llevan veinte minutos —añadió Martin—. Justo a tiempo. Está a punto de enterarse de lo del ADN.

Cautivado, Tomek acercó una silla de la mesa, con su atención completamente absorta en la pantalla.

—¿Reconoces a este hombre? —preguntó Sean a Mariusz, y deslizó una foto de Andrei sobre la mesa—. Este hombre fue asesinado en su piso en Southend hace unos días. ¿Lo reconoces?

—No... sin comentarios —respondió Mariusz, receloso.

Inmediatamente, Tomek captó la vacilación en su voz. El hombre en la pantalla era completamente diferente al que había tenido enfrente apenas veinticuatro horas antes. Sus hombros estaban caídos, su espalda arqueada en forma de joroba, y su cabeza inclinada hacia abajo. Jugueteaba con sus dedos, y movía la pierna vigorosamente. Tomek no había notado nada de eso. Antes, había sido un modelo de compostura. Pero ahora, estaba lleno de miedo. Tomek sospechaba que no se debía enteramente a la imagen frente a él. Tomek sospechaba que había algo más que lo provocaba.

—Su nombre es Andrei Pirlog —continuó Oscar—. ¿Reconoces ese nombre?

—No... sin comentarios.

Mariusz era incapaz de apartar la mirada de la foto que tenía delante. La observaba intensamente, como si le estuviera hablando.

—Tenemos motivos para creer que lo conoces —dijo Oscar—. De hecho, tenemos motivos para creer que también sabes dónde vive. ¿Estás seguro de que nunca has visto a este hombre antes?

—Yo... no sé qué decir. Yo... yo... —Mariusz se volvió hacia su abogado. El hombre sentado a su lado levantó ligeramente la mano, y luego la bajó. A su vez, la respiración agitada de Mariusz se estabilizó, y dijo—: Sin comentarios.

—Interesante —Era el turno de Sean de tomar las riendas—. Esta mañana, encontramos tu ADN bajo las uñas de Andrei. También

encontramos parte de tu ADN en su cuarto de baño y alrededor de su garganta. Las pruebas sugieren que estabas allí cuando lo mataron. Tal vez fuiste tú quien lo mató.

—No... yo... —Otra mirada a su abogado—. Por favor, ayúdeme.

El hombre no ofreció ninguna respuesta.

—Deberías ayudarnos a nosotros, Mariusz —continuó Sean—. Ahora es el momento de contarnos qué pasó. Lo mataste, ¿no es así, Mariusz? —La voz de Sean imponía autoridad y atención en el pequeño espacio de la sala de interrogatorios—. Lo mataste y luego lo hiciste parecer un suicidio.

—No. Por favor. Yo no lo hice. Mi novia, ella... yo...

—¿Estabas trabajando con tu novia?

—¡No! Nunca. No.

—¿Tuvo ella algo que ver con el asesinato de Andrei? ¿Fue tu cómplice?

Mariusz negó frenéticamente con la cabeza.

—No. Debéis entender, ella no tuvo nada que ver con esto. Es inocente. Como yo. No sé qué hacer.

—Las pruebas indican lo contrario —interrumpió Oscar—. Las pruebas de ADN son irrefutables. No puedes esconderte tras ellas.

—¿Qué va a... Qué va a pasarme? —preguntó Mariusz.

De repente, su respiración acelerada se ralentizó, y su pierna dejó de moverse.

—Vamos a acusarte del asesinato de Andrei Pirlog —respondió Oscar—. Poco después, serás enviado a prisión donde permanecerás en prisión preventiva. ¿Hay algo más que quieras decir?

—Ayudadme. Por favor. No sé qué hacer. Mi novia. —La voz de Mariusz era inexpresiva, sin emoción, casi robótica. Inquietó a Tomek, erizándole los pelos de la nuca. Luego Mariusz añadió—: Yo no lo hice. Yo no maté a Morgana. Tenéis que creerme.

Lamentablemente para Mariusz, nadie en el equipo le creía. En cambio, todos iban a por él, todos ansiosos por encontrar las

pruebas que necesitaban para demostrar que él había sido quien ahogó a Morgana. Después de todo, como Victoria ya había señalado, si podía hacerlo con un hombre adulto en su bañera, entonces no tendría ningún problema en hacerlo con una mujer en medio de la playa abierta, rodeada de nada más que agua.

Todos en el equipo creían que Mariusz era responsable del asesinato de Morgana.

Todos excepto Tomek.

No sabía por qué, pero había algo que no le cuadraba. Que Mariusz hubiera ido al centro del estuario en busca del lugar perfecto para su proposición, encontrado a Morgana, la hubiera matado, huido de la escena, y luego asesinado a Andrei Pirlog de la misma manera. Las pruebas contra él por el asesinato de Andrei eran irrefutables. Tomek no podía negarlo. Las pruebas lo situaban en el baño en el momento de la muerte de Andrei. Y en cuanto a la motivación de su asesinato, era concebible que Mariusz lo hubiera seguido y lo hubiera matado por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Todo eso tenía sentido para Tomek. Pero lo que no tenía sentido para él era la conexión entre Mariusz y Morgana. Y por lo que habían confirmado sus investigaciones iniciales, no había ninguna.

Tomek intuía que tendría dificultades para convencer al equipo. A Victoria en particular.

Lo había intentado, poco después de que concluyera la entrevista, pero ella lo había rechazado, recordándole las pruebas contra Mariusz: varios testimonios de testigos presenciales, uno de los cuales ahora estaba muerto; una figura que coincidía con su descripción fuera de la propiedad de Airbnb de los Redgrave; y una coartada que tenía más agujeros que un colador. En resumen, no pintaba bien para el conductor de camiones.

Pero Tomek seguía convencido de que había algo más. Y si el equipo no estaba dispuesto a averiguar qué era, entonces tendría que hacerlo solo.

Pero primero, tenía que hacer una llamada.

Toda esa charla sobre prisiones y arrestos le había recordado una cosa. A una persona.

Nathan Burrows.

La carta.

Las cosas habían estado tan ocupadas con la investigación que se le había olvidado por completo llamar a la prisión. Después de salir de la sala de investigación, Tomek se escabulló a una pequeña habitación que normalmente se usaba para reuniones individuales y conversaciones privadas. O, si eras Rachel o Martin, un tiempo de tranquilidad para concentrarte en tareas importantes.

Tomek cerró la puerta suavemente y sacó su teléfono. Mientras se sentaba a la mesa, marcó la línea para HMP Wakefield. Esperaba que la llamada fuera rápida, pero la burocracia penitenciaria y los recortes presupuestarios habían acabado con esa posibilidad. El primer obstáculo fue el sistema automatizado robótico que le ofreció ocho opciones separadas. Luego, después de navegar por el primer conjunto de opciones, le dieron cinco más para elegir. Finalmente, después de avanzar a través del laberinto automatizado, pudo hablar con un ser humano.

—¿Es alguien del equipo de correspondencia dentro de la prisión? —preguntó, dudoso.

—No, has llegado al equipo equivocado, cariño —respondió la mujer con un fuerte acento de Yorkshire.

Joder. ¿Cómo podía ser tan difícil?

—¿Puede pasarme con ellos?

—Lo siento, cariño.

Entonces la línea se cortó. Tomek apretó el teléfono en su puño y rechinó los dientes.

Lo intentó de nuevo. En la segunda ocasión, consiguió llegar a la centralita principal.

A la tercera, lo logró.

—Por fin, joder —le dijo a la persona al otro lado de la línea.

—Perdona, colega —dijo la voz—. Hacen estas cosas difíciles a propósito, te lo juro. Ni siquiera creo que uno de esos de la NASA pudiera contactarnos a la primera aunque lo intentara.

Tomek se calmó inmediatamente, su frustración disminuyendo mientras escuchaba el tono melodioso del hombre tranquilizándolo.

—¿En qué puedo ayudarte?

Por una vez, fue agradable hablar con alguien por teléfono que no parecía odiar su trabajo. Era un cambio agradable comparado con algunos de los conglomerados y bancos con los que había hablado en el pasado.

—Me llamo DS Tomek Bowen, de la Policía de Essex. Visité la otra semana a un recluso llamado Nathan Burrows.

—Ah, el señor Burrows... Todos lo conocemos por aquí.

Eso hizo poco para aliviar los temores de Tomek.

—Bueno, a principios de esta semana, recibí una carta, entregada en mi domicilio, de Nathan.

—Entiendo.

—Lo que quiero saber es cómo averiguó mi dirección. Este hombre mató a mi hermano hace treinta años. No quiero que tenga fácil acceso a mi dirección. También sabe sobre mi hija y mi pareja, algo que ciertamente nunca le he contado. Esa información no se supone que sea de conocimiento público.

El hombre al otro lado de la línea hizo una pausa por un momento.

—¿Cuándo dices que viniste de visita?

Tomek se lo dijo.

—¿Y a qué hora?

—A las tres.

Otra pausa. Otro momento de espera.

—Acabo de revisar el registro del sistema de visitantes, y puedo ver que tus datos están aquí.

—¿Incluyendo mi dirección?

El hombre confirmó que su dirección particular estaba allí.

—Pero este es un sistema seguro. No hay manera de que él pudiera haber accedido a él.

—¿Qué hay de alguien de vuestro equipo? —preguntó Tomek, dándose cuenta de lo mal que sonaba la pregunta después de haberla hecho.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás sugiriendo que uno de nuestros guardias de prisión filtró tu dirección?

Era una posibilidad probable. Una que no estaba dispuesto a descartar por el hecho de que un trabajador actual de la prisión

tratara de convencerle de lo contrario.

—Sé que podrías pensar que todos somos corruptos, pero no es así —dijo el hombre, poniéndose repentinamente a la defensiva.

—Oye —respondió—, sé lo que es eso. Soy policía. Nos enfrentamos a ese tipo de críticas todo el tiempo. Viene con el territorio. Pero lo que quería decir es que tal vez alguien del servicio se lo dio inadvertidamente, sin darse cuenta. Quizás apartaron la vista del ordenador un momento y Nathan lo vio. O...

O alguien sobornado lo anotó y lo pasó por debajo de la puerta. Solo podía imaginar qué tipo de remuneración habría recibido el guardia. ¿Drogas, dinero? No haría falta mucho.

—Desafortunadamente, nuestros sistemas no me permiten ver quién, si es que alguien, ha accedido a tu información. Tendré que investigar esto más a fondo.

—¿Tú personalmente?

—Bueno, no. Quiero decir, alguien tendrá que investigar esto. Puedo preguntar por ahí mientras tanto.

Tomek estaba escéptico. Las posibilidades de que alguien admitiera haber filtrado su información privada y confidencial a un asesino convicto eran tan delgadas como el sobre en el que había llegado la carta. Y no creía que la persona responsable estuviera lista para hacer cambios repentinos en sus perspectivas profesionales y dar un paso adelante. Era una causa perdida.

—Cualquier cosa que puedas hacer para ayudar sería muy apreciada —dijo Tomek, masajeándose la frente.

—Estupendo. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?

CAPÍTULO
TREINTA Y CINCO

El resto de la tarde se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Tomek había pasado ese tiempo analizando la entrevista de Mariusz, viéndola una y otra vez. Después de la tercera revisión, seguía convencido de que había algo sospechoso. El único problema era que no sabía qué. La atmósfera en la oficina era de júbilo y triunfo. Habían atrapado a su hombre, y muchos iban a ir al pub para celebrarlo al final del día. Afortunadamente para Tomek, tenía una excusa.

Un trayecto de cuarenta minutos hasta la casa de sus padres para una cena que no le apetecía demasiado.

Tomek había optado por conducir. En parte porque conocía el camino, y en parte porque a Abigail no le gustaba conducir en la oscuridad. Durante el viaje, los tres se habían puesto al día sobre su jornada. La de Kasia, como siempre, había ido bien, y nada más. La de Abigail, de manera similar, había sido relativamente tranquila. No había habido noticias de última hora que reportar, ni historias emocionantes que compartir con la comunidad. Su rostro había resplandecido después de que Tomek le contara las noticias sobre Mariusz. Aunque le había pedido que mantuviera la información para ella por ahora. O al menos que esperara hasta que se compartiera oficialmente con el periódico.

—¿Por qué me haces esperar? —preguntó Abigail mientras él giraba el coche por un estrecho camino rural.

—No estoy convencido de que sea nuestro hombre —respondió.

—¿Tu sentido arácnido está cosquilleando?

—¡Puaj! —fue la respuesta de Kasia desde el asiento trasero. Su cara estaba iluminada con un pálido resplandor azul de su teléfono —. Eso es asqueroso. No digáis cosas así mientras estoy aquí. *Por favor*.

Tomek le lanzó una mirada ceñuda por el retrovisor. —Sabes que no es eso lo que quería decir, Kash.

—No, no lo sé. Sé cómo sois vosotros dos. Es asqueroso.

—Es natural —interrumpió Abigail—. Eres demasiado joven para involucrarte en ese tipo de cosas, pero es importante que lo sepas, y que sepas lo natural que es.

Tomek no podía creer lo que estaba oyendo. Lo último que quería ahora mismo era escuchar a su hija y a su novia tener la charla sobre sexo justo antes de reunirse con sus padres. Pero estaba demasiado atónito para decir algo.

—Sé cómo funciona todo esto —replicó Kasia con veneno—. No tienes que enseñarme nada.

—¿Entonces sabes sobre orgasmos y eyaculación?

—¿Qué?

—¡Abi! —gritó Tomek, y se giró hacia ella. Ella lo miró confundida, como si acabara de cruzar la línea de salida de una carrera y no supiera qué se suponía que debía hacer a continuación.

—¿Qué pasa? —preguntó Abigail.

—Tiene *trece* años.

—¿Y? Yo sabía sobre ese tipo de cosas cuando tenía esa edad. Es importante conocer tu cuerpo y sentirte lo suficientemente cómoda para explorarlo. Tengo un buen libro que puedes...

Tomek golpeó con la mano el volante. —Bien, es suficiente. No quiero oír una palabra más. Ni una palabra de ninguna de las dos hasta que lleguemos.

Afortunadamente, el resto del viaje solo duró diez minutos. Tomek seguía en estado de shock cuando salió del coche. Mientras los tres se dirigían a la puerta principal, se encendió una luz de seguridad, y Tomek vio dolor y ansiedad en el rostro de Kasia, y una sensación de orgullo en el de Abigail. Mientras tanto, el suyo era de shock y horror.

—¡Tomek, Kasia! —gritó su madre, Izabela, al abrir la puerta—. *Cześć*! —Se inclinó para abrazar a su nieta, luego se acercó para darle un abrazo a Tomek. Al separarse, lo miró con recelo—. ¿Estás bien? Estás muy pálido.

—Un poco avergonzado, pero estaré bien. —Entonces recordó a su novia, que estaba de pie incómodamente a su lado—. Mamá, esta es Abigail. Abigail, esta es mi madre.

—Un placer conocerla —dijo Abigail, mientras extendía la mano para estrechar la de Izabela.

—El placer es todo mío. —Izabela apartó la mano de Abigail y en su lugar la rodeó con sus brazos—. Somos de los que abrazan en esta familia —dijo—. Debo decir que eres muy guapa. Seguro que tienes montones de hombres cayendo a tus pies. ¿Qué te pasa? ¿Qué te hizo elegir a mi hijo?

El comentario provocó una pequeña risa de las chicas, pero Tomek fue el único que no se unió.

—Bueno, yo...

—¡No contestes realmente a la pregunta! —le dijo a Abigail, luego agarró a su madre por los hombros, la hizo girar y la condujo hacia dentro. Tan pronto como entró, se apresuró en busca de su padre, Perry. Él podría salvarlo de ser atacado por las tres mujeres más importantes de su vida.

Tomek lo encontró en la cocina, terminando de verter lo último de una botella de vino en cuatro copas separadas. —Espero que te guste el blanco —dijo Perry.

—Me conformo con lo que sea —respondió Tomek.

—No tú. Tu cita. —Perry miró por el costado de Tomek y extendió una copa para Abigail, que lo seguía de cerca. Una vez que se presentaron, sin lanzar más ataques verbales contra Tomek, Perry entregó una copa a cada adulto. Luego dirigió su atención a Kasia—. Y para la conductora designada de esta noche, una botella de cola Fentimans.

—¿Te acordaste? —El rostro de Kasia se iluminó.

—Por supuesto que sí.

—¡Vaya, gracias! Papá nunca me deja tomar esto.

—Porque cuesta una fortuna —respondió Tomek—. Quizás si aceptaras el trabajo que te conseguí en el zoo podrías comprar toda la Fentimans que quisieras.

—¿Un trabajo? ¿En un *zoo*? —La angustia en la voz de Izabela era palpable mientras masajeaba sus uñas perfectamente manicuradas en su cabello.

—No es un trabajo de verdad —respondió Kasia con un bufido—. Solo era la idea que tiene papá de una broma.

—Es bueno con esas —respondió Perry, dándole una palmada en la espalda a Tomek—. Creo que empecé a trabajar cuando tenía más o menos tu edad, Kasia. En un taller con uno de los hijos de los colegas de mi padre.

—¿Seguro que no fue en una chimenea? Todavía mandaban a niños a limpiarlas cuando tú tenías esa edad, ¿no?

Perry guiñó un ojo y le dio a Tomek un golpecito juguetón en el brazo. —¿Ves? Ahí está el sentido del humor de tu padre otra vez. No sé de dónde lo saca. Porque el mío es muy superior al suyo, ¿no crees, Kash?

—Sí —respondió Kasia mientras bebía su refresco—. El de papá es más vergonzoso que divertido.

—No paro de decirle que es mi trabajo. Siempre fue el tuyo conmigo.

—Pero siempre te lo tomabas tan en serio —dijo Izabela mientras colocaba su mano en el antebrazo de él—. Eras tan sensible. ¿Recuerdas aquella vez que lloraste cuando papá te dijo que tus ojos se volverían cuadrados si seguías mirando la tele y que finalmente se te saldrían de la cabeza?

—¡Tenía siete años! —Tomek negó con la cabeza y se volvió hacia Abigail, quien llevaba una enorme sonrisa en su rostro. Era evidente que se estaba divirtiendo. Que no se sentía incómoda en absoluto. Y que todo había sido a costa de él—. Mis padres, señoras y señores —añadió—, aterrorizando a un niño de siete años.

—No eras especial. Tus hermanos recibieron el mismo trato.

Y eso era precisamente. No era especial. No a los ojos de sus padres. No en comparación con sus hermanos. Nunca le habían hecho sentir que era el favorito durante su infancia. Como el más

joven, eso era lo que había anticipado. Era lo que todas las comedias y series de televisión te hacían creer. Pero no había sido su realidad. Y ese sentimiento solo se había intensificado tras la muerte de Michał.

Afortunadamente, alguien había propuesto otro tema de conversación —posiblemente Abigail, posiblemente su madre—, pero él no estaba prestando atención. Su mente se había desviado hacia pensamientos sobre Michał y Nathan Burrows. A la carta. A la conversación que habían tenido unas semanas antes.

Hablar sobre la muerte de Michał nunca terminaba bien entre los tres. Era un tema doloroso, por razones obvias, pero se agravaba por el hecho de que Tomek nunca había podido dar a sus padres, en particular a su madre, un cierre sobre lo que le había sucedido. La posibilidad de que un segundo asesino estuviera por ahí, evitando ser capturado después de todos estos años, y que nadie excepto Tomek pudiera identificarlo, había creado un abismo entre ellos. Tomek no creía una palabra de lo que Nathan había dicho. Sabía lo que había visto, y había visto a una segunda figura sobre el cuerpo sin vida de su hermano. Pero, ¿necesitaba su madre saber eso? ¿Podría arreglar las cosas y cerrar la brecha entre ellos finalmente admitiendo que todo había sido parte de su frágil e imaginación distorsionada después de tanto tiempo? ¿Le creería ella? ¿Le otorgaría finalmente el cierre que necesitaba después de más de treinta años de dolor?

Tomek no estaba tan seguro. Pero solo había una manera de averiguarlo.

Para la cena, Izabela había preparado el favorito de la familia: *pierogi*. Una comida sencilla que consistía en empanadillas rellenas de carne, servidas con una generosa cantidad de salsa.

—Para Abigail he preparado algo distinto, por si no te gustan —dijo Izabela con una cálida sonrisa.

—Estoy abierta a probar cualquier cosa —dijo Abigail mientras se llevaba uno a los labios con el tenedor.

El ruido que salió de su boca contradecía la expresión de su cara. Al igual que sus palabras. —Delicioso —dijo.

Todos en la habitación sintieron que estaba mintiendo, pero como ella, eran demasiado educados para decir algo.

Por un breve momento, comieron en silencio. No tardó mucho para que la conversación girara en torno al trabajo. Tomek había esperado que conocieran mejor a Abigail, pero habría tenido más suerte en la lotería.

—¿Tienes algún caso importante en este momento? —preguntó su padre.

—Solo un par.

—¿Alguno en el que podamos ayudar?

—Abigail ha hecho todo lo que necesitaba que alguien más hiciera.

—¿Ah, sí?

Tomek la empujó suavemente para que explicara. Era más seguro así. Ella solo podía transmitir la información que había obtenido de Tomek o Anna. De esa manera, no se filtrarían cosas importantes que ella aún no supiera.

Abigail terminó de masticar su bocado, dolorosamente, y dijo: —¿Sabéis de esa mujer que encontraron en el estuario el otro día?

—¿No?

—Bueno, la mataron a aproximadamente un kilómetro y medio de distancia. Ahogada. Publiqué la descripción del sospechoso.

—*¿Y?* —preguntó Perry, con los ojos fijos en Tomek.

—Hemos detenido a alguien relacionado con la muerte esta mañana —respondió Tomek sin expresión.

—¿Por qué siento que hay un "pero"?

—Porque no creo que lo hiciera él. Creo que tenemos al hombre equivocado o que alguien más estuvo involucrado de alguna manera.

Perry se rió entre dientes. —La historia de tu vida, ¿eh, chaval?

Tomek se mordió el labio inferior. Había esperado el comentario de su madre, pero no de su padre. Quizás por eso Perry lo había dicho, porque sabía que Tomek no respondería.

—Hablando de eso —comenzó Tomek, aclarándose la garganta—. El otro día fui a ver a Nathan.

—¿Nathan? —repitió Perry—. ¿Quién es Nathan?

—No lo hiciste... —dijo Izabela, su voz inusualmente profunda.

—Sí lo hice, mamá.

—¿Quién es Nathan? —preguntó Perry, pero nadie respondió.

La conversación entre Tomek y su madre continuó.

—¿Por qué harías eso? ¿Cómo pudiste?

—Necesitaba saber.

—No así. Él no se merece eso.

—¿Alguien va a decirme quién es Nathan? —preguntó Perry.

El sonido de un tenedor golpeando la mesa distrajo a todos. —¡La persona que mató a Michał!

Todas las miradas se volvieron hacia Kasia. Tanto su cuchillo como su tenedor estaban sobre la mesa, dejando manchas de salsa a través del mantel perfectamente blanco y recientemente planchado.

—Gracias, Kasieńka. —Perry se volvió hacia Tomek, su rostro sombrío—. ¿*El* Nathan? ¿En serio? ¿Por qué fuiste allí?

—Como he dicho, necesitaba saber. Necesitaba respuestas.

—¿Y las obtuviste?

Tomek bajó la mirada, luego la levantó hacia Kasia, luego hacia Abigail, antes de finalmente volver a sus padres.

—Sí.

—¿Vas a contárnoslo, o vas a hablar con acertijos?

Tomek inhaló profundamente, lentamente. —No había nadie —dijo—. No había otro asesino. Me dijo que lo había entendido todo mal. Todos estos años había estado en mi cabeza.

CAPÍTULO
TREINTA Y SEIS

Tomek se despertó sobresaltado.

No porque estuviera teniendo una pesadilla. No porque estuviera evocando en su mente imágenes de Nathan Burrows y del segundo asesino. Sino porque su teléfono comenzó a sonar junto a su cabeza. Sonaba como un disparo, vibrando sobre el mueble de IKEA.

Con los ojos entreabiertos, alcanzó el dispositivo. Vio el nombre de Sean en la parte superior de la pantalla. Gruñó. Eran casi las seis de la mañana. Su alarma debía sonar dentro de veinte minutos. Pero algo le decía que no podría volver a dormirse después de la llamada.

—¿Sí? —dijo.

—Buenos días, campeón —llegó la respuesta irritantemente alegre—. No te habré despertado, ¿verdad?

—¿Vuelan los aviones en el cielo?

—¿Qué? Ah. Ya lo pillo. Buena esa. Muy ingenioso.

—No es mi mejor respuesta. Pero, ¿qué puedes esperar cuando acabo de despertarme?

Mientras lo decía, Abigail se movió a su lado. Normalmente tenía el sueño ligero y se había despertado con varias de sus alarmas desde que habían empezado a salir, pero las tres copas de vino y varios platos de comida habían acabado con esa costumbre. Se deslizó fuera de la cama y se escabulló hacia el salón.

—¿Me va a gustar lo que estoy a punto de escuchar? —preguntó.

—Probablemente no. Mariusz Stanciu está muerto. Asesinado. Lo mataron en su celda anoche.

CAPÍTULO
TREINTA Y SIETE

Según el informe de los guardias de la prisión, Mariusz había sido declarado muerto a las 22:39, aproximadamente diez minutos después de haber sido encerrado en su celda para pasar la noche. La causa de la muerte se había atribuido a apuñalamiento. Treinta y ocho veces. Su asesino había escapado de su celda, reducido a los guardias y se había colado en la celda de Mariusz. Mariusz estaba solo, adaptándose a su nueva vida en prisión sin nadie que le consolara, cuando el asesino irrumpió. Para cuando los guardias reaccionaron y encontraron otra llave, unos tres minutos después, Mariusz ya se había desangrado y yacía muerto en el suelo. Mientras tanto, su asesino estaba de pie al fondo de la celda, con la cara presionada contra la pared y los brazos en alto como si lo estuvieran deteniendo por primera vez. Se estaba entregando, admitiendo la derrota. Pero eso no impidió que los guardias lo aplastaran contra la pared, siete cuerpos armados estrujándolo contra el hormigón. Ni tampoco les impidió golpearlo repetidamente con sus porras y arrojarlo al suelo como si fuera un trozo de carne.

El hombre se llamaba Denis Danyluk y actualmente cumplía cadena perpetua por asesinato.

Victoria había enviado a Tomek y Sean a entrevistarlo. Como las figuras más corpulentas e imponentes físicamente del equipo, eran los candidatos perfectos para el trabajo. También ayudaba el hecho de que compartieran el puesto de segundo al mando después de ella.

Les acompañaron a una pequeña sala vacía que a Tomek le recordaba a las salas de interrogatorio de la comisaría. En el centro había una mesa pequeña, apenas lo suficientemente grande para una persona, mucho menos para tres. Desplomado en su silla, frente a ellos, había un hombre calvo, corpulento y fornido, con hombros casi tan anchos como la mesa. Mostraba una expresión de profundo desagrado en su rostro. Sobre su ojo izquierdo tenía una laceración de unos cinco centímetros de largo que parecía haber llegado hasta el hueso. Sus ojos tenían el color del techo, y su nariz estaba rota en al menos dos sitios. Denis no tenía sobrepeso, pero tampoco lucía precisamente un cinco por ciento de grasa corporal. A pesar de vivir en una prisión las veinticuatro horas del día, parecía que comía bien, muy bien.

Cuando se acercaron, Denis se levantó de la silla y extendió su mano. Tomek se quedó desconcertado por el puro tamaño del hombre. Era como mirar a la cara a John Coffey de *La Milla Verde*. Ahora entendía por qué ellos dos eran los más indicados para el trabajo. Adoptó una expresión valiente.

—Me llamo Denis —dijo, con un fuerte acento de Europa del Este —. Es un placer conoceros. Os estaba esperando.

Ni Tomek ni Sean optaron por estrecharle la mano. En su lugar, sacaron sus sillas y se sentaron. En las esquinas superiores de la sala, unas luces rojas parpadeaban mientras las cámaras de vídeo grababan cada uno de sus movimientos. Era un consuelo insignificante saber que la protección estaba a solo unos segundos, aunque, dado el tamaño del hombre, Tomek estaba seguro de que podría despacharlos a ambos antes de que llegaran los refuerzos, y aún le sobraría tiempo para ponerse de cara a la pared con las manos en alto.

—Necesitamos que nos cuentes todo lo que ocurrió antes de la muerte de Mariusz —dijo Sean.

Denis se encogió de hombros. —Es simple. Entré en su celda. Luego lo maté.

—¿Cómo entraste en su celda?

—El guardia entró. Le robé la llave.

—¿Cómo?

—Se la quité al guardia.

—¿Y?

—Fingí que tenía problemas estomacales.

—¿Después qué?

—Robé la llave, entré en la celda de Mariusz y lo maté.

—¿Cómo?

Sin decir nada, Denis se apartó de la mesa y se puso de pie. Tomek se tensó inmediatamente, preparándose para un altercado. Pero no ocurrió. En vez de eso, Denis procedió a representar cómo había matado a Mariusz.

—Entré corriendo —comenzó—, lo agarré de la camisa, luego lo empujé contra la pared. Entonces lo apuñalé. Treinta y ocho veces. Las conté. Una por cada año de vida de Morgana. Ya estaba muerto cuando cayó al suelo. Después tiré el cuchillo y me puse junto a la pared. Así. —Denis pegó su cuerpo contra un lado de la pared y puso las manos sobre su cabeza.

—Poco después llegaron los guardias. ¿Es correcto?

—Eso es correcto —respondió Denis, hablando contra la pared.

—Puedes volver ahora —dijo Tomek.

Una risa profunda. —Perdonadme. Estoy acostumbrado a estar en esta posición.

Tomek no lo dudaba. Tampoco dudaba de la versión de los hechos del hombre. Coincidía con lo que había leído en el informe. Que había irrumpido y lo había matado sin un momento de vacilación. Que había sido premeditado. Que Denis había sabido que Mariusz iba a ingresar en la prisión y sabía en qué celda estaría.

Las preguntas que rondaban la mente de Tomek eran cómo y por qué.

—¿Por qué lo mataste? —preguntó una vez que Denis volvió a su asiento.

—Venganza.

—¿Venganza por qué?

—Porque él mató a Morgana.

—¿Por qué debería afectarte eso?

—Porque es mi hermana.

CAPÍTULO
TREINTA Y OCHO

La noticia había dejado a Tomek sin palabras, y había necesitado tiempo para procesar la información, pero no era tiempo que pudiera permitirse perder. Por suerte, Sean acudió a su rescate y condujo el resto de la entrevista hasta que Tomek recuperó la compostura suficiente para unirse a él. No podía creerlo. O mejor dicho, no lo creía.

Era la primera vez que Tomek y el equipo oían que Morgana tuviera familia aparte de su marido, y mucho menos un hermano que estaba en prisión. No había aparecido en ninguna de sus investigaciones, declaraciones de testigos ni pesquisas. No había existido. Pero ahora sí. Quizás era así como Morgana lo había querido. Quizás estaba tan disgustada y decepcionada con las acciones de su hermano que lo había apartado completamente, lo había encerrado en su mente y había tirado la llave, ordenando a todos que hicieran lo mismo. No sería lo peor que podría haber hecho.

Sean había cuestionado la validez de sus afirmaciones. Pero, para contrarrestar eso, Denis había accedido a proporcionar una muestra de ADN, y para cuando Tomek y Sean se marcharon, ya la tenían embolsada y lista para ser enviada a analizar. Solo el tiempo diría si Denis estaba diciendo la verdad.

Independientemente de eso, el hombre había matado a Mariusz, lo había masacrado, y por ello, se enfrentaba a una condena aún más larga. Sumada a su condena actual, parecía que Denis nunca

saldría de prisión. Ya estaba dentro por el asesinato de un hombre de veinticinco años en un incidente de homicidio aleatorio, era obvio que Denis moriría entre las cuatro paredes de su celda. Y no había nada que pudiera hacer para cambiar ese hecho. Ninguna cantidad de pruebas de ADN, ningún número de confesiones.

Cuando entró en la sala de incidencias, cuarenta minutos después, la mente de Tomek bullía con ideas y pensamientos. Necesitaba procesarlos todos, y antes de hacer cualquier otra cosa, se dirigió directamente a su escritorio y comenzó a anotarlos en un bloc. Cuando terminó, las notas eran apenas legibles:

Morgana
Iliana
Conexión Denis y Mariusz - ¿qué los conecta?
Denis - ¿organizándolo todo desde prisión?
Mariusz y Andrei - ¿conexión?
¿Quizás no hay vínculos en absoluto?
¿Aleatorio?
Andrei, dirección de Andrei - Mariusz
¿Conexión?

Durante un largo momento, Tomek se quedó mirando la lista. Hasta que las palabras perdieron su significado, no eran más que garabatos y líneas en una página. En su cabeza, todo tenía sentido, pero faltaba algo. Algo en el fondo de su mente que no podía alcanzar, no podía agarrar y lanzar a la página.

Miró la lista un momento más.

La indecisión se apoderó de él, y de repente no tenía ni idea de por dónde empezar.

Afortunadamente, la decisión fue tomada por él.

—Sargento —le llamó un dubitativo Chey.

—¿Sí, señor Pepper?

—Llámame doctor.

—No. No voy a hacer eso.

Chey se encogió de hombros y dijo:

—Te estás perdiendo un bromista de primera calidad.

—Me arriesgaré. ¿Para qué me necesitas?

Chey sacó la silla junto a Tomek y se dejó caer en ella. Mientras cruzaba una pierna sobre la otra, dijo:

—Estaba mirando...

—Ten cuidado dónde miras y a quién, colega. No quiero que te arresten por mirón.

—Qué gracioso. Pero no me refería a eso. Lo que quería decir es que estaba *pensando*...

—Algunos dirían que eso es aún más peligroso.

La emoción inicial en el rostro de Chey fue disminuyendo gradualmente a medida que Tomek la drenaba de él.

—Lo siento —dijo, dándole un puñetazo juguetón en el brazo al agente—. Solo estoy bromeando, activando los jugos creativos, eso es todo. Tienes toda mi atención.

Chey parecía inseguro.

—Bueno, mientras estabas fuera, el equipo ha estado investigando a Denis, averiguando todo lo que puede. Pero yo quería seguir un poco más con Mariusz.

—Vale.

—He estado revisando las grabaciones de las cámaras de seguridad a lo largo del paseo marítimo de nuevo, tratando de encontrar cualquier señal de él en torno a la hora del asesinato de Morgana. Incluso miré las grabaciones de la mañana para ver si podía encontrarle saliendo para matar a Morgana.

—¿Y?

—Sigue sin haber nada.

—¿Hemos encontrado alguna conexión entre Mariusz y Morgana? —preguntó Tomek. Su mente estaba tratando de borrar los pensamientos e ideas anteriores y empezar de nuevo con la información de Chey.

—No, pero el equipo sigue buscando.

—De acuerdo. ¿Hay algo más, o eso es todo lo que has venido a decirme?

Chey negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Encontré algo que creo que te podría parecer interesante.

Tomek se frotó las manos.

—Continúa.

—Bueno, estaba pensando en algo que dijiste sobre la figura fuera del Airbnb de los Redgrave. ¿Cómo pudo la figura, suponiendo que fuera el asesino, haber conseguido esa información? Solo está disponible en nuestros sistemas, o conocía a los Redgrave lo suficientemente bien como para saber dónde se alojaban. La única persona que encaja en ese perfil es Warren Thomas.

Tomek se removió incómodo en su asiento.

—Pero entonces no encaja con el perfil y la descripción que todos dieron sobre el atacante. Quiero decir, yo *he visto* a Warren, y se *notaría* la diferencia entre él y Mariusz. Así que eso me hizo pensar. La otra posibilidad es que de alguna manera accediera a la dirección de los Redgrave a través de nuestros sistemas.

—¿O les siguió a casa después de que dieran sus declaraciones en la comisaría? —dijo Tomek.

Chey chasqueó los dedos formando una pistola.

—Esperaba que dijeras eso. De hecho, sabía que lo harías. Te puedo leer como un libro, sargento. En realidad, fuiste tú quien me dio la...

—¿Decías? —interrumpió Tomek.

—Sí. Claro. Perdona. Esperaba que dijeras eso porque investigué la implicación de Mariusz con Andrei. De nuevo, por lo que podemos deducir, no hay relación directa ni conexión entre los dos.

—Lo que implica que Mariusz mató a Andrei porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Correcto, sí. Esa es la implicación, al menos. Y la única manera en que podría haber averiguado dónde vivía Andrei es o bien accediendo a la información en nuestros sistemas, o...

—O seguir a Andrei a casa después de su declaración como testigo.

Otra pistola con los dedos.

—¡Exactamente! Así que, gracias a tu sabia e inspiración profesional, miré las grabaciones de CCTV de la comisaría en torno a la hora en que vino a dar su declaración y a la hora en que se fue. También miré las cámaras de los alrededores de su piso encima del restaurante chino poco después, comparando cualquier coche que

hubiera salido de la comisaría y hubiera pasado por la cámara más cercana.

—¿Y? —Tomek se sintió inclinándose ligeramente hacia delante.

—Y nada.

—¿Qué quieres decir con nada?

—No hay ni rastro de Mariusz fuera de la comisaría. Tampoco pude encontrar descripciones o matrículas coincidentes de vehículos tanto aquí como en el piso de Andrei, lo que significa que tampoco le siguieron a casa en coche.

—Entonces, ¿cómo supo Mariusz dónde vivía Andrei? —preguntó Tomek, aunque volvió a sumirse en profundos pensamientos.

—¿No es obvio?

Lo era. Pero Tomek necesitaba considerar las implicaciones.

—Es la segunda posibilidad —continuó Chey—. Mariusz consiguió acceder a la información de nuestros sistemas. O alguien lo hizo por él.

Tomek se volvió lentamente hacia él, con los ojos abiertos de par en par por la consternación.

—¿Sabes... sabes quién?

Chey no fue capaz de ocultar la excitación en su rostro.

—Estaba esperando hasta que volvieras, sargento —dijo—. Victoria me dio otra tarea para centrarme mientras estabais fuera.

Tenía sentido.

Tomek miró hacia el escritorio de Chey.

—¿Lo tienes abierto ahora?

Chey asintió. Tomek se levantó de su silla antes que Chey y se apresuró hacia su escritorio. Se golpeó repetidamente la muñeca, como para apremiar al joven.

El agente percibió la urgencia y se saltó los últimos pasos. En su asiento, inició sesión en su ordenador y cargó la pantalla. En la parte superior había una pequeña barra de búsqueda. Chey introdujo el nombre de Andrei Pirlog y pulsó enter.

Un momento después, apareció un pequeño registro en la pantalla. Los ojos de Tomek escanearon rápidamente la información, mirando primero las fechas y luego el nombre de la cuenta que había accedido a su archivo.

Y entonces lo vio.

CAPÍTULO
TREINTA Y NUEVE

Afortunadamente, Tomek no reconoció el nombre en la pantalla. No quería ni imaginar cómo habría sido la conversación si hubiera sido alguien del equipo. Que alguien a quien conocía íntimamente hubiera filtrado la información privada de Andrei a un asesino.

El nombre que apareció en la pantalla pertenecía a un tal Gavin Barker.

Una rápida búsqueda del nombre de Gavin en la base de datos interna de la policía reveló que trabajaba para el equipo de Seguridad Policial, en la misma oficina que el Comisionado de Policía, Bomberos y Crimen, Brendan Door. Al ver el nombre del CPBC, la mente de Tomek comenzó a dar vueltas. Unas semanas antes, Brendan, junto con algunos de los individuos más respetados y elitistas de la ciudad, incluyendo al diputado local, el alcalde, un prominente empresario y el director del periódico de Abigail, el *Southend Echo*, habían sido acusados de tráfico de mujeres procedentes de Europa del Este para utilizarlas como objetos de placer en sus decadentes y depravadas reuniones en su exclusivo club de miembros en el corazón de Southend, y actualmente estaba en prisión preventiva mientras la investigación avanzaba.

Tomek y Chey estaban sentados pacientemente en una pequeña área de recepción. Estaban posados en un par de asientos incómodos hechos de un material áspero que le recordaba a Tomek el sofá de sus abuelos en Polonia. Detrás del mostrador había una mujer que parecía el tipo de persona que perdería el control en caso

de una prueba de seguridad contra incendios, alguien que sería la primera en gritar y salir corriendo por la ventana si la situación lo requiriera: ligeramente neurótica y tensa. Tan pronto como se dio cuenta de quiénes eran Tomek y Chey, y para qué estaban allí, cogió inmediatamente el teléfono y marcó el número de Gavin, ansiosa por contactarle, disculpándose profusamente mientras esperaban.

Cinco segundos para que respondiera.

Cinco minutos para que apareciera.

Gavin era un hombre pequeño y discreto, con una boca grande y un peinado corto y de punta que requería demasiada gomina, y que no había estado de moda desde principios de los años 2000. A pesar de su tamaño, tenía un apretón de manos formidable.

—¿Confío en que esto será rápido? —preguntó mientras bajaba las manos a los costados.

—Probablemente no —respondió Tomek—. Tal vez deberías considerar cancelar cualquier cita o reunión que tengas programada.

Sin decir nada, Gavin giró sobre sí mismo y salió disparado a través de un conjunto de puertas dobles. Su oficina estaba a poca distancia, pero el hombre les llevaba mucha ventaja, y para cuando le alcanzaron, Gavin ya estaba sentado detrás de su escritorio, esperándolos como un director de colegio que espera a un par de alumnos que han hecho novillos.

—Si esto es sobre la investigación de Brendan, ya he respondido a todas las preguntas que había que responder al respecto.

—Solo tenemos unas pocas más, si nos lo permites.

—¿Permitíroslo? ¿Qué se supone que significa eso?

—Solo tenemos algunas preguntas más que requieren respuestas.

—Ya os lo he dicho, he hablado de todo lo que hay que hablar sobre Brendan.

—¿Quién ha dicho algo sobre Brendan?

—¿Vosotros...? —Ahora parecía inseguro de sí mismo.

—No, nosotros no. Si eso es lo que te dijo la recepcionista, entonces lo siento, pero te han informado mal.

—Si no se trata de él, ¿entonces de qué se trata?

—Creo que lo sabes.

Tomek se posó en el borde de la silla, colocó una mano sobre la mesa y luego hizo un gesto a Chey. El agente metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel.

—¿Has oído hablar del cuerpo que encontraron en el puerto de Mulberry el otro día?

Los ojos de Gavin saltaron entre Tomek y Chey. —Creo que vi algo al respecto —Su voz era temblorosa, nerviosa, como si supiera hacia dónde se dirigía esto.

—Bueno —dijo Tomek—, poco después de que todo eso ocurriera, uno de los testigos clave fue asesinado. Pero no digas nada, estamos manteniendo esta parte bastante en secreto. Es una pena, porque era un tipo realmente agradable. Como la mujer, nos fue arrebatado demasiado pronto. ¿Puedes creer que el cabrón que lo hizo se presentó de la nada?

—De la nada —repitió Chey.

—Bueno, no exactamente de la nada. Tuvo una pequeña ayuda del *Southend Echo*. Después de que publicaran su descripción al público, se sintió obligado a presentarse, ¿entiendes? Pero esa no es la única ayuda que tuvo nuestro asesino, ¿verdad, Chey?

—No, sargento.

—No, señor —continuó Tomek, negando con la cabeza—. Verás, Gavin, alguien le dio al asesino la ubicación del testigo ocular. ¿Puedes creerlo? —Tomek se acercó más. Gavin se sintió obligado a hacer lo mismo. Las líneas de sus ojos se habían arrugado y su frente se había fruncido. Tomek pensó que también vio una gota de sudor formándose en el borde de su línea de cabello cada vez más delgada.

—Y... la cosa loca es... —continuó Tomek. La aprensión en el rostro de Gavin creció—. Vino de algún lugar de *esta* oficina.

El alivio en el rostro de Gavin fue tan repentino y contundente que Tomek casi lo sintió en su mejilla.

Tomek bajó la voz. —Y creemos que *tú* podrías ayudarnos a averiguar quién...

Los ojos de Gavin se abrieron de par en par. —¿Crees... crees que alguien de esta oficina filtró la dirección de alguien a un... a un asesino?

—Oh, sí.

—¿Y crees que puedo ayudarte a averiguar quién podría haberlo hecho?

—Sí, pero vamos a necesitar que seas extremadamente discreto sobre todo esto. No podemos permitir que se corra la voz. Hay gente peligrosa en este mundo. Es una jungla ahí fuera, y quién sabe de qué son capaces.

—Claro. Sí. Entiendo. Eso es... eso es interesante. Muy interesante. —Gavin se sumió repentinamente en sus pensamientos, golpeando su barbilla, girando la cabeza lejos de Tomek—. ¿Tenéis... tenéis alguna idea de quién podría ser?

—Tim de contabilidad.

—¿Tim de contabilidad? ¿De verdad? Yo... nunca pensé que fuera capaz.

—Eso es porque no es real —dijo Tomek abruptamente—. No hay ningún Tim de contabilidad. Nos lo hemos inventado. Pero tú no te inventaste la dirección de Andrei Pirlog, ¿verdad? La encontraste justo donde la necesitabas, y se la diste directamente a su asesino, ¿no es así?

El rostro de Gavin se contorsionó en un nudo de protesta. —¿De qué estás hablando? ¿Cómo te atreves a acusar...?

Tomek le silenció con el trozo de papel que había estado esperando para desvelar.

—Ese es tu nombre ahí mismo, ¿verdad? Y esa es la dirección IP de este mismo ordenador; no te preocupes, hicimos que el departamento de informática lo comprobara antes de venir. También revisamos tu calendario y las cámaras de seguridad del edificio, y todos indican que estabas justo aquí, sentado en este mismo escritorio cuando viste el perfil de Andrei en el sistema.

Gavin abrió y cerró la boca para hablar, pero no salió nada.

—No puedo creer que ibas a dejar que un hombre inocente, aunque ficticio, cargara con algo que no hizo. Pobre Tim de contabilidad. ¿No tienes vergüenza, Gavin?

—No podéis hacerme esto —respondió el hombre—. No tenéis pruebas.

—Acabo de mostrártelas. ¿Estás delirando?

—No, yo...

—¿Quién te pidió que filtraras la dirección?

—Nadie, yo...

—¿Quién te lo pidió?

—No lo sé. Solo recibí un mensaje de texto.

—¿Diciendo qué?

—Solo pedía la dirección. Eso fue todo.

—¿Todavía tienes el mensaje?

—No. Lo borré tan pronto como envié la información.

—¿Por qué? ¿Por qué tú?

—No lo sé. Yo... ojalá pudiera decíroslo.

—Estás mintiendo.

—¡No! ¡Te lo prometo, no estoy mintiendo!

—Entonces te sugiero que nos digas todo lo que necesitamos saber.

Por el rabillo del ojo, vio a Chey sacar un pequeño dispositivo de grabación de audio de su bolsillo y colocarlo sobre la mesa. Gavin lo estudió con desconfianza, y mientras hablaba, sus ojos se desviaban hacia él frecuentemente.

—Escuchad, yo... —comenzó, balbuceando incoherentemente, incapaz de expresar sus palabras. Inhaló bruscamente, se compuso —. Sé cómo se ve esto. De verdad, lo sé. Pero no hice nada malo. No lo hice. El otro día estaba en Leigh, caminando por Broadway con mi mujer y mis dos hijas, simplemente ocupándome de mis asuntos, cuando recibí este mensaje. Era de un número desconocido, con una fotografía de mi familia caminando por la calle. Debió tomarse unos cinco minutos antes. Estaban parados frente al Co-op, esperándome mientras yo había entrado en la tienda de regalos al otro lado de la calle. Miré alrededor para ver si alguien seguía allí, pero no tenía idea de a quién buscaba. Y además había mucha gente, así que no tenía ninguna posibilidad de encontrarlos.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Tomek.

—Algo así como: "Sabemos todo sobre ti, sabemos todo sobre tu familia. Responde con la dirección de un tal Andrei Pirlog" —no sé si lo estoy pronunciando correctamente...

—No creo que le importe —interrumpió Tomek—. Está muerto por tu culpa.

Gavin se estremeció ante el comentario pero continuó de todos modos. —"Danos la dirección de un tal Andrei Pirlog o mataremos a tu familia". Naturalmente, no iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada al respecto.

—Así que hiciste que mataran a otra persona en su lugar.

—¡Yo no maté a nadie! —Gavin golpeó la palma de su mano en la mesa. La única persona que se sobresaltó fue el propio Gavin.

—No, tienes razón —dijo Tomek, bajando ligeramente el tono—. Solo fue ahogado en su propia bañera mientras tú prácticamente observabas.

Gavin masticó su labio inferior. Una fina capa de lágrimas comenzó a asentarse en el fondo de sus ojos mientras la realización se hundía.

—¿Fue lo único que te pidieron hacer?

Lo habían perdido. Gavin estaba mirando fijamente al vacío en el medio del escritorio, perdido en sus profundos y tormentosos pensamientos.

—Gavin, necesito que respondas.

Finalmente, después de lo que pareció un largo tiempo, levantó la cabeza. —Me dijeron que fuera también a la prisión.

—¿Cuándo?

—Ayer. Tenía que ir antes de que llegara un nuevo recluso.

—¿Con quién hablaste? —preguntó Chey.

—Un hombre llamado Denis. Yo... me dijeron que averiguara cuándo llegaba alguien, alguien llamado Mari-*usch*, o como se llamara. Ellos... ellos querían que transmitiera el mensaje.

—¿Qué mensaje?

—¿Tengo que deletrearlo?

—Es lo mínimo que les debes a estas personas —respondió Tomek secamente.

Gavin se aclaró la garganta. —Querían que Denis matara a Mari-*usch*. Iba a ingresar en prisión esa noche, y querían que Denis lo matara.

—¿Y tú seguiste el juego? —preguntó Chey.

Gavin se volvió lentamente hacia el agente. —¿Tienes familia, tío? No, claro que no. Mírate, tienes unos doce años. ¿Qué sabes tú? No puedes juzgar a menos que sepas lo que es que amenacen a tus seres queridos. Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi familia.

—¿Incluso si eso significaba matar a dos personas?

La expresión de Gavin se desplomó repentinamente. —Hice lo que tenía que hacer para proteger a mi familia.

Esta vez no había remordimiento en su voz, como si de repente hubiera aceptado su decisión y la consiguiente pena que le seguiría.

Tomek estaba furioso con el hombre. Si solo hubiera acudido primero a la policía, podrían haber protegido a Gavin y a su familia, y potencialmente haber salvado dos vidas. Pero el hombre había tomado el asunto en sus propias manos, y ahora pagaría el precio máximo por ello.

CAPÍTULO
CUARENTA

La atmósfera dentro de la sala de incidentes era sombría, taciturna. Las esperanzas y expectativas habían caído, y había muchas caras confusas mirando fijamente a la mesa y a las paredes. El optimismo, a pesar de haber conseguido una acusación exitosa por el asesinato de Andrei Pirlog, estaba disminuyendo tan rápido como la marea al retirarse.

—Me entristece y me impacta recibir la noticia del asesinato de Mariusz —dijo Victoria lentamente, con calma, con un tono medido en su voz. Estaba de pie con la cabeza alta y la espalda recta. Esta vez, no había un fiel sabueso a su lado; en su lugar, Sean estaba sentado entre los demás en la mesa—. Pero gracias a la diligencia de Tomek y Chey, hemos conseguido encontrar una razón por la que está muerto. Caballeros, ¿quieren explicarlo?

Y así lo hicieron. Pero no antes de que Tomek hubiera señalado el error flagrante en la declaración original de Victoria: que las treinta y ocho heridas punzantes en el cuerpo de Mariusz habían sido la razón *real* por la que estaba muerto, no su minuciosidad al hacer su trabajo. De todos modos, Tomek había permitido que Chey explicara al equipo la participación activa de Gavin en la muerte del hombre. Era una oportunidad para que el agente se desarrollara y ganara más confianza en su papel. Cuando terminó, Victoria abrió la sala a preguntas, que Chey había sido capaz de responder de manera concisa y sin vacilación.

—Me gustaría aprovechar este momento para repasar lo que sabemos, lo que no sabemos y lo que queremos saber. Creo que todos necesitamos entender qué coño ha estado pasando estos últimos días para que podamos darle sentido y finalmente cerrarlo.

Un suave murmullo recorrió el equipo.

Con las tropas reunidas, Victoria se lanzó a la batalla y se volvió hacia los tableros detrás de ella. Durante los últimos días, el equipo había colocado documentos, información, hechos, imágenes, fotografías de la escena del crimen y pruebas en la pared para construir un mapa mental completo de la investigación. En la parte superior izquierda había una pequeña fotografía de Mulberry Harbour, con algunos datos breves sobre el monumento. A su lado había una imagen de Morgana, tomada de sus redes sociales; la mujer de treinta y ocho años sonreía efusivamente a la cámara—. A las 9:52 de la mañana, recibimos la llamada de emergencia de Warren Thomas en Mulberry Harbour diciendo que habían encontrado el cuerpo de Morgana. Presentes en ese momento estaban Andrei Pirlog, ahora fallecido, el propio Warren Thomas, Kirsty Redgrave y su familia de cuatro miembros. —Sus nombres estaban escritos debajo de la imagen de Morgana, y Victoria señaló a cada uno mientras hablaba—. Se vio a un sospechoso, de complexión media, con pelo negro corto y barba negra fina, vistiendo un abrigo negro y una bufanda, sosteniendo el cuerpo de Morgana. Más tarde huyó de la escena, dirigiéndose hacia el oeste, hacia el muelle de Southend, donde reapareció más tarde por algún lugar por aquí.

Con su bolígrafo, Victoria dibujó una flecha en un mapa de Southend desde el puerto hasta el muelle, luego otra línea apuntando hacia arriba. Se detuvo cuando llegó a tierra.

—A esa hora de la mañana, la marea estaba subiendo rápidamente, dejando a nuestros testigos clave atrapados. Como resultado, se vieron obligados a levantar el cuerpo, y a sí mismos, al puerto, donde esperaron el rescate. Una vez que fueron llevados a tierra, fueron trasladados a la comisaría para declarar. La única persona que tuvo la mejor vista de nuestro sospechoso fue Andrei Pirlog. —Victoria golpeó el nombre del hombre con el bolígrafo—.

Poco después, Andrei fue encontrado muerto en su baño. Originalmente se creyó que era un suicidio, pero el ADN encontrado posteriormente bajo las uñas de Andrei confirma que Mariusz Stanciu, un transportista de DWG Logistics, estuvo presente. Ahora sabemos que Mariusz mató a Andrei, las pruebas son irrefutables, y también sabemos que fue él quien huyó de la escena del crimen de Morgana.

—No, no lo sabemos —interrumpió Tomek.

Victoria le lanzó la mirada de alguien que acababa de ser detenido justo antes de llegar primero a la meta de un maratón. La furia se deslizó por las arrugas de su rostro.

—Sí, lo sabemos.

Tomek negó con la cabeza—. Todo lo que tenemos es su palabra. Se presentó de la nada porque coincidía con la descripción de los periódicos.

—Que tú filtraste.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Así que lo admites? —presionó Victoria.

—No. Ahora, ¿me dejarás terminar? Gracias. Como decía, Mariusz se presentó porque coincidía con la descripción del periódico. Cuando habló conmigo, me dijo que no tenía nada que ver con la muerte de Morgana, que encontró el cuerpo así, y que huyó de la escena porque sabía cómo se vería. Cuando mostré su foto a los Redgrave y a Warren Thomas, no pudieron decir definitivamente que era él. La única persona que podía hacerlo era Andrei.

—A quien mató.

—Sí, pero eso no quiere decir que fuera él quien mató a Morgana, o que siquiera estuviera allí.

—Prácticamente lo confirma —intervino Martin—. Estaba allí en el puerto, lo vieron, huyó, y luego mató a la persona que mejor lo había visto. No tiene buena pinta.

—Sé cómo se ve —respondió Tomek con un profundo suspiro—. Pero vosotros no estabais sentados frente a él en esa sala de interrogatorios. No le escuchasteis. No oísteis lo tranquilo y... robótico que sonaba. —Otro suspiro, esta vez más profundo, más largo—. Creo lo que creo, y no creo que matara a Morgana.

—¿Qué hay de su novia? —preguntó Martin, continuando con su intervención.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Tomek.

—En su declaración, dijo que estaba allí para encontrar el lugar perfecto para proponerle matrimonio a su novia. ¿Dónde está ella? ¿Existe?

—Sí —fue la respuesta contundente de Oscar. Se levantó de su silla y señaló una fotografía en el otro lado de la pared. Mostraba a una mujer de aspecto vivaz, sonriendo detrás de una gruesa bufanda que envolvía su cuello y barbilla. En el fondo había un conjunto de escalones y un edificio—. Existe —continuó—, pero no he podido contactar con ella porque está de vuelta en Rumanía.

—Lo que concuerda con lo que dijo Mariusz sobre ella —añadió Tomek—. Dijo que ella había vuelto a casa para ver a su familia.

—Nada de eso es relevante —interrumpió Sean—. Lo que es relevante es por qué Mariusz, un hombre que aparece de la nada (literalmente, en este caso) mataría a Andrei si no tuviera nada que ver con el asesinato de Morgana. ¿Por qué mataría a un hombre inocente si él mismo fuera inocente?

Tomek no tenía una respuesta inmediata, así que en su lugar hizo una pregunta propia—. ¿Alguien ha encontrado alguna conexión entre Mariusz y Morgana?

Todas las miradas se dirigieron a uno de los tableros. En el centro había dos imágenes, Mariusz y Morgana, con una línea que se extendía entre ellos y un gran signo de interrogación subrayado varias veces debajo.

—No, en resumen —respondió Rachel.

Tomek se encogió de hombros y ofreció una mirada de suficiencia al resto del equipo—. Punto demostrado.

—Continuemos —comenzó Victoria—. Podemos volver a Mariusz y Morgana. Pero ya que estamos hablando de Mariusz, acaba de ser asesinado en prisión por el hermano de Morgana, Denis Danyluk. ¿Quién tiene la última información sobre él?

—Todavía estamos investigándolo —respondió Rachel—. No hemos tenido tiempo suficiente para reunir mucha información.

—¿Nada en absoluto?

—Bueno, viene de Ucrania, igual que Morgana. Fue encarcelado por el asesinato de un hombre de veinticinco años. Lo apuñaló hasta matarlo. Había preocupación de que hubiera sido un asunto tribal, de drogas, de bandas o incluso territorial, pero no había pruebas que lo respaldaran. Un día, Denis tuvo un desacuerdo, perdió los estribos y apuñaló a un hombre hasta matarlo. No sabremos si está relacionado con Morgana hasta que lleguen los resultados del ADN.

—¿No hay mención de ella en ninguno de sus registros? ¿Nunca la puso como familiar más cercano? ¿O viceversa?

Rachel negó con la cabeza. Entonces Victoria se movió a una sección limpia de la pizarra y comenzó a garabatear una breve lista de tareas pendientes. La primera tarea en la lista era hablar con el marido y los asociados de Morgana para averiguar la validez de la afirmación de Denis Danyluk. Los más cercanos a ella sabrían si tenía un hermano o no. Particularmente su marido, Anton.

Luego la conversación pasó brevemente a la implicación de Gavin Barker en el asesinato de Mariusz en prisión, y cómo había informado al preso de la inminente llegada de Mariusz.

—Alguien le dijo a Gavin que filtrara la dirección de Andrei —explicó Tomek—. Luego, una vez que Mariusz fue acusado, le dijeron a Gavin que advirtiera a Denis Danyluk de su llegada. Alguien, quienquiera que esté detrás de esos mensajes, claramente quería que Andrei y Mariusz murieran. ¿Ahora entendéis por qué no creo que Mariusz matara a Morgana? Otra persona lo hizo, enviaron a Mariusz a confesar, y han estado encubriendo sus huellas desde entonces.

Nadie respondió. Todas las miradas se evitaban unas a otras, hasta que Martin fue lo suficientemente valiente para hablar de nuevo. Se apartó un mechón de pelo de los ojos y se lo colocó detrás de la oreja—. Tal vez no estén relacionados. Quizás el asesinato de Mariusz es un evento separado. Todavía hay mucho que no sabemos sobre Mariusz. Quizás tenía enemigos.

Tomek se burló—. Por favor. Solo lleva tres meses en el país. Sigue pensando eso si quieres, pero creo que nuestra atención debería centrarse en averiguar quién envió esos mensajes de texto.

Y planeo hacerlo mientras la unidad forense digital intenta hacer lo mismo.

—¿Para adelantarte a ellos? —preguntó Victoria, con un tono de indignación en su voz.

—No, para que podamos estar listos con una orden de arresto cuando llegue el momento.

CAPÍTULO
CUARENTA Y UNO

—¡Teflon Tommy!

El grito había llegado desde atrás cuando salía de la sala de incidentes, y le llevó un tiempo darse cuenta de que se dirigían a él.

Hacía tiempo que no oía ese apodo. Teflon Tommy. Llamado así porque la mierda no se le pegaba. Y hubo un periodo, durante las primeras etapas de su carrera, en el que había molestado a algunas personas, alborotado un poco las cosas, quebrantado las reglas varias veces, y aun así nada había podido pegársele. Gracias, en gran parte, a Nick. El inspector jefe siempre había estado allí para defenderle, y el apodo había nacido entre los dos. Lo irónico era que, al principio, el nombre sí que se había pegado, pero con el tiempo, y a medida que maduró y se convirtió en un detective más competente y respetuoso con las normas (términos utilizados vagamente para describirle), se había mantenido fiel a su significado y había caído en desuso.

—¡T-Bone!

Otra llamada, otro apodo. Esta vez haciendo referencia a su amor por el chuletón. Tomek había sido quien se había puesto el mote, pero no todos lo habían adoptado.

Confundido, Tomek se volvió hacia el dueño de la voz. Esperaba encontrarse con un antiguo compañero, uno de los que se pegaban a él en cada oportunidad, se aferraban a su cadera y se reían de todos sus chistes. Había conocido a unos cuantos parásitos así en su

época, chupándole la sangre a su sentido del humor. En su lugar, era Sean. Sujetando la puerta con la mano, los dedos extendidos sobre la superficie como una salpicadura de sangre.

—¿Todo bien, tío?

Tomek respondió lentamente: —Sí... ¿Qué pasa con todos los apodos? ¿Estás coqueteando conmigo o quieres algo?

—Un poco de ambas. La que funcione.

—¿Es por lo de la habitación?

Sean de repente se mostró tímido, bajando la voz. —Sí. Me preguntaba si ya habías tenido la oportunidad de hablar con las chicas, conseguir su aprobación.

Tomek se rascó la mejilla. —Lo siento, tío. Aún no. Se me ha ido completamente de la cabeza, ¡igual que mi nombre! —Pero Sean no le vio la gracia. Bajó los ojos y asintió lentamente—. Escucha, déjame hablar con ellas esta noche. Te daré una respuesta mañana, ¿qué te parece?

—Sí. Genial, gracias.

—¿Cuándo tienes que mudarte?

—Lo antes posible, la verdad. Me encantaría quedarme el mayor tiempo posible, por fastidiar realmente; quiero decir, el cabrón me está echando, después de todo. Pero se está volviendo un poco tóxico quedarse allí, y creo que tiene más sentido salir de allí cuanto antes, ¿sabes a qué me refiero?

Tomek lo entendió perfectamente. Puso una mano en el hombro de Sean. —Déjalo en mis manos, tío. Te encontraremos un sitio.

El rostro de Sean se llenó de calidez. —Gracias, tío. Lo aprecio mucho. Eres un buen amigo. ¿Lo sabes, verdad?

CAPÍTULO
CUARENTA Y DOS

En cuanto vio aparecer el nombre de Gavin Barker en la pantalla, la mente de Tomek saltó inmediatamente a pensar en la posible implicación de un hombre. Brendan Door, el Comisionado de Policía, Bomberos y Delitos de Essex. Brendan era un hombre malvado que había mostrado poco remordimiento por sus acciones, y a Tomek le resultaba imposible no pensar en él.

El hombre se encontraba actualmente en prisión preventiva en la cárcel de Bedford mientras avanzaba la investigación y el juicio por su tráfico sexual. Tomek había intentado concertar una reunión poco después de que Victoria terminara con el interrogatorio de emergencia, pero había sido demasiado tarde. El horario de visitas había pasado, y no había posibilidad de hablar con él esa noche. Así que Tomek se vio obligado a posponerlo hasta el día siguiente.

Había partido hacia la prisión de Bedford antes del amanecer, perdiéndose su carrera matutina con Warren. El trayecto había sido largo y agotador, ya que parecía que todo el mundo y su perro habían decidido salir de casa exactamente a la misma hora que él, y había estado pegado al coche de delante durante todo el camino. Lo único positivo que había sacado de la experiencia era que había podido escuchar algunos episodios de un nuevo pódcast que estaba probando. Se llamaba *Los Detectives del Crimen*, y consistía en un matrimonio que se consideraba detectives aficionados, y pasaban todo el episodio discutiendo casos sin resolver de la vida real. Cada semana investigaban, recopilaban datos y regresaban con más

información, haciendo avanzar gradualmente la investigación. Tomek admiraba su ingenio y tenacidad y, por los dos episodios que había escuchado, envidiaba el progreso que habían logrado. Sabía de primera mano lo difícil que era llevar a cabo una investigación y encontrar al asesino a veces, y aun así los admiraba enormemente. Sin embargo, no estaba seguro de si continuaría escuchando ese pódcast. No porque no le gustara cuánto progresaban y le hiciera sentir redundante, sino porque se había involucrado tanto en sus discusiones y en escuchar sus voces, que casi había tenido un accidente en varias ocasiones. Parecía que era incapaz de manejar maquinaria pesada y escuchar un pódcast al mismo tiempo. Pensó que deberían haberlo puesto en el envase, igual que hacen con los medicamentos.

Tras llegar a la prisión y pasar por los diversos controles, Tomek había sido conducido a una sala de reuniones separada, lejos de la población general, donde había estado esperando a que Brendan llegara. El preso había tenido que aprobar la reunión antes de que Tomek pudiera sentarse frente a él, y para su sorpresa, Brendan había accedido. Finalmente, después de diez minutos de espera, el hombre entró en la sala, y Tomek percibió de inmediato lo que la prisión le había hecho. En tan poco tiempo, su rostro se había vuelto demacrado, con las mejillas caídas por la repentina y drástica pérdida de peso. Caminaba lentamente, con la espalda encorvada, los hombros caídos y la cabeza gacha. Este era un hombre que, en las pocas ocasiones que Tomek lo había conocido, se mantenía erguido, arrogante, con el poder del anonimato y el estatus respaldándolo. Ahora parecía roto y marchito. El aire de arrogancia, golpeado y robado. Los policías, incluso los corruptos, seguían estando entre los reclusos más detestados en prisión, por detrás de violadores y pederastas. Pero a pesar de esto, todavía había un delgado velo de poder tras él, como si no hubiera sido completamente sometido.

Brendan sacó la silla de debajo de la mesa y se sentó.

—He pasado toda la noche pensando en el día de hoy —dijo con su habitual voz profunda y áspera.

—Yo también —respondió Tomek.

—Aunque por razones muy diferentes, estoy seguro. No me han dejado saber de qué se trata, así que mi imaginación ha estado volando.

Tomek consideró esa afirmación por un momento.

—Espero no decepcionarte.

Justo cuando estaba a punto de explicar el motivo de su visita, Brendan le interrumpió.

—¿Cómo está mi amigo?

—¿Cuál de ellos?

—Nick. Mi amigo Nick. ¿Cómo le va?

—Suspendido, gracias a ti.

—¿En serio?

Tomek inclinó ligeramente la cabeza.

—Suspendido, pendiente de una investigación completa sobre cualquier conexión contigo y lo que tú y tus amigos estabais tramando.

Un atisbo de sonrisa maliciosa cruzó el rostro de Brendan. Algo de poder regresó.

—Ah, sí. Hubo esa vez que le invité a convertirse en miembro de los Siete de Southend.

Eso era una novedad para Tomek.

—Menos mal que dijo que no —respondió, tratando de ocultar la sorpresa en su voz.

La sonrisa maliciosa se convirtió en una sonrisa de complicidad.

—¿Eso es lo que te contó?

Los ojos de Tomek se entrecerraron.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada —respondió Brendan—. Estoy seguro de que tu santísimo inspector jefe no tiene nada de qué preocuparse. Seguro que volverá a tiempo para la cena.

Eso inquietó ligeramente a Tomek. Que existiera la posibilidad de que uno de sus amigos más cercanos en el cuerpo pudiera haber aceptado convertirse en miembro de un club que estaba directamente involucrado en tráfico sexual. Más aún, que Nick le hubiera mentido. Le había jurado que no había nada más que Tomek

debiera saber, solo que había sido incluido en algunas reuniones y que no había tenido absolutamente ninguna participación en el club.

Ahora Tomek no estaba tan seguro.

—En fin —dijo Brendan—, ahora que ese pequeño parásito está nadando en tu cabeza, ¿te gustaría explicar por qué estás aquí?

Tomek se aclaró la garganta.

—¿Te dice algo el nombre de Morgana Usyk?

—¿Te refieres a la mujer que murió en el puerto el otro día? ¿Es por eso que estás aquí?

Tomek no dijo nada.

—¿Qué tiene que ver conmigo? He estado aquí dentro todo el tiempo. Palabra de honor. —Brendan levantó tres dedos al aire.

—¿Así que nunca has oído ese nombre antes?

—Solo en las noticias.

—¿Y qué hay de Mariusz Stanciu?

Brendan buscó en su memoria durante un segundo entero.

—No. Lo siento.

—No pasa nada. Este podría refrescarte la memoria —continuó Tomek—. ¿Qué puedes decirme sobre Gavin Barker?

—¿Quién?

—Gavin Barker, de tu oficina... el jefe del equipo de Policía Segura.

—¡Ah, te refieres a Gavin el Cojo! ¿Por qué? ¿Qué ha hecho? ¿No habrá tenido algo que ver con esas personas que mencionaste, verdad?

Tomek apretó los labios. Esto no estaba saliendo como esperaba. La noche anterior, había elaborado un plan —breve, sencillo— para obtener la información que necesitaba. Pero no estaba funcionando. El hombre no sabía nada. Quizás Tomek había deseado tanto que Brendan estuviera involucrado que casi se había convencido a sí mismo de que lo estaba, pero había algo en la reacción del hombre que sugería que no había tenido ninguna relación con Morgana, Mariusz, ni con nada de eso.

—¿Qué puedes decirme sobre Gavin? —preguntó Tomek, tratando de no mostrar su decepción.

—¿Qué te gustaría saber?

—Su personalidad. ¿Cómo es en la oficina?

—Un pusilánime. Un cobarde. Venga, puedo ver en tu cara que hay algo que realmente quieres preguntarme, pero algo te lo impide. Vamos, Tomek, ¿qué es? No es propio de ti evitar decir lo que realmente piensas.

Tomek no creía que el hombre le conociera lo suficiente como para hacer ese tipo de juicio, pero en el balance de las cosas, era bastante acertado.

—¿Qué hay de un hombre llamado Andrei Pirlog? —preguntó Tomek, con la voz vacilando ligeramente.

—Nunca he oído hablar de él.

Casi tan rápido como la última respuesta.

—¿Estás seguro?

Brendan cruzó los brazos sobre el pecho.

—Absolutamente. Nunca he oído hablar de él. Y ese es el tipo de nombre que recordarías, ¿no? Como el centrocampista. Ahora, si no vas a decir lo que has venido a decir, entonces podríamos dar por terminado el día. La prisión puede ser un lugar ocupado a veces, y tengo muchas cosas que hacer.

—¿Como planear el asesinato de alguien?

Tomek había pretendido inicialmente mantener el comentario en su cabeza, pero se había escapado de sus labios sin dudarlo, como si tuviera mente propia.

El entusiasmo se registró en el rostro de Brendan, y se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Ahí está. Bingo. ¿Crees que tuve algo que ver con un asesinato? Déjame adivinar, ¿piensas que yo, por cualquier razón, mandé matar a esta mujer Morgana, y que tenía algo que ver con Gavin y esos otros dos tipos que nombraste? Oh, Tomek. No has pensado bien esto, ¿verdad? No conozco a ninguna de esas personas. Nunca he oído hablar de ellos en mi vida. Y sabes que no, ¿verdad? No tienes ninguna prueba que sugiera que sí, y lo sabes. Viniste aquí pensando que me rendiría y te diría todo lo que quisieras oír. Pero no salió como querías. Curioso cómo funciona la vida de esa manera. Todas las cartas que tenías están ahora sobre la mesa, boca arriba, y has perdido. Es la peor mano que he visto. Se

supone que eres inteligente, un sargento detective, nada menos. Esperaba más de ti.

Y él esperaba más de sí mismo. Había estropeado por completo toda esa entrevista. Se había derrumbado. Aunque todavía era posible que Brendan estuviera mintiendo, que supiera sobre Morgana, Andrei o Mariusz, y que conociera los mensajes a Gavin, Tomek sabía cuándo estaba derrotado.

Salió de la sala de entrevistas con un nudo en la garganta y un gran peso en el pecho. Tan pronto como saltó al coche, su Bluetooth se conectó automáticamente a su teléfono y comenzó a reproducir el pódcast. Alcanzó el dispositivo y lo apagó. Lo último que quería que le recordaran era que un matrimonio, sin experiencia previa, sin formación, sin nada, estaba haciendo un trabajo mejor que él en el que llevaba haciendo casi veinte años.

Antes de salir del aparcamiento, Tomek cambió la dirección en su navegador. Tenía que hacer una parada.

CAPÍTULO
CUARENTA Y TRES

Nick vivía en las afueras de Rochford, un pequeño pueblo situado a poca distancia en coche de la sede de la policía judicial. Durante el trayecto, Tomek se había cruzado con al menos media docena de pelotones ciclistas. Aproximadamente veinte personas pedaleando a media tarde, en mitad de la semana. ¿Qué hacían el resto del tiempo? ¿Acaso no tenían trabajo? O quizás todos ganaban tan bien que podían permitirse tomarse cuatro horas al día para ir en bicicleta por el campo.

A Tomek nunca le había entusiasmado el ciclismo. Correr, fútbol, rugby, sí. Deportes de contacto físico, ya fuera con los pies contra el asfalto o un hombro contra el abdomen. Además, no creía tener el cuerpo adecuado para ello. Medía más de un metro ochenta, tenía piernas como troncos, y a juzgar por el tamaño medio de los que se cruzaba, era tan ancho como tres de ellos juntos. Era demasiado corpulento y se caería al primer soplo de viento fuerte.

Los ciclistas, sin embargo, no fueron lo peor del viaje. Venir directamente desde la prisión de Bedford había llevado más tiempo del esperado, en esta ocasión debido a un accidente en la M25. Había pensado en posponer la visita y dejarla para el día siguiente, pero no quería esperar, dejar que sus pensamientos y sospechas se incubaran en su mente.

Era mejor hacerlo así.

Tomek salió de la carretera y entró en el camino de entrada de Nick. Allí, en medio del sendero de grava, estaba el juvenil Range

Rover de Nick y el discreto y sobrio Citroën Berlingo de Maggie. Desde el accidente de su hija, se habían visto obligados a modificar el coche familiar para que Lucy y su silla de ruedas cupieran en él. Observó que las mismas modificaciones no se habían realizado en el Range Rover.

El jardín delantero estaba lleno de estatuas y ornamentos de piedra. A pocos metros de la puerta principal había un pequeño estanque. Una estatua de mármol de un niño con alas, con agua brotando de su boca, se alzaba orgullosa en el centro. El sonido del agua cayendo en cascada hacia el estanque lo tranquilizaba, y mientras esperaba a que le abrieran la puerta, cerró los ojos y se concentró en su respiración.

Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar.

Ensayando mentalmente la conversación.

—¿Tomek? —llegó una voz entusiasmada, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Qué haces aquí? ¡Qué agradable sorpresa!

Tomek abrió los ojos y vio a Maggie, la esposa de Nick, de pie frente a él. Parecía más pequeña de lo que recordaba, más mayor, más frágil. En poco tiempo, las bolsas bajo sus ojos habían crecido, ahora colgando en su rostro. Tenía los ojos enrojecidos y sus mejillas habían perdido color. Cuidar de su hija, ahora discapacitada, había sido cruel con ella, y Tomek sintió una punzada de compasión en el estómago.

Extendió los brazos y la abrazó.

—Pensé en pasarme a saludar —mintió—. Ha pasado tiempo.

—¿Sin Kasia?

Tomek negó con la cabeza, luego miró detrás de él por si hubiera aparecido milagrosamente sin que se diera cuenta. —Vengo del trabajo —dijo—. Pero siempre puedo traerla en otra ocasión.

—Oh, eso sería maravilloso. Nos encantaría. Podríamos organizar una cena todos juntos. Un asado dominical. Es lo que más nos gusta.

Tomek sonrió. —Suena perfecto. Dime cuándo y me aseguraré de que estemos disponibles.

—¡Por supuesto que sí!

La emoción en la voz de Maggie resultaba abrumadora. Como si fuera la primera vez que lo conocía después de haber oído tanto sobre él. Como si fuera la primera vez que veía o conocía a alguien que no fueran su marido e hijas en más de diez años. Lo llevó ansiosamente al interior de la casa, le dijo sin rodeos que podía dejarse los zapatos puestos si lo deseaba, que no era molestia para ella ni para nadie, que podía limpiar después, y luego lo condujo a la cocina. El espacio era exactamente como lo recordaba. Suelo de baldosas de piedra, mesa y sillas de madera, isla en el centro de la cocina, cocina Aga de hierro fundido a un lado. Rústica, de estilo antiguo, como algo sacado de un episodio de *Escape to the Country*.

Maggie se apresuró hacia un armario y cogió un vaso.

—¿Agua? ¿Vino? ¿Whisky? Lo que quieras, lo tenemos.

—La versión menos conocida de quién, dónde, qué, por qué, cuándo —bromeó—. Agua está bien. No quiero volver a casa conduciendo bajo los efectos del alcohol. ¡Menudo ejemplo daría!

Maggie soltó una carcajada. —¡Ja! Por supuesto. Qué tonta soy.

Cuando le entregó el vaso, le masajeó el brazo de forma inocua. Posiblemente el primer contacto humano que había tenido en mucho tiempo.

—¿Cómo has estado? —preguntó ella.

—Oh, ya sabes, ocupado con el trabajo. Ocupado con Kasia.

—¿Te mantiene alerta?

—Y que lo digas. ¿Quién iba a pensar que los adolescentes podían ser tan desconcertantes?

—Intenta tener dos.

—¿Y cómo les va? —preguntó Tomek—. ¿Daniela va bien en el colegio?

—Oh, está volando. La primera en todas sus clases. Le encanta. Estamos tan orgullosos de ella.

Algo en su forma de decirlo daba la impresión de que no estaban orgullosos de Lucy, la que actualmente estaba sentada en alguna habitación de la casa, mirando la televisión, provocando la enorme grieta en el matrimonio de Nick y Maggie.

—Me alegra oírlo —dijo Tomek—. ¿Habéis tenido noticias de Robbie últimamente?

Al mencionar el nombre de su hijo, la emoción en las mejillas de Maggie se esfumó. Después de varios años de desacuerdos y discusiones, Robbie se había marchado a la marina cuando cumplió los dieciséis. Había abandonado a la familia y mantenía el contacto al mínimo. La partida había sido dura para ellos como unidad, y Tomek había estado allí para ayudar a Nick a recoger los pedazos, consolándolo en su despacho, ofreciéndole las pocas palabras de sabiduría que podía extraer de su experiencia. Casualmente, la experiencia de Tomek sintiéndose como un extraño en su propia familia había ayudado a Nick a ver las cosas desde el ángulo de Robbie, desde el ángulo que potencialmente no había considerado, y a avanzar en la mejora de su relación.

Maggie bajó la cabeza y puso una mano sobre la superficie de la cocina como apoyo. —No —respondió, débilmente—. No hemos sabido de él en un tiempo. Aunque sabemos que está seguro y bien atendido.

—Escuché en las noticias el otro día que podrían reimplantar el servicio militar obligatorio si las cosas se ponen feas. Por suerte, cuando eso ocurra yo estaré justo fuera del rango de edad.

Tomek no sabía por qué había dicho eso. Para llenar el vacío, disimular el silencio, quizás.

—Sí, deberías considerarte afortunado.

Una breve pausa.

—Y... —comenzó—. ¿Y cómo estás *tú*? ¿Cuidándote?

Maggie abrió la boca, pero fue interrumpida por la puerta de la cocina abriéndose. Allí, congelado en el marco, estaba Nick.

—Tomek... ¿Qué haces aquí? —Parecía como si lo acabaran de pillar con los pantalones bajados.

—Tomek ha venido a saludar.

—¿A saludar? —repitió Nick—. Ya nadie viene de visita solo para saludar. Esto no son los ochenta. Y Tomek *especialmente* no se pasa por aquí solo para saludar. Quiere algo. ¿Qué quieres, Bowen?

Nick soltó el pomo y entró en la habitación.

—No hables así a nuestro invitado —dijo Maggie, saliendo en defensa de Tomek—. ¿Ves? Por esto no tenemos visitas.

—No, no tenemos visitas porque no invitamos a nadie.

—¿Y de quién es la culpa? —dijo ella—. Tú eres el que siempre está fuera. Tú eres el que conoce a más gente que yo.

Maggie cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró profundamente. Debía ser cosa de familia.

La cabeza de Tomek rebotaba entre ellos mientras comenzaban su discusión. No pretendía causar un desacuerdo, pero ahora entendía de lo que se había quejado Nick. Las discusiones, las cosas más pequeñas exageradas, el sabor amargo que dejaban en la boca de todos. Había mucho que no se decían el uno al otro, y parte de ello estaba saliendo a relucir delante de él.

—No vamos a hacer esto aquí —dijo Nick, cortando rápidamente la discusión—. No ahora —Se volvió hacia Tomek—. Supongo que has venido a verme a mí, ¿no?

—Bueno, yo...

—Ya no tienes que mentir, chaval.

Tomek se volvió lentamente hacia Maggie, que tenía una expresión de derrota en el rostro. —¿Podría ver a Lucy antes de subir?

—¿Quieres *verla*? —preguntó Nick.

—Sí, si no hay problema.

—¿Por qué lo dices como si fuera algo malo, Nick? —preguntó Maggie, con un desdén palpable en su voz.

Nick le lanzó instantáneamente una mirada que decía "no empieces". Y luego dijo: —Simplemente no esperaba que vinieras hasta aquí queriendo verla también.

Tomek se encogió de hombros. —No es ningún problema. Estoy seguro de que le vendrá bien la compañía, y Kasia siempre pregunta por ella.

Una media mentira. Kasia había mencionado el nombre de Lucy dos veces desde el incidente, pero no necesitaban saberlo.

Una sonrisa que Tomek no había visto en mucho tiempo se extendió por la cara de su amigo. —En ese caso, vamos.

Tomek siguió a Nick por el pasillo hasta la segunda sala de estar en la parte trasera de la casa, donde Lucy estaba sentada al otro lado de la puerta. A través de las paredes, Tomek podía oír el sonido de la televisión a todo volumen. Algo lleno de risas enlatadas.

Cuando Tomek se acercó a la puerta, Nick le puso una mano en el pecho.

—Debo advertirte que no es la misma que antes —dijo.

—Lo sé —respondió Tomek—. Me lo has dicho. Varias veces. Pero no tengo miedo. No es contagiosa. Además, he visto cosas peores. Mucho peores, ¿recuerdas?

Nick gruñó, luego abrió la puerta. Lucy tardó unos momentos en registrar su llegada, y cuando lo hizo, giró la cabeza lentamente. Se veían cálculos en su rostro mientras trataba de recordar quién era Tomek. Con un poco de ayuda de Nick, recordó.

—¿Cómo estás, pequeña? —preguntó Tomek mientras miraba la pantalla de la televisión. Estaba viendo *Friends*.

—Aparte de un enorme agujero en el lado de mi cabeza, estoy bien —respondió Lucy de buen humor—. Aunque papá probablemente te dirá que tengo la peste o algo así.

Tomek se rió. —Está preocupado porque se está haciendo viejo. Piensa que la próxima vez que pille la gripe podría ser la última.

Esta vez fue el turno de Lucy de reír. Su voz ahogó el sonido de la tele y se extendió por el resto de la casa. Tomek se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última vez que la chica de dieciséis años se había reído así. Desde la última vez que había sentido aunque fuera una pizca de felicidad. Si las historias de Nick eran indicativas, nada desde el accidente.

—¿Tus profesores te han estado enviando deberes y apuntes? —preguntó Tomek.

Pero no respondió. Al menos, no inmediatamente. Su cerebro se había desconectado y había vuelto a centrarse en el programa antes de volver finalmente a él.

—¿Deberes?

—Sí. Kasia recibió un montón de deberes y apuntes cuando estuvo fuera una semana o dos. Los profesores dijeron que era para mantenerla ocupada, pero era lo último que quería hacer.

—Oh... No... No creo. —Se volvió hacia Nick—. ¿Recibo... papá?

—No, cariño, no los recibes. Y aunque lo hicieras, no te los daría. Los deberes son lo último de lo que deberías preocuparte.

—Oh... Vale.

—Deberías considerarte afortunada —le dijo Tomek—. Yo no fui tan amable con mi hija.

—Sí...

Y entonces la perdió por completo. Sus ojos se nublaron y su atención regresó gradualmente a la televisión como una veleta en un día sin viento. Nick tomó eso como señal para marcharse y sacó a Tomek de la habitación. Cerrando la puerta detrás de él, dijo: —Gracias por hacer eso. No tenías por qué.

—No lo hice por ti. Lo hice por ella. Me gustaría traer a Kasia una tarde. Podría animarla un poco, hacer que su mente trabaje de una manera diferente. Además, creo que Kasia probablemente esté deseando contarle todos los cotilleos del colegio.

—Pero están en cursos diferentes.

—Los niños cotillean de todas formas, Nick. Tú fuiste al colegio, ¿no? ¿O los estaban presentando al público en general cuando tú tenías esa edad?

—Que te jodan.

Con eso, Nick lo llevó arriba a su despacho. La habitación era oscura, pero no de forma deprimente. Había poca luz allí, y la que entraba por las ventanas era absorbida por los muebles de madera oscura de las estanterías y el gran escritorio en el centro. Era más como un estudio sacado de una novela de Agatha Christie que el lugar de trabajo de un inspector jefe de detectives.

Nick no se molestó en sentarse detrás de su escritorio.

—¿De qué se trata, Tomek? ¿Debería preocuparme que hayas venido sin avisar?

—Eso depende de lo que me digas.

—¿Sobre qué?

—Sobre Brendan.

—¿Qué tienes tú que ver con eso?

—Acabo de hablar con él. Alguien de su oficina ha estado filtrando información.

—¿Sobre qué?

—El caso del puerto. Le dijo al asesino de Andrei Pirlog dónde vivía Andrei, y ahora su asesino ha sido asesinado, gracias a que

alguien de la oficina del PFCC también filtró esa información. Hay mucho que ponerte al día.

—Entonces, ¿alguien ha estado tirando de los hilos y apretando los botones adecuados para conseguir que maten a la gente necesaria? —preguntó Nick, con los cálculos de su mente reflejándose en su rostro.

—Veo que no vas a jubilar el cerebro todavía —comentó Tomek.

—¿Y crees que Brendan tuvo algo que ver?

—*Creía* que sí. Pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Y yo cómo encajo en todo esto?

Tomek contuvo la respiración.

—Dijo algo que levantó sospechas. Sobre tu relación con el Southend Seven.

Nick suspiró profundamente, se pasó la mano por el cuero cabelludo. —¿Y le creíste?

—Solo necesito saber si es verdad.

—¿Qué dijo?

—¿Es verdad?

—¿No confías en mí?

—¿Es verdad, Nick?

La evidente evasiva del inspector jefe le preocupaba.

—No voy a responder a la pregunta a menos que sepa de qué se me acusa.

—Fue vago —respondió Tomek—. Me hizo dudar de tu versión de los hechos. Insinuó que *sí* te habías unido al club, y que habías asistido a algunos eventos allí...

Otro suspiro, esta vez con menos desesperación.

—¿Y le creíste?

—Ahora mismo, no sé qué creer. Prometiste que el IOPC no encontraría nada.

—Entonces cree lo que estoy a punto de decirte. —Nick dejó de pasarse las manos por la cabeza y se irguió—. Sí, tiene razón, fui al Southend Seven, ¡*una vez*!, pero nunca vi nada, y nunca hice nada. No había drogas y definitivamente no había prostitución mientras estuve allí. Fue una noche tranquila, podríamos decir. Después de eso nunca volví.

—¿Qué te hizo mantenerte alejado?

Nick bajó la cabeza. —Estaba demasiado... demasiado alejado de la vida, *mi* vida, de la sociedad. Toda esa gente allí se odia a sí misma, odian sus vidas, sus matrimonios, sus hijos. Viven en sus pequeñas burbujas donde solo ellos importan. Todos están allí simplemente halagándose los egos unos a otros, y yo no quería formar parte de eso. No es quien soy, no es lo que defiendo. Así que decliné educadamente. Y ahora parece que Brendan está arrastrando mi nombre por el lodo, ese pequeño cabrón de mierda.

—No tengas miedo de decir lo que realmente piensas sobre él, jefe —respondió Tomek con una débil sonrisa en su rostro.

Los dos se rieron, pero con un ligero toque de incomodidad. Tomek creía al inspector jefe, a su *amigo*, por supuesto que sí, pero la semilla de duda de Brendan seguía firmemente plantada en su mente, y no sabía qué haría falta para suprimirla.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CUATRO

Tomek apartó la semilla de la duda al fondo de su mente mientras conducía más allá del aeropuerto de Southend hacia el centro de la ciudad. El viento había arreciado, y una ligera lluvia golpeaba el techo metálico. Apagó el sonido de los suaves y monótonos limpiaparabrisas que interrumpían su visión. Su mente estaba totalmente concentrada en la siguiente tarea.

Anton Usyk.

El supuestamente amoroso marido de Morgana.

Rachel había llamado a Tomek mientras estaba en casa de Nick, pidiéndole que se reuniera con ella en la casa familiar de los Usyk a las cuatro. Pero debido a la naturaleza atenta de Maggie, ella había insistido en que se quedara para otro vaso de agua y algo más de charla. Como resultado, había retrasado la cita con Rachel hasta las cinco. Cuando finalmente llegó, ella le estaba esperando en su Ford Fiesta, aparcado en un ángulo extraño junto a la acera.

Tomek colocó su coche unas cuantas plazas detrás de ella y se acercó lentamente. Su cara estaba iluminada en el retrovisor con un suave tono azulado. Distraída con su móvil. Ajena a sus movimientos. Entonces él abrió la puerta del coche repentinamente y dio un paso atrás. El grito que brotó de su boca recorrió la calle arriba y abajo, y resonó en sus tímpanos durante unos segundos.

—¡Joder! —gritó ella, desabrochándose el cinturón y saltando fuera del coche—. ¡Podrías haberme provocado un infarto, por el

amor de Dios, pedazo de gilipollas con tus malditos pantalones chinos!

Tomek se rio, y luego miró sus pantalones. —Eh, ¿qué les pasa a mis chinos?

—Nada, solo que no habría elegido ese color para ti —dijo con calma. Entonces recordó que se suponía que estaba enfadada con él y le dio una palmada en el pecho—. ¿Por qué demonios has hecho *eso*?

—Ha sido gracioso.

—No te reirás tanto cuando me vengue diez veces más fuerte.

—Eso suena a amenaza. ¿Tu madre nunca te enseñó a tratar a tus mayores con respeto?

—No cuando se comportan como imbéciles.

Cuando Rachel se calmó, un minuto o dos después, se dirigieron a la casa de Anton y Morgana. Inmediatamente después de su muerte, un equipo de agentes uniformados y oficiales forenses había sido enviado para recoger muestras y pruebas de ADN, así que Anton no era ajeno a tener policías dentro de su casa. Sin embargo, cuando abrió la puerta, parecía preocupado al verlos allí parados.

—¿De qué se trata esto? —preguntó—. Dejadme adivinar, ¿tenéis algunas preguntas más?

—Son importantes —respondió Rachel—. Le agradeceríamos si pudiera dejarnos entrar —añadió educadamente, aunque por su entonación él no tenía elección.

El interior de la casa de los Usyk contrastaba enormemente con la de Nick. No había identidad, ni sensación de que alguien hubiera vivido allí durante los últimos trece años. Las paredes estaban vacías, los azulejos de la cocina eran simples, los muebles parecían sacados directamente de un catálogo de IKEA. Para una pareja que claramente tenía éxito, con los restaurantes de Morgana e Iliana generando beneficios (según la investigación que Nadia había realizado en el Registro Mercantil), la casa de Anton y Morgana era modesta, discreta, volando muy por debajo del radar. No había nada extravagante, nada ostentoso, nada exagerado. Vivían muy por debajo de sus posibilidades, y se notaba. Quizás era porque apenas estaban en casa que no le habían dado ningún carácter, o quizás era

simplemente un reflejo de sus personalidades. En cambio, era evidente que Anton gastaba todos sus beneficios en ropa de diseño. Aunque Tomek se alegró de que la casa no coincidiera con los espejos recargados de brillantes y los muebles rosas de sus respectivos restaurantes.

Anton los condujo hasta la cocina. La habitación contaba con una pequeña mesa de comedor y sillas, y estaba separada del resto de la casa. Una pequeña ventana daba al lateral de la propiedad contigua.

—Os ofrecería algo caliente de beber, pero ya he visto suficiente por hoy —dijo Anton, insinuando ya que iba a ser poco colaborador.

—Supongo que probablemente sientas lo mismo respecto a la comida cuando llegas a casa, ¿verdad? —se burló Tomek mientras sacaba una silla de la mesa del comedor y cruzaba una pierna sobre la otra.

—Imagino que tú no soportas a la *gente* al final de tu jornada —dijo Anton, con voz sombría.

—Entonces esta debería ser una conversación interesante.

Percibiendo la tensión en el ambiente, Rachel se aclaró la garganta y se interpuso entre ellos. En situaciones como esta, ella era la representante más profesional, y en este caso, Tomek estaba más que feliz de dejarla tomar el control. —Señor Usyk, el otro día, un hombre fue asesinado en prisión. Había sido arrestado y acusado en relación con el asesinato de su esposa.

—Bien.

—¿Perdón?

—Está bien.

La intuición de Tomek comenzó a cosquillear. Al igual que la de Rachel, porque su rostro se tensó.

—¿Qué quiere decir con "bien"?

—Recibió lo que se merecía.

—¿Lo dice como si supiera algo sobre lo que le pasó?

Anton, con el rostro impasible y sus penetrantes ojos negros mirando fijamente a Rachel, negó con la cabeza. —¿Acaso el pingüino piensa que es malo cuando la orca se come a una foca?

Tomek soltó una risita ante la críptica cita al estilo de Eric Cantona, y luego preguntó: —¿Cuál eres tú? ¿El pingüino, la orca, o

la foca?

Era obvio para todos en la sala que Mariusz había sido la foca, lo que dejaba solo dos opciones para Anton: la orca o el pingüino. Y ahora mismo, la intuición de Tomek le decía que Anton Usyk era la orca blanca y negra, el depredador de cuatro toneladas. Pero eso dejaba la pregunta obvia: ¿quién era el tercer miembro? ¿Quién era el pingüino?

—*Yo* soy el pingüino —respondió Anton—. El hombre que fue asesinado es la foca, y el hombre que lo mató es la orca.

Rachel y Tomek compartieron una mirada desconcertada.

—El hombre que mató a la víctima —el hombre al que llamas la orca en esta extraña y confusa analogía— era alguien que creemos que conoces. Alguien que creemos que conoces muy bien.

—¿Quién? —La voz de Anton seguía plana, estática.

—Un hombre llamado Denis Danyluk.

—No pronunciamos su nombre en esta casa.

—¿Le conoces?

—Sí.

—¿Quién es?

—El hermano de Morgana.

—¿Por qué no se le permite mencionarlo? —preguntó Tomek, inclinándose hacia delante en su asiento.

—Porque Morgana lo prohibió. Traicionó a su familia y su apellido cuando mató a ese hombre.

—¿Pero qué hay de ahora? ¿No se ha redimido ahora que sabes que mató al hombre arrestado en relación con el asesinato de tu esposa?

Anton no respondió.

—Seguramente habrá encontrado la redención a tus ojos, ¿no? Hizo justicia por el hombre que mató a Morgana.

El rostro de Anton no se movió. Como la última vez que se habían reunido, su expresión no revelaba nada.

—Lo que le hizo a ese hombre fue inaceptable...

—¿A cuál? ¿Al tipo que mató hace años o al que mató hace apenas unos días?

—A ambos.

—Entonces, ¿matar en general está mal a tus ojos?

Anton cambió el peso de un pie a otro. Rachel dio un paso atrás para despejar el espacio entre ellos. —¿No estás de acuerdo? Matar de cualquier tipo no está permitido.

—¿Por qué?

—Porque va contra Dios —respondió Anton.

Tomek sonrió con ironía. —Ya veo. Entonces, ¿dónde encaja Dios en tu pequeña jerarquía de la cadena alimenticia?

Anton flexionó sus músculos. Fue solo un pequeño movimiento, pero Tomek vio que el hombre se tensaba. —No encaja —respondió Anton.

—Interesante. —Tomek se recostó en la silla.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Denis? —interrumpió Rachel, ansiosa por hacer avanzar la conversación desde lo que fuera que estaba pasando entre Tomek y Anton.

—No desde antes de que fuera sentenciado.

—¿Y cuándo fue exactamente?

—Yo... no recuerdo la fecha exacta.

—¿Y el mes?

—Yo... no lo recuerdo. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Podría darnos al menos el año?

El rostro de Anton se contorsionó, sumido en sus pensamientos. —Hace ocho años, creo. Como he dicho, no hablamos de él. No lo mencionábamos desde que fue a prisión. Entristecía demasiado a Morgana. Siempre lloraba cada vez que salía en la conversación.

—Ya veo. Puedo entenderlo. Debió ser muy duro para ella y su familia.

—Lo fue. Lloró durante meses después.

Rachel se movió hacia el otro lado de la cocina y se apoyó contra la encimera. Se alisó la chaqueta y cruzó los brazos. —¿Por qué no nos mencionó antes que ella tenía un hermano?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anton, obviamente ganando tiempo.

—Si sabía que ella tenía un hermano en prisión, ¿por qué no dijo nada cuando hablamos con usted por primera vez sobre su asesinato?

—¿Qué diferencia habría supuesto? Él no tuvo nada que ver con su muerte. No había necesidad de mencionarlo. En lo que a nosotros respecta, no existe. Por eso no os dije nada.

Rachel asintió, se aclaró la garganta. No tenía respuesta. Tampoco Tomek. No había nada más que discutir. Tomek le agradeció al hombre por su tiempo, se disculpó por molestarlo, y luego se marchó. Mientras salía de la cocina, preguntó si podía usar el baño.

—No —respondió Anton—. El váter no tira en este momento. He estado intentando arreglarlo esta tarde.

—¿Qué has estado usando mientras tanto?

—El restaurante.

—Eso es un trayecto infernal solo para mear. Apuesto a que desearías ser realmente un pingüino, ¿verdad? Así podrías ir cuando quisieras.

Los lados de los labios de Anton se movieron en una sonrisa forzada mientras mantenía la puerta abierta para él.

—Un placer veros, inspectores —dijo—. Cuídense.

Mientras salían de la casa, Tomek se volvió hacia Rachel y susurró: —Algo me dice que no lo dice ni por asomo en serio.

CAPÍTULO
CUARENTA Y CINCO

Faltaba algo. Algo que Tomek no lograba identificar.

La atmósfera. El olor. El aspecto. La ubicación.

Iliana's era completamente diferente a Morgana's en todos los sentidos, excepto cuando lo reducías a lo fundamental, eran exactamente iguales. Ambos servían la misma comida. Ambos estaban decorados de manera similar. Y ambos ocupaban excelentes posiciones en sus respectivas zonas; si no otra cosa, Iliana's tenía mayor afluencia de gente a lo largo del paseo marítimo. Para Tomek no tenía sentido por qué entonces Morgana's era el restaurante con más éxito financiero. No creía que se debiera solo a que ella recibía y saludaba a los clientes con una cálida sonrisa. Debía faltar algo más.

Aunque tenía una idea, una justificación para las significativas diferencias en facturación.

La posibilidad de que Morgana y su marido estuvieran vendiendo drogas a través de sus restaurantes había cruzado brevemente por su mente tras haber establecido la conexión entre Gavin Barker y Brendan Door. No era ningún secreto que las drogas, en particular la cocaína, habían sido prevalentes en las fiestas dentro del Club de Caballeros Southend Seven. Había quedado bien documentado en los periódicos tras la investigación, y Tomek lo había visto de primera mano en una fotografía colgada en una de las paredes del edificio. Pero las drogas habían encontrado su camino hasta allí de algún modo, lo que significaba que habían necesitado un proveedor. La

teoría era que Richard Stafford, buscado e investigado por la brigada antidroga durante años, había sido el proveedor; sin embargo, nada había salido de ello.

Tomek había empezado a pensar que podría haber un vínculo de alguna manera. Uno tenue, pero un vínculo, al fin y al cabo.

Quizás a Morgana y a su marido les había hecho una proposición Richard Stafford. Quizás habían acordado vender las drogas a través del restaurante, blanquear el dinero y luego dar una parte del producto al club de caballeros. A cambio estarían protegidos por la policía a través de Brendan Door. Quizás había habido un desacuerdo tras la detención de Brendan. Quizás los Usyk habían temido que sus nombres salieran a la luz. Quizás Brendan y Richard Stafford habían ordenado que mataran a Morgana, que Mariusz había sido un sicario contratado, y que este había presionado a Gavin para encubrir el cabo suelto después de los hechos. Quizás el asesinato de Morgana había sido un mensaje para Anton: continúa vendiendo las drogas, sigue nuestras órdenes y envíandonos el dinero, o te mataremos.

Tomek pensaba que era un poco rebuscado, pero había vivido situaciones mucho más extrañas. Y al menos serviría para explicar por qué Anton era un cabrón tan miserable, aparte del hecho obvio de que se debía a que su mujer estaba muerta.

Tomek alimentó estos pensamientos, jugó con ellos, mientras la camarera se acercaba a su mesa. Era la misma chica de antes. Gina. Llevaba el mismo atuendo que había llevado la última vez que Tomek la había visto, excepto que esta vez era ligeramente más ajustado, dejando el ombligo al aire, y llevaba considerablemente más maquillaje, en un esfuerzo, supuso él, por atraer a más clientes.

—Has vuelto —dijo ella.

—Me lo pasé tan bien la última vez que no podía esperar para volver.

Ella vio a través de la mentira, pero aun así le ofreció una risita muda y forzada. Mientras le entregaba el menú, echó una rápida mirada hacia la cocina.

—¿Está trabajando el jefe esta mañana? —preguntó Tomek.

—Sí. Está ahí atrás.

—¿Consiguió arreglar su inodoro?

La confusión se apoderó de ella. —¿El inodoro? Hay uno ahí a tu izquierda.

—No, me refería a que el inodoro de Anton ha... —Tomek la miró, sonriendo—. ¿Sabes qué? No importa. —Dejó el menú. Ya sabía lo que iba a pedir—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Anton?

Gina volvió a mirar hacia atrás. Tomek se sintió inclinado a hacer lo mismo, pero mantuvo su mirada fija en ella.

—Unas semanas —respondió, con voz tan baja como un susurro.

—¿Te gusta?

—Está bien, supongo.

—¿Qué hacías antes de trabajar aquí?

—Estaba en otra cafetería.

—¿En Morgana's?

Al mencionar su nombre, los ojos de Gina se agrandaron ligeramente y sus pupilas se dilataron.

—Está bien —dijo él—. Puedes decir su nombre.

—Sí. Claro. Lo sé. Es solo que...

Tomek se tomó un momento antes de responder. Ella se balanceaba de un pie a otro, rascándose el muslo con uñas que habían sido mordidas hasta que casi no quedaba nada.

—¿Preferirías hablar en polaco? —preguntó en ese idioma.

Dudó. —Por favor —respondió de la misma manera.

—¿La conocías? ¿A Morgana?

—Solo la conocí una vez, quizás dos. Ella... —Otra mirada hacia atrás—. Vino un día, enfadada, pero...

Y entonces se detuvo, se replegó en sí misma y continuó garabateando en el trozo de papel que tenía entre los dedos.

Un momento después, Anton apareció, colocando una mano sobre su hombro. Ella comenzó a temblar, el papel y el bolígrafo rebotando de un lado a otro mientras se veía repentinamente presa de los nervios.

—Entonces ¿una taza de café y huevos con tostadas? —dijo.

Tomek quedó desconcertado por un momento, y luego se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Sí, por favor, sería estupendo.

Ella se fue. Anton la observó marcharse, y una vez que estuvo fuera de la vista, se sentó frente a él.

—Buenos días, Anton —dijo Tomek mientras se servía un vaso de agua del grifo de la jarra que le habían proporcionado—. ¿Estás bien, colega? ¿Qué tal la fontanería? ¿Lo has arreglado todo?

—No del todo —respondió Anton secamente—. Espero que venga alguien esta tarde.

—Estupendo. Bueno, como te dije anoche, es una suerte que tengas este sitio, de lo contrario, habrías estado cagando fuera como un zorro salvaje, o en tu caso, como un pingüino salvaje. ¿O era una orca?

Anton no dijo nada, continuando con la mirada fija en él. Se sentó con los dedos entrelazados, las manos descansando tranquilamente sobre la superficie. Hoy había optado por una camiseta de Prada y unos pantalones a juego.

—¿Por qué está usted aquí, detective?

Tomek movió su cuerpo hacia un lado, de modo que sus piernas sobresalían del reservado, y luego colocó una pierna sobre la otra.

—Estoy aquí para probar más de tu excelente comida, por supuesto. Después de ver las últimas cuentas en el Registro Mercantil, pensé que este lugar podría necesitar el negocio.

—Gracias —dijo—, pero no queremos su negocio aquí.

—Ahora entiendo por qué a este sitio no le ha ido tan bien. No sé nada sobre la industria de la hostelería, pero no recomendaría insultar a todos tus clientes. ¡Piensa en las reseñas de Tripadvisor!

El rostro impasible e inflexible no dijo nada.

Antes de que Tomek pudiera provocarle más, Gina regresó con dos tazas y platillos en la mano. Delicadamente colocó la taza frente a Tomek, sonriéndole mientras lo hacía, y luego la otra frente a Anton.

—Gracias.

—*Nie ma za co*.

—Sí, gracias. Ya puedes irte —le indicó Anton con un gesto desdeñoso de la mano.

Sin decir nada, la mujer se marchó y se apresuró a volver a la cocina. Tan pronto como estuvo fuera del alcance del oído, Tomek

agarró un sobre de azúcar del pequeño contenedor sobre la mesa, lo agitó entre sus dedos, y luego lo vertió en su bebida. Mientras removía el contenido, sintió la mirada implacable de Anton ardiendo sobre él. El hombre no se había movido en los últimos cinco minutos, y la única indicación de que no estaba muerto era el constante subir y bajar de su pecho.

—Siempre espero con ilusión nuestras charlas, Anton —dijo Tomek—. Hablando de eso, me alegro de que hayas pasado por aquí. Tú... no conocerás por casualidad el nombre de Brendan Door, ¿verdad?

El rostro de Anton no revelaba nada.

—¿No? ¿No sabrás nada sobre los rumores que circulan, no?

Tomek podía ver en la cara del hombre que quería picar el anzuelo. Todo lo que Tomek tenía que hacer era darle suficiente tiempo para convencerse a sí mismo de que era lo correcto.

—¿Qué... qué rumores?

El anzuelo. El sedal. Y picó.

—Algunos dicen que estáis pasando drogas a través de los restaurantes, de ambos. No estarías haciendo eso, ¿verdad, Anton?

—Por supuesto que no. Puedes comprobarlo si quieres. No tenemos nada que ocultar.

Tomek estaba pensando que podría hacer precisamente eso, cuando Anton le agradeció su compra, le dijo que no era bienvenido de vuelta, y luego se levantó para marcharse.

—¿Tan pronto? —preguntó Tomek—. Esperaba saber más sobre ti.

Pero entonces llegó la comida, y el deseo de provocar e interrogar a Anton desapareció rápidamente. Durante los siguientes diez minutos, se tomó su tiempo con la comida, cortando delicadamente su tostada en pequeños cuadrados, masticando lentamente, haciendo una pausa después de cada bocado, mirando el paseo marítimo de abajo. Contemplando el paisaje. Era la primera vez que notaba el agua en el horizonte, brillando bajo la débil luz del sol mientras las ondas continuaban su camino aleatorio y sin sentido hacia Londres. En la distancia, Tomek creyó ver la pequeña mancha del Puerto Mulberry. Entonces su mente se dirigió a la mañana de la

muerte de Morgana. ¿Habría pasado frente a Iliana's de camino a la rampa? ¿Habría contemplado el puerto mientras conducía por el paseo marítimo? ¿Habría sabido que se dirigía hacia su muerte?

Los pensamientos de Tomek se vieron perturbados por un cliente que entraba en la cafetería. Rápidamente volvió su atención a la comida. Después de terminar los últimos bocados, empujó el plato a un lado y bebió lo último de su bebida. Demasiado dulce para su gusto, pero tolerable. Mientras la deslizaba frente a él, notó un pequeño trozo de papel blanco con un toque de marrón, metido debajo. Mirando a su alrededor, asegurándose de que Anton estuviera fuera de la vista, juntó los dedos y lo retiró cuidadosamente.

Era una nota. Escrita a mano.

De Gina.

En polaco.

Fuera. Esta noche. 10 pm. Hay algo que debes saber.

CAPÍTULO
CUARENTA Y SEIS

Apenas Tomek cruzó la entrada, le detuvo una voz suave y gentil que le llamaba.

—Buenas tardes, Tomek.

Su vecina. Edith. La mujer jubilada que vivía debajo de ellos.

—Hola —dijo él—. ¿Está todo bien? ¿Ya toca tomar otra lectura del contador de agua?

—No. Nada de eso —cerró la puerta tras ella. Iba vestida con un abrigo grueso y un gorro de lana verde oscuro. Vivían en una casa reconvertida, y el único espacio que compartían era el pequeño vestíbulo que separaba sus dos pisos. Era angosto, y una corriente fría se colaba por una grieta en la pared de ladrillos—. En realidad, voy a salir a cenar con una vieja amiga —continuó.

—Qué bien.

La cuenta atrás en su mente hasta las diez en punto seguía avanzando.

Tic.

Tac.

Tic.

Se obligó a no mirar su reloj.

—Sí, debería ser agradable. Es una antigua compañera de trabajo. Hace años que no nos vemos. Demasiado tiempo, de hecho. Muchísimo tiempo. Es algo que deberíamos haber hecho hace meses, si no años. Pero... ya sabes cómo es. La vida se interpone.

Todos estamos tan ocupados con nuestras propias vidas que a veces nos olvidamos de incluir a otras personas en ellas.

—Sí —dijo Tomek, con la mente desviándose suavemente hacia Sean y Warren.

—Y luego, al final, pasas tus últimos años sola, intentando recuperar el terreno perdido.

Tomek le puso una mano en el hombro.

—No estás sola —le dijo—. Siempre nos tienes a Kasia y a mí. Cuando te sientas sola, siempre puedes llamar y ver qué está haciendo ella.

—Oh, eres muy amable, que Dios te bendiga, pero me imagino que a su edad debe tener tantos amigos que la mantienen ocupada de un día para otro.

Tomek no estaba seguro de lo de "tantos". Uno o dos, sí, pero ¿qué daño podría hacer uno más? Quizás le vendría bien a Kasia hablar con alguien fuera de su rango de edad. Tal vez podría confiar en Edith. Quizás la pensionista podría ser el oído tranquilo, sereno y experimentado que necesitaba. La figura materna que Kasia no tenía.

—Tonterías —dijo—. La enviaré abajo el fin de semana. Le daré uno de nuestros juegos de mesa para que juguéis, y si estoy libre, me uniré a vosotras también, si te parece bien.

El rostro de Edith se iluminó.

—Me encantaría. Gracias.

En cuanto ella se fue, Tomek metió la llave en la cerradura y subió las escaleras corriendo de dos en dos. Irrumpió por la puerta al final de los escalones y encontró a Kasia sentada en el sofá otra vez, desplazándose por la pantalla, con la mirada fija en su móvil.

—Aquí estás —dijo—. Justo la persona que estaba buscando.

—Hola.

—¿Me ha llegado algo de correo?

Sin responder, con su atención completamente centrada en la pantalla, señaló hacia la mesa. Una gran caja marrón había sido dejada sobre la superficie en un ángulo ladeado.

—¿No vas a abrirla?

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó ella—. Está dirigida a ti.

—Sí. Pero es *para* ti.

Intrigada, Kasia desenredó sus piernas del sofá y, como un animal cauteloso acercándose a la presa de otro depredador, alargó tentativamente la mano hacia la caja y comenzó a abrirla. Forcejeó con la cinta adhesiva y las esquinas con sus uñas antes de finalmente admitir la derrota y pedir unas tijeras. Tomek se las entregó, y ella cortó con facilidad.

Cuando finalmente la abrió, su cara se iluminó. Dentro, bajo el cartón y el papel de embalaje, estaba el rosa salmón de la botella que había pedido el otro día. Un vaso Winston. Con casi treinta centímetros de alto y varios de ancho, era lo suficientemente grande como para noquear a alguien.

—Joder —dijo él—. Mira el tamaño que tiene. Al menos te dan lo que pagas.

—Y cuando haya un incendio, esta cosa seguirá en pie... *eso sí* es rentabilidad.

Tomek se lo quitó para inspeccionarlo por sí mismo.

—Bueno, esperemos que no haya ninguno en un futuro próximo. Al menos no por aquí.

El vaso era pesado, como un bloque de hormigón, y tenía un acabado mate. Desenroscó la tapa (después de un par de intentos fallidos) y miró dentro. El interior del recipiente era de acero y en el fondo vio su reflejo, agrandado en todos los lugares equivocados gracias al diseño cóncavo. Tomek agarró el asa con fuerza y comenzó a balancearlo, lanzándolo en un movimiento descendente.

—Pensándolo bien, siempre puedes usar esto para autodefensa.

Mientras Tomek lo levantaba por encima de su cabeza para dar el golpe final a su imaginario oponente, Kasia intervino y se lo quitó.

—Bueno, esperemos que tampoco ocurra nada *así*.

—Sí —dijo él—. Tienes razón.

Pasaron unos momentos, y observó a Kasia interactuar con el vaso. A estas alturas, la emoción se había esfumado y se había convertido en otro objeto inanimado más. Aunque no creía que hubiera mucho de qué emocionarse cuando se trataba de un vaso —difícilmente era un iPhone—, pensaba que estaría un poco más contenta.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No es el correcto?

—No. ¡Sí! Sí, lo es. Me encanta. Gracias.

Se acercó a él y le dio un abrazo.

—Entonces, ¿por qué parece que no estás contenta?

—Lo estoy. De verdad. Gracias, pero no tenías que hacerlo. Ahora me siento culpable, mal por haberlo pedido. Tenías razón, es una tontería.

—No si te hace feliz. Recuérdalo.

La lección de vida se perdió en Kasia, que le ofreció una sonrisa forzada, volvió a darle las gracias y regresó a su espacio en el sofá.

Tomek miró su reloj. 8:30 pm. Todavía le quedaba poco menos de dos horas hasta el encuentro, pero estaba nervioso, ansioso por llegar a tiempo, por asegurarse de no perdérselo. No sabía qué tenía que contarle Gina, pero si era algo que no se sentía segura o cómoda contándole en persona —bajo los oídos atentos de Anton—, entonces debía ser importante.

Tomek pasó la siguiente hora al borde del asiento, comprobando constantemente su reloj y mirando su teléfono para ver la hora. Estaba atrapado en esa exasperante etapa de espera. Como en el aeropuerto, esperando el avión. O una cita con el médico. Cuando no puedes hacer nada excepto esperar, y nada de lo que intentas como distracción funciona. Al final, se mantuvo ocupado cuidando de Kasia. Alimentándola, viendo la televisión con ella, fingiendo interés en sus programas embotadores.

Intentó desconectar, pero sin éxito.

Cuando finalmente llegó el momento de irse, se dio cuenta de que no le había contado sobre su día; había estado tan concentrado en la reunión que se le había pasado por completo.

—Hoy he ido a ver a Lucy.

—¿Lucy quién?

Tomek la miró inexpresivamente. Esperaba que la decepción en su rostro fuera obvia.

—Tu amiga, Lucy. Lucy Cleaves.

—Ah, claro. Lo siento, pensé que te referías a otra persona.

—Hmmm. En fin, he dicho que iremos a verla un día como familia.

—¿Por qué?

Tomek no podía creer lo que estaba oyendo.

—Porque es tu amiga y necesita tu apoyo. Ha estado sola desde su incidente.

—Pero iba a quedar con otra persona este fin de semana.

—¿Con quién?

—Yasmin.

—¿Yasmin, la que estuvo allí la misma noche en la playa?

—Sí.

—Ya no. Vas a venir, y no hay más que hablar. Si estuvieras en su posición, agradecerías la compañía. No seas tan egoísta.

Kasia bajó el teléfono hasta su pecho.

—¿Vendrá Abigail?

Tomek dudó antes de responder.

—No la he invitado. Y no pensaba hacerlo, si quieres saberlo.

Puso la mano en la puerta. Una última comprobación de la hora.

—Antes de irme —dijo—, ¿recuerdas a Sean, mi colega?

—¿El tipo grande?

—Sí.

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno, le están echando de su casa y necesita un lugar donde quedarse. Ha preguntado si puede dormir en el sofá un par de noches hasta que encuentre un sitio más permanente, pero le dije que primero te lo preguntaría.

—¿Y qué piensas tú de la situación?

—No me gusta la idea, pero solo accederé si te sientes cómoda teniéndolo aquí.

—Así que *ahora* me consultas. Cuando se trata de tus amigos. Pero cuando se trata de ver a mis amigos y mis planes, ya los has decidido por mí.

—No hago eso —Tomek respiró hondo—. No es lo mismo, y lo sabes.

No era lo mismo, ¿verdad?

CAPÍTULO
CUARENTA Y SIETE

Apenas había puesto un pie fuera del coche cuando comenzó a lloviznar. Después de cinco minutos de espera, la lluvia se había intensificado cada vez más, hasta que finalmente se vio obligado a refugiarse en la seguridad y protección de su asiento de conductor, donde tendría que observar y esperar a Gina desde la comodidad de su tapicería de cuero.

Pero ella no estaba allí.

Después de diez minutos, seguía sin haber rastro de ella.

Luego los diez minutos se convirtieron en veinte.

Veinte en treinta.

Al minuto treinta y uno, la lluvia se había vuelto horizontal y azotaba el coche desde todos los ángulos. Los limpiaparabrisas, a pesar de dar lo mejor de sí, estaban librando una batalla perdida. Y Tomek rápidamente sintió lo mismo.

Lo que más le enfurecía era que no tenía un número de contacto para ella, ninguna forma de comunicarse y hablar con ella discretamente.

Toda esa espera. Para nada.

Intentó no pensar que le hubiera ocurrido algo malo. Más bien, esperaba que se hubiera acobardado o que lo hubiera pensado mejor. O tal vez simplemente se había distraído con algo en casa. Una emergencia familiar, un evento familiar que había anotado dos veces en el calendario. Pero por la forma en que Anton se comportaba con ella, la manera en que le hablaba, la tocaba, cómo

la intimidaba subrepticiamente... y esas miradas rápidas y nerviosas hacia la cocina... a Tomek no le habían gustado.

La sensación de que Anton podría aparecer en cualquier momento se coló en el coche, y su imaginación le jugó una mala pasada; al mirar por el retrovisor, creyó ver al hombre sentado en el asiento trasero, persiguiéndolo con su mirada impasible.

—¡Me cago en la hostia! —gritó, con el pulso disparado.

Era solo un reflejo de luz rebotando de forma extraña en un cinturón de seguridad. Pero mientras se giraba para recuperar el aliento, algo más llamó su atención. Una figura. Delgada, pequeña, con la misma complexión que Gina, llevando un abrigo ligero con una capucha cubriéndole la cabeza. Parecía mal equipada para hacer frente a la lluvia.

Sin estar seguro de que fuera ella, Tomek abrió suavemente la puerta y se dirigió hacia la figura.

—Hola... —dijo con cautela.

Al oír su voz, la mujer se dio la vuelta. La débil luz de la farola no muy lejos de la entrada del café reveló que era otra persona, una desconocida.

Dejó escapar un pequeño chillido. —¿Qué quieres? —siseó, con su fuerte acento de Essex—. ¿Quién eres?

—Nadie. No importa. —Tomek se dio la vuelta para marcharse—. Perdona por molestarte. Que tengas un buen...

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Su voz se llevó con el viento. En cuanto Tomek la oyó, entró en pánico, olvidó que era policía y corrió hacia su coche. Para cuando llegó, ella ya se había ido; había salido disparada hacia la oscuridad del paseo marítimo a unos cientos de metros de distancia. Tomek decidió que no quería quedarse más tiempo, que no merecía la pena la pelea, así que se dirigió a casa.

Mañana, se dijo mientras recorría a toda velocidad las calles de Southend, nervioso. Mañana. Volvería mañana y hablaría con ella entonces.

CAPÍTULO
CUARENTA Y OCHO

Tomek estaba sentado en el mismo aparcamiento. Era poco antes de las ocho, y no había señales de vida fuera de Iliana's. Las aceras, sin embargo, estaban llenas de viajeros que se apresuraban hacia la estación de tren, atravesando los diversos callejones y atajos, pero seguía sin haber rastro de Gina.

De hecho, no había señales de nadie que conociera.

Poco después de las ocho, una mujer a quien Tomek no conocía se acercó al restaurante. Caminaba con la confianza de alguien que sabía lo que estaba haciendo, no como un cliente que se aproxima tímidamente para ver si ya está abierto.

Cuando Tomek vio sus llaves, saltó del coche y se acercó rápidamente.

—Lo siento, aún no estamos abiertos —dijo ella sin mirarlo—. Por favor, espere.

Tomek abrió la boca, pero no salió nada. Algo se había apoderado de él, apagando su mente, y no podía pensar qué decir. Al final, se decidió por:—Por supuesto. Estoy dispuesto a esperar.

Luego pasó los siguientes diez minutos de pie afuera como un cliente enfadado que quiere devolver algo que había comprado el día anterior, excepto que cuando entró, no se abalanzó hacia la caja para arrojar el artículo como si fuera culpa del dependiente que no le quedara bien. En cambio, Tomek se dirigió directamente a su mesa en el lateral de la sala. Esta vez, se sentó mirando hacia el otro lado y observando la cocina. Examinó los rostros. No reconoció a

ninguno. Era un grupo completamente nuevo de trabajadores: todos hombres, todos con el mismo delantal blanco. Tomek estaba seguro de que no había visto a ninguno de ellos antes.

Ese pensamiento le recordó algo.

Mientras estaba sentado allí, esperando a que algún miembro del personal se acercara, sacó su móvil y cargó la página web de Iliana's. En la parte superior había un banner blanco con el logotipo de Tripadvisor. Tomek hizo clic en él y fue dirigido a la página del restaurante en el sitio de reseñas.

Justo debajo del logotipo del café estaba su calificación: 2,4/5.

Poco atractivo para clientes potenciales o turistas que buscaban un lugar agradable para visitar. Morgana's, en cambio, se mantenía orgullosamente con un saludable 4,3/5. No era perfecto ni mucho menos, pero mucho mejor que Iliana's. Anton estaba llevando el café a la ruina, y cuando leyó algunas de las reseñas de los clientes, comenzando obviamente por las más bajas, descubrió por qué. Una letanía de mensajes diciendo que el servicio al cliente era pésimo, que el personal era grosero y que nunca veían al mismo empleado dos veces. Algunas de sus respuestas favoritas eran: "Probablemente recibirías mejor servicio en una prisión rusa", "Creo que preferiría defecar en una taza y comérmelo antes que volver aquí - seguramente sabría mejor", "Hay alguien nuevo cada cinco minutos, deben tener una rotación más alta que el dormitorio de una prostituta". Y su favorita personal: "Ni siquiera traería a mi peor enemigo aquí. Este lugar es peor que el infierno". Tomek pensó que podría haber sido un poco exagerado, pero la gente tenía derecho a su opinión, y no iba a empezar a discutir con ellos en línea. Ahí era cuando comenzaba la locura.

Afortunadamente, fue apartado de las críticas mordaces por la mujer que había conocido en la entrada. Su rostro era inexpresivo, y tenía una actitud para hacer juego. Solo llevaban abiertos cinco minutos y ya parecía que había tenido suficiente.

—¿Qué desea? —preguntó. Europa del Este, aunque hablaba con acento americano.

—¿Dónde está la mujer que estaba aquí ayer? —preguntó él.

—¿Qué mujer?

—Gina.

—Yo... no lo sé. Es mi primer día.

—Vale —dijo, confundido—. No quiero una bebida ni nada. Estoy bien por ahora. Esperaré.

—¿Quiere esperar?

—Sí.

—¿Va a quedarse sentado ahí?

—Sí.

—¿No quiere una bebida ni nada?

—No por ahora, gracias.

—Vale...

Con eso, se alejó de él y se dirigió hacia la cocina. Durante un buen rato fue la única persona allí, y como no había pedido nada, no había mucho que hacer para el personal de cocina, así que se agruparon, discutiendo entre ellos, mirándolo constantemente. Tomek intentó no ponerse paranoico y tomárselo personalmente, pensando que se estaban burlando de su pelo o de cómo su barba no se unía bien en sus mejillas; en cambio, trató de escuchar, de observar. A lo largo de los años había desarrollado el arte de escuchar sin parecer que estaba escuchando, y le gustaba pensar que podía captar cosas desde lejos (aunque Abigail diría lo contrario). Por lo que pudo descifrar, estaban hablando rumano. Pero aunque los idiomas eran muy similares, no pudo entender el significado.

No fue hasta que entró un segundo cliente que llamó a la camarera de nuevo.

—¿Dónde está Anton? —le preguntó.

—¿Anton?

—El tipo que te contrató.

—Sí... —De repente se puso tensa, temerosa—. Conozco a Anton. Yo... no sé dónde está Anton. Nadie le ha visto desde ayer.

—¿Quién?

—¿Perdone?

Tomek se dio cuenta de que tendría que hablar con frases completas si quería obtener una respuesta de ella.

—¿Quién del personal de cocina que está trabajando hoy no le ha visto desde ayer?

Los engranajes giraban lentamente en su cabeza mientras luchaba por procesar la pregunta. *A la mierda esto*, pensó. No tenía tiempo para esperar. No cuando seguía sin haber señales de Gina. Se deslizó fuera de la mesa, despegando su trasero y piernas del cuero falso, y se dirigió hacia la cocina. Golpeó con el puño para llamar la atención de los cocineros, y una vez que la tuvo, dijo: —¿Alguien sabe dónde está Anton?

Cinco rostros perplejos y desconcertados le devolvieron la mirada, como si estuviera hablando un idioma extranjero. No se le escapó que muchos de ellos probablemente no le entendían.

—Anton. Vuestro jefe —reiteró—. ¿Alguien sabe dónde está?

Todavía nada. Entonces uno de ellos dio un paso adelante. Parecía cansado, derrotado, con un par de gafas rotas colgando libremente en la punta de su nariz ganchuda.

—Anton no está trabajando hoy —dijo el hombre en un inglés casi perfecto.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Tomek.

—No. No lo dijo.

—¿Y *usted* habló con él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana. En su móvil. Llamó para avisar.

—Bien. —Tomek se alejó para procesar la información. Ni Anton ni Gina habían aparecido. Era poco después de las nueve de la mañana y seguía sin haber señales de ella, y Tomek empezaba a pensar que no se presentaría. ¿Habría descubierto Anton su reunión secreta? ¿Le habría hecho algo horrible?

Tomek comenzó a pensar lo peor. Antes de que pudiera actuar al respecto, su teléfono vibró en su bolsillo. Metió la mano allí y recuperó el dispositivo. Con prisa, respondió la llamada sin mirar la identificación del llamante.

—Subinspector Bowen —dijo.

—¿Tomek? Soy Rachel.

Tomek se alejó de la cocina y regresó a su asiento. A estas alturas, la camarera se había pasado a otro cliente.

—Ah, señorita Hamilton. Si está preguntando en nombre de cierta inspectora por qué aún no he ido a la oficina, puede decirle que estoy haciendo un trabajo importante.

—¿Qué? Cállate. No tiene nada que ver con eso. Es sobre el teléfono de Mariusz.

Tomek comenzó a clavar el cuchillo en la servilleta, rompiendo el tejido. —Te escucho —dijo.

—Los de informática forense acaban de terminar de examinarlo. Tengo su informe justo delante de mí.

—¿Y?

—Y encontraron una foto en el teléfono de Mariusz que había enviado a un número oculto la mañana de la muerte de Andrei.

Tomek ya sabía lo que venía.

—La foto era de Andrei Pirlog, muerto en su baño. No había texto, ni contexto detrás de la imagen. Era casi como si fuera...

—Una prueba —terminó Tomek por ella—. Evidencia de que Andrei estaba muerto. —Sacó las piernas de la mesa y comenzó a deslizar su cuerpo hacia fuera otra vez—. Voy para allá ahora mismo. Estaré ahí en cinco minutos.

Salió apresuradamente del restaurante y corrió hacia su coche. Mientras cerraba la puerta tras él, su teléfono comenzó a vibrar de nuevo. Una vez más, con prisa, respondió sin comprobar.

—No me digas que has encontrado otra foto —dijo.

—Eh... —llegó la respuesta confusa. Tomek miró su teléfono, vio la identificación del llamante y maldijo en voz baja—. ¿Es el detective Bowen? Soy Kirsty Redgrave. ¿Dónde está? ¿Podemos reunirnos? Tenemos algo que quizás quiera escuchar...

CAPÍTULO
CUARENTA Y NUEVE

Tomek había elegido Morgana's.

Cuando llegó veinte minutos después, los Redgrave ya le estaban esperando. Kirsty saltó de su asiento y le estrechó la mano en cuanto le vio.

—Muchísimas gracias por venir —dijo, con cada sílaba impregnada de gratitud.

—No es ningún problema —respondió Tomek—. Perdone que llegue tarde. El maldito tráfico ha sido una pesadilla.

—Oh, sí. Somos conscientes. Hay muchos semáforos aquí. Pero eso es algo que los estadounidenses hacemos realmente bien. Tendría que habernos visto cuando llegamos a nuestra primera rotonda.

Tomek sonrió cortésmente, aunque estaba deseando terminar con esto lo antes posible. La noticia de la fotografía le había estado rondando por la cabeza durante el trayecto.

Kirsty le presentó a su familia.

—Este es Jimmy, mi marido. Patricia, mi hija. Annabel, mi suegra, y Nelson, mi hijo.

Tomek pensó inmediatamente en el matón de *Los Simpson* —¡ja-ja!— y tenía que admitir que el parecido era casi inquietante. Su pelo estaba peinado hacia atrás con un tupé, partido a ambos lados de la frente, sus hombros eran una combinación de grasa y los primeros indicios de músculo, y su nariz rechoncha era demasiado acertada.

Tomek se sentó frente al joven, encajándose entre Kirsty y su marido. Annabel, la suegra, rodeó a Nelson con un brazo.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Kirsty a Tomek.

Estaba a punto de decir que no cuando se dio cuenta de que ellos lo pasarían a gastos antes de volver a América de todos modos, así que si podía tomar algo a costa de Victoria, sería un tonto si dijera que no.

—Me vendría de muerte, gracias.

Después de pedir, preguntó:

—¿Cómo habéis estado disfrutando de vuestra estancia prolongada? Confío en que todo se haya solucionado con el alojamiento y el alquiler del coche.

—Sí —dijo mientras ponía una mano en su hombro—. Todo ha sido magnífico. Todo el mundo ha sido muy servicial. Y Anna... Dios mío, *adoramos* a Anna.

—Sí, es una buena persona.

—No solo eso, sino que es tan amable y compasiva. Nos vendría bien alguien como ella en la universidad.

—Bueno, es nuestra —dijo Tomek—, y no os la podéis llevar.

La familia Redgrave se rio, susurrando entre ellos como si él estuviera fuera de un chiste interno que solo Anna entendería. Una parte de él se preguntó si eran miembros de un culto, y si esto era parte de su proceso de iniciación para intentar que se uniera. Primero se habían llevado a Anna, ahora iban a por él.

Apartó ese pensamiento de su mente.

—¿Y qué hay de la figura que visteis? —preguntó, llevando la conversación al tema principal—. ¿Habéis visto algo más desde entonces?

Kirsty puso una mano sobre la suya.

—Por suerte, nada. No hemos visto ni oído ni un solo ruido de ningún vecino, ni ruidos del jardín, ni siquiera a alguien parado al otro lado de la calle. Algo parece haberles asustado.

Sí, un tipo llamado Denis Danyluk podría haber tenido algo que ver con eso, pensó Tomek.

—Me alegra oírlo. Pero si no es por eso por lo que me habéis llamado, ¿entonces por qué?

Kirsty no respondió. En su lugar, señaló a su hijo.

Al principio, el joven no podía sostenerle la mirada a Tomek. Miraba sus dedos y jugaba con ellos. Luego, después de que Nelson mirase a su madre en busca de apoyo, y ella se lo diera con un suave asentimiento, reunió suficiente valor para hablar.

—Bueno, el otro día... quiero decir anoche...

¡Ja-ja! Tomek oyó ese sonido icónico en su cabeza tan pronto como habló el adolescente.

Nelson vaciló. Había llegado a un punto muerto y no sabía cómo continuar.

—Está bien, Nels. Puedes contárselo. No estás en problemas —dijo Kirsty, acudiendo en su rescate.

Eso pareció tranquilizar al chico.

—Bueno, fue anoche. Estábamos paseando por el paseo marítimo. Acabábamos de cenar en la calle principal y yo quería echar un vistazo a las salas de juegos. Primero fuimos a la que está junto al Kursaal y luego seguimos bajando. Entonces, cuando salíamos de uno de los locales de la zona, algo me llamó la atención.

Zona, como si Southend-on-Sea fuera la versión más lúgubre y pobre de Las Vegas.

—Era un hombre, vestido de negro —continuó Nelson.

—Vale.

—La misma ropa que el hombre que huyó de la escena del crimen en la playa.

—Vale.

—Me recordó a él.

—¿A quién?

—¡A la persona que se escapó!

—Vale... ¿Crees que era él?

—No lo sé.

—Bien.

Tomek no sabía adónde iba esto. Todo lo que habían visto era a un hombre que se parecía a la figura que había huido de la escena, Mariusz, que estaba muerto.

—Cuéntale el resto —insistió Kirsty, extendiendo el brazo por encima de la mesa para alcanzar el de su hijo—. Hay algo que no te

está contando —le dijo a Tomek.

Nelson volvió a ponerse tímido, bajando la cabeza.

—Yo... no pensé que fuera importante en ese momento, ¿sabes?, y fue porque nadie más los notó que pensé que quizás me los había imaginado en la playa.

—¿Notar qué, Nelson?

—Anoche, el hombre del paseo marítimo llevaba los mismos zapatos. Eso es lo que me hizo recordar...

—¿Qué zapatos?

—Llevaba unos Christian Louboutin rojos.

Tomek miró al chico con expresión inexpresiva.

—Zapatos de diseñador —dijo Patricia, la hija de Kirsty, mientras le ponía su teléfono frente a la cara. En la pantalla había una imagen de unas zapatillas deportivas altas rojas con tachuelas en la puntera que parecían sacadas de un juguete sexual BDSM.

Tomek las reconoció al instante.

CAPÍTULO
CINCUENTA

Nunca había esperado esto. No era así como se suponía que debía ser su vida. No era lo que había planeado. Había anhelado una existencia más satisfactoria, más fructífera, tanto para ella como para su familia en Rumanía. Pero las cosas habían cambiado tan rápido, de forma tan vertiginosa, que apenas había tenido tiempo de comprenderlo y procesarlo.

Estaba en una habitación pequeña. Eso lo sabía. Estaba completamente a oscuras, eso también era perceptible. Pero no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. El tiempo se había vuelto distante, inalcanzable, pero sabía que llevaba el suficiente como para conocer la caja. Sus recovecos y grietas. Sus superficies lisas y sólidas. Tanto que casi se había convertido en una amiga.

Al principio hubo gritos, llanto. Golpeaba con los puños y pateaba con los pies contra las paredes de hormigón. Hasta que el dolor se volvió demasiado insoportable para continuar.

No sabía qué había hecho para merecer esto, qué serie de desafortunados acontecimientos la habían llevado hasta aquí. Ni tampoco sabía cómo iba a salir de esta situación.

Parecía una certeza que iba a morir. Sin agua, sin comida. Pronto no habría aire.

O moriría de hambre, de deshidratación o asfixiada. Lo que ocurriera primero.

Aunque no le gustaba pensar en ello. En su lugar, ocupaba sus pensamientos con su hogar, su marido, su madre y su padre. Cómo

la habían cuidado durante su infancia, cómo estaba agradecida por todo lo que habían hecho, los sacrificios que habían realizado. Todos ellos probablemente estarían preguntándose dónde estaba, como la última vez que algo así había ocurrido. Cuando era más joven. Una niña pequeña. Estaba jugando en la playa con su hermana durante las vacaciones. Las dos se habían ido a buscar un baño. Después de ignorar a su padre, que les dijo varias veces que usaran el mar como baño —¡Papá! ¡Eso es asqueroso!—, finalmente se pusieron en marcha, cogidas de la mano, con la arena moviéndose bajo sus dedos. Habían encontrado una cabina adecuada a unos cientos de metros tierra adentro poco después, pero estaba sucia, sudorosa, cubierta de orines y con papel higiénico usado en el suelo. El pomo estaba oxidado y requería un gran esfuerzo para abrirlo, y los grafitis cubrían las paredes como el interior de un manicomio. Todo en un idioma extranjero. Nada de aquello tenía sentido. Pero quizás eso había sido algo bueno; había visto algunas de las cosas que los vándalos y los niños escribían en las paredes hoy en día y le daban asco.

La cabina apenas era lo suficientemente grande para una de ellas, y mucho menos para las dos, y como era la más pequeña, su egoísta hermana mayor la había enviado a ella primero. Tenía tantas ganas de hacer pis que había podido ignorar la suciedad, e incluso se había olvidado de colocar papel higiénico en el borde para que menos gérmenes entraran en contacto con su piel. Cuando terminó, la inmundicia del lugar se le hizo evidente y trató de escapar lo más rápido posible. Sin embargo, en su prisa, había roto el pomo de la puerta, quedando encerrada. Había golpeado la puerta repetidamente, gritando hasta que sus pulmones estallaron y se quedó sin aire. Su hermana también había gritado, sus llantos separados solo por una fina pieza de metal.

Entonces su hermana le dijo que buscaría ayuda, que prometía volver. Unos segundos después, se había ido, dejándola sola en la pútrida cabina.

Los primeros diez minutos estuvieron llenos de optimismo y esperanza de que su hermana encontraría apoyo y volvería pronto. Pero a medida que el tiempo pasaba gradualmente, la sensación

disminuía y el pánico comenzaba a apoderarse de ella. ¿Y si no volvían? ¿Y si su hermana se había olvidado de ella, o le estaba gastando alguna broma elaborada? ¿Y si le había pasado algo a su hermana?

Gritando. Golpeando la puerta.

Igual que ahora.

Aunque a estas alturas la esperanza casi había desaparecido.

Después de lo que había parecido dos horas en la cabina pero solo habían sido treinta minutos, su hermana regresó con ayuda. Y unos minutos después, fue salvada. Nunca había abrazado a su familia con tanta fuerza.

Pero ahora no había nadie a quien abrazar. Nadie que la salvara. Nadie que la rescatara de la oscuridad.

Buscó la esquina de la habitación, sus dedos recorriendo la superficie lisa. Cuando la encontró, se deslizó hasta el suelo, encogiéndose en una bola y metiendo las rodillas en el pecho. Entonces comenzó a sollozar, gruesas lágrimas corriendo por su rostro. No duraron mucho. Su cuerpo estaba tan deshidratado que no le quedaba nada, nada más que dar. En su lugar, bajó la cabeza a las rodillas y cerró los ojos con fuerza. Su imaginación delirante y deshidratada comenzó a crear escenarios e imágenes descabelladas en su cabeza: vaqueros, montañas, peces que solo había visto en una pantalla de televisión, su tienda favorita a la que le permitían ir.

Y entonces escuchó un sonido.

Al principio, pensó que era la caja registradora abriéndose en su mente. Pero luego lo oyó de nuevo y se dio cuenta de que no era eso en absoluto. Era *algo*.

Algo en el mundo real.

Algo cercano, fuera de los confines de la pequeña caja.

Un momento después, escuchó el sonido de metal chocando contra metal.

Entonces la luz entró a raudales. Cegándola.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera abrirlos de nuevo. Cuando lo hizo, vio una figura de pie frente a ella, un sólido demonio negro contra un fondo de puro blanco.

—Levántate —dijo—. Ven conmigo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y UNO

Tomek había encontrado al hombre que buscaba en el café de Morgana, sentado en la sala trasera, fingiendo estar ocupado. Con la ayuda de dos agentes uniformados, Tomek lo había detenido como sospechoso del asesinato de Morgana Usyk.

Ahora el hombre estaba sentado frente a él en la sala de interrogatorios número uno. A su lado estaba su abogada, y junto a Tomek estaba Rachel. Le habían recordado sus derechos y ahora estaban listos para proceder.

Tomek se aclaró la garganta antes de empezar.

—Vlad, hay algunas cosas más que nos gustaría saber sobre su paradero en la mañana de la muerte de Morgana.

El hombre no dijo nada.

—En su declaración inicial, dijo que se había quedado dormido y que aún estaba en la cama. ¿Recuerda haber dicho eso?

—Sin comentarios.

—Después añadió que se había despertado justo después de las once. ¿Es correcto?

—Sin comentarios.

—¿Sigue manteniendo eso?

—Sin comentarios.

—¿Puede recordar a qué hora llegó al café esa mañana?

La expresión de Vlad permaneció inexpresiva. —Sin comentarios.

—Entonces permítame ayudarle. —Tomek abrió una pequeña carpeta y colocó una hoja encima—. Nuestro equipo llegó a las

12:45 y usted seguía sin aparecer. Según los informes de nuestro equipo, no se presentó hasta poco después de la una. ¿Ve adónde quiero llegar?

—Sin comentarios.

Tomek dejó escapar un pequeño suspiro.

—¿Hay alguien que pueda corroborar su paradero durante esa mañana? —preguntó Rachel—. Porque ahora mismo, solo tenemos su palabra. Y con la situación actual, eso le coloca firmemente en el punto de mira por asesinato.

Los ojos de Vlad se entrecerraron mientras giraba lentamente la cabeza hacia Rachel. —Sin. Comentarios.

—Muy bien —respondió ella.

Tomek abrió la carpeta de nuevo y sacó dos hojas nuevas. En ellas había cuatro imágenes fijas tomadas desde varios ángulos de CCTV a lo largo del paseo marítimo de Southend. Después del descubrimiento de los Redgrave sobre los zapatos, Chey había vuelto a examinar las grabaciones de las cámaras de seguridad del paseo marítimo, esta vez buscando un par de Christian Louboutin rojos, y había encontrado a quien creían que era su principal sospechoso, emergiendo del agua cerca del muelle. La cara de la figura, sin embargo, seguía estando distorsionada y cubierta por la capucha y la bufanda. Pero se veía claramente quién creían que era.

En las fotos que tenía delante Vlad, Tomek había tomado la decisión de recortar los zapatos.

Por ahora.

—¿Reconoce al hombre de estas fotos? —preguntó Rachel mientras se las acercaba.

Vlad las ignoró por completo.

—Sin comentarios.

—Esta es la persona que sospechamos que mató a su jefa, su amiga más cercana. ¿Reconoce a esta persona?

Rachel las señaló con los dedos repetidamente, provocando una mirada rápida del hombre. Un parpadeo de los ojos.

—Sin comentarios —dijo, y luego miró dos veces mientras se reclinaba en su asiento. Un pequeño destello de reconocimiento brilló en sus ojos.

Otra hoja. Otra fotografía. Esta vez era la imagen que Mariusz había tomado de Andrei en la bañera.

—¿Y esta imagen? ¿Reconoce a la persona de esta?

Ahora Vlad no podía apartar la mirada. Recogió la hoja y estudió la foto del hombre muerto.

—Sin comentarios.

Tomek suspiró de nuevo. Les esperaba una tarde larga.

—¿Ha visto esta foto antes? —repitió Tomek.

—Sin comentarios.

—¿Conoce a alguien que la haya visto?

Los ojos de Vlad se desviaron hacia la pared.

—Sin comentarios.

—¿Dónde estaba usted el jueves pasado? —preguntó, el día de la muerte de Andrei—. Cuéntenos lo que estaba haciendo.

—Sin comentarios.

Callejón sin salida. No estaba revelando nada. Iban a tener que esforzarse más. Tomek alcanzó la carpeta de nuevo y sacó su as: las mismas imágenes del hombre en el paseo marítimo, excepto con una sutil diferencia. Los zapatos rojos, mejorados y saturados para hacerlos aún más evidentes en la página.

—¿Qué hay del hombre de *estas* fotografías? —preguntó Tomek —. ¿Reconoce algo sobre él ahora?

Tomek deslizó el papel con las imágenes del paseo marítimo hacia Vlad. Finalmente, el hombre cedió y miró las imágenes. Las recogió, sosteniéndolas directamente frente a su cara para que ni Tomek ni Rachel pudieran ver su reacción. Luego, unos momentos después, dejó el papel y susurró al oído de su abogada.

—Mi cliente quisiera solicitar un descanso, si es posible. Necesita ir al baño, y tenemos algunas cosas que debemos discutir antes de continuar con esto.

Tomek les dio quince minutos. Mientras esperaban, él y Rachel regresaron a la sala de incidencias. El espacio estaba silencioso, en

silencio cuando volvieron, toda la atención centrada en ellos para recibir información actualizada.

—Estamos teniendo una pequeña siesta —declaró Tomek—. El receso termina en quince minutos.

Cuando Tomek regresaba a su escritorio, una voz le llamó.

—¡Sargento!

Venía del escritorio de Chey. El joven agente se levantó de su asiento y se acercó cojeando.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Me tropecé ahí fuera. Un accidente completo.

—No... porque hacerlo a propósito sería raro. A menos que estuvieras buscando demandarnos, en cuyo caso, todo el poder para ti.

—Gracias por la idea —dijo Chey—. ¿Tienes un minuto?

—¿Para mi amigo? Por supuesto.

Chey sonrió, luego arrastró a Tomek hasta su escritorio.

—Estáis tomando un descanso en el momento oportuno —dijo—. No quería interrumpir, pero ha llegado el análisis de composición de los zapatos recuperados en casa de Vlad.

—¿Y?

—Hay una coincidencia entre los zapatos de Vlad y las muestras de barro y arena encontradas en la ropa de Morgana.

—¿Significa?

—Que esos zapatos estaban presentes en la escena del crimen en los lodazales.

—Lo que significa que Vlad fue a quien Andrei había visto acunando la cabeza de Morgana.

—Lo que significa que Vlad podría saber qué le sucedió —añadió Chey.

—O haberlo hecho él mismo.

De repente, Tomek se llenó de euforia. Los zapatos. Esos malditos, llamativos, horribles zapatos. Había tenido razón al sospechar de ellos. No pudo evitar sentir una pequeña oleada de orgullo.

Al final de los quince minutos, Tomek y Rachel salieron de la sala de incidencias. Antes de que Tomek pudiera llegar al ascensor, Sean

le abordó.

—¿Puede esperar, tío? —preguntó—. Estamos a punto de volver abajo.

—Sí. Solo es una cosa rápida, sobre la habitación.

—¿Qué pasa con ella?

—Ya no la necesito —dijo—. Me voy a mudar con Victoria.

—Eso está bien. Nos ahorra tener una conversación incómoda.

—¿Ah?

—Sí. A Kasia no le hacía mucha gracia la idea de tener a un hombre extraño viviendo en nuestra casa —mintió. A Kasia no le importaba. Después de que él le presionara para obtener una respuesta afirmativa o negativa, ella había dicho que estaba bien siempre que pudiera ducharse primero por las mañanas. Pero Sean no tenía por qué saberlo.

Tomek fue el último en entrar en la sala de interrogatorios.

—Disculpen —dijo mientras se apresuraba a volver a su silla—. Espero no haberme perdido nada.

—Aún no —respondió Rachel—. Te estábamos esperando. Tengo entendido que Vlad tiene algo que le gustaría compartir.

—Sí —respondió la abogada mientras se giraba hacia Vlad.

Tomek se preparó. ¿Iba a confesar? ¿O iba a intentar escabullirse de la situación de alguna manera?

Tomek estaba casi al borde de su asiento.

Inclinándose hacia delante, Vlad apoyó los codos en la mesa, y dijo: —Sé lo que van a decir. Los zapatos. Los que enviaron a analizar el otro día. Sé que van a encontrar una coincidencia. Sé que van a encontrar el mismo barro y arena que había en el cuerpo de Morgana.

Tomek se tomó un momento para componerse. —¿Cómo sabe eso, Vlad?

—Bueno, solo hay una explicación posible, ¿no? Porque parece que yo la maté.

—Suena bastante acertado —respondió Tomek, esforzándose al máximo por no mostrar sus cartas.

—Pero quiero dejar algo perfectamente claro. Que conste en acta.

Tomek no dijo nada. Esperó a que el hombre continuara.

—Continúe... —respondió Rachel.

—No tuve nada que ver con su asesinato. La mañana que murió, me quedé dormido, como les dije. Pero no la maté.

—Explíquese, por favor.

—No sé nada sobre lo que ocurrió en la playa esa mañana. Eso es un hecho. Pero sí sé lo que pasó con esos zapatos.

Tomek estaba teniendo dificultades para seguirle. —Voy a necesitar que me lo explique claramente.

Vlad suspiró. —Los zapatos. No son míos. Me los dieron, me dijeron que los guardara.

—¿Quién?

Vlad hizo una pausa, y miró fijamente a Tomek y Rachel durante unos momentos antes de responder.

—Pertenecen a Anton Usyk. Y puedo demostrarlo.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y DOS

Según la «prueba» de Vlad, Anton había dejado los zapatos una mañana y lo había documentado todo con su timbre con cámara de seguridad. Tras la entrevista, Tomek y Chey accedieron remotamente al metraje del vídeo desde el teléfono de Vlad, buscando la evidencia. La encontraron una hora después: Anton de pie junto a la puerta principal, con un grueso abrigo negro y una bufanda bien ajustada alrededor del cuello, sosteniendo los zapatos rojos en sus manos y entregándoselos a Vlad. Luego entró en la casa llevando los zapatos consigo y salió veinte minutos después, apresurándose hacia su coche.

El vídeo prácticamente confirmaba que Anton había estado en la escena del crimen, que él era a quien Andrei había visto, que había huido del puerto. Como resultado, lo situaba como principal sospechoso del asesinato de su esposa. El único problema ahora era intentar encontrarlo. Según los informes, todavía no se había presentado a trabajar esa mañana, y nadie lo había visto desde la noche anterior.

—Entonces eso es todo —dijo Anna, después de que Tomek hubiera convocado una reunión y pedido a Chey que explicara el metraje del vídeo al equipo—. ¿Anton mató a Morgana? ¿Él es quien lo hizo?

—Posiblemente, sí —dijo Tomek. Levantó las manos en señal de rendición para aplacar las miradas furiosas—. Pero aún no hemos terminado. Todavía hay mucho que no tiene sentido.

—¿Como qué? —siseó Victoria, como si fuera culpa de él que la investigación fuera tan compleja.

—Como el hecho de que Morgana condujo hasta el puerto... *sola*. Había ido allí para encontrarse con alguien, o posiblemente solo para dar un paseo, no lo sabemos. Pero cuando llegó allí, se encontró con su marido, y entonces él procedió a matarla. Luego lo pillan con las manos en la masa, huye de la escena, entrega sus zapatos arenosos al subdirector de uno de sus restaurantes para que los «guarde», y luego envía a Mariusz como chivo expiatorio para que cargue con la culpa. Lo que quiero saber es, ¿cuál es la conexión entre los dos? ¿Cuál es la conexión con Gavin también? ¿Fue Anton quien le dijo que filtrara la información, o estaba Vlad involucrado de alguna manera?

—¿Crees que Anton ha estado orquestando todo esto desde el principio? —preguntó Victoria. No podría haber sonado más tonta ni aunque lo hubiera intentado, como si le preguntara a alguien de la Generación Z por los primeros números primos y pensara que tenía algo que ver con los datos de contacto del servicio de atención al cliente de alguna plataforma de streaming.

—Esa es mi hipótesis —respondió Tomek—. Anton mató a su esposa, huyó de la escena y pasó las pruebas a Vlad. Luego se dio cuenta de que pronto se cerraría el cerco sobre él, ya que es el marido y la opción obvia, así que hizo que Mariusz matara a Andrei en su piso, y luego se entregara para confesar que estuvo en el puerto. Probablemente no contaba con que descubriríamos la verdad sobre el falso suicidio tan pronto.

—Entonces, ¿las fotos en el teléfono de Mariusz fueron enviadas a Anton?

—Esa sería mi suposición —respondió Tomek con una inclinación de cabeza.

—¿Y los mensajes a Gavin, nuestro informante? —Victoria comenzó a moverse entre las pizarras, señalando el nombre y la cara de cada uno con su rotulador mientras hablaba—. ¿Crees que Anton presionó a Gavin para que filtrara la información a Denis Danyluk en prisión?

—Así es como lo veo.

—Pero si Denis es el hermano de Morgana, ¿por qué no acudió directamente a Denis para el asesinato de Mariusz en prisión?

Tomek reflexionó un momento sobre eso. —Quizás sabía que esa sería la ruta obvia que seguiríamos. Involucró a Gavin para cubrir sus huellas y despistarnos. Es listo. No ha hecho nada de esto él mismo. En todas las instancias, excepto en el asesinato de su esposa, ha conseguido que alguien más lo hiciera por él: Mariusz para matar a Andrei; Denis para matar a Mariusz; e imagino que si enviamos a Vlad y a Gavin a prisión, de alguna manera conseguirá que también los maten.

El sombrío pensamiento provocó un momento de reflexión en el equipo.

—Me aseguraré de que Gavin sea puesto bajo protección especial, igual que Vlad si encontramos suficientes pruebas para procesarlo.

—¿Suficientes pruebas? —repitió Tomek—. Tenemos pruebas de que ayudó a encubrir un asesinato. Le ha mentido a la policía sobre lo que pasó ese día. Sabía mucho más de lo que nos contaba, y creo que sabe mucho más que aún no nos ha dicho. No hay ningún «si» en esto. Tenemos veinticuatro horas para encontrar pruebas más concretas contra él, y digo que utilicemos hasta el último segundo.

Tomek se impulsó fuera de su silla, pasó junto a sus colegas alrededor de la enorme mesa y tomó el rotulador de pizarra de Victoria. Agarrando el borrador, eliminó algunos garabatos innecesarios y creó un círculo masivo en el centro del espacio. Dentro de él, escribió el nombre de Anton, luego añadió cinco hebras separadas a la telaraña con un nombre en cada una.

Mariusz Stanciu.

Gavin Barker.

Vlad Boyko.

Brendan Door.

Denis Danyluk.

Mientras volvía a colocar el tapón en el bolígrafo, tocó los nombres en orden de las agujas del reloj.

—Necesitamos encontrar conexiones entre Anton y todos estos hombres. Cómo encajan, qué hizo que Anton los eligiera. Aparte de

los obvios —Vlad, el subdirector, y Denis, su supuesto cuñado—, tenemos que preguntarnos qué los conecta.

Tomek hizo una pausa y observó la sala. Estaba mirando un grupo de caras atentas, ansiosas y preparadas. No podía recordar la última vez que había visto algo así. En ese breve momento, en ese corto interludio, sintió como si la investigación fuera suya y que estaba dirigiendo al equipo a partir de ahora.

Tristemente, la realidad sería ligeramente diferente.

Justo cuando Tomek estaba a punto de volver a su asiento, Chey levantó tímidamente la mano. —Puedo ir un paso más allá y responder a algunas de esas cuestiones.

Tomek dio un paso atrás, manteniendo su percibida posición de autoridad.

—Por supuesto, señor Pepper, el turno es suyo.

Chey se aclaró la garganta. —En primer lugar, Denis Danyluk mentía cuando dijo que estaba emparentado con Morgana.

—¿Cómo dice?

—He revisado sus cuentas de redes sociales y solicitado documentos de Ucrania, y no hay mención de Denis Danyluk en ninguno de ellos. Ni siquiera comparten el mismo apellido. Nada en las redes sociales. Nada sobre familiares cercanos. Nada en certificados de nacimiento ni árboles genealógicos ni documentos médicos. Nada que sugiera que están remotamente emparentados.

Tomek se volvió hacia la pizarra y subrayó el nombre de Denis. —Con eso ya son cuatro conexiones las que tenemos que encontrar —dijo, y luego se volvió hacia el joven agente—. Buen trabajo, colega. ¿Algo más?

El hombre se enderezó, animado por la retroalimentación positiva. —Bueno, ya que estamos con el tema de las redes sociales, he estado investigando posibles conexiones entre los Usyk y Gavin y Mariusz, usando las cuentas del restaurante como base. Parece que fueron configuradas por Morgana, ya que ella tenía mucha más presencia en plataformas como Instagram y TikTok que su marido. En algunas publicaciones, he visto a Gavin entrar en Iliana's varias veces. Ha aparecido en sus páginas bastante a menudo e incluso ha dejado una de las reseñas más positivas en Tripadvisor.

Tomek señaló a Oscar y le dijo al hombre que tomara nota para interrogar a Gavin sobre ello en algún momento.

—¿Algo más?

—También he revisado brevemente el teléfono de Vlad antes de enviarlo a análisis forense digital, y no creo que haya sido él quien enviara los mensajes a Gavin, ni creo que recibiera las fotos de Andrei en la bañera.

—Entonces, ¿Vlad está fuera de sospecha? —mencionó Anna.

—No exactamente —corrigió Tomek—. Como dije antes, no está limpio en todo esto, y garantizo que todavía hay algunas cosas que se guarda para sí mismo. Así que, ¿por qué no reunimos todo lo que necesitamos, preparamos todo bien, y luego se lo presentamos en el último momento? —Se volvió hacia Victoria—. ¿Podríamos solicitar una extensión de la custodia?

Victoria meditó un momento. —Puedo mirarlo.

—Estupendo, gracias.

Tomek podía sentir cómo las mareas de la investigación giraban rápidamente a su favor. Si Victoria no tenía cuidado, podría quedarse varada en el puerto y ahogarse.

Entonces se le ocurrió algo. —¿Qué hay de una conexión entre Anton Usyk y Mariusz Stanciu? —le preguntó a Chey, pero la pregunta estaba abierta al resto de la sala.

Martin aprovechó la oportunidad con ambas manos. —Puede que tenga algo para usted, sargento —dijo—. Resulta que la empresa de transportes para la que trabaja Mariusz, DWG Logistics, entrega la comida y suministros a las cafeterías.

—¿Es cierto?

—Sí, sargento.

Los engranajes comenzaron a girar en el cerebro de Tomek.

—Ese es nuestro enfoque. —Dibujó un gran círculo entre los nombres de Anton y Mariusz en la pizarra—. Necesitamos averiguar hasta qué punto estos dos se conocen. Teniendo en cuenta que Mariusz solo lleva tres meses en el país... Y otra cosa que deberíamos investigar: ¿alguien sabe dónde demonios está Anton?

CAPÍTULO
CINCUENTA Y TRES

Con Mariusz muerto en prisión y Anton desaparecido de la faz de la tierra, solo quedaba una persona con la que Tomek podía hablar que los conociera a ambos.

La Granja Red Birch seguía abierta y, para su sorpresa, continuaba con bastante actividad. Se acercaba el final del horario de visitas, y había al menos diez coches aparcados en el estacionamiento. Después de esquivar por poco varios de los baches, Tomek aparcó, salió del coche y se dirigió hacia la oficina de Stanley.

Tomek llamó a la ventana, pero no hubo respuesta. Colocando las manos a los lados de su cara, pegó la nariz al cristal. Vacío. Luego pasó unos momentos buscando a alguien que pudiera ayudarle. Al no encontrar a nadie, se dispuso a buscar por su cuenta.

—Disculpe, amigo —llamó Tomek a un hombre que llevaba una escoba y que acababa de salir del recinto de los caballos. Vestía un mono metido dentro de unas botas de agua. Su pelo era de un rojo llameante y tenía una espesa barba pelirroja a juego.

—Hola... —dijo con cautela.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Stanley?

El hombre señaló sin mirar—. Con los cerdos —dijo, y continuó con su tarea.

—Trayendo el tocino a casa, ¿eh? —dijo Tomek al hombre, pero cayó en oídos sordos.

De camino al corral de los cerdos, pasó junto a una familia joven de cuatro miembros que arrastraba a dos niños lejos de las ovejas. Estaban gritando, suplicando quedarse, pero los padres decían que tenían que volver para la cena.

Finalmente, llegó al corral de los cerdos y encontró al hombre que buscaba.

—Detective... —dijo Stanley severamente, con un toque de cautela en su voz—. No ha venido a decirme que alguien más ha muerto, ¿verdad?

Hoy llevaba un chaleco de un color diferente. Sus pantalones y botas eran de color caqui, pero se habían ensuciado con barro. En sus manos sostenía un cubo verde con un par de guantes.

—Millones de personas han muerto desde la última vez que hablamos —dijo Tomek.

—Bueno, eso es... Supongo... Supongo que tiene razón.

Tomek señaló el cubo.

—¿Qué está haciendo?

—Hora de la comida.

Tomek se volvió hacia los cerdos. Siete en total. Uno menos que la última vez, aunque no hacía falta ser un genio para entender por qué. Eran criaturas feas y repugnantes. Peludos, sucios, cubiertos de su propia mierda. A Tomek nunca le habían gustado. Pero sí le gustaba comérselos. Le gustaba pensar que eran el epítome de que la belleza siempre está en el interior.

—¿Quiere intentarlo? —preguntó Stanley, ofreciéndole el cubo a Tomek—. Están bastante llenos, pero creo que pueden soportar un par de bocados más.

Tomek levantó las manos y retrocedió unos pasos, negando con la cabeza—. No podría. No, gracias. No es lo mío.

—¿Está seguro?

—Sí. Este traje... es realmente bueno. De diseñador. Necesita limpieza en seco cada par de semanas. No me gustaría ensuciarlo. Además, no querría sobrealimentarlos.

Stanley se burló—. Son cerdos. Comerán lo que les des siempre que tengan hambre suficiente. Saben mejor así.

Tomek se volvió para mirarlos de nuevo. Una de las bestias se le había acercado, gruñendo y olfateando como un zombi en una película de catástrofes.

—Le gusta algo de sus pantalones —dijo Stanley.

—Sí. Se llama dinero —respondió Tomek, apartando la pierna. Al hacerlo, algo captó su atención, brillando entre la suciedad. Un pendiente con una joya verde, resplandeciente a la luz. Tomek tenía demasiado miedo para recogerlo, así que lo señaló—. Creo que alguien ha perdido algo.

Confundido, Stanley se agachó para inspeccionarlo. Colocó su mano en el corral con facilidad y apartó la curiosidad de los cerdos con un fuerte empujón.

—¡Ahí está! —exclamó—. Ahí está el pequeño cabrón. Una de nuestras clientas lo perdió antes. Estuvimos buscándolo por todas partes. Tendría que habernos visto. Me llené de barro en lugares que ni siquiera creía posibles.

Tomek pensó en una broma pero decidió guardársela para sí mismo. No era ni el momento, ni el lugar, ni la compañía adecuada.

Stanley se guardó el pendiente en el bolsillo y se puso de pie—. La llamaré más tarde. Mientras tanto, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Podríamos hablar en su oficina?

—¿En un lugar más privado? Por supuesto.

De camino a la oficina, Tomek volvió a ver al hombre pelirrojo con la escoba. Le saludó con la cabeza, pero no recibió respuesta.

—No se preocupe por él, solo está malhumorado porque le dije que trabajará fuera de la granja el resto de la semana —dijo Stanley mientras abría la puerta para Tomek—. ¿Una bebida? ¿Té? ¿Café?

—¿Irlandés?

Stanley pareció sorprendido—. ¡Solo si usted quiere!

Tomek negó con la cabeza y pidió una taza de té. El líquido ardiente calentó su cuerpo y alivió el dolor que había comenzado en su garganta esa mañana.

—Entonces... —comenzó Stanley mientras se dejaba caer en el asiento de cuero frente a él—. ¿Tiene alguna actualización sobre lo que le pasó a Morgana?

—Sí. Que es en parte por lo que estoy aquí.

—De acuerdo.

—Dos razones, en realidad. La primera es si ha sabido algo de Anton recientemente. ¿Ha intentado contactar con usted en absoluto?

Los ojos del hombre se abrieron de par en par—. ¿Anton? ¿Anton hizo esto?

—Lo estamos investigando —respondió Tomek, evadiendo la pregunta—. Pero ahora mismo no podemos localizarlo. ¿Sabe dónde podría estar?

Stanley negó lentamente con la cabeza, mirando fijamente la revista de agricultura sobre la mesa de café, sumido en sus pensamientos—. No, no he sabido nada de él desde la mañana de su muerte.

—¿Y estaría dispuesto a proporcionar pruebas para respaldar eso?

—Por supuesto. Aquí tiene.

Stanley metió la mano en el bolsillo de su pecho, sacó su teléfono y se lo pasó a Tomek, desbloqueado y listo para usar. Tomek lo tomó y comenzó a examinar los últimos mensajes de texto del hombre, correos electrónicos, WhatsApp, incluso sus cuentas de redes sociales. Se sentía como una invasión de la privacidad, que en esencia lo era, pero el hombre había consentido. Y no había nada allí. Nada que saltara inmediatamente a la vista de Tomek. No había mensajes con un número desconocido, muy pocas conversaciones recientes que se ajustaran al período de tiempo desde la muerte de Morgana, y no había fotos en su álbum eliminado o en la carpeta de recientemente eliminados. Tomek había mirado las fotos con cautela, por si encontraba algo más de lo que esperaba. En cambio, encontró primeros planos de algunos de los animales de la granja. Algunos bonitos, otros no tanto. Mientras devolvía el teléfono, agradeció al hombre.

—No hay problema. ¿Puedo preguntar por qué está buscando a Anton? Solo por curiosidad. No tiene que decírmelo si no puede.

Tomek hizo una pausa—. Digamos simplemente que creemos que hay cosas que no nos está contando.

—Esperemos que no se haya ido demasiado lejos.

—¿No le ha visto escondido por alguno de los corrales de animales, verdad? Yo diría que probablemente encaja bastante bien con los burros.

Stanley estalló en una carcajada—. Tenemos una llama en particular que nunca le tomó cariño cuando venía de visita. Siempre le escupía.

—Probablemente no sea el único. Algunas de las reseñas de Tripadvisor daban la impresión de que le escupirían si pudieran —Tomek bebió un sorbo y dejó la taza.

—Si veo algo, me pondré en contacto con usted de inmediato. Lo mismo va para mi equipo. Queremos ayudar en su investigación de cualquier manera que podamos.

—Eso es estupendo. Realmente lo apreciamos. ¿Tiene tiempo para algunas preguntas más?

—Por supuesto. Lo que sea.

Tomek sacó su cuaderno, presionando el bolígrafo contra el papel —. ¿Le suena el nombre de Mariusz Stanciu?

—¿El pequeño Mario? —la voz de Stanley se llenó de alegría—. Es nuestro mensajero. Recoge nuestros productos y los entrega a todos nuestros proveedores. También nos entrega otras cosas.

—¿Como qué?

—Cosas aburridas. Heno. Semillas. Fertilizante. Cualquier cosa que necesitemos para hacer funcionar la granja.

Tomek no sabía nada sobre la agricultura, así que no podía comprender la escala de lo que se requería, pero imaginaba que era mucho.

—Creo que empezamos a usar DWG Logistics hace unos cinco años —continuó Stanley.

—¿Y cuánto tiempo lleva Mariusz haciendo entregas?

Stanley sopló aire caliente entre los dientes—. ¿Un par de meses? ¿Quizás tres? Pero ya es uno de los favoritos por aquí. Tiene un buen sentido del humor.

Qué lástima, pensó Tomek, no haber podido experimentar ese lado de Mariusz. En cambio, había tratado con un hombrecillo asustado y en pánico. Un hombrecillo asustado y en pánico al que se le había ordenado matar a Andrei Pirlog y luego documentarlo.

—¿Da la casualidad de que sepa algo sobre su relación con Anton?

—¿Relación laboral o personal?

—Cualquiera —dijo Tomek encogiéndose de hombros.

—Sé que Mario hizo muchas entregas para mí a Anton. Sé que siempre parecía estar al teléfono con él, probablemente discutiendo cosas del trabajo, y a veces de fútbol, pero aparte de eso, realmente no podría decirle. Lo siento.

—No se preocupe —dijo mientras se daba una palmada en la rodilla y se disponía a irse—. No esperaba mucho.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CUATRO

Habían pasado dos días y seguía sin haber rastro de Anton Usyk. Se había emitido una orden de arresto contra él, y Abigail y el equipo del *Southend Echo* habían publicado una fotografía suya en internet. La cobertura había llegado incluso a los titulares nacionales, por lo que hordas de periodistas y reporteros se habían congregado en las oficinas centrales como si fueran los fans de un grupo de rock. Cada vez que Tomek intentaba abrirse paso entre la multitud, era como luchar contra los cerdos de la granja. Y hasta ahora todo había sido en vano.

Habían agotado todas las posibilidades disponibles. Contactos en sus agendas, amigos en redes sociales, incluso otros proveedores y clientes que habían encontrado en los libros. Dos pobres almas dentro del equipo, Chey y Anna, tuvieron incluso la ingrata tarea de llamar a todos sus antiguos empleados y reunirse con los que aún vivían en el país. Muchos se habían marchado a sus países de origen o eran inlocalizables.

Mientras tanto, Vlad seguía en una celda. En ausencia de Nick, Victoria había solicitado autorización para ampliar el plazo hasta treinta y seis horas. Según los cálculos de Tomek, les quedaban poco menos de dos horas. El equipo seguía recopilando toda la información posible, y la sensación era que tenían suficiente para acusarle de obstrucción a la justicia. Se habían hecho varios intentos para hacerle hablar y agrietar su fachada, pero no había cedido. Seguía manteniendo que no tenía ni idea de dónde estaba Anton.

El teléfono del hombre estaba apagado. No había iniciado sesión en sus cuentas de redes sociales, ni siquiera en su correo electrónico, durante tres días, desde la noche anterior a la cita de Tomek con la camarera, Gina, y nadie parecía saber dónde estaba. Se había emitido una alerta en todos los puertos con su nombre y rostro, así que si intentaba huir del país, no podría hacerlo. Algunos, no Tomek, habían especulado que quizás había huido a Ucrania en la parte trasera de un camión. Pero si ese fuera el caso, poco o nada podrían hacer Tomek y su equipo, excepto hablar con las autoridades ucranianas y ponerlas en alerta ante su posible regreso.

Tenía que estar en *alguna parte*. Tenía que estar escondido, al acecho, esperando que todo esto pasara. Tomek estaba convencido.

En cuanto a Gina, ella también parecía haberse esfumado de la faz de la tierra. Tomek había hablado con todos los empleados de Iliana que le fue posible, pero nadie la había visto, ni había tenido noticias de ella, ni siquiera la recordaba. Era como si nunca hubiera existido.

Tomek entró en el aparcamiento y salió del coche. Frente a él estaba el local de Iliana. A través de las ventanas que iban del suelo al techo, con condensación ascendiendo lentamente por ellas, vio que estaba vacío. No había encargado ni encargado adjunto. Tomek sentía curiosidad por saber cómo funcionaba el lugar. Tenía que haber un líder allí dentro, un segundo al mando que supiera lo que hacía pero que quizás hubiera pasado desapercibido, que se hubiera mantenido oculto todo este tiempo. Tomek estaba dispuesto a apostar que esa persona sabría dónde se escondía Anton.

Cerró la puerta del coche de un portazo y se dirigió al restaurante. El ambiente en el interior era el de siempre. El sonido de la grasa chisporroteando en la cocina de la parte trasera, la música sonando de fondo, la máquina de café zumbando mientras molía los granos, el sonido de las conversaciones en Europa del Este, todos hablando unos por encima de otros. La única diferencia estaba en el personal. Tomek no reconoció ninguna cara del otro día. Incluso la camarera que se le acercó era diferente a la mujer que había sustituido a Gina.

¿De dónde coño siguen saliendo?, se preguntó. Era como si los estuvieran cultivando en un laboratorio en la parte trasera.

—Buenos días, señor —dijo ella, más jovial y entusiasta que sus predecesoras—. ¿Mesa para uno?

—Por favor —dijo Tomek, con su atención centrada únicamente en la zona de la cocina.

Algo había cruzado por su campo de visión, distrayéndolo. Un mechón de pelo rojo, con una barba a juego. Llevaba un delantal. Mientras la mujer lo dirigía a su asiento, la ignoró y continuó hacia la cocina. Allí, rodeó el mostrador y se abrió paso entre los cuerpos. El hombre que buscaba estaba de espaldas a él, ocupado volteando dos huevos a la vez, usando una técnica y una espátula que Tomek nunca había visto antes.

Le dio un golpecito en el hombro al hombre.

Al sobresaltarse, el hombre se dio la vuelta y dejó caer uno de los huevos al suelo. La grasa y la yema salpicaron los zapatos de Tomek y los puños de sus pantalones. Sin duda dejaría una mancha, pero a Tomek no le importaba. Estaba más fascinado con el hombre frente a él. Con el pelo rojo y la barba. Los pómulos y la mirada vacía. El hombre que, solo cuarenta y ocho horas antes, había estado sosteniendo una escoba en lugar de una espátula. Un hombre que había estado paleando mierda en lugar de voltear huevos.

—No debería estar aquí atrás, señor —dijo, con expresión vacía, perdida—. Esta zona es solo para el personal.

Luego llegaron el resto de los gritos. Las manos tirando de él hacia atrás. Las caras enfadadas enfrentándose a él. Tomek, atónito y asombrado, se sintió manipulado y empujado fuera de la cocina.

Durante mucho tiempo, se quedó allí, inmóvil, al otro lado del mostrador de la cocina, mirando intensamente a la cara del chef. Pasó un rato hasta que finalmente recobró el sentido y se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

Tomek metió la mano en el bolsillo y sacó su placa. Luego señaló al hombre del pelo rojo.

—¿Puedo hablar con usted sobre...?

El hombre salió corriendo. Arrojó la espátula en dirección a Tomek, errando por metros, luego agarró una sartén de la superficie y la lanzó tras él. Tomek lo persiguió, cargando hacia la entrada de la cocina, abriéndose paso entre los cuerpos estáticos que encontraba en su camino. El hombre era pequeño, ágil y mucho más rápido que Tomek quien, a pesar de las dos carreras recientes, estaba teniendo dificultades para mantenerse a su ritmo.

Lo persiguió a través de la parte trasera del edificio, y hasta el pequeño aparcamiento del personal que solo tenía capacidad para dos coches. El resto del espacio estaba ocupado por contenedores de reciclaje con ruedas. Tan pronto como salió a la luz del día, el chef agarró uno de los contenedores y lo rodó delante de Tomek en un intento de retrasarlo. Tuvo poco efecto ya que Tomek logró esquivarlo —un recuerdo de sus días jugando al rugby—. Luego el hombre dobló la esquina del edificio y se dirigió hacia el paseo marítimo. Tomek continuó la persecución, con las piernas golpeando, los pies pisando fuerte el asfalto. Mantuvo su respiración estable y rítmica, inhalando por la nariz, exhalando por la boca. Deseando, rogando que el hombre no llegara al paseo marítimo. Estaba concurrido, lleno de obstáculos —personas— que no siempre se apartaban del camino.

La única ventaja que tenía Tomek era que conocía bien el paseo marítimo, había corrido por él cientos de veces, y por lo tanto sabía cómo dosificarse, cómo mantenerse en la carrera. Ese impulso, esa ventaja, se perdería si el fugitivo se dirigía hacia la arena, que fue precisamente lo que hizo.

—¡Alto! —gritó Tomek—. ¡Deténgase ahora mismo!

Un grupo de corredores masculinos, vestidos con ropa neón brillante y pantalones cortos ajustados que mostraban demasiado para el gusto de Tomek, venía hacia ellos. Estúpidamente, obedecieron su orden y dejaron de correr, permitiendo que el chef los esquivara y pusiera pie en la playa.

Tomek los maldijo al pasar, esperando que cada uno se torciera un tobillo o se lesionara una rodilla.

La superficie bajo sus pies pasó de asfalto sólido y firme a una arena trabajosa, irregular e impredecible. Trozos de piedra y conchas

marinas saltaban detrás del chef, y con el viento llegaban a la cara de Tomek. Escupió y cerró los ojos para evitar que entraran, pero fue inútil.

Sin embargo, para su propia sorpresa más que para la de cualquier otro, estaba ganando terreno. O bien la carrera con Warren hasta el puerto había tenido efecto, o el chef había subestimado enormemente el esfuerzo necesario para correr sobre arena. Se acercaban al muelle, moviéndose más cerca de la orilla. Tomek no sabía cuál era la estrategia del hombre, pero no estaba bien pensada. Y a los pocos cientos de metros, con su cuerpo gritándole que se detuviera, alcanzó al hombre y saltó sobre su espalda.

El aterrizaje fue suave, en su mayor parte; en la caída, Tomek sintió que una rodilla le golpeaba en la entrepierna. El dolor surgió en esa zona y rápidamente se extendió hasta su estómago. Gritó de agonía, pero ahora no era el momento. No podía permitirse dejar escapar al hombre, así que, en su angustia, lo inmovilizó, sujetándolo contra el suelo, una mano sosteniendo su entrepierna, la otra presionando sobre la parte posterior de la cabeza del hombre.

—¡No he hecho nada! —gritó el hombre, escupiendo arena y algas.

—La gente inocente no huye, colega.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y CINCO

Tomek llevaba veinte minutos en la sala de reuniones, respirando pausadamente, tratando de superar el dolor en su estómago, cuando Chey y Rachel entraron.

—¿Te encuentras algo mejor, Sargento?

—No. Ahora me ha subido hasta el pecho. Lo siento en la garganta.

Rachel se burló. —*Hombres*. Os encanta exagerar las cosas. La gripe masculina...

—¡Que es algo real, por cierto!

Ella continuó: —Cualquier dolor o molestia, y esperáis que estemos a vuestra disposición a cada momento.

—¿Es por eso que preferiste a las mujeres en vez de a los hombres?

—Obviamente. Esa es la única razón por la que soy lesbiana.

Los ojos de Chey se abrieron como platos, y se giró para mirar a Rachel como un personaje de dibujos animados. —¿Eres...?

—Sí, Chey. Lo soy. Me gustan las mujeres, y no esperaba que se supiera de esta manera, pero supongo que ya está hecho. Pero no estamos hablando de mí ahora mismo, estamos hablando de Tomek y del golpecito que ha recibido en sus genitales. A eso digo, bienvenido a nuestro mundo. Inténtalo una semana cada mes, pero en lugar de un dolor puntual, imagina que te están dando puñetazos en los huevos repetidamente. Una y otra vez. —Imitó golpear un saco de boxeo.

—Te felicito por ello —dijo él—. De verdad. Kasia me cuenta todo sobre eso. A veces demasiado. Pero creo que necesitas trabajar tu gancho de derecha.

—Incluso cuando estás dolorido, sigues siendo un capullo.

Le lanzó un gesto de pistola con el pulgar y el índice. —Nada me va a hacer cambiar, nena. ¿Qué dice nuestro aspirante a Usain Bolt?

Los agentes se miraron entre sí. —En realidad, señor, lo importante ahora es lo que está diciendo Vlad.

—¿En qué sentido?

—Bueno, sabe que su tiempo se ha acabado y cree que es momento de negociar.

—¿Quiere una salida?

—Bueno, no hay posibilidad de que eso suceda —respondió Rachel—. Más bien, quiere la mitad del pastel y además comérselo. Dice que tiene algo que podríamos querer saber.

—Si es lo que creo que es, no lo necesitamos para nada —dijo Tomek, mientras se levantaba cuidadosamente. Sus rodillas crujieron al estirar las piernas.

—Entonces creo que deberías hablar con Victoria —dijo Chey—. La entrevista ya ha comenzado.

Joder.

Tomek pasó junto a ellos con dificultad y se abrió paso por la puerta, cojeando mientras caminaba hacia la sala de incidentes graves. Allí, en medio de la sala estaban Victoria y el resto del equipo, viendo a Martin realizar la entrevista en la pantalla de televisión como si estuvieran en el cine.

—No aceptéis nada —dijo.

Victoria se volvió para mirarlo, con desdén en sus ojos. —¿Perdone?

—No acepte nada de lo que quiera. Todavía no.

—¿Por qué deberíamos esperar? Esto está casi terminado.

—El tipo que arresté —dijo Tomek entre jadeos. El paseo hasta la sala de interrogatorios le había agotado—. Lo reconocí de la granja. Creo que algo está pasando allí, y creo que él podría decirnos exactamente qué.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Que hagamos un farol a Vlad. Digámosle que hemos arrestado a alguien de la granja —es importante que mencione ese punto específico— y que vamos a obtener toda la información que necesitamos de él. Vlad ya va a ir a prisión por mucho tiempo, no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Luego, una vez que tengamos la información que necesitamos de este pelirrojo que está en la celda, se la presentaremos a Vlad y posiblemente conseguiremos que llene algunos de los vacíos si es necesario.

Victoria lo consideró por un momento. Él podía ver en su rostro que no estaba dispuesta a hacer ningún tipo de trato con Vlad por información que podría o no poseer. Pero también podía ver que no quería que Tomek tuviera razón.

Tenía una elección difícil que hacer. El ego o las vidas de personas inocentes.

Al final, ganaron las vidas de personas inocentes.

—¿Qué vas a hacer si te equivocas?

Tomek se encogió de hombros. —Entonces alguien tendrá que tener la incómoda conversación con Vlad donde admitamos que podríamos haber puesto todas nuestras cartas sobre la mesa demasiado pronto.

Pasaron unos momentos. Victoria luchaba con la decisión.

Luego se volvió hacia Sean y dijo: —Baje ahora mismo. Dígale a Martin que espere. Veamos qué puede sacarle Tomek a su sospechoso primero.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SEIS

Tomek quería pensar que no sentía presión, que de alguna manera era inmune a ella. Que, con los años, había aprendido a lidiar con ella y procesarla, manipulándola para su propio beneficio. Después de todo, había afrontado la muerte de su hermano por sí mismo. Había aprendido a crecer y a enfrentarse a las dificultades y reveses de la vida sin consejos ni una mano que le guiara por parte de sus padres. Y, sin embargo, al entrar en la sala de interrogatorios, sintió un ligero temblor en las rodillas, un pequeño nudo que se apretaba en su estómago.

O eran los nervios o la sensación de haber recibido un rodillazo en los genitales aún le molestaba.

Lo atribuyó a esto último.

En su mano sostenía un pequeño documento que le había entregado el oficial de custodia. En él figuraba el nombre del hombre, su fecha de nacimiento y otra información que le habían extraído cuando lo registraron en la comisaría.

—Así que... Alfie —comenzó Tomek mientras se sentaba frente al hombre—. ¿Cómo estás hoy?

—No he hecho nada malo.

—Eso está por verse. Como dije en la playa, las personas inocentes...

—Sí, no huyen. Te oí perfectamente.

—Estupendo. Así que ya hemos conseguido determinar que tus habilidades auditivas están a buen nivel. ¿Qué hay de tu capacidad

para entender y responder preguntas?

—¿Qué?

Tomek inclinó la cabeza. —Un comienzo titubeante. Probemos de nuevo, ¿te parece? ¿Puedes confirmarme tu nombre, edad y fecha de nacimiento?

—Son lo mismo, idiota.

Tomek le señaló con el bolígrafo. —Eso es un punto para la parte lógica, felicidades.

—¿De qué coño estás hablando, colega? ¿Por qué cojones estoy aquí? No he hecho nada malo.

Alfie era un hombre pequeño, poco menos de un metro setenta, con hombros estrechos, pero había algo en su constitución que sugería que no desentonaría en un ring de boxeo. Sus movimientos eran nerviosos, como si hubiera esnifado algo antes de su turno en la cocina, y continuamente se hacía crujir los nudillos. Tomek quería pensar que podría vencerle físicamente, pero no estaba dispuesto a meterse en una pelea, no cuando la parte inferior de su cuerpo aún se estaba recuperando de su anterior combate en el ring.

—Me preguntaba si podrías responder a algunas preguntas —dijo Tomek—. ¿Eres capaz de hacerlo?

—No cuando no he hecho nada malo.

—Excelente. Me gustaría empezar por saber cuánto tiempo llevas trabajando en Iliana's.

—No trabajo allí.

—Entonces, ¿qué hacías en la cocina? ¿Un poco de trabajo voluntario?

—Casualmente, sí.

Tomek se quedó desconcertado. No esperaba esa respuesta.

—Elabora.

—Estaba echando una mano —dijo—. Stanley me pidió que fuera a ayudarles. Dijo que necesitaban que cubriera un turno.

Tomek recordó las palabras de Stanley: *No te preocupes por él, solo está enfadado porque le dije que trabajaría fuera de las instalaciones el resto de la semana.*

—¿Por qué?

—Porque no tienen a nadie a cargo allí. Stanley dijo que necesitaban mantener el negocio a flote de alguna manera. Son uno de nuestros mayores clientes.

—¿Sabes que una propietaria está muerta y el otro es buscado en relación con su asesinato?

Alfie se encogió de hombros. —No lo sabía, pero ahora sí.

—Y Stanley también lo sabe. Entonces, ¿por qué te envía a ayudar?

Alfie se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho. —Joder a un hombre por hacer trabajo filantrópico, por ayudar a su comunidad.

Tomek recordó los premios y reconocimientos en la oficina de Stanley.

—Sí... se le da bien eso, ¿verdad?

—Creo que podría intentar comprar el local si algo le pasa.

Interesante, pensó Tomek. Muy interesante.

—¿Cuántas veces te han dicho que ayudes en el restaurante?

—¿En cuál?

—En cualquiera.

—Solo una vez —respondió Alfie.

—¿Y cuánto tiempo llevas trabajando para Stanley?

—Unos seis años ya.

—Mucho tiempo.

Alfie se encogió de hombros. —Me gusta. Es un buen empleador. Paga justamente. No se queda con dinero extra para sí mismo. Además, me gusta el trabajo. ¿No veo cuál es el problema?

Tomek optó por no responder a la pregunta. Al menos no de inmediato. O Alfie era un jugador de póquer excepcionalmente bueno y no dejaba entrever nada, o genuinamente no tenía idea de qué estaba mal. Solo había una manera de averiguarlo.

—¿Por qué huiste? —preguntó Tomek.

—Reflejo.

—¿De cuando eras más joven?

Tan pronto como el nombre de Alfie se introdujo en el sistema, aparecieron una serie de arrestos anteriores. Vandalismo, absentismo escolar, hurtos menores. Durante su adolescencia, había

pasado su tiempo pintando grafitis en las paredes de Basildon y robando dulces de las tiendas cuando debería haber estado en la escuela.

—En cuanto vi tu identificación, algo me invadió.

—¿Culpa? ¿Paranoia?

—Instinto.

—Lástima que tus pies no funcionen tan rápido como tus instintos —dijo Tomek mientras echaba un vistazo a la hoja—. Cuatro arrestos. Ahora cinco. Suerte que ninguno de ellos decidiera presentar cargos.

Alfie hundió las manos más profundamente en sus axilas. El sonido de los nudillos crujiendo resonó bajo su piel. —No es un delito ayudar a la gente. No tienes nada de qué acusarme. Igual que en todos esos casos anteriores. Ahora, si eso es todo, me gustaría irme, por favor.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y SIETE

Tomek no tuvo más remedio que dejar marchar a Alfie. No se había cometido ningún delito y no podía retenerlo en una celda mientras esperaban para reunir pruebas. En su lugar, tendrían que hacerlo al revés. Encontrar las pruebas y luego detenerlo. Pero a menos que Tomek pudiera situarlo en la escena del asesinato de Morgana, no tenía muchas esperanzas.

Regresó a la sala de incidentes importantes con una sonrisa forzada y pretenciosa en la cara.

—La has cagado, ¿verdad? —fue lo primero que Victoria le dijo.

—Bueno, yo no lo expresaría así.

—¿Y cómo lo expresarías?

—Era un callejón sin salida. Solo estaba ayudando en el restaurante.

—Vale. ¿Y lo has dejado marchar?

—Sí, señora. No queremos poner más presión en nuestros ya de por sí limitados recursos.

Victoria se llevó las manos a la cabeza, con un gesto demasiado teatral para su gusto. —No me lo puedo creer. Me aseguraste que esto era pan comido.

Tomek se encogió de hombros. —A veces se gana y a veces se pierde.

—¿Cómo puedes tomártelo tan a la ligera? Ahora tenemos que volver ahí dentro con Vlad, con el rabo entre las piernas y los

pantalones por los tobillos. No va a soltar nada a menos que consiga exactamente lo que quiere.

—Sí que lo hará —respondió Tomek.

Se encontró con una cara inexpresiva. Su argumento había pasado completamente por encima de la cabeza de Victoria.

—¿Qué quieres decir?

—Él no sabe que la hemos cagado...

—Que *tú* la has cagado —siseó Victoria, insistiendo en corregirle.

—Patata, *patata*. Ahora mismo, está sentado en la celda de detención preocupadísimo porque va a pasar los próximos años en prisión, arrepentido de no habernos compartido su información antes. Estará dispuesto a hacer cualquier cosa para contarnos lo que sabe, a negociar con nosotros todo lo posible porque le vamos a decir que ya lo sabemos todo. Seguimos siendo nosotros quienes tenemos el poder.

Ahora empezaba a tener sentido para ella. Sus ojos cayeron al suelo y bajó las manos a sus caderas.

—Pero esto solo funcionará —continuó Tomek—, si damos la impresión de que lo sabemos todo. Si ve a través de nuestra fachada, *entonces* estaremos jodidos.

—Ah, ¿así que solo en ese momento deberíamos considerarnos contra las cuerdas? Genial.

La sonrisa volvió al rostro de Tomek, esta vez con un poco más de sinceridad detrás. —Exactamente. Por eso no estoy preocupado.

—Eso es porque no es tu culo el que está en juego. —Victoria se volvió hacia el equipo que estaba sentado alrededor de la mesa—. ¿Qué otras líneas de investigación tenemos abiertas en este momento?

Silencio, salvo por el sonido de papeles crujiendo mientras sus colegas fingían buscar una respuesta a la pregunta que no existía.

—¿Nada? ¡Mierda! —Se volvió hacia Tomek—. Entonces, esta es la única fuente sólida que tenemos disponible.

Tomek se encogió de hombros. —Parece que sí, señora. Es su decisión. Por eso le pagan el pastón.

Ella le lanzó una mirada de desprecio.

—Tienes razón, Tomek. Es por eso que me pagan el pastón, por lo que se lo voy a dar a alguien en quien confío, alguien que creo que va a llevar esto hasta el final. —Hizo un gesto al hombre más cercano a ella—. Sean, me gustaría que te encargaras de esto, por favor.

Quelle surprise.

La jefa corrupta y su perro guardián leal cuidándose el uno al otro de nuevo.

—Candidato perfecto —dijo Tomek entre dientes, y luego volvió a su asiento mientras el equipo comenzaba a elaborar una estrategia para la segunda parte de la entrevista con Vlad. A decir verdad, Tomek estaba un poco aliviado de no escuchar su nombre. Había esperado que Victoria le eligiera como una especie de oportunidad para redimirse por haber metido la pata en primer lugar, pero ahora que esa responsabilidad había caído sobre otra persona, podía relajarse sabiendo que no recaería sobre sus hombros si todo se iba al garete. ¿Y decían que no era un jugador de equipo?...

Treinta minutos después, el equipo había finalizado la estrategia y, armado con ella, Sean partió hacia la sala de interrogatorios. Para cuando Martin y Oscar habían configurado la transmisión de vídeo en directo, la entrevista ya había comenzado.

Era la primera vez que Tomek veía al hombre desde su arresto inicial. Parecía golpeado, abatido, más delgado, mucho más delgado, como si hubiera hecho una huelga de hambre y nadie se hubiera dado cuenta. A su lado estaba su abogado, inclinado hacia adelante sobre la mesa, con la espalda tan arqueada como los Arcos Dorados del letrero de McDonald's. En la pantalla, Sean les daba la espalda, pero Tomek sabía que su amigo tenía puesta su cara de póker: una expresión severa y estoica que no revelaría nada.

—Gracias por volver —comenzó Sean.

—¿Cómo ha ido? ¿Su otro sospechoso les ha contado todo?

—Eso está por verse —dijo Sean—. Solo esperamos que puedas rellenar algunos de los huecos para nosotros.

Una breve pausa invadió la sala y, durante unos momentos, nadie se movió. Al principio, Tomek pensó que la transmisión se había congelado, pero cuando vio a Vlad limpiarse la parte inferior

de la nariz, se dio cuenta de que estaba equivocado. También se dio cuenta de que Sean lo había delatado.

—¿Rellenar los huecos? —repitió Vlad—. No sabéis una mierda, ¿verdad? ¿Queréis que *yo* rellene los huecos? Eso es básicamente pedirme que os dé todo lo que sé gratis.

Joder.

Vlad cruzó los brazos sobre su pecho y se hundió en su asiento. —Ese tipo de información no sale gratis, y desde luego tampoco sale barata, me temo. Mi oferta original sigue en pie.

Doble joder.

Sean lo había delatado. Lo había fastidiado más rápido que un virgen perdiendo su virginidad. Claro, habían elaborado un plan de contingencia durante su improvisada reunión estratégica, pero no esperaban necesitarlo tan pronto.

Tomek miró a su alrededor a las caras mudas y sorprendidas de sus colegas. La de Victoria, sin embargo, era una obra maestra. Estaba sentada hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas, cubriéndose la cara con las manos, entrecerrando los ojos a través de los huecos entre sus dedos.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. Cristo en bicicleta. ¿Puede alguien bajar a ayudarle?

—Creo que ya no tiene remedio —dijo alguien del equipo.

Tomek estaba demasiado pendiente de la pantalla para notar quién lo había dicho. En la transmisión, Sean se removió incómodo en su asiento y comenzó a juguetear de nuevo con los documentos en su mano.

—No podemos darte inmunidad —dijo.

—¿Por qué no? —respondió Vlad.

—Porque no funciona así. Si se ha cometido un delito, serás castigado por ello.

—Así que definitivamente no sabéis nada —dijo Vlad. Entrelazó los dedos como el señor Burns de *Los Simpson*—. Creo que eso significa que querréis aceptar mis condiciones.

—No podemos. ¿Cómo sabemos siquiera que tienes pruebas e información relevantes para el caso?

Vlad se inclinó hacia adelante en su asiento. —¿Qué tal si hacemos un trato? Primero, o me dais inmunidad o protección de testigos. Luego os lo contaré. Si no creéis que las pruebas que os doy merecen la pena, entonces el trato queda anulado.

—Entonces, ¿estarías dispuesto a dejarnos decidir si valoramos la información lo suficiente como para concederte inmunidad?

Tomek gritó internamente. *¡No! ¡No digas eso, pedazo de melón!*

—En realidad, tienes razón —continuó Vlad—, eso no tiene sentido. Olvida eso. O lo tomáis o lo dejáis.

Tomek no podía creer lo que estaba oyendo. No solo Sean había delatado su tapadera, sino que también había conseguido convencer a Vlad de que no les ofreciera el mejor trato. Si Vlad les hubiera dado información que condujera a un arresto, no tenían ninguna obligación —excepto la palabra de Sean— de seguir adelante con cualquier tipo de papeleo que pudiera conducir a algún tipo de inmunidad o a meterlo en el programa de protección de testigos. Era su mejor oportunidad de sacar la información de la cabeza de Vlad, y la había desperdiciado.

Tomek nunca había visto un accidente de coche suceder justo delante de él. Pero ahora sí. Y era espectacular.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y OCHO

No había sonrisa en el rostro de Sean cuando regresó a la sala de incidentes. No tenía un plan alternativo como Tomek, y había sido incapaz de mirar a sus compañeros a los ojos. Lo primero que hicieron él y Victoria fue dirigirse al despacho de ella, donde Tomek se imaginaba que le estaría consolando en su regazo. Eso dejó al equipo sin saber qué hacer. Había una falta de dirección tras la repentina huida de Victoria, así que Tomek tomó la iniciativa de asumir el mando, dar alguna apariencia de liderazgo y ascender en el puesto, una habilidad que había visto hacer a muchos antes que él, así que, ¿qué tan difícil podía ser?

Tomek se giró hacia el muro de pizarras blancas frente a él y pasó unos momentos examinando la información, observando las conexiones, las líneas que relacionaban a sus sospechosos entre sí.

—Señoras y señores —dijo—, nuestro principal objetivo ahora mismo es encontrar a Anton Usyk. Si podemos encontrarlo, tal vez logremos hacerle cantar como un canario, o mear como un octogenario, como Chey lo ha expresado tan elocuentemente en el pasado.

—Totalmente de acuerdo, Sargento —llegó el comentario del agente.

—Antes de que me dirija en una dirección, ¿alguien tiene alguna actualización sobre sus movimientos? ¿Algún posible avistamiento?

Martin fue el primero en hablar. Bajó las manos lentamente. —He estado atendiendo muchas llamadas de personas que responden a

los comunicados de prensa y hasta ahora todos informan haber visto al mismo hombre que coincide con la descripción de Anton. Pero nadie ha aportado nada de importancia. Es sorprendente la cantidad de gente, especialmente personas mayores, que llaman para desearnos buena suerte con todo esto.

—No nos sirve de mucho.

—Lo sé, pero de alguna forma restablece un poco tu fe en la humanidad.

—Hmm. Es como cuando los famosos publican en Twitter sus pensamientos y oraciones con las familias de la guerra o del último tiroteo. Palabras vacuas, huecas, sin sentido.

—Ahora se llama X, Sargento —añadió Chey.

Un teléfono comenzó a sonar en la oficina principal. Martin saltó de su asiento y se apresuró a contestar.

—Nadie lo llama así —continuó Tomek—. Siempre se refieren a ello como "X, anteriormente Twitter". Pero eso no viene al caso. Creo que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que el nombre de una empresa de redes sociales.

Tomek miró alrededor de la sala, esperando que alguien más hablara. Justo cuando estaba a punto de abrir la boca, Martin reapareció en la puerta.

—Sargento —dijo, jadeando—, no estoy seguro si vale la pena comprobarlo, pero acaban de encontrar un cuerpo en la Isla de los Dos Árboles. El ciclista que lo encontró cree que podría ser Anton.

CAPÍTULO
CINCUENTA Y NUEVE

Two Tree Island era una marisma de casi trescientas hectáreas. Como reserva natural de la Wildlife Trust, albergaba miles de aves acuáticas y zancudas. El terreno había sido recuperado del mar en el siglo XVIII tras la construcción de un muro marítimo alrededor de la zona y se había utilizado para la agricultura, pero ahora era un lugar popular para caminantes, ciclistas, entusiastas de la naturaleza y observadores de aves, con varios escondites repartidos por la zona.

Tomek y Rachel llegaron treinta minutos después de la llamada telefónica. El acceso a la isla solo era posible a través de uno de los diversos senderos, y habían pasado veinte minutos intentando encontrar su camino entre las pasarelas. No fue hasta que vieron a un agente uniformado que regresaba del lugar del crimen cuando lo encontraron.

—¿Sabes qué? —dijo Tomek—. En mis treinta y cinco años en este país, creo que nunca he estado aquí.

Tomek miró hacia atrás. A lo lejos se veía la costa de South Essex. Hadleigh a la izquierda, con el castillo sobresaliendo del horizonte en lo alto de la colina, y luego Leigh-on-Sea, Chalkwell y Southend más allá. En un buen día, Tomek habría podido ver el muelle, pero el tiempo había empeorado. En las últimas horas, se habían formado nubes en lo alto, amenazando con lluvia y trayendo consigo un manto de oscuridad.

A unos cientos de metros, se había levantado una tienda blanca forense sobre el cuerpo, el camino había sido acordonado con cinta

policial azul y blanca, y un pequeño grupo de agentes uniformados atendía la escena. Justo delante de la cinta policial había un hombre vestido con lycra, sujetando su bicicleta de carreras con una mano, hablando con un agente de policía.

A su lado había otro agente con un portapapeles y un bolígrafo.

—Buenas tardes —dijo Tomek mientras mostraba su placa y firmaba.

—Buenas tardes —respondió el hombre.

Tomek y Rachel ya estaban vestidos con trajes forenses blancos. Siempre llevaba un par en el maletero de su coche para tales eventualidades. Una vez que ambos firmaron, pasaron por debajo de la cinta y se dirigieron tranquilamente hacia la escena del crimen. Allí encontraron a un hombre que se presentó como Leon Ridpath, el gestor de la escena del crimen.

—La víctima es un hombre de unos treinta años —dijo mientras comenzaba a describirles eficientemente la escena—. Por lo que parece, ha sido asesinado a golpes con algún tipo de objeto contundente. Trauma en la parte posterior de la cabeza, posiblemente al estilo ejecución. Un poco de sangre en el cuello, pero parte debe haberse lavado con la lluvia.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No me corresponde decirlo. Pero no mucho. Quiero decir... véalo usted mismo.

Tomek fue el primero en entrar en la tienda. Apartó la solapa y luego la sostuvo para Rachel. La figura estaba tendida boca abajo sobre la hierba, con sus rasgos ocultos a la vista. Llevaba unos vaqueros azul oscuro, zapatillas deportivas y una chaqueta impermeable verde claro. No había nada en la vestimenta del hombre que sugiriera que la víctima estaba interesada en las mismas marcas de diseñador y lujo que Anton, pero quizás ese era el disfraz perfecto para un hombre que estaba fugado por matar a su esposa.

—¿Se ha encontrado alguna identificación en sus bolsillos? —preguntó Rachel mientras Tomek colocaba una mano en el hombro del hombre.

Leon llamó a uno de los oficiales de la escena del crimen. Un momento después, una figura respondió:

—Sí. Su permiso de conducir.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tomek mientras giraba al hombre de lado.

Pero ya sabía la respuesta antes de oírla.

—No es él —dijo Tomek.

—¿Quién es? —preguntó Rachel.

—Reece Cartwright —respondió el SOCO.

El suspiro de Rachel fue audible a través de su mascarilla y el viento que había comenzado a agitar la tela de la tienda.

—Joder —susurró Tomek.

—¿Hay algún problema? —preguntó Leon.

—No. Es solo que... pensábamos que podría ser alguien a quien estamos buscando.

Ya era de noche cuando Tomek y Rachel terminaron con la escena. Tenían una nueva víctima. El familiar de alguien, el amigo de alguien, el ser querido de alguien. No podían haberlo dejado allí simplemente porque no era Anton Usyk. Habría sido inmoral y poco ético. Alguien había matado a Reece Cartwright, así que habría que abrir otra investigación de asesinato. Pero en ese momento, esa no era la prioridad de Tomek. Tenían todo lo que necesitaban para empezar: la declaración de un testigo, el ciclista que lo había encontrado, un informe del gestor de la escena del crimen y un informe del patólogo que llegaría en los próximos días. Tomek y el equipo tendrían que comenzar a interrogar a la familia del hombre y a sus amigos. Pero primero Tomek quería ver el asesinato de Morgana hasta el final. Necesitaba el cierre de resolver su muerte. Y esa sensación, ese deseo saciante, no terminaría hasta que encontraran a Anton.

Pero la vida no siempre funcionaba así. No siempre era tan amable.

Como había aprendido por las malas.

Los pensamientos sobre Nathan Burrows y la carta regresaron mientras se quitaba el traje forense y subía a su coche. Habían pasado varios días desde que recibió la carta, y esperaba que fuera algo puntual. Pero la idea de que el hombre ahora tenía su dirección había seguido pesando sobre él, y había comenzado a sospechar y cuestionar a quienes tenían acceso a esa información. Alguien debía habérsela filtrado a Nathan. Por un breve momento, el nombre de Gavin Barker apareció en su cabeza. Que al hombre le hubían encargado la tarea por parte de Brendan Door de alguna manera —intentando vengarse por arrestarlo en relación con los Siete de Southend— pero rápidamente lo descartó. Era una idea ridícula.

Mientras Tomek introducía la llave en el contacto, Rachel se deslizó en el asiento del copiloto. El sonido de la lluvia golpeando el techo llenó la cabina. Estaba en medio de atarse el pelo en una coleta cuando dijo:

—Lo encontraremos. Tengo un presentimiento en el estómago.

—¿Seguro que no es solo el café de esta mañana?

—Podría ser un poco de ambos.

Tomek estaba a punto de responder cuando sonó su teléfono. Era Chey. —Espera un momento —dijo, y luego contestó—. Señor Pepper... Más vale que tenga algo emocionante para nosotros.

—Solo si me promete dejarme ser su mejor amigo.

Tomek puso los ojos en blanco.

—Si sigues con el chantaje, te alejarás cada vez más en la lista.

Un momento de reflexión.

—De acuerdo. Pero te arrepentirás de esto.

—Venga. Solo dímelo. *Por favor*.

—Los forenses digitales finalmente han podido localizar el origen de los mensajes de texto de chantaje que fueron enviados a Gavin Barker.

—Bien.

—Venían de un teléfono desechable.

—Bien.

—También han detectado una señal del teléfono de Anton Usyk.

—¿El cabrón está vivo?

—Y es estúpido, por lo que parece.

—¿Dónde? ¡Dime dónde!

Tomek arrancó el coche y ya estaba saliendo marcha atrás de su sitio cuando Chey respondió.

—Ambos han venido de Red Birch Farm, sargento.

CAPÍTULO
SESENTA

Tomek se había sentido decepcionado al no encontrar a Anton en Two Tree Island. Se había hecho ilusiones, solo para que se desvanecieran de nuevo. Intentó no hacer lo mismo ahora, pero estaba resultando una tarea imposible. Esto era una pista. Una pista concreta y real. No había ambigüedad ni duda cuando se trataba de registros telefónicos, tecnología y datos.

El teléfono de Anton había sido encendido. Por qué motivo, no lo sabían. Pero lo iban a averiguar.

Lo único ambiguo era quién lo había encendido. ¿Anton? ¿O alguien más en la granja?

Lo que significaba que solo había otra persona que podría haberlo hecho.

Stanley Hutchinson.

Tomek iba al frente del convoy, marcando el camino. Tras él seguía todo el equipo, conduciendo de dos en dos por coche. Al final de la comitiva iban dos vehículos policiales rotulados, con más procedentes de comisarías cercanas en camino. Era importante que todos llegaran al mismo tiempo, que lanzaran el ataque por sorpresa. El otro problema al que se enfrentaban era el enorme tamaño de la granja. Con más de trescientas hectáreas, se estimaba que necesitarían situar al menos a cien agentes alrededor del perímetro para evitar que alguien huyera. Una tarea enorme que requería planificación y tiempo, tiempo del que no disponían. Anton, o al menos su teléfono, podría apagarse y moverse en cualquier

momento. Tenían que equilibrar la eficiencia con el trabajo inteligente. Y esa tarea había recaído en Tomek y Victoria.

Afuera estaba oscuro, lo había estado durante poco más de dos horas, y las carreteras estaban tranquilas. A estas alturas la lluvia había empeorado, y todos iban vestidos con chubasqueros y botas de montaña, listos y preparados para perseguir a través de los campos si fuera necesario.

Tomek desvió el coche de la carretera, entró en el aparcamiento, aceleró lo más posible hasta la oficina del granjero, y luego derrapó hasta detenerse, levantando piedras y grava detrás. Antes de que el motor se apagara, ya había salido y corría hacia la oficina. Las luces azules y blancas bailaban sobre las superficies de los edificios circundantes, y el aire quieto era interrumpido por el sonido de coches deteniéndose, pasos sobre la grava y puertas de coche cerrándose de golpe.

Tomek fue el primero en llegar a la oficina.

Cerrada con llave.

Cubriendo su rostro con las manos, miró a través del cristal. Las luces estaban apagadas y no había nadie dentro.

—Mierda.

Entonces partió, dirigiéndose hacia el siguiente edificio. Para entonces, el equipo había comenzado a desplegarse por la finca, moviéndose lo más silenciosa y discretamente posible, acercándose a cada edificio con cautela, buscando señales de vida.

Entonces empezaron los gritos. Profundos, aterrorizados, agónicos.

Al principio, Tomek pensó que venían de algún miembro del equipo. Que quizás se habían caído o se habían lesionado con alguna maquinaria pesada. Pero en cuanto escuchó el cambio de tono a un chillido agudo, corrió hacia él. El sonido venía del corral de cerdos, al otro lado de la granja. De todos los edificios, era el único con las luces encendidas.

Unos momentos después, atravesó la pesada puerta de madera, sin preocuparse por lo que pudiera encontrar dentro. Sintió un dolor agudo que le recorrió el hombro, pero lo ignoró porque el dolor de

abrir una puerta no era nada comparado con el dolor de lo que estaba ocurriendo justo frente a él.

De pie fuera del corral de cerdos estaban Stanley Hutchinson, Alfie y varias otras caras que Tomek reconocía de sus recientes visitas a Iliana's. Dentro del centro del corral, sin embargo, estaba Anton. Rodeado por siete bestias hambrientas. En el suelo, retorciéndose, luchando por salir. Estaba desnudo y cubierto de sangre.

Tanta sangre.

Tantos gritos.

Tomek no pensó. Simplemente actuó.

Saltó la barrera y se lanzó dentro del recinto. Agradeció llevar botas de montaña mientras se abría paso por la inmundicia. Detrás de él, alguien gritó: «¡Policía! ¡Alto!». Pero ya era demasiado tarde. Stanley y sus cómplices habían salido corriendo. Mientras algunos agentes los perseguían, otros se quedaron atrás.

—¡Tomek!

Miró detrás para ver a Sean escalando la valla. Tomek volvió su atención al hombre en medio del recinto. Mientras los gritos continuaban, Tomek rodeó con sus brazos el cuello de uno de los cerdos y comenzó a apartarlo de Anton, pero fue inútil. La bestia le superaba en peso veinte a uno. Sintiendo su lucha, Sean se unió, y entre los dos, pudieron empujar a la bestia unos metros atrás. Pero estaban superados en número y en fuerza. Cuando Tomek dirigió su atención a otro cerdo, sintió algo afilado en su espalda. ¿Una bala? ¿Un cuchillo? Ninguno. La cabeza dura como una roca del cerdo que acababa de empujar, derribándolo. Tomek cayó de bruces en el barro. Y al levantar la vista, vio a Anton en medio de todo. Entre el heno, la inmundicia, la sangre, los cerdos. Su piel había sido arrancada de su cuerpo, sus extremidades colgaban de su último jirón, de trozos de carne y músculo. Su cara había sido destrozada por la mitad, y cuando Tomek extendió la mano para agarrar lo que quedaba de él, uno de los cerdos envolvió su boca alrededor de la garganta de Anton y se la arrancó. La sangre salpicó la cara de Tomek como un cuadro de Jackson Pollock. Gritó.

Entonces cayó en la cuenta: que si no se movía —¡ahora!— él sería el siguiente. Los cerdos lo tomarían de postre.

Hundiendo los dedos en la inmundicia, buscando agarre entre el barro, se impulsó hasta las rodillas. Pero había un cerdo sobre él, a horcajadas. Podía sentir el aliento caliente y humeante del animal sobre su cuello y cabeza, el hocico húmedo olfateando y revolviendo su pelo.

—¡Tomek! —gritó alguien, pero no podía oírlos. El ruido quedaba ahogado por el sonido de los gruñidos, de las dos toneladas de carne y hueso que se cernían sobre él.

Lo único que se le ocurrió hacer fue colocar la mano sobre su cabeza y quedarse quieto, hacerse el muerto. Que quizás se aburrieran de él, que quizás sus estómagos estuvieran lo suficientemente llenos como para ignorarlo.

No funcionó. Mientras yacía allí, sintió algo en su pie, entonces...

Su cuerpo se deslizó por el barro, volando por debajo del cerdo. Unas manos comenzaron a agarrarlo, enganchándose bajo sus brazos y levantándolo. A través del barro que tenía en los ojos y a su alrededor, vio a Sean frente a él. Su amigo lo había sacado de debajo del vientre de la bestia y lo había puesto a salvo.

—Sean... —dijo.

—No hay tiempo para eso ahora, colega —dijo su amigo mientras colocaba el brazo de Tomek sobre su hombro y se agachaba para poner su brazo entre las piernas de Tomek. Era la primera vez que lo cargaban como a un bombero. En su estado delirante y aturdido, tropezó una vez que sus pies entraron en contacto con suelo firme, y se desplomó sobre el hormigón.

—Estás a salvo ahora, tío —dijo Sean, dándole palmaditas en las mejillas.

—Anton... —susurró débilmente.

Sean se dio la vuelta para mirar a los cerdos—. Se ha ido. Hiciste lo que pudiste, pero llegamos demasiado tarde.

—¿Y Stanley?

—¡Lo tenemos! —gritó alguien desde el otro lado del corral—. Lo estamos metiendo en el coche ahora mismo.

Sean se movió hasta ponerse al lado de Tomek, colocando una mano en su espalda—. ¿Oyes eso, tío? Lo tenemos. Todo ha terminado. Vamos, vamos a limpiarte. Estás hecho una mierda.

CAPÍTULO
SESENTA Y UNO

Varias horas después, Tomek estaba limpio, informado y listo para continuar con su trabajo, en contra de los deseos de Victoria. Ella le había insistido en que descansara, que durmiera, que procesara lo que le había sucedido, pero él no podía, no quería.

En su lugar, quería escuchar lo que Stanley Hutchinson tenía que decir, cómo encajaba en todo esto y qué tenía que ver con la muerte de Morgana.

Pero su entrevista había sido decepcionante. Como era de esperar, el hombre había respondido "sin comentarios" a todo. Lo mismo había ocurrido con sus cómplices y el resto del personal de la granja que habían sido detenidos en el lugar. Todos guardaban silencio, unidos en su deseo de ocultar la verdad.

Al final, tras lo que resultó ser una noche infructuosa, Tomek había seguido el consejo de Victoria y se había ido a casa. Llegó después de medianoche. Kasia estaba dormida, así que se fue directamente a la cama, donde el sueño le eludió. Pensamientos e imágenes de lo ocurrido se reproducían en su cabeza, apareciendo en su mente, aumentados, ampliados como si estuvieran bajo un microscopio. Por primera vez en años, había tenido una pesadilla diferente. Una nueva pesadilla. Una en la que soñaba que era devorado por cerdos.

Por la mañana, estaba despierto antes de que amaneciera. En lugar de levantarse, se quedó bajo las sábanas, mirando al techo, echando de menos el consuelo que Abigail le ofrecía a su lado.

Habían pasado varias noches desde la última vez que ella se había quedado y empezaba a echarla de menos.

Cuando llegó la hora de despertar a Kasia, movió las piernas hacia un lado de la cama y fue a su habitación.

—Buenos días —dijo, despertándola—. Hora de ir al colegio.

Ella abrió sus ojos adormilados, frotándoselos para quitarse el sueño. —¿Cuándo llegaste a casa?

—Después de medianoche. ¿Qué tal anoche?

—Bien. Hice algo de tarea.

—Estupendo. Bueno, hay algo que necesito contarte cuando estés lista para el colegio. Mientras tanto, prepararé los huevos.

El desayuno de tostadas y huevos revueltos que le había preparado llevaba cinco minutos sobre la encimera cuando finalmente apareció. Al mirarla, notó algo diferente en ella.

Se había cepillado y rizado el pelo, y se había aplicado más maquillaje de lo habitual.

—Estás muy guapa —dijo él—. ¿Para quién es?

—¿Por qué tiene que ser *para* alguien? ¿No podría haberlo hecho simplemente para mí misma, para sentirme bien?

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —Sí. Buen punto. Me has pillado. —Colocó el plato frente a ella—. Cómetelos rápido, están a punto de pasar de fríos a congelados.

—Ja, ja... —dijo ella sarcásticamente mientras se subía a la silla —. Venga, ¿qué tienes que contarme? ¿Por fin te has deshecho de Abigail?

Tomek cerró la puerta del armario. —No, pero buen intento. Es bueno ver por dónde van tus pensamientos finalmente. No, es sobre anoche. Por qué llegué tarde...

Y entonces se lo contó. Hasta el último detalle, omitiendo alguna información gráfica que ella no necesitaba conocer. Como la forma en que el cuello de Anton había explotado en su cara. Cómo había quedado cubierto con la sangre de otro hombre y había pasado treinta minutos en las duchas de la comisaría, frotando, limpiándose aquella mancha indeleble hasta que su piel se volvió roja.

—¡Dios mío, casi mueres! —gritó ella cuando él terminó.

—*Casi* siendo la palabra importante. Si no hubiera sido por Sean, posiblemente podría haber ocurrido.

—Apuesto a que te sientes culpable por no seguir siendo su amigo...

Tomek le lanzó una mirada desdeñosa. —Ahora no es el momento para moralejas, Kash. Solo pensé que deberías saberlo. En nombre de ser honestos y transparentes el uno con el otro. Ahora prepárate. Voy a llevarte.

Mientras yacía despierto, dando vueltas a los pensamientos en su mente —el principal de los cuales era lo cerca que había estado de la muerte— decidió pasar más tiempo con ella, hacer las pequeñas cosas con más frecuencia, como llevarla al colegio, prepararle el desayuno fresco por la mañana. Era algo menor, pero sabía que ambos lo apreciarían en los años venideros.

Su tiempo era precioso, y no quería que se escapara.

Veinte minutos después, se despidió de ella en las puertas del colegio, y luego se dirigió a la comisaría. La oficina bullía de actividad. Rostros y cuerpos que no reconocía se movían de un lado a otro de la sala. Detectives de otras partes de la región habían sido rápidamente reclutados para ayudar, incluido un desconocido que estaba sentado en su escritorio. Tomek pasó los siguientes segundos buscando a Sean. Lo encontró en la cocina, preparando un café.

—¿Te preparo uno? —preguntó Sean.

—Por favor. Aunque me he acostumbrado tanto a los de Morgana últimamente, que creo que nada se podrá comparar.

—Bueno, tendrás que acostumbrarte a eso —dijo Sean mientras se disponía a prepararle una taza de café instantáneo.

Después de entregársela, salieron de la cocina y se dirigieron hacia la sala de incidencias.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Tomek.

—Nada. Anton sigue muerto. La autopsia de su cuerpo se realizará esta tarde, aunque no hará falta mucho para adivinar cómo murió, dado que todos estuvimos allí.

—En medio del jaleo. Literalmente.

Sean sonrió. —Stanley sigue sin ceder. Sigue sin hacer comentarios. Lo mismo ocurre con sus amigos de la granja.

Sean señaló las pizarras. Desde la última vez que las había visto, toda la información relacionada con la muerte de Morgana había sido borrada y sustituida por imágenes de la granja y de Stanley Hutchinson.

—¿Sabemos por qué estaba allí Anton? —preguntó Tomek.

—Nuestra sospecha es que Stanley lo mantenía allí y que su teléfono pudo haberse encendido por error. Ahora mismo, creemos que Stanley lo mantuvo cautivo por alguna razón, posiblemente como represalia por matar a Morgana, y en un intento de escapar, Anton encendió su teléfono. No lo sabemos. Y puede que nunca lo sepamos.

Tomek examinó la información en las pizarras que habían sido rápidamente organizadas durante la noche.

—Me pregunto cómo encaja en todo esto —dijo, mirando la imagen de Stanley Hutchinson.

—Victoria cree que podría haber sido él quien mató a Morgana.

—Pero no coincide con la descripción. No se parece en nada a la persona que hemos estado buscando. Y tenemos pruebas de que Anton estuvo allí, las imágenes de las cámaras, los zapatos, la declaración de Vlad como testigo. —Tomek se volvió hacia Sean y vio la convicción en sus ojos—. ¿Tú sientes lo mismo, verdad?

—Me inclino a estar de acuerdo contigo. No veo cómo encaja.

Una idea surgió en la cabeza de Tomek. Le dio una palmada en la espalda. —Puedes ser tú quien se lo diga entonces, amigo. Solo recuerda mantener lo personal y lo profesional separados, ¿de acuerdo?

Tomek se giró y se dirigió hacia la salida.

—Eh, ¿adónde vas?

Tomek puso una mano en el marco de la puerta.

—A hablar con alguien que creo que finalmente puede responder a todas nuestras preguntas.

CAPÍTULO
SESENTA Y DOS

Tomek detestaba el nivel de arrogancia en la cara de aquel hombre. Pero tenía que reconocérselo: si estuviera en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo. Eso no hacía que le gustara más su comportamiento.

Tomek había perdido la cuenta del tiempo que Vlad llevaba bajo custodia. Lo único que sabía era que había sido mucho, y que pronto tendrían que acusarle de cómplice de asesinato y obstrucción a la justicia. Y podían añadir un cargo de asesinato a esa lista de delitos.

Colocó un documento boca abajo sobre la mesa y aplanó su mano contra él.

—Vlad... —comenzó.

—No voy a hablar a menos que consiga mi acuerdo. La oferta está ahí, sobre la mesa. Puedo decirte quién mató a Morgana.

—Creo que ya lo sé.

—Si tú lo dices. Pero no estarás seguro, ¿verdad?

Tomek dudó, dio unos golpecitos al papel. —Hemos estado pensando en tu oferta. De verdad que sí. Todo parece muy prometedor. Pero ¿qué garantías tenemos de que lo que dices es cierto?

—Tengo pruebas...

—Porque primero quería ponerte al día sobre lo que ha estado ocurriendo fuera de las cuatro paredes de tu celda. Anoche, Anton fue asesinado. ¿Te gustaría saber cómo lo mataron?

—Puedo imaginármelo.

—Fue despedazado por cerdos.

Tomek hizo una pausa para evaluar la reacción del hombre; sus pupilas se dilataron y sus labios se entreabrieron.

—¿Es eso lo que imaginabas? —preguntó Tomek.

La conmoción y la aceptación parecieron apoderarse de él. Como si hubiera estado esperando oírlo, pero siguiera siendo una sorpresa.

—Sí... eso podría... ¿lo viste?

—Estuve justo en medio de todo —respondió Tomek—. Intenté salvarlo, pero llegué demasiado tarde. Como resultado, hemos arrestado a Stanley Hutchinson y al resto de su personal en la Granja y Zoo de Mascotas Red Birch por su asesinato. Y ahora que Anton está muerto, ya no necesitamos continuar nuestra investigación sobre el asesinato de Morgana. —Tomek hizo un sonido y un gesto de aprobación—. Tenemos a Anton por el asesinato de Morgana. Tenemos a Stanley Hutchinson por el asesinato de Anton. Tenemos a Denis Danyluk por el asesinato de Mariusz. Teníamos a Mariusz por el asesinato de Andrei. Tenemos a Gavin Barker por filtrar información privada. Y, por supuesto, te tenemos a ti por obstrucción a la justicia. Me parece que todos los casos están cerrados.

La sonrisa de Vlad disminuyó un poco.

—Estás equivocado —dijo, tajante.

—¿Sobre qué parte?

—Sobre la persona que mató a Morgana. Lleva muerto un tiempo ya.

Tomek se quedó atónito ante la declaración. Vlad acababa de revelar su carta del triunfo sin llegar a ningún tipo de acuerdo. Tomek lo atribuyó al orgullo, a las ganas de demostrar que Tomek estaba equivocado y que realmente tenía la información que querían.

A veces las personas simplemente no podían evitarlo.

El ego se interponía.

¡Así es como se hace, Sean!

Aunque la siguiente pregunta resultó ser complicada. *¿Quién* había matado a Morgana? Era una apuesta, un cincuenta-cincuenta,

o acertaba o se equivocaba, y lo apostó todo cuando solo un nombre le vino a la cabeza.

—¿Mariusz? —dijo—. ¿Realmente fue Mariusz quien mató a Morgana, y luego mató a Andrei?

Vlad negó con la cabeza. Cuando estaba a punto de responder, su abogado se inclinó para susurrarle al oído, para ofrecerle un sabio consejo. Pero Vlad lo apartó con un gesto de la mano. Este era su terreno de juego ahora, y nadie más estaba permitido.

—Incorrecto. Fue Andrei.

Tomek sintió que sus ojos se abrían con sorpresa. —¿Andrei Pirlog, el testigo clave? ¿El del puerto?

Vlad asintió, entrecerrando los ojos.

Tomek estaba luchando por asimilar todo esto.

Andrei. Morgana. Anton.

¿Cómo encajaba todo?

Sentía que necesitaba un minuto. Pero no lo tenía. Cientos de pensamientos, imágenes y escenarios corrían por su cabeza. Afortunadamente, lo que sí tenía era un hombre dispuesto a compartirlo todo con él.

—Andrei mató a Morgana —dijo Vlad con un tono de alivio en su voz—. Ella... ella... ¿cómo debería decir esto? Durante los últimos años, ha estado trayendo... introduciendo personas ilegalmente en el país. De su país de origen y países cercanos. Rumanía, Polonia, Letonia, Bielorrusia. Le pagan grandes cantidades de dinero para estar aquí, pero luego ella los retiene, los encierra y los obliga a trabajar en el restaurante.

—¿Los restaurantes?

—No. *Restaurante*. En singular.

—¿Cuál? —Las imágenes se habían detenido y, en su lugar, su cerebro había entrado en un modo de hiperfocalización, donde escuchaba cada sílaba, cada pronunciación que salía de la boca de Vlad.

—Iliana's. Anton solía supervisarlos. Estaba a cargo de vigilarlos mientras Morgana orquestaba todo desde su oficina.

Eso explicaba la alta rotación del personal y las reseñas de Tripadvisor.

—¿A qué te refieres con que los vigilaba?

—Se aseguraba de que no se salieran de la línea, de que no hablaran con nadie sobre lo que les estaba pasando.

Gina... de Polonia. Anton debe haberla encontrado. Debe haber descubierto... Se formó un nudo en el estómago de Tomek. Intentó tragárselo, pero no cedió.

—¿Cómo salen? —preguntó Tomek, y luego le explicó a Vlad que cada vez que había ido al restaurante parecía haber caras nuevas—. ¿Adónde van?

—A otro lugar. La granja, el...

—¿Red Birch Farm?

Vlad asintió. —Trabajan allí, entre la granja e Iliana's. Es así como los mantienen bajo control estricto. Los hacen trabajar muchas horas y no les pagan nada por ello. Luego se quedan con las ganancias para ellos mismos. Stanley ha estado involucrado desde el principio.

Tomek dejó escapar un lento suspiro por la nariz. Había estado equivocado. No había ningún asunto relacionado con drogas. En cambio, había sido tráfico de otro tipo.

—¿Cómo encaja Andrei en todo esto? —preguntó, con las preguntas dando vueltas en su cabeza como si estuvieran atrapadas en una licuadora.

—Mentí cuando dije que nadie sale. *Él* sí lo hizo. La primera y última vez.

—¿Qué quieres decir? Dime cómo ocurrió.

Los hombros de Vlad habían bajado ligeramente. Era evidente por su reacción que había estado guardando esta información durante mucho tiempo, y era un alivio sacarlo todo a la luz.

—Andrei había venido con su esposa, Tatiana. Iban a comenzar una vida juntos aquí en el Reino Unido, pero les fue robada por Morgana y Anton. Morgana, ella, ella estaba a la cabeza de todo. La cabeza de la serpiente. Estaba a cargo de todos los que venían. Stanley ayudaba a facilitar su entrada al país...

Mariusz y DWG Logistics.

—Pero yo no quería tener nada que ver con eso. Le dije desde el primer día que era incorrecto. Pero no quería dejar el restaurante, y ella no podía dejarme marchar por lo que yo sabía. Así que llegamos

a un acuerdo. No habría nada de eso en nuestro restaurante. Sería un negocio legítimo con propietarios legítimos.

Propietarios semi-legítimos, pensó Tomek.

—Todos nuestros empleados en Morgana's son legales, por encima de la mesa. No tienen idea de lo que está pasando. Se les mantenía completamente separados de todo eso. Pero hubo un problema. Un día, Andrei estaba trabajando con nosotros. No sé cómo ni por qué. Morgana lo trataba como si fuera un nuevo empleado frente al resto del personal. Y en su "primer día", decidió robar dinero de la caja registradora. Quería salir, quería su libertad. Así que lo tomó. Pero antes de que pudiera volver con su esposa, Anton llegó primero a ella. Andrei desapareció por un corto tiempo. No sabíamos dónde había ido o qué había hecho con el dinero.

Eso explicaba por qué el piso donde lo habían encontrado parecía haber estado vacío durante algún tiempo.

—Por lo que ellos sabían, Andrei podría haber ido a la policía. Pero su amor por su esposa era tan fuerte que se mantuvo oculto durante unos días. Mientras tanto, Morgana había dicho al resto del personal de cocina que no pudo resistir la presión, que no pudo manejar la presión de estar en la cocina. Hasta que unos días después volvió al restaurante. Él y Morgana se sentaron a la mesa, en una profunda discusión. Parecía que había venido a pedir que le devolvieran su trabajo. Fue entonces cuando acordaron encontrarse...

—¿En el puerto?

—Sí. Andrei devolvería el dinero y Morgana estaría allí con su esposa, Tatiana.

—¿Y él creía que se la entregarían, así sin más?

—Estaba desesperado. Estaba en un país extranjero, con poco dinero, sin lugar donde quedarse y sin nadie que le hiciera compañía. ¿Qué habrías hecho tú?

Tomek reflexionó sobre ese punto por un momento. La respuesta era que no habría tenido ni puñetera idea.

Estaba fascinado. Necesitaba escuchar más.

—¿Qué pasó después?

Vlad se aclaró la garganta. —Bueno, según tengo entendido, Andrei fue allí con el dinero, pero cuando llegó solo estaba Morgana. No había esposa. No hubo intercambio.

—¿Así que la mató?

Vlad asintió. Tomek intentó imaginar la escena en su cabeza. El hombre, traficado a un país extranjero, solo, desesperado, su última oportunidad de recuperar a su esposa al alcance justo delante de él, sólo para descubrir que se había ido y que nunca la volvería a ver. La rabia, la envidia, la furia se habrían apoderado de él. Luego se vengó y la ahogó. Pero entonces, ¿qué?

—Andrei era uno de nuestros testigos clave —dijo Tomek, confundido—. Todos los demás testigos clave corroboran y dicen que vieron a Andrei *caminando hacia* la escena, luego a alguien más huyendo.

—Anton —respondió Vlad con franqueza—. Anton estaba observando cómo se desarrollaba todo. Estaba allí como respaldo, se podría decir. Tenía la impresión de que iban a matar a Andrei ese día, pero él se les adelantó. Y después de matar a Morgana, Andrei huyó de la escena. Pero por alguna razón, volvió. Fue entonces cuando vio a Anton en el agua, sosteniendo la cabeza de su esposa. Luego llegaron los americanos.

Tomek inhaló profundamente. Se había equivocado por completo. *Todos* se habían equivocado. Anton no había matado a su esposa. Había sido Andrei. El hombre que había estado allí desde el principio. El testigo clave del que nadie había dudado.

Podía armar el resto de la historia por sí mismo: Anton, enfurecido por la muerte de su esposa, había buscado retribución. Había sabido que Andrei se vería obligado a dar una dirección en la comisaría, así que se había apoyado en la única persona que conocía que podía acceder a ella, Gavin Barker, quien había visitado Iliana's en sus diversos descansos para almorzar en las últimas semanas. Luego había convencido a Mariusz para que matara a Andrei e hiciera que pareciera un suicidio. Y como último cabo suelto, había buscado la ayuda de Denis Danyluk para atarlo todo.

Había sido una elaborada historia de venganza y traición, una que Tomek nunca había visto venir.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó.

—Anton me lo contó todo cuando dejó los zapatos.

—¿Y por eso necesitabas la protección de testigos, la inmunidad...?

Vlad asintió. —Ahora no tengo nada que temer. —Por primera vez, la sonrisa en su rostro estaba llena de una ligera sensación de esperanza, de que podría cumplir su condena sin la amenaza de Anton o Stanley Hutchinson vigilándole.

Había una pregunta más en la mente de Tomek.

—¿Por qué Stanley mató a Anton?

Vlad se encogió de hombros. —Tendrás que preguntárselo a él.

Tomek dejó caer la hoja de papel boca abajo en el escritorio de Victoria. Ella se apartó un mechón de pelo y miró hacia abajo.

—¿Lo has conseguido? —preguntó.

—Firmado y fechado —respondió él—. Échale un vistazo.

Tentativamente, Victoria dio la vuelta al papel. La esperanza en sus ojos se apagó de inmediato. En la parte inferior del documento que aceptaba incluir a Vlad en el programa de protección de testigos, Tomek había garabateado las palabras "VLAD EL EMPALADOR, RUMANÍA" en letras mayúsculas.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, mirándole con el ceño fruncido.

—Una broma. Mi manera de decir que así es como se hace.

—¿De qué estás hablando?

Tomek se sacudió el hombro. —No lo necesitaba. Lo hice mear como un octogenario.

—¿Una confesión completa?

Tomek hizo una reverencia burlona. —A vuestro servicio, Su Alteza Real.

—Capullo.

—Un capullo que consigue resultados, recuérdalo.

Tomek se dirigió hacia la salida, incapaz de borrar la sonrisa arrogante de su cara. Ahora sabía cómo se había sentido Vlad todo este tiempo.

—¡Espera! ¡Espera! —le llamó—. ¿No vas a decirme qué coño está pasando?

Tomek puso su mano en el pomo de la puerta. —Sabes, desde que te has sentado en la silla de Nick te has vuelto mucho más malhablada.

—¡Porque capullos como tú me sacáis de quicio con gilipolleces como esta!

No has visto nada todavía.

Tomek abrió la puerta.

—No puedes irte sin decirme qué pasó...

—No se preocupe, señora —dijo mientras salía de la habitación —. Todo estará en mi informe.

El sonido de la puerta cerrándose fue ensordecedor. Desde el otro lado, oyó a Victoria gemir y luego suspirar profundamente.

Dándole la espalda, se dirigió a la sala de incidencias, donde encontró a la mayoría de sus colegas reemplazando algunas de las imágenes e información de la investigación con la víctima que había sido encontrada en Two Tree Island el día anterior.

—¿Ya? —dijo Tomek.

—La inspectora nos ha pedido que nos centremos en esto como prioridad.

No hay descanso para los malvados.

Tomek decidió ayudar. Mientras retiraba algunas de las hojas de papel, su mente quedó en blanco y comenzó a pensar en Andrei, en el caso, en las preguntas sin respuesta. ¿Dónde mantenían a las víctimas? ¿Qué había pasado con la esposa de Andrei?

Y entonces lo vio.

Una impresión de un selfie, tomado de un restaurante en Rumanía. Andrei y su esposa, Tatiana, sonriendo, todos arreglados, ella mostrando su mano a la cámara. Andrei acababa de pedirle matrimonio, pero no fue el anillo en el dedo lo que llamó su atención. Fue el pendiente de joya verde que colgaba de su lóbulo izquierdo. El mismo que Tomek había encontrado en el corral de cerdos el otro día.

¿Qué le había dicho Stanley Hutchinson en su primera visita?

Son cerdos. Se comerán lo que sea que les des mientras tengan suficiente hambre.

A ella también la habían dado de comer a los cerdos.

Tomek no podía creerlo. La evidencia había estado justo allí, frente a él. Y lo había pasado completamente por alto. ¿Cuántos más habían muerto así? ¿Cuántas más personas habían sido devoradas por los cerdos de la granja? ¿Y si nunca salieron de la granja?

Y entonces se dio cuenta. La pregunta más adecuada era: ¿cuántas veces había acabado comiendo carne humana sin saberlo?

Los cerdos... el bacon... Morgana's... Iliana's.

Enviamos unas dos toneladas de productos a ellos cada año, la mayoría nuestros mejores cortes de carne.

¿Era eso lo que hacía que el bacon supiera tan bien? ¿Carne humana?

A veces en la vida hay cosas que simplemente no merece la pena saber.

CAPÍTULO
SESENTA Y TRES

Tomek disfrutaba de la lluvia acariciando su rostro, del viento mordiendo cada poro de su piel, del agua salpicando sus piernas, entumeciendo sus muslos y dedos de los pies.

Necesitaba procesar todo, absorberlo, digerirlo. Y no había mejor manera de hacerlo que con una carrera. A su lado, esforzándose por mantener el ritmo de Tomek, estaba Warren Thomas, a quien durante un tiempo Tomek había considerado el asesino de Morgana. Pero se alegraba de no haber expresado nunca esa preocupación, aunque hubiera sentido rumores al respecto entre sus colegas. Qué vergüenza habría sido.

Era el día después de la confesión de Vlad, y su primer día libre completo en bastante tiempo. El equipo había presentado cargos contra Vlad, Stanley, Alfie y el resto de empleados de la granja. Habían comenzado el proceso de intentar encontrar a las víctimas de la red de trata de personas de Morgana y Anton, pero estaba resultando difícil. Equipos de voluntarios y personal de apoyo, junto con la Policía Científica y agentes uniformados, habían acordonado la granja y comenzado a incautar todos los bienes como pruebas, mientras registraban los cientos de hectáreas de terreno en busca de señales de vida.

Tomek no tenía muchas esperanzas.

Llevaban veinte minutos corriendo. Habían empezado un poco más hacia el interior, corriendo primero a lo largo de la costa antes de pisar la arena, y ahora estaban a mitad de camino de su destino.

El puerto se alzaba en la distancia media, intimidante, siniestro. Se preguntó cuántos secretos tendría, cuánta vida y muerte habría presenciado a lo largo de los años, qué historias tendría que contar.

Andrei y Morgana le habían dado una más para añadir a la lista.

El resto de la carrera hasta el puerto fue sorprendentemente fácil. Tomek había encontrado una marcha extra y se adelantó, ganando a Warren por unos cientos de metros.

—Alguien ha cogido un segundo aire —dijo Warren cuando lo alcanzó—. ¿O es que tienes gases de verdad?

Jadeando, Tomek estaba doblado por la mitad, con las manos en las rodillas. —Tengo algo dentro de mí que necesito sacar, eso es seguro.

Ira. Frustración. Dolor.

Angustia. Miedo. Culpa.

Lo estaba sintiendo todo.

Cayendo hacia atrás, se sentó en la arena mojada y recuperó el aliento.

—Necesito un minuto —dijo.

—No me sorprende.

—No, no es por eso. —Se volvió hacia el puerto a su izquierda.

—¿Por lo que ocurrió? —preguntó Warren.

Tomek asintió. —Tengo mucho que procesar. Solo piénsalo... alguien murió justo aquí. Alguien fue asesinado.

—Trágico, lo sé. Pero por lo que me has contado, parece que se lo merecían.

—Puede que sea así... pero...

Tomek se interrumpió. Algo había captado su atención. La luz roja intermitente en lo alto del puerto. Curioso, se puso de pie y la señaló.

—Cuéntame de nuevo lo que pasó aquella mañana.

—¿En serio? Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé, lo sé. Pero han pasado muchas cosas desde entonces y se me ha olvidado.

Warren suspiró, colocando las manos en las caderas. —Encontramos el cuerpo, lo comunicamos, y luego subimos a lo alto del puerto.

Tomek se movió lentamente hacia él, incapaz de apartar la mirada del pilón. —Sí, pero, ¿qué *específicamente*? La última vez dijiste que tú y Andrei fuisteis al punto más alto, ¿no?

—Creía que habías dicho que no te acordabas.

—Warren... —Tomek le lanzó una mirada desdeñosa—. Por favor. Esto es importante.

El hombre suspiró. —Vale. Tienes razón. Ese tipo y yo fuimos a la cima.

—Bien. ¿Y qué hizo exactamente el tipo?

—¿Qué? ¿Cuál es la importancia de esto?

Pero Tomek ya se había ido, vadeando a través del agua, trepando por la estructura.

—¿Viste lo que hizo cuando los dos estabais aquí arriba?

La curiosidad finalmente pudo más que Warren, y se unió a Tomek, trepando por la estructura con facilidad.

—Quiero decir... estaba demasiado ocupado vigilando a la guardia costera.

—Piensa, tío. Necesito que pienses. ¿Viste adónde fue? ¿Sus movimientos?

El rostro de Warren se sumió en una profunda reflexión.

—Creo que nunca te he visto pensar tan intensamente en mi vida, ni siquiera cuando estábamos en el colegio.

—Que te jodan —dijo, y luego sin previo aviso se dirigió hacia el pilón.

Tomek observó con esperanza mientras Warren revivía sus movimientos. El hombre atravesó la estructura con facilidad, sus largas piernas salvando los grandes huecos del medio como si fueran grietas en la acera.

—Subimos aquí... —comenzó—. Estábamos nerviosos, respirando mucho. El viento estaba arreciando. Sentí que la marea iba a subir muy rápido, así que teníamos que hacer algo. —Señaló un punto de la estructura—. Casi me resbalo y me caigo aquí, pero él me agarró y me sujetó. Luego, cuando llegamos a la cima, nosotros... —Warren se detuvo justo al lado del pilón. Tomek se dirigió hacia él—. Creí ver algo por allí. Pensé que era un barco que venía hacia nosotros, así que le hice señales...

—¿Y qué estaba haciendo él?

—Yo... Él...

Los ojos de Warren se dirigieron hacia el pie de la torre. Había un pequeño agujero excavado en el cemento.

—Él estaba ahí abajo... —continuó Warren—. Al... al principio no le di importancia. Yo... estaba demasiado ocupado haciendo señales al barco. Pero...

Tomek no perdió tiempo. Pasó junto a Warren, separó las piernas sobre una de las secciones de la estructura, y usando uno de sus brazos como apoyo, metió la mano en el pequeño agujero.

El hormigón era áspero y abrasivo sobre su piel, pero le prestó poca atención. En unos segundos, encontró lo que estaba buscando y lo sacó.

Algo que habían estado buscando todo este tiempo. Algo que creían perdido.

El teléfono de Morgana. Perfectamente intacto.

CAPÍTULO
SESENTA Y CUATRO

Habían pasado dos días de esperanza, oraciones y espera. De desear incansablemente que el móvil de Morgana se encendiera. Habían probado todos los métodos habituales: ponerlo en un cuenco de arroz, envolverlo en un paño de cocina y colocarlo sobre el radiador, pero nada. Hasta que, cuando las demás opciones no funcionaron, un miembro del equipo de análisis forense digital había logrado desatornillar los componentes del dispositivo y secarlos individualmente. Había llevado más tiempo del esperado, ya que era un aparato complejo, pero eso no había hecho nada para aplacar los nervios. El equipo había esperado a que sonara el teléfono de la oficina, para confirmar finalmente que funcionaba.

Por fin, la llamada había llegado esa mañana. El equipo forense digital había conseguido secar el aparato, volver a montarlo y conectarlo a sus ordenadores. Desde allí, habían revisado la totalidad del móvil de Morgana: sus descargas de aplicaciones, historial de búsqueda, historial de mensajes, sus fotos. Estos dos últimos habían sido los más importantes para la investigación, y habían realizado una autopsia completa de ellos, buscando referencias sobre dónde mantenían a las víctimas. Un mensaje, una palabra clave, un conjunto de frases que ella, Stanley y Anton podrían haber usado para indicar su ubicación.

Al final, todo se redujo a una foto. Dos, de hecho. La primera era de la esposa de Andrei, acurrucada en la esquina de una pequeña habitación de paredes blancas. No había nada allí aparte de un

colchón desnudo. Sin ventanas, sin comodidades. Ceguera sensorial completa. En la foto, ella sostenía su mano descarnada para proteger sus ojos de la luz. Débil, desnutrida. No había forma de saber cuánto tiempo había estado allí. Por la completa falta de pruebas que sugirieran que la habían alimentado o al menos dado agua, Tomek sospechaba que habían sido días. Posiblemente desde el robo de Andrei que había iniciado todo el calvario.

La segunda fotografía que había llamado la atención del equipo forense digital era una imagen de la granja. Un terreno indescriptible, sencillo y genérico bordeado por una espesa hilera de árboles.

Tomek, junto a un pequeño ejército de agentes, sargentos, inspectores, personal civil de apoyo e incluso público en general —incluidos Warren Thomas y los Redgrave— estaba de pie frente a ese mismo lugar ahora, contemplándolo como si estuviera a punto de ser arrasado. Formaban parte de otro grupo de búsqueda. Las búsquedas iniciales de la policía en la granja no habían dado fruto; todo lo que habían podido encontrar era una serie de documentos y extractos bancarios, junto con una pequeña papelera llena de dinero en efectivo.

Eso había sido hace dos días. Dos largos días desde que las personas a las que buscaban —si aún estaban allí— habían comido por última vez, habían bebido agua, habían sido atendidas. No había forma de saber en qué condiciones habían estado viviendo, pero la teoría era que no habían sido agradables, que vivían en la miseria, unos encima de otros en espacios reducidos y confinados, como había estado la esposa de Andrei antes de morir.

Bajo tierra.

Un hombre calvo con una espesa barba negra se colocó delante de la multitud. Todos los asistentes se habían alineado en una fila, uno al lado del otro, a dos metros de distancia.

—Bien, señoras y señores —comenzó, su voz extendiéndose con facilidad por el terreno—. Aseguraos de permanecer en línea. Un paso a la vez. Si veis algo de interés, no lo toquéis. Si veis algo moverse, no lo toquéis. Quiero que gritéis: "¡Ayuda!", y entonces todos nos detendremos y aquellos de nosotros en la retaguardia

inspeccionaremos lo que habéis encontrado. Es de vital importancia que no toquéis nada. ¿Queda todo claro?

Un coro de síes resonó por toda la granja.

Entonces comenzaron. Pequeños pasos al principio, pies susurrando a través de la hierba, ojos y cabezas bajas, escudriñando la tierra como detectores de metales. La atmósfera estaba tranquila, tensa. Más de cincuenta personas unidas por su deseo de encontrar a las víctimas.

Tomek se mantenía optimista, pero al llegar al límite de los árboles, todavía no habían encontrado nada, y comenzó a sentir que el optimismo disminuía. En su mente intentó visualizar lo que podrían encontrar, en ambos extremos del espectro. Lo bueno sería que todos estuvieran vivos y bien, pareciendo que acababan de regresar de unas vacaciones en el Ártico. Y lo malo, que contendría la misma cantidad de piel blanca, excepto que esta vez sería porque todos estarían muertos, habiendo sucumbido al hambre y la deshidratación.

Rezó por el primer escenario.

Diez minutos después de iniciada la búsqueda, ya se habían detenido tres veces. Todas falsas alarmas. Trozos de basura, hojas de colores extraños, una flor confundida con algo importante.

Con cada hallazgo, el optimismo de Tomek continuaba disminuyendo.

Hasta la cuarta llamada.

No sabía por qué, pero había algo en esta que se sentía diferente.

El hombre que había avisado estaba a solo unos pasos de él. Golpeó el suelo con el pie. El sonido era hueco, más fuerte de lo que debería ser. Los oficiales en la parte posterior de la línea se unieron a su lado y lo probaron con sus pies. La anticipación y la angustia descendieron sobre el bosque. Luego comenzaron a retirar la tierra circundante. Hojas, barro y ramitas volaron por el aire, revelando una gran escotilla de metal.

Un búnker subterráneo, enterrado en lo profundo del bosque.

El corazón de Tomek le dio un vuelco. No esperó. Como oficial de mayor rango más cercano, se apresuró hacia la escotilla y la abrió de

golpe. Inmediatamente, una pared de aire cálido, viciado y sudoroso le golpeó en la cara.

—¡Hola! —gritó hacia el pozo de oscuridad—. Soy la policía, ¿puede oírme alguien?

Suaves murmullos resonaron desde la cámara. En pocos segundos, los murmullos se convirtieron en gritos y alaridos.

Vida.

Tomek sacó su móvil y activó la función de linterna. Luego descendió los escalones lo más rápido posible. Una vez en el fondo, se dio la vuelta y se dirigió hacia la oscuridad. El pasillo era pequeño, estrecho, no construido para alguien de su tamaño. Pero al final, vio una luz tenue. Un naranja profundo. Y figuras, emergiendo, interponiéndose en el camino.

—Policía —dijo con calma—. Está bien. Todo va a estar bien. Soy la policía. Todos estáis a salvo ahora.

Tomek no había sabido qué esperar cuando llegó al fondo, pero no era lo que vio frente a él. Un gran espacio subterráneo, del mismo tamaño que uno de los almacenes de la granja, lleno de más de treinta personas, viviendo y respirando en la oscuridad, enterradas a seis metros bajo tierra. Como zombis clamando por sangre, se apresuraron hacia él, aferrándose a cada parte de su cuerpo. Algunos intentaron abrazarle mientras otros, en su desesperación, registraban sus bolsillos.

Poco después, los miembros principales del grupo de búsqueda se unieron a él.

—Joder —dijo alguien.

—¿Cuánta gente hay aquí abajo?

—No lo sé exactamente —respondió Tomek—. Todavía no he tenido tiempo de charlar con ellos. Creo que deberíamos preocuparnos más por sacarlos primero, ¿no te parece?

Tomek se hizo cargo de la evacuación. Usando la linterna de su móvil, canalizó a las víctimas de trata de personas hacia la salida, consolándolas y tranquilizándolas a medida que pasaban. Con la ayuda de dos miembros del grupo de búsqueda, cogieron la poca comida y agua que quedaba allí, y la subieron con ellos.

Tomek fue el último en salir, y cuando emergió al aire libre, cegado por la luz, comenzó un suave y constante aplauso. Lo habían logrado. Habían rescatado a todos los involucrados en los horrores de las maquinaciones de Morgana y Anton. Más importante aún, todos estaban vivos.

CAPÍTULO
SESENTA Y CINCO

Seis semanas después

Tomek llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Dentro, encontró a Nick y Victoria sentados uno frente al otro, enfrascados en una conversación.

—¡Señor, ha vuelto! Menudo cabroncete, se lo tenía bien guardado, ¿eh?

Nick se giró para mirarlo, luego se levantó pesadamente de la silla y le estrechó la mano.

—Siempre es un placer verte, Tomek.

—¿Alguien más sabe que estás aquí?

—Todavía no.

—¿Te ha metido Victoria por la puerta trasera?

—Oficialmente no vuelvo hasta el lunes que viene, pero quería venir para ponerme al día antes de mi regreso.

—Genial —dijo Tomek—. Estamos deseando tenerte de vuelta. —Colocó una mano firme en el brazo del hombre y apretó—. ¿Te ha contado Victoria lo bien que nos ha ido desde que te fuiste?

—Sí, pero entre tú y yo, creo que se le ha ido un poco la cabeza.

La cara de Victoria se descompuso.

—Estoy aquí mismo, ¿sabéis?

Nick la ignoró y dijo:

—No ha parado de alabarte. Ni idea de por qué.

—No puedo ni imaginar lo difícil que debe ser para ti en estos momentos —se burló Tomek—. Aunque me encantaría escuchar lo

que has estado diciendo, Victoria. Quizás podría ampliar algunos detalles.

La inspectora puso los ojos en blanco.

—Deja tu ego a un lado por un momento, Bowen. Pero ya que insistes, dije que a pesar de nuestras obvias diferencias, lo hiciste realmente bien. Sin ti, dudo que hubiéramos podido encontrar lo que buscábamos.

Tomek se cruzó de brazos.

—Discúlpeme, inspectora, no la he oído bien.

—No me hagas repetirlo —dijo ella.

—Ha presentado una recomendación para que seas inspector —interrumpió Nick.

Tomek la miró, desconcertado.

—¿Has hecho *qué*?

—Tendrás que realizar todos los exámenes pertinentes y esperar a que haya una vacante, pero creo que has demostrado tu valía.

Tomek dudó.

—Pasarme la vida sentado tras un escritorio... Tendré que pensarlo.

—¿En serio? Pensaba que estarías contento. ¿No has estado dándome la lata con esto durante los últimos meses? —respondió Nick.

—Estoy contento. De verdad. Solo necesito pensarlo bien...

—Bueno, no hay obligación de hacer nada —dijo Victoria—. Si estás a gusto donde estás, eso funciona para todos.

La sonrisa burlona regresó al rostro de Tomek.

—Debo decir que estoy sorprendido, señora. ¿Significa eso que comenzará a respetarme tanto como a su niño bonito de ahí fuera?

El momento sentimental entre ellos no duró mucho.

—La retiraré si sigues así, joder.

Tomek respondió con una sonrisa picarona.

—¿Había alguna razón para tu intrusión, Tomek? —preguntó Victoria, cambiando de tema.

—Solo para deciros que ha llegado el análisis de ADN del barro de la granja.

—¿Y?

—Se encontró el ADN de cuatro personas. El de Anton y el de la esposa de Andrei, Tatiana.

—¿Y el tercero? ¿La novia de Mariusz? —preguntó ella.

Tomek agachó la cabeza.

—Me temo que sí. Mariusz nunca trabajó para la empresa de transporte. Anton, Morgana y Stanley eran los dueños, y él era simplemente otra víctima de su tráfico, como los demás. No sé por qué lo eligieron, pero lo usaron como chivo expiatorio para matar a Andrei y cargarle las culpas. Incluso lo utilizaron como la persona que vigilaba fuera del Airbnb de los Redgrave. Su novia era el chantaje para que hiciera lo que querían, y de alguna manera hicieron que pareciera que ella había vuelto a Rumanía para que Martin no pudiera contactarla.

—Pobre. No puedo imaginar lo doloroso que debió ser morir así.

Tomek sí podía. Lo había visto de primera mano. Y había seguido viéndolo durante las últimas semanas en sus pesadillas.

—¿Y el cuarto? —preguntó ella.

—Una mujer llamada Gina. Era una de las trabajadoras de Iliana con quien estuve hablando. Se suponía que iba a compartir información conmigo, pero nunca apareció. Ahora sé por qué.

Tomek hizo una pausa para recomponerse.

—¿Algo más?

—Sí. Un par de cosas más que han respondido a algunas de nuestras preguntas. Stanley Hutchinson, el cabrón, sigue sin decir nada. Pero afortunadamente para nosotros, ese gilipollas pelirrojo que detuve en la playa ha encontrado su voz. Curiosamente fue cuando se enteró de que íbamos a presentar cargos. Según él, Stanley mató a Anton porque habían tenido una pelea. Stanley no estaba contento con la forma en que Anton manejaba las cosas, así que lo enterró con el resto de ellos. Supongo que Anton debió encontrar una salida, intentó escapar y pagó el precio máximo.

—Nada menos de lo que merecía —dijo Victoria lentamente.

Unos momentos después, Tomek se despidió y salió de la habitación. Esa noche, cuando llegó a casa, la idea del examen de inspector no dejaba de rondar por su mente. Era algo que había considerado durante mucho tiempo, solo exacerbado por la llegada

de Kasia a su vida. Significaba más salario, más seguridad, y había menos trabajo de campo, menos posibilidades de que un asesino en serie lo matara o de acabar en el estómago de un cerdo. Pero eso era lo que le encantaba del trabajo, la adrenalina, la emoción. No estaba seguro de si quería estar confinado a un escritorio todo el tiempo, dictando lo que otros debían hacer, cuando él quería liderar desde el frente, predicar con el ejemplo.

Era una decisión que requería tanto su opinión como la de Kasia.

Pero antes de que pudiera comenzar a pensar en cómo abordar el tema con ella, algo en el suelo llamó su atención.

Un sobre. El sello de HMP Wakefield en la esquina superior derecha del documento.

Una segunda carta.

Había esperado que la primera fuera una casualidad, algo puntual. Pero Nathan Burrows había cumplido su palabra. Quería abrir un diálogo con Tomek, casi hacerse amigo suyo.

Inhalando profundamente, conteniendo el aire, escuchando el sonido de su corazón latiendo como mil tambores en su cabeza, Tomek abrió el sobre y leyó la carta.

FIN

Pero no del todo. La historia continúa en El Ángel De La Muerte:

Cada ángel merece sus alas...

Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera.

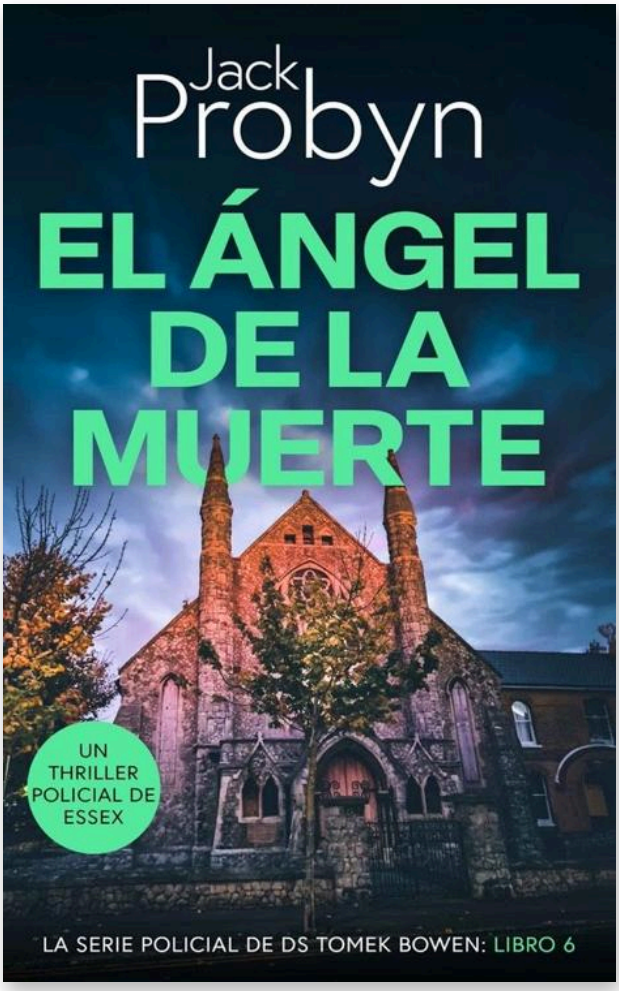
Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Pero a medida que avanza la investigación, y mientras Tomek profundiza en la vida de la víctima, se hace evidente que no hay escasez de sospechosos, y todos guardan sus secretos, algunos más que otros...

¡Descubre qué sucede en El Ángel De La Muerte en Amazon ahora!
¡Haz clic AQUÍ para conseguir tu copia!

O da la vuelta a la página para leer un extracto exclusivo.

EL ÁNGEL DE LA MUERTE - VISTA PREVIA EXCLUSIVA



OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:

LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

Descargar La Justicia de la Muerte

LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

Descargar Las Garras de la Muerte

LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

Descargar El Toque de la Muerte

LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Descargar El Beso de la Muerte

LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

Descargar El Sabor de la Muerte

LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Algunos secretos nunca se desvanecen...

Cada ángel merece sus alas... Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

Descargar El Ángel de la Muerte

DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

